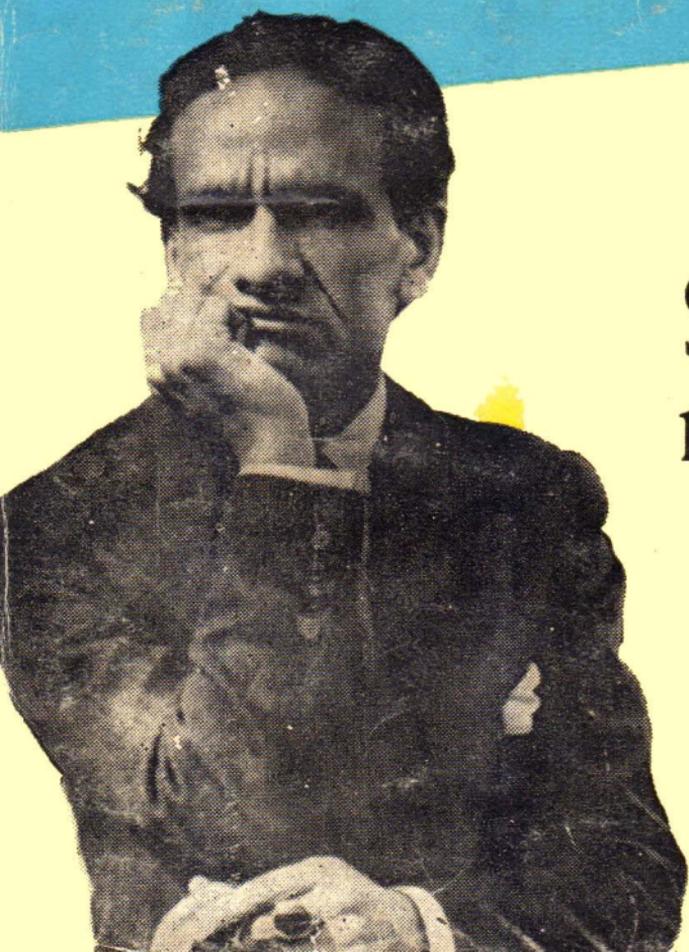


I LOS HERALDOS NEGROS,
TRILCE y RUSIA EN 1931
Reflexiones al Pie del Kremlin

CESAR VALLEJO



Sus
mejores
obras

CESAR VALLEJO

Los Heraldos Negros



EDICIONES PERU

LIMA, 1962

JUAN MEJIA BACA
Biblioteca

JUICIOS SOBRE LA OBRA

ESTRUCTURA DE LOS HERALDOS NEGROS

EN mil novecientos dieciocho, con la publicación de su libro *Los Heraldos Negros*, entró César Vallejo formalmente en la historia literaria de su país, y en la de la poesía en lengua española. Esa es la primera obra, orgánicamente organizada, de la que puede ser considerado literaria y artísticamente responsable.

El libro, tras un poema introductorio y temático "*Los Heraldos Negros*" que da nombre al volumen, se estructura en seis partes. Una, bajo el título de "*Plafones ágiles*", me parece contener lo que pudieran llamarse ejercicios literarios; creo percibir en los poemas que la constituyen una agrupación de poesías de las que el propio Vallejo debía tener conciencia de que eran ágilmente imitativas, o más bien dicho, derivativas; cosa y caso nada vergonzoso para un poeta joven. la segunda parte, titula-la "*Buzos*", entiendo que la componen poemas experimentales en diversas direcciones, que en efecto bucean en los mares interiores de Vallejo. El tercer grupo, "*De la tierra*", lo forman especialmente poemas de amor y desilusión, de la tierra en oposición al ideal. El cuarto grupo, "*Nostalgias imperiales*", reúne una serie de poesías relativas a Santiago de Chuco, a Trujillo, al campo norperuano, a sus cholos e indios; contiene algunos de los poemas más popularizados de Vallejo, más repetidos en antologías, más recitados en homenajes y festivales. La

quinta sección, bajo el nombre de "Truenos", agrupa los poemas a mi entender de más vibración del libro, poesías en que la filosofía de la existencia que Vallejo había ido descubriendo hasta ese momento se expresa con mayor intensidad y profundidad. Por fin, las últimas páginas, "Canciones de hogar", muestran el empleo que el poeta sabe hacer de su familia como palanca emocional de pura poesía. Estadísticamente, tras el poema inicial "Los heraldos negros", el primer grupo mencionado consta de once poemas, de cuatro el segundo, diez el tercero, trece el cuarto, veinticinco los "Truenos" y cinco la última sección.

EL POEMA LIMINAR

POR su posición liminar el poema "Los Heraldos Negros" merece especial atención. Es a modo de pabellón que cubre la mercancía del resto del libro. Como toda bandera debería permitirnos reconocer a primera vista la nación poética a la que representa; debe ser el estandarte vallejiano del Vallejo de mil novecientos dieciocho.

Arquitectónicamente se trata de un poema de diecisiete versos distribuidos en cuatro estrofas de a cuatro versos, más un verso final. La primera estrofa consta de dos alejandrinos y dos endecasílabos, rimando el primero y el cuarto versos, sueltos el segundo y el tercero. Las otras tres estrofas son todas de versos de catorce sílabas; en cada uno de ellas el segundo y cuarto versos riman, el primero y el tercero son sueltos. Es pues esta pieza en su estructura una poesía de compromiso entre la tradición y la libertad, de rima parcial, atada a la disciplina silábica frente al versolibrismo.

El tema del poema es la fatalidad, la fatalidad de los golpes que caen sobre el hombre gratuita-

mente, sin que él realmente los merezca. Son golpes que proceden "como del odio de Dios", venidos a encharcar en la pobre alma humana todo lo que ha vivido, todo lo que ha sufrido. Hacen que el hombre se sienta culpable de ello, como si todo fuera pecado suyo por el que viene a castigarle un alguien insensible. Estos golpes existen objetivamente, indudablemente, "Son pocos, pero son..." y en contraste dejan al poeta, subjetivamente, en la inquietud, en la duda, "Yo no sé!". Frente a ellos, frente a estas crueldades externas, que existen, el hombre, desdichado, lastimoso, "Pobre..." pobre!", es objeto de la piedad fraterna del poeta. Este siente lástima y ternura por el pobre ser humano sometido a esos azares que caen sobre él para castigarlo como "potros de bárbaros atilas". ¡o los heraldos negros que nos manda la Muerte". Y la muerte es la única solución a la duda, a la inquietud del "Yo no sé". Es decir, que la vida, tal como la ve Vallejo en mil novecientos dieciocho, es irracional e irrazonable, que en ella alguien que ni conocemos ni nos conoce nos castiga, sin embargo, por culpas de las que realmente somos inocentes. "...el delito mayor / del hombre es haber nacido", había dicho ya el Segismundo calderoniano. (145) Esas culpas que inocentemente cometemos no podemos menos de cometerlas porque son el vivir mismo, el vivir esta vida con "los ojos locos" y sin saber por qué, fatídicamente.

El tono de angustia vital del poema es sí básicamente romántico; pero el afán de expresar no sólo lo que de este mundo real y objetivo conocemos —golpes— sino incluso las razones incognoscibles

(145) Versos 10-11, primer soliloquio de Segismundo, Jornada primera, *La vida es sueño*, por don Pedro Calderón de la Barca, en Biblioteca de Autores Españoles, vol. VII, (Madrid: Sucesores de Hernando, 1918), p. 1.

si las hay por las que un mundo metafísico nos castiga sin embargo en lo físico y real, eso me parece hallarse plenamente dentro de la definición del simbolismo, con su doble plano de conocimiento, que por tantos modos se había incorporado al modernismo hispanoamericano. ¿Cómo no iba a estarlo Vallejo en sus primeros versos? ¿Cómo no iba a estar dentro de lo que era la manera dominante de las letras hispanoamericanas en sus años formativos? Pero por otra parte, si miramos al lenguaje y a las imágenes del poema, algo notamos en él y en ellas que un simbolista del día no hubiera aceptado en su retórica; por ejemplo, la combinación del tono elevado, dariano, de "los potros de bárbaros atilas", "los cristos del alma", "te adorable que el destino blasfema, con un leimotiv de tono coloquial, diario, vernacular, "Yo no sé", y con imágenes caseras y naturalistas como "Esos golpes sangrientos son las crepitaciones / de algún pan que en la puerta del horno se nos quema" o "...Vuelve los ojos, como / cuando por sobre el hombro nos llama una palmada". Y buena parte del léxico, básicamente prosaico: resaca, empozar, lomo, pan, horno, hombro, palmada, charco, pobre, Yo no sé.

Es decir, hay aquí un poema de base modernista, simbolista aún, pero que ya no lo es del todo; poema transicional entre modernismo y algo que ya no lo es. Si el poema "Los heraldos negros" es el pabellón de popa del volumen de su nombre, el libro nos mostrará a Vallejo como un poeta transicional entre el modernismo y lo que viene, lo que vendrá más tarde con Vallejo mismo. Esto nos lleva a preguntarnos ahora cuál era el ambiente poético en que Vallejo surgió a la poesía y a entrar por el temeroso problema de las influencias que haya sufrido su poesía primera, con el objeto de que lue-

go podamos desbrozar de todo ello lo que es ya
poesía suya, de él solo.

LUIS MONGUIO

César Vallejo: Vida y obra
Universidad de Columbia de los
EE. UU. de América.

LOS HERALDOS NEGROS

HAY golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé!

Son pocos, pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada
Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!

Plafones Agiles

DESHOJACION SAGRADA

LUNA! Corona de una testa inmensa,
que te vas deshojando en sombras gualdas!
Roja corona de un Jesús que piensa
trágicamente dulce de esmeraldas!

Luna! Alocado corazón celeste
¿por qué bogas así, dentro la copa
llena de vino azul, hacia el oeste,
cual derrotada y dolorida popa?

Luna! Y a fuerza de volar en vano,
te holocaustas en ópalos dispersos:
tú eres tal vez mi corazón gitano
que vaga en el azul llorando versos!...

COMUNION

LINDA Regia! Tus venas son fermentos
de mi noser antiguo y del champaña
negro de mi vivir!

Tu cabello es la ignota raicilla
del árbol de mi vid.
Tu cabello es la hilacha de una mitra
de ensueño que perdí!

- Tu cuerpo es la espumante escaramuza
de un rosado Jordán;
y ondea, como un látigo beatífico
que humillara a la víbora del mal!

Tus brazos dan la sed de lo infinito,
con sus castas hespérides de luz,
cual dos blancos caminos redentores,
dos arranques murientes de una cruz.
Y están plasmados en la sangre invicta
de mi imposible azul!

Tus pies son dos heráldicas alondras
que eternamente llegan de mi ayer!
Linda Regia! Tus pies son las dos lágrimas
que al bajar del Espíritu ahogué,
un Domingo de Ramos que entré al Mundo,
ya lejos para siempre de Belén!

NERVAZON DE ANGUSTIA

DULCE hebrea, desclava mi tránsito de arcilla;
desclava mi tensión nerviosa y mi dolor...
Desclava, amada eterna, mi largo afán y los
dos clavos de mis alas y el clavo de mi amor!

Regreso del desierto donde he caído mucho;
retira la cicuta y obséquiame tus vinos:
espanta con un llanto de amor a mis scarios,
cuyos gestos son férreas cegueras de Longinos!

Desclávame mis clavos ¡oh nueva madre mía!
¡Sinfonía de olivos, escancia tu llorar!
Y has de esperar, sentada junto a mi carne muerta,
cual cede la amenaza, y la alondra se va!

Pasas... vuelves... Tus lutos trenzan mi gran cilicio
con gotas de curare, filos de humanidad,
la dignidad roquera que hay en tu castidad,
y el judithesco azogue de tu miel interior.

Son las ocho de la mañana en crema brujo...
Hay frío... Un perro pasa royendo el hueso de otro
perro que fue... Y empieza a llorar en mis nervios
un fósforo que en cápsulas de silencio apagué!

Y en mi alma hereje canta su dulce fiesta asiática
un dionisiaco hastío de café...!

BORDAS DE HIELO

VENGO a verte pasar todos los días,
vaporcito encantado siempre lejos...
Tus ojos son dos rubios capitanes;
tu labio es un brevisimo pañuelo
rojo que ondea en un adiós de sangre!

Vengo a verte pasar; hasta que un día,
embriagada de tiempo y de crueldad,
vaporcito encantado siempre lejos,
la estrella de la tarde partirá!

Las jarcias; vientos que traicionan; vientos
de mujer que pasó!
Tus frios capitanes darán orden;
y quien habrá partido seré yo...!

NOCHEBUENA

Al callar la orquesta, pasean veladas
sombras femeninas bajo los ramajes,
por cuya hojarasca se filtran heladas
quimeras de luna, pálidos celajes.

Hay labios que lloran arias olvidadas,
grandes lirios fingen los ebúrneos trajes.
Charlas y sonrisas en locas bandadas
Perfuman de sedas los rudos boscajes.

Espero que ría la luz de tu vuelta;
y en la epifanía de tu forma esbelta,
cantará la fiesta en oro mayor.

Balarán mis versos en tu predio entonces,
canturreando en todos sus místicos bronces
que ha nacido el niño-jesús de tu amor.

A S C U A S

Para Domingo PARRA DEL RIEGO

LUCIRE para Tilia, en la tragedia
mis estrofas en ópimos racimos;
sangrará cada fruta melodiosa,
como un sol funeral, lúgubres vinos.
Tilia tendrá la cruz
que en la hora final será de luz!

Prenderé para Tilia, en la tragedia,
la gota de fragor que hay en mis labios;
y el labio, al encrespase para el beso,
se partirá en cien pétalos sagrados.
Tilia tendrá el puñal,
el puñal florícida y auroral!

Ya en la sombra, heroína, intacta y mártir,
tendrás bajo tus plantas a la Vida;
mientras veles, rezando mis estrofas,
mi testa, como una hostia en sangre tinta!
Y en un lirio, voraz,
mi sangre, como un virus, beberás!

M E D I A L U Z

HE soñado una fuga. Y he soñado
tus encajes dispersos en la alcoba.
A lo largo de un muelle, alguna madre;
y sus quince años dando el seno a una hora.

He soñado una fuga. Un "para siempre"
suspirando en la escala de una proa;
he soñado una madre;
unas frescas matitas de verdura,
y el ajuar constelado de una aurora.

A lo largo de un muelle...
Y a lo largo de un cuello que se ahoga!

S A U C E

LIRISMO de invierno, rumor de crespones,
cuando ya se acerca la pronta partida;
agoreras voces de tristes canciones
que en la tarde rezan una despedida.

Visión del entierro de mis ilusiones
en la propia tumba de mortal herida.
Caridad verónica de ignotas regiones,
donde a precio de éter se pierde la vida.

Cerca de la aurora partiré llorando;
y mientras mis años se vayan curvando,
curvará guadañas mi ruta veloz.

Y ante fríos óleos de luna muriente,
con timbres de aceros en tierra indolente,
cavarán los perros, aullando, un adiós!

A U S E N T E

AUSENTE! La mañana en que me vaya
más lejos de lo lejos, al Misterio,
como siguiendo inevitable raya,
tus pies resbalarán al cementerio.

Ausente! La mañana en que a la playa
del mar de sombra y del callado imperio,
como un pájaro lúgubre me vaya,
será el blanco panteón tu cautiverio.

Se habrá hecho de noche en tus miradas;
y sufrirás, y tomarás entonces
penitentes blancuras laceradas.

Ausente! Y en tus propios sufrimientos
ha de cruzar entre un llorar de bronces
una jauría de remordimientos!

A V E S T R U Z

MELANCOLIA, saca tu dulce pico ya;
no cebes tus ayunos en mis trigos de luz.
Melancolía, basta! Cuál beben tus puñales
la sangre que extrajera mi sanguijuela azul!

No acabes el maná de mujer que ha bajado;
yo quiero que de él nazca mañana alguna cruz,
mañana que no tenga yo a quien volver los ojos,
cuando abra su gran O de burla el ataúd.

Mi corazón es tiesto regado de amargura;
hay otros viejos pájaros que pastan dentro de él...
Melancolía, deja de secarme la vida,
y desnuda tu labio de mujer...!

BAJO LOS ALAMOS

Para José EULOGIO GARRIDO

CUAL hieráticos bardos prisioneros,
los álamos de sangre se han dormido.
Rumian arias de yerba al sol caído,
las greyes de Belén en los oteros.

El anciano pastor, a los postreros
martirios de la luz, estremecido,
en sus pascuales ojos ha cogido
una casta manada de luceros.

Labrado en orfandad baja el instante
con rumores de entierro, al campo orante
y se otoñan de sombra las esquilas.

Supervive el azul urdido en hierro,
y en él, amortajadas las pupilas,
traza su aullido pastoral un perro

B u z o s

L A A R A Ñ A

ES una araña enorme que ya no anda;
una araña incolora, cuyo cuerpo,
una cabeza y un abdomen, sangra.

Hoy la he visto de cerca. Y con qué esfuerzo
hacia todos los flancos
sus pies innumerables alargaba.
Y he pensado en sus ojos invisibles
los pilotos fatales de la araña.

Es una araña que temblaba fija
en un filo de piedra;
el abdomen a un lado.
y al otro la cabeza.

Con tantos pies la pobre, y aún no puede
resolverse. Y, al verla
atónita en tal trance,
hoy me ha dado qué pena esa viajera.

Es una araña enorme, a quien impide
el abdomen seguir a la cabeza.
Y he pensado en sus ojos
y en sus pies numerosos...
¡Y me ha dado qué pena esa viajera!

B A B E L

DULCE hogar sin estilo, fabricado
de un solo golpe y de una sola pieza
de cera tornasol. Y en el hogar
ella daña y arregla; a veces dice:
"El hospicio es bonito; aquí no más!"
¡Y otras veces se pone a llorar!

ROMERÍA

PASAMOS Juntos. El sueño
lame nuestros pies qué dulce;
y todo se desplaza en pálidas
renunciaciones sin dulce

Pasamos juntos. Las muertas
almas, las que, cual nosotros,
cruzaron por el amor,
con enfermos pasos ópalos,
salen en sus lutos rígidos
y se ondulan en nosotros.

Amada, vamos al borde
frágil de un montón de tierra.
Va en aceite unguida el ala,
y en pureza. Pero un golpe,
al caer yo no sé dónde,
afila de cada lágrima
un diente hostil.

Y un soldado, un gran soldado,
heridas por charreteras,
se anima en la tarde heroica,
y a sus pies muestra entre risas,
como una gualdrapa horrenda,
el cerebro de la Vida.

Pasamos juntos, muy juntos,
invicta Luz, paso enfermo;
pasamos juntos las lilas
mostazas de un cementerio.

EL PALCO ESTRECHO

MAS acá, más acá. Yo estoy muy bien.
Llueve; y hace una cruel imitación.
Avanza, avanza el pie.

Hasta qué hora no suben las cortinas
esas manos que fingen un zarzal?
Ves? Los otros, qué cómodos, qué efígies.
Más acá, más acá!

Llueve. Y hoy tarde pasará otra nave
cargada de crespón;
será como un pezón negro y deforme
arrancado a la esfíngica Ilusión.

Más acá, más acá. Tú estás al borde
y la nave arrastrarte puede al mar.
Ah, cortinas inmóviles, simbólicas...
Mi aplauso es un festín de rosas negras:
cederte mi lugar!
Y en el fragor de mi renuncia triste,
un hilo de infinito sangrará.

Yo no debo estar tan bien;
Avanza, avanza el pie!

De la Tierra

¿.....

—**S**I te amara... qué sería?

—Una orgía!

—Y si él te amara?

Sería

todo de rito, pero menos dulce.

Y si tú me quisieras?

La sombra sufriría

justos fracasos en tus niñas monjas.

¿Culebrean latigazos,
cuando el can ama a su dueño?

—No; pero la luz es nuestra.

Estás enfermo... Véte... Tengo sueño.

(Bajo la alameda vespéral
se quiebra un fragor de rosa).

—Idos, pupilas, pronto...

Ya retoña la selva en mi cristal!

EL POETA A SU AMADA

AMADA, en esta noche tú te has crucificado
sobre los dos maderos curvados de mi beso;
y tu pena me ha dicho que Jesús ha llorado,
y que hay un viernesanto más dulce que ese beso.

En esta noche rara que tanto me has mirado,
la Muerte ha estado alegre y ha cantado en su hueso.
En esta noche de setiembre se ha oficiado
mi segunda caída y el más humano beso.

Amada, moriremos los dos juntos, muy juntos;
se irá secando a pausas nuestra excelsa amargura;
y habrán tocado a sombra nuestros labios difuntos.

Y ya no habrán reproches en tus ojos benditos;
ni volveré a ofenderte. Y en una sepultura
los dos nos dormiremos, como dos hermanitos.

V E R A N O

VERANO, ya me voy. Y me dan pena
las manitas sumisas de tus tardes.
Llegas devotamente; llegas viejo;
y ya no encontrarás en mi alma a nadie.

Verano! Y pasarás por mis balcones
con gran rosario de amatistas y oros,
como un obispo triste que llegara
de lejos a buscar y bendecir
los rotos aros de unos muertos novios.

Verano, ya me voy. Allá, en setiembre
tengo una rosa que te encargo mucho;
la regarás de agua bendita todos
los días de pecado y de sepulcro

Si a fuerza de llorar el mausoleo.
con luz de fe su mármol aletea,
levanta en alto tu responso, y pide
a Dios que siga para siempre muerta.
Todo ha de ser ya tarde;
y tú no encontrarás en mi alma a nadie.

Ya no llores, Verano! En aquel surco
muere una rosa que renace mucho...

SETIEMBRE

AQUELLA noche de setiembre, fuiste
tan buena para mí... hasta dolerme!
Yo no sé lo demás; y para eso,
no debiste ser buena, no debiste.

Aquella noche sollozaste al verme
hermético y tirano, enfermo y triste.
Yo no sé lo demás... y para eso
yo no sé por qué fui triste... tan triste....

Sólo esa noche de setiembre dulce,
tuve a tus ojos de Magdala, toda
la distancia de Dios... y te fui dulce!

Y también fue una tarde de setiembre
cuando sembré en tus brasas, desde un auto,
los charcos de esta noche de diciembre.

ESTA tarde llueve, como nunca; y no tengo ganas de vivir, corazón.

Esta tarde es dulce. Por qué no ha de ser?
Viste gracia y pena; viste de mujer.

Esta tarde en Lima llueve. Y yo recuerdo las cavernas crueles de mi ingratitud; **mi bloque de hielo sobre su amapola,** más fuerte que su "No seas así"!

Mis violentas flores negras; y la bárbara y enorme pedrada; y el trecho glacial. Y pondrá el silencio de su dignidad con óleos quemantes el punto final.

Por eso esta tarde, como nunca, voy con este buho, con este corazón.

Y otras pasan, y viéndome tan triste, toman un poquito de ti en la abrupta arruga de mi hondo dolor.

Esta tarde llueve, llueve mucho. ¡Y no tengo ganas de vivir, corazón!

I M P I A

SEÑOR! Estabas tras los cristales
humano y triste de atardecer;
y cuál lloraba tus funerales
esa mujer!

Sus ojos eran el jueves santo,
dos negros granos de amarga luz!
Con duras gotas de sangre y llanto
clavó tu cruz!

Impía! Desde que tú partiste,
Señor, no ha ido nunca al Jordán,
en rojas aguas su piel desviste,
y al vil judío le vende pan!

LA COPA NEGRA

LA noche es una copa de mal. Un silbo agudo del guardia la atraviesa, cual vibrante alfiler. Oye,, tú mujerzuela; ¿cómo, si ya te fuiste, la onda aún es negra y me hace aún arder?

La Tierra tiene bordes de féretro en la sombra.
Oye tú, mujerzuela, no vayas a volver.

Mi carne nada, nada
en la copa de sombra que me hace aún doler;
mi carne nada en ella,
como en un pantanoso corazón de mujer.

Ascua astral... He sentido
secos roces de arcilla
sobre mi loto diáfano caer.
Ah, mujer! Por ti existe
la carne hecha de instinto. Ah, mujer!
Por eso ¡oh, negro cáliz!, aun cuando ya te fuiste,
me ahogo con el polvo,
y piafan en mis carnes más ganas de beber!

D E S H O R A

PUREZA amada, que mis ojos nunca
llegaron a gozar. Pureza absurda!

Yo sé que estabas en la carne un día,
cuando yo hilaba aún mi embrión de vida.

Pureza en falda neutra de colegio;
y leche azul dentro del trigo tierno

a la tarde de lluvia, cuando el alma
ha roto su puñal en retirada,

cuando ha cuajado en no sé qué probeta
sin contenido una insolente piedra.

Cuando hay gente contenta; y cuando lloran
párpados ciegos en purpúreas bordas.

Oh, pureza que nunca ni un recado
me dejaste, al partir del triste barro

ni una migaja de tu voz; ni un nervio
de tu convite heroico de luceros.

Alejáos de mí, buenas maldades,
dulces bocas picantes.....

Yo la recuerdo al veros ¡oh, mujeres!
Pues de la vida en la perenne tarde,
nació muy poco ¡pero mucho muere!

LEGUE a confundirme con ella,
tanto...! Por sus recodos
espirituales, yo me iba
jugando entre tiernos fresales,
entre sus griegas manos matinales.

Ella me acomodaba después los lazos negros
y bohemios de la corbata. Y yo
volvía a ver la piedra
absorta, desairados los bancos, y el reloj
que nos iba envolviendo en su carrete,
al dar su inacabable molinete.

Buenas noches aquéllas,
que hoy la dan por reir
de mi extraño morir,
de mi modo de andar meditabundo.

Alfeñiques de oro,
joyas de azúcar
que al fin se quiebran en
el mortero de losa de este mundo.

Pero para las lágrimas de amor,
los luceros son lindos pañuelitos
lilas,
naranjos,
verdes,
que empapa el corazón.

Y si hay ya mucha hiel en esas sedas,
hay un cariño que no nace nunca,
que nunca muere,
vuela otro gran pañuelo apocalíptico,
la mano azul, inédita de Dios!

Y E S O

SILENCIO. Aquí se ha hecho ya de noche,
ya tras del cementerio se fue el sol;
aquí se está llorando a mil pupilas:
no vuelvas; ya murió mi corazón.
Silencio. Aquí ya todo está vestido
de dolor riguroso; y arde apenas,
como un mal kerosene, esta pasión.

Primavera vendrá. Cantarás "Eva"
desde un minuto horizontal, desde un
hornillo en que arderán los nardos de Eros.
¡Forja allí tu perdón para el poeta,
que ha de dolerme aún,
como clavo que cierra un ataúd!

Mas... una noche de lirismo, tu
buen seno, tu mar rojo
se azotará con olas de quince años,
al ver lejos, aviado con recuerdos,
mi corsario bajel, mi ingratitud.

Después, tu manzanar, tu labio dándose.
y que se aja por mí por la vez última,
y que muere sangriento de amar mucho,
como un croquis pagano de Jesús.

Amada! Y cantarás;
y ha de vibrar el femenino en mi alma,
como en una enlutada catedral.

Nostalgias Imperiales

NOSTALGIAS IMPERIALES

I

EN los paisajes de Mansiche labra imperiales nostalgias el crepúsculo; y lábrase la raza en mi palabra, como estrella de sangre a flor de músculo.

El campanario dobla... No hay quien abra la capilla... Diríase un opúsculo bíblico que muriera en la palabra de asiática emoción de este crepúsculo.

Un poyo con tres patas, es retablo en que acaban de alzar labios en coro la eucaristía de una chicha de oro.

Mas allá, de los ranchos surge al viento el humo oliendo a sueño y a establo, como si se exhumara un firmamento.

II

LA anciana pensativa, cual relieve de un bloque pre-incaico, hila que hila; en sus dedos de Mama el huso leve, la lana gris de su vejez trasquila.

Sus ojos de esclerótica de nieve
un ciego sol sin luz gualda y mutila...!
Su boca está en desdén, y en calma aleve
su cansancio imperial tal vez vigila.

Hay ficus que meditan, melenudos
trovadores incaicos en derrota,
la rancia pena de esta cruz idiota,

en la hora en rubor que ya se escapa,
y que es lago que suelda espejos rudos
donde náufrago llora Manco-Cápac.

I I I

COMO viejos curacas van los bueyes
camino de Trujillo, meditando...
Y al hierro de la tarde, fingen reyes
que por muertos dominios van llorando.

En el muro de pie, pienso en las leyes
que la dicha y la angustia van trocando:
ya en las viudas pupilas de los bueyes
se pudren sueños que no tienen cuándo.

La aldea, ante su paso, se reviste
de un rudo gris, en que un mugir de vaca
se aceita en sueño y emoción de huaca.

Y en el festín del cielo azul yodado
gime en el cáliz de la esquila triste
un viejo coraquenque desterrado.

LA Grama mustia, recogida, escueta
ahoga no se qué protesta ignota;
parece el alma exhausta de un poeta,
arredrada en un gesto de derrota.

La Ramada ha tallado su silueta,
cadavérica jaula, sola y rota,
donde mi enfermo corazón se aquieta
en un tedio estatual de terracota.

Llega el canto sin sal del mar labrado
en su máscara bufa de canalla
que babea y da tumbos ahorcado!

La niebla hila una venda al cerro lila
que en ensueños millarios se enmuralla,
como un huaco gigante que vigila.

FULGE mi cigarrillo;
su luz se limpia en pólvoras de alerta
Y a su guiño amarillo
entona un pastorcillo
el tamarindo de su sombra muerta.

Ahoga en una enérgica negrura
el caserón entero
la mustia distinción de su blancura.
Pena un frágil aroma de aguacero.
Están todas las puertas muy ancianas,
y se hastía en su habano carcomido
una insomne piedad de mil ojeras.
Yo las dejé lozanas;
y hoy ya las telareñas han zurcido
hasta en el corazón de sus maderas,
coágulos de sombra oliendo a olvido.
La del camino, el día
que me miró llegar, trémula y triste,
mientras que sus dos brazos entreabría,
chilló como en un llanto de alegría.
Que en toda fibra existe,
para el ojo que ama, una dormida
novia perla, una lágrima escondida.

Con no se qué memoria secretea
mi corazón ansioso.
—Señora?... —Sí, señor; murió en la aldea;
aún la veo envuelta en su rebozo...

Y la abuela amargura
de un cantar neurasténico de paria
¡oh, derrotada musa legendaria!
afila sus melódicos raudales

bajo la noche oscura;
como si abajo, abajo,
en la turbia pupila de cascajo
de abierta sepultura,
celebrando perpetuos funerales,
se quebrasen fantásticos puñales.

Llueve... llueve... Sustancia el aguacero,
reduciéndolo a fúnebres olores,
el humor de los viejos alcanfores
que velan tahuashando en el sendero
con sus ponchos de hielo y sin sombrero.

TERCETO AUTOCTONO

I

EL puño labrador se aterciopela,
y en cruz en cada labio se aperfila.
Es fiesta! El ritmo del arado vuela;
y es un chantre de bronce cada esquila.

Afilase lo rudo. Habla escarcela...
En las venas indígenas rutila
un yaraví de sangre que se cuele
en nostalgias de sol por la pupila.

Las pallas, aquenando hondos suspiros,
como en raras estampas seculares,
enrosarian un símbolo en sus giros.

Luce el Apóstol en su trono, luego;
y es, entre inciensos, cirios y cantares,
el moderno dios-sol para el labriego.

II

ECHA una cana al aire el indio triste.
Hacia el altar fulgente va el gentío.
El ojo del crepúsculo desiste
de ver quemado vivo el caserío.

La pastora de lana y llanque viste,
con pliegues de candor en su atavío;
y en su humildad de lana heroica y triste,
copo es su blanco corazón bravo.

Entre músicas, fuegos de bengala,
solfea un acordeón! Algún tendero
da su reclame al viento: "Nadie iguala"!

Las chispas al flotar lindas, graciosas,
son trigos de oro audaz que el chacarero
siembra en los cielos y en las nebulosas.

III

MADRUGADA. La chicha al fin revienta
en sollozos, lujurias, pugilatos;
entre olores de úrea y de pimienta
traza un ebrio al andar mil garabatos.

"Mañana que me vaya..." se lamenta
un Romeo rural cantando a ratos.
Caldo madrugador hay ya de venta;
y brinca un ruido aperital de platos.

Van tres mujeres... silba un golfo... Lejos
el río anda borracho y canta y llora
prehistorias de agua, tiempos viejos.

Y al soñar una caja de Tayanga,
como iniciando un huaino azul, remanga
sus pantorrillas de azafrán la Aurora.

ORACION DEL CAMINO

NI sé para quién es esta amargura!
Oh, Sol, llévala tú que estás muriendo,
y cuelga, como un Cristo ensangrentado,
mi bohemio dolor sobre su pecho.

El valle es de oro amargo;
y el viaje es triste, es largo.

Oyes? Regaña una guitarra. Calla!
Es tu raza, la pobre yiejecita
que al saber que eres huésped y que te odian,
se hinca la faz con una roncha lila.

El valle es de oro amargo,
y el trago es largo... largo...

Azulea el camino, ladra el río...
Baja esa frente sudorosa y fría,
fiera y deforme. Cae el pomo roto
de una espada humanicida!

Y en el mómico valle de oro santo,
la brasa de sudor se apaga en llanto!

Queda un olor de tiempo abonado de versos,
para brotes de mármoles consagrados que hereden
la aurífera canción
de la alondra que se pudre en mi corazón!

H U A C O

YO soy el coraquenque ciego
que mira por la lente de una llaga,
y que atado está al Globo,
como a un huaco estupendo que girara.

Yo soy el llama, a quien tan sólo alcanza
la necesidad hostil a trasquilar
volutas de clarín,
volutas de clarín brillantes de asco
y bronceadas de un viejo yaraví.

Soy el pichón de cóndor desplumado
por latino arcabuz;
y a flor de humanidad floto en los Andes,
como un perenne Lázaro de luz.

Yo soy la gracia incaica que se roe
en áureos coricanchas bautizados
de fosfatos de error y de cicuta.
A veces en mis piedras se encabritan
los nervios rotos de un extinto puma.

Un fermento de Sol;
¡levadura de sombra y corazón!

VIERTE el humo doméstico en la aurora
 su sabor a rastrojo;
 y canta, haciendo leña, la pastora
 un salvaje aleluya!
 Sepia y rojo.

Humo de la cocina, **aperitivo**
 de gesta en este bravo amanecer.
 El último lucero fugitivo
 lo bebe, y, ebrio ya de su dulzor,
 ¡oh celeste zagal trasnochador!
 se duerme entre un jirón de rosicler.

Hay ciertas ganas lindas de almorzar,
 y beber del arroyo, y chivatear!
 Aletear con el humo allá, en la altura;
 o entregarse a los vientos otoñales
 en pos de alguna Ruth sagrada, pura,
 que nos brinde una espiga de ternura
 bajo la hebraica unción de los trigales!

Hoz al hombro calmoso,
 acre el gesto brioso,
 va un joven labrador a Irichugo.
 Y en cada brazo que parece yugo
 se encrespa el férreo jugo palpitante
 que en creador esfuerzo cotidiano
 chispea, como trágico diamante,
 a través de los poros de la mano
 que no ha bizantinado aún el guante.
 Bajo un arco que forma verde aliso,
 ¡oh cruzada fecunda del andrajo!,
 pasa el perfil macizo
 de este Aquiles incaico del trabajo.

La zagala que llora
su yaraví a la aurora,
recoge ¡oh Venus pobre!
frescos leños fragantes
en sus desnudos brazos arrogantes
esculpidos en cobre.
En tanto que un becerro,
perseguido del perro,
por la cuesta bravía
corre, ofrendando al floreciente día
un himno de Virgilio en su cencerro!

Delante de la choza
el indio abuelo fuma;
y el serrano crepúsculo de rosa,
el ara primitiva se sahuma
en el gas del tabaco.

Tal surge de la entraña fabulosa
de epopéyico huaco,
mítico aroma de bronceos lotos,
el hilo azul de los alientos rotos!

A L D E A N A

LEJANA vibración de esquilas mustias
en el aire derrama
la fragancia rural de sus angustias.
En el patio silente
sangra su despedida el sol poniente.
El ámbar otoñal del panorama
toma un frío matiz de gris doliente!

Al portón de la casa
que el tiempo con sus garras torna ojosa.
asoma silenciosa
y al establo cercano luego pasa,
la silueta calmosa
de un buey color de oro,
que añora con sus bíblicas pupilas,
oyendo la oración de las esquilas,
su edad viril de toro!

Al muro de la huerta,
aleteando la pena de su canto,
salta un gallo gentil, y, en triste alerta,
cual dos gotas de llanto,
tiemblan sus ojos en la tarde muerta!

Lánguido se desgarran
en la vetusta aldea
el dulce yaraví de una guitarra,
en cuya eternidad de hondo quebranto
la triste voz de un indio dondónea,
como un viejo esquilón de camposanto.

IDIILIO MUERTO

QUE estará haciendo esta hora mi andina y dulce
(Rita
de junco y capulí;
ahora que me asfixia Bizancio, y que dormita
la sangre, como flojo cognac, dentro de mí.

Dónde estarán sus manos que en actitud contrita
planchaban en las tardes blancuras por venir;
ahora, en esta lluvia que me quita
las ganas de vivir.

Qué será de su falda de franela: de sus
afanes; de su andar;
de su sabor a cañas de mayo del lugar.

Ha de estarse a la puerta mirando algún celaje,
y al fin dirá temblando: "Qué frío hay... Jesús!".
Y llorará en las tejas un pájaro salvaje.

De codos yo en el muro,
cuando triunfa en el alma el tinte oscuro
y el viento reza en los ramajes yertos
llantos de quenas, tímidos, inciertos.
suspiro una congoja,
al ver que en la penumbra gualda y roja
llora un trágico azul de idilios muertos!

Truenos

EN LAS TIENDAS GRIEGAS

Y el Alma se asustó
a las cinco de aquella tarde azul desteñida.
El labio entre los linos la imploró
con pucheros de novio para su prometida.

El Pensamiento, el gran General se ciñó
de una ianza deicida.
El Corazón danzaba, más, luego sollozó:
¿la bayadera esclava estaba herida?

Nada! Fueron los tigres que la dan por correr
a apostarse en aquel rincón, y tristes ver
los ocasos que llegan desde Atenas.

No habrá remedio para este hospital de nervios,
para el gran campamento irritado de este atardecer!
Y el General escruta volar siniestras penas
allá.....
en el desfiladero de mis nervios!

HOY no ha venido nadie a preguntar;
ni me han pedido en esta tarde nada.

No he visto ni una flor de cementerio
en tan alegre procesión de luces.
Perdóname, Señor: qué poco he muerto!

En esta tarde todos, todos pasan
sin preguntarme ni pedirme nada.

Y no sé qué se olvidan y se queda
mal en mis manos, como cosa ajena.

He salido a la puerta,
y me da ganas de gritar a todos:
Si echan de menos algo, aquí se queda!

Porque en todas las tardes de esta vida,
yo no sé con qué puertas dan a un rostro,
y algo ajeno se toma el alma mía.

Hoy no ha venido nadie;
y hoy he muerto qué poco en esta tarde

LA VOZ DEL ESPEJO

ASI pasa la vida, como raro espejismo.
¡La rosa azul que alumbra y da el ser al cardo!
Junto al dogma del fardo
matador, el sofisma del Bien y la Razón!

Se ha cogido, al acaso, lo que rozó la mano;
los perfumes volaron, y entre ellos se ha sentido
el moho que a mitad de la ruta ha crecido
en el manzano seco de la muerta Ilusión.

Así pasa la vida,
con cánticos alevés de agostada bacante.
Yo voy todo azorado, adelante... adelante,
rezongando mi marcha funeral.

Van al pie de brahacmánicos elefantes reales,
y al sórdido abejeo de un hervor mercurial,
parejas que alzan brindis esculpidos en roca,
y olvidados crepúsculos una cruz en la boca.

Así pasa la vida, vasta orquesta de Esfinges
que arrojan al Vacío su marcha funeral.

ROSA BLANCA

ME siento bien. Ahora
brilla un estoico hielo
en mí.
Me da risa esta sogá
rubi
que rechina en mi cuerpo.

Soga sin fin,
como una
voluta
descendente
de
mal...
soga sanguínea y zurda
formada de
mil dagas en puntal.

Que vaya así, trenzando
sus rollos de crespón;
y que ate el gato trémulo
del Miedo al nido helado,
al último fogón.

Yo ahora estoy sereno,
con luz.
Y maya en mi Pacífico
un náufrago ataúd.

EL suertero que grita "La de a mil",
contiene no sé qué fondo de Dios.

Pasan todos los labios. El hastío
despunta en una arruga su yanó.
Pasa el suertero que atesora, acaso
nominal, como Dios,
entre panes tantálicos, humana
impotencia de amor.

Yo le miro al andrajo. Y él pudiera
darnos el corazón;
pero la suerte aquella que en sus manos
aporta, pregonando en alta voz,
como un pájaro cruel, irá a parar
adonde no lo sabe ni lo quiere
este bohemio dios.

Y digo en este viernes tibio que anda
a cuestras bajo el sol:
¡por qué se habrá vestido de suertero
la voluntad de Dios!

EL PAN NUESTRO

Para Alejandro GAMBOA

SE bebe el desayuno... Húmeda tierra
de cementerio huele a sangre amada.
Ciudad de invierno... La mordaz cruzada
de una carreta que arrastrar parece
una emoción de ayuno encadenada!

Se quisiera tocar todas las puertas.
y preguntar por no sé quién; y luego
ver a los pobres, y, llorando quedos,
dar pedacitos de pan fresco a todos.
Y saquear a los ricos sus viñedos
con las dos manos santas
que a un golpe de luz
volaron desclavadas de la Cruz!

Pestaña matinal, no os levantéis!
¡El pan nuestro de cada día dánslo,
Señor...!

Todos mis huesos son ajenos;
Yo tal vez los robé!
Yo vine a darme lo que acaso estavo
asignado para otro;
y pienso que, si no hubiera nacido,
otro pobre tomara este café!
Yo soy un mal ladrón... A dónde iré!

Y en esta hora fría, en que la tierra
trasciende a polvo humano y es tan triste,
quisiera yo tocar todas las puertas,
y suplicar a no sé quién, perdón,
y hacerle pedacitos de pan fresco
aquí, en el horno de mi corazón...!

A B S O L U T A

COLOR de ropa antigua. Un julio a sombra,
y un agosto recién segado, Y una
mano de agua que injertó en el pino
resinoso de un tedio malas frutas.

Ahora que has anclado, oscura ropa,
tornas rociada de un suntuoso olor
a tiempo, a abreviación... Y he cantado
el proclive festín que se volcó.

Mas ¿no puedes, Señor, contra la muerte,
contra el límite, contra lo que acaba?
Ay! la llaga en color de ropa antigua,
cómo se entreabre y huele a miel quemada!

Oh unidad excelsa! Oh lo que es uno
por todos!
Amor contra el espacio y contra el tiempo!
Un latido único de corazón;
un solo ritmo: **Dios!**

Y al encogerse de hombros los linderos
en un bronco desdén irreductible,
hay un riego de sierpes
en la doncella plenitud del 1.
¡Un arruga, una sombra!

CAPITULACION

A NOCHE, unos abriles granas capitularon
ante mis mayos desarmados de juventud;
los marfiles histéricos de su beso me hallaron
muerto; y en un suspiro de amor los enjaulé.

Espiga extraña, dócil. Su ojos me asediaron
una tarde amaranto que dije un canto a sus
cantos; y anoche, en medio de los brindis, me
habiaron
las dos lenguas de sus senos abrasadas de sed.

Pobre trigueña aquella; pobre sus armas; pobres
sus velas cremas que iban al tope en las salobres
espumas de un mar muerto. Vencedora y vencida.

se quedó pensativa y ojerosa y granate.
Yo me parti de aurora. Y desde aquel combate,
de noche entran dos sierpes esclavas a mi vida.

DESNUDO EN BARRO

COMO horribles batracios a la atmósfera,
suben visajes lúgubres al labio.
Por el Sahara azul de la Substancia
camina un verso gris, un dromedario.

Fosforece un mohín de sueños crueles.
Y el ciego que murió lleno de voces
de nieve. Y madrugar, poeta, nómada,
al crudísimo día de ser hombre.

Las Horas van febriles, y en los ángulos
abortan rubios siglos de ventura.
¡Quién tira tanto el hilo; quién descuelga
sin piedad nuestros nervios,
cordeles ya gastados, a la tumba!

Amor! Y tú también. Pedradas negras
se engendran en tu máscara y la rompen.
¡La tumba es todavía
un sexo de mujer que atrae al hombre!

LINEAS

CADA cinta de fuego
que, en busca del Amor,
arrojo y vibra en rosas lamentables,
me da a luz el sepelio de una vispera.
Yo no sé si el redoble en que lo busco,
será jadear de roca,
o perenne nacer de corazón.
Hay tendida hacia el fondo de los seres.
un eje ultranervioso, honda plomada.

¡La hebra del destino!
Amor desviará tal ley de vida,
hacia la voz del Hombre;
y nos dará la libertad suprema
en transustanciación azul, virtuosa,
contra lo ciego y lo fatal.

¡Que en cada cifra lata,
recluso en albas frágiles,
el Jesús aún mejor de otra gran Yema!

Y después... La otra línea...
Un Bautista que aguaita, aguaita, aguaita...
Y, cabalgando en intangible curva,
un pie bañado en púrpura.

AMOR PROHIBIDO

SUBES centelleante de labios y ojeras!
Por tus venas subo, como un can herido
que busca el refugio de blandas aceras.

Amor, en el mundo tú eres un pecado!
Mi beso es la punta chispeante del cuerno
del diablo; mi beso que es credo sagrado!

Espíritu es el horóptero que pasa
¡puro en su blasfemia!
¡el corazón que engendra al cerebro!
que pasa hacia el tuyo, por mi barro triste.
¡Platónico estambre
que existe en el cáliz donde tu alma existe!

¿Algún penitente silencio siniestro?
Tú acaso lo escuchas? Inocente flor!
...Y saber que donde no hay un Padrenuestro,
el Amor es un Cristo pecador!

LA CENA MISERABLE

HASTA cuándo estaremos esperando lo que no se nos debe... Y en qué recodo estiraremos nuestra pobre rodilla para siempre! Hasta cuándo la cruz que nos alienta no detendrá sus remos.

Hasta cuándo la Duda nos brindará blasones por haber padecido...

Ya nos hemos sentado mucho a la mesa, con la amargura de un niño que a media noche, llora de hambre, desvelado...

Y cuándo nos veremos con los demás, al borde de una mañana eterna, desayunados todos. Hasta cuándo este valle la lágrimas, a donde yo nunca dije que me trajeran.

De codos todo bañado en llanto repito cabizbajo y vencido: hasta cuándo la cena durará.

Hay alguien que ha bebido mucho, y se burla, y acerca y aleja de nosotros, como negra cuchara de amarga esencia humana, la tumba...

Y menos sabe ese oscuro hasta cuándo la cena durará!

PARA EL ALMA IMPOSIBLE DE
MI AMADA

AMADA: no has querido plasmarte jamás
como lo ha pensado mi divino amor,
 Quédate en la hostia,
 ciega e impalpable,
 como existe Dios.

Si he cantado mucho, he llorado más
por ti ¡oh mi parábola excelsa de amor!
 Quédate en el seso,
 y en el mito inmenso
 de mi corazón!

Es la fe, la fragua donde yo quemé
el terroso hierro de tanta mujer;
y en un yunque impío te quise pulir.
 Quédate en la eterna
 nebulosa, ahí,
en la multicencia de un dulce noser.

Y si no has querido plasmarte jamás
en mi metafísica emoción de amor,
 deja que me azote,
 como un pecador.

EL TALAMO ETERNO

SOLO al dejar de ser, Amor es fuerte!
Y la tumba será una gran pupila,
en cuyo fondo supervive y llora
la angustia del amor, como en un cáliz
de dulce eternidad y negra aurora.

Y los labios se encrespan para el beso,
como algo lleno que desborda y muere;
y, en conjunción crispante,
cada boca renuncia para la otra
una vida de vida agonizante.

Y cuando pienso así, dulce es la tumba
donde todos al fin se compenetran
en un mismo fragor;
dulce es la sombra, donde todos se unen
en una cita universal de amor.

LAS PIEDRAS

ESTA mañana bajé
a las piedras ¡oh las piedras!
Y motivé y troquelé
un pugilato de piedras.

Madre nuestra, si mis pasos
en el mundo hacen doler,
es que son los fogonazos
de un absurdo amanecer.

Las piedras no ofenden; nada
codician. Tan sólo piden
amor a todos, y piden
amor aun a la Nada.

Y si algunas de ellas se
van cabizbajas, o van
avergonzadas, es que
algo de humano harán...

Mas, no falta quien a alguna
por puro gusto golpee.
Tal, blanca piedra es la luna
que voló de un puntapié...

Madre nuestra, esta mañana
me he corrido con las hiedras,
al ver la azul caravana
de las piedras,
de las piedras,
de las piedras...

RE TAB LO

YO digo para mí: por fin escapo al ruido:
nadie me ve que voy a la nave sagrada.
Altas sombras acuden,
y Darío que pasa con su lira enlutada.

Con paso innumerable sale la dulce Musa,
y a ella van mis ojos, cual polluelos al grano.
La acosan tules de éter y azabaches dormidos,
en tanto sueña el mirlo de la vida en su mano.

Dios mío, eres piadoso, porque diste esta nave,
donde hacen estos brujos azules sus oficios.
Darío de las Américas celestes! Tal ellos se parecen
a ti! Y de tus trenzas fabrican sus cilicios.

Como ánimas que buscan entierros de oro absurdo,
aquellos arciprestes vagos del corazón,
se internan, y aparecen... y, hablándonos de lejos,
nos lloran el suicidio monótono de Dios!

P A G A N A

IR muriendo y cantando. Y bautizar la sombra
con sangre babilónica de noble gladiador.
Y rubricar los cuneiformes de la áurea alfombra
con la pluma del ruiseñor y la tinta azul del dolor.

La Vida? Hembra proteica. Contemplanla asustada
escarpase en sus velos, infiel, falsa Judith;
verla desde la herida, y asirla en la mirada,
incrustando un capricho de cera en un rubí.

Mosto de Babilonia, Holofernes sin tropas,
en el árbol cristiano yo colgué mi nidal;
la viña redentora negó amor a mis copas;
Judith, la vida aleve, sesgó su cuerpo hostial.

Tal un festín pagano. Y amarla hasta en la muerte,
mientras las venas siembran rojas perlas de mal;
y así volverse al polvo, conquistador sin suerte,
dejando miles de ojos de sangre en el puñal.

LOS DADOS ETERNOS

Para Manuel GONZALEZ PRADA,
esta emoción bravía y selecta,
una de las que, con más entu-
siasmo, me ha aplaudido el gran
maestro.

DIOS mío, estoy llorando el ser que vivo,
me pesa haber tomádotte tu pan;
pero este pobre barro pensativo
no es costra fermentada en tu costado:
tú no tienes Marias que se van!

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
pero tú, que estuviste siempre bien,
no sientes nada de tu creación.
Y el hombre sí te sufre: el Dios es él!

Hoy que en mis ojos brujos hay candelas,
como en un condenado,
Dios mío, prenderás todas tus velas,
y jugaremos con el viejo dado...
Tal vez ¡oh jugador! al dar la suerte
del universo todo,
surgirán las ojeras de la Muerte,
como dos ases fúnebres de lodo.

Dios mío, y esta noche sorda; oscura,
ya no podrás jugar, porque la tierra
es un dado roído y ya redondo
a fuerza de rodar a la aventura,
que no puede parar sino en un hueco,
en el hueco de inmensa sepultura.

LOS ANILLOS FATIGADOS

HAY ganas de volver, de amar, de no ausentarse,
y hay ganas de morir, combatido por dos
aguas encontradas que jamás han de istmarse.

Hay ganas de un gran beso que amortaje a la Vida,
que acaba en el África de una agonía ardiente,
suicida!

Hay ganas de... no tener ganas, Señor;
a ti yo te señalo con el dedo deicida:
hay ganas de no haber tenido corazón.

La primavera vuelve, vuelve y se irá. Y Dios,
curvado en tiempo, se repite, y pasa, pasa
a cuestras con la espina dorsal del Universo.

Cuando las sienes tocan su lúgubre tambor,
cuando me duele el sueño grabado en un puñal,
¡hay ganas de quedarse plantado en este verso!

SANTORAL

(Parágrafos)

VIEJO Osiris! Llegué hasta la pared
de enfrente de la vida.

Y me parece que he tenido siempre
a la mano esta pared.

Soy la sombra, el reverso; todo va
bajo mis pasos de columna eterna.

Nada he traído por las trenzas; todo
fácil se vino a mí. como una herencia.

Sardanápalo. Tal, botón eléctrico
de máquinas de sueño fue mi boca.

Así he llegado a la pared de enfrente;
y siempre esta pared tuve a la mano.

Viejo Osiris! Perdónote! Que nada
alcanzó a requerirme, nada, nada ..

LLUVIA

EN Lima... En Lima está lloviendo
el agua sucia de un dolor
qué mortífero! Está lloviendo
de la gotera de tu amor.

No te hagas la que estás durmiendo,
recuerda de tu trovador;
que yo ya comprendo... comprendo
la humana ecuación de tu amor.

Truena en la mística dulzaina
la gema tempestuosa y zaina,
la brujería de tu "sí".

Mas, cae, cae el aguacero
al ataúd de mi sendero,
donde me ahueso para ti...

AMOR, ya no vuelves a mis ojos muertos;
y cual mi idealista corazón te llora.
Mis cálices todos aguardan abiertos
tus hostias de otoño y vinos de aurora.

Amor, cruz divina, riega mis desiertos
con tu sangre de astros que sueña y que llora.
¡Amor, ya no vuelves a mis ojos muertos
que temen y ansian tu llanto de aurora!

Amor, no te quiero cuando estás distante
rifado en afeites de alegre bacante,
o en frágil y chata facción de mujer.

Amor, ven sin carne, de un icor que asombre;
y que yo, a manera de Dios, sea el hombre
que ama y engendra sin sensual placer!

SIENTO a Dios que camina
 tan en mí, con la tarde y con el mar.
 Con él nos vamos juntos. Anochece.
 Con él anohecemos, Orfandad...

Pero yo siento a Dios. Y hasta parece
 que él me dicta no sé que buen color.
 Como un hospitalario, es bueno y triste;
 mustia un dulce desdén de enamorado:
 debe dolerle mucho el corazón.

Oh, Dios mío, recién a ti me llego,
 hoy que amo tanto en esta tarde; hoy
 que en la falsa balanza de unos senos,
 mido y lloro una frágil Creación.

Y tú, cuál llorarás... tú, enamorado
 de tanto enorme seno girador...
 Yo te consagro Dios, porque amas tanto;
 porque jamás sonríes; porque siempre,
 debe dolerte mucho el corazón.

UNIDAD

EN esta noche mi reloj jadea
junto a la sien oscurecida, como
manzana de revólver que voltea
bajo el gatillo sin hallar el plomo.

La luna blanca, inmóvil, lagrimea,
y es un ojo que apunta... Y siento cómo
se acuña el gran Misterio en una idea
hostil y ovóidea, en un bermejo plomo.

¡Ah, mano que limita, que amenaza
tras de todas las puertas, y que alienta
en todos los relojes, cede y pasa!

Sobre la araña gris de tu armazón,
otra gran Mano hecha de luz sustenta
un plomo en forma azul de corazón.

LOS ARRIEROS

A RRIERO, vas fabulosamente vidriado de sudor.
La hacienda Menocucho
cobra mil sinsabores diarios por la vida.
Las doce. Vamos a la cintura del día.
El sol que duele mucho.

Arriero, con tu poncho colorado te alejas,
saboreando el romance peruano de tu coca.
Y yo desde una hamaca,
desde un siglo de duda,
cavilo tu horizonte y atisbo, lamentado,
por zancudos, y por el estribillo gentil
y enfermo de una "paca-paca".
Al fin tú llegarás donde debes llegar,
arriero, que, detrás de tu burro santurrón,
te vas...
te vas...

Feliz de ti, en este calor en que se encabritan
todas las ansias y todos los motivos;
cuando el espíritu que anima al cuerpo apenas
va sin coca, y no atina a cabestrar
su bruto hacia los Andes
occidentales de la Eternidad.

Canciones de Hogar

ENCAJE DE FIEBRE

POR los cuadros de santos en el muro colgados
mis pupilas arrastran un ¡ay! de anochecer;
y en un temblor de fiebre, con los brazos cruzados,
mi ser recibe vaga visita del Noser.

Una mosca llorona en los muebles cansados
yo no sé qué leyenda fatal quiere verter:
una ilusión de Orientes que fugan asaltados;
un nido azul de alondras que mueren al nacer.

En un sillón antiguo sentado está mi padre.
Como una Dolorosa, entra y sale mi madre.
Y al verlos siento un algo que no quiere partir.

Porque antes de la oblea que es hostia hecha de
Ciencia,
está la hostia, oblea hecha de Providencia.
Y la visita nace, me ayuda a bien vivir...

LOS PASOS LEJANOS

MI padre duerme. Su semblante augusto
figura un apacible corazón;
está ahora tan dulce...
si hay algo en él de amargo, seré yo.

Hay soledad en el hogar; se reza;
y no hay noticias de los hijos hoy.
Mi padre se despierta, ausculta
la huída a Egipto, el restañante adiós.
Está ahora tan cerca;
si hay algo en él de lejos, seré yo.

Y mi madre pasea allá en los huertos,
saboreando un sabor ya sin sabor.
Está ahora tan suave,
tan ala, tan salida, tan amor.

Hay soledad en el hogar sin bulla,
sin noticias, sin verde, sin niñez.
Y si hay algo quebrado en esta tarde,
y que baja y que cruje,
son dos viejos caminos blancos, curvos.
Por ellos va mi corazón a pie.

A MI HERMANO MIGUEL

In. memoriam

HERMANO, hoy estoy en el poyo de la casa,
donde nos haces una falta sin fondo!
Me acuerdo que jugábamos esta hora, y que mamá
nos acariciaba: "Pero, hijos...".

Ahora yo me escondo,
como antes, todas estas oraciones
vespertinas, y espero que tú no des conmigo.
Por la sala, el zaguán, los corredores,
después, te ocultas tú, y yo no doy contigo.
Me acuerdo que nos hacíamos llorar,
hermano, en aquel juego.

Miguel, tú te escondiste
una noche de agosto, al alborar;
pero, en vez de ocultarte riendo, estabas triste.
Y tu gemelo corazón de esas tardes
extintas se ha aburrido de no encontrarte. Y ya
cae sombra en el alma.

Oye, hermano, no tardes
en salir. Bueno? Puede inquietarse mamá.

MI padre, apenas,
 en la mañana pajarina, pone
 sus setentiocho años, sus setentiocho
 ramos de invierno a solear.
 El cementerio de Santiago, untado
 en alegre año nuevo, está a la vista.
 Cuántas veces sus pasos cortaron hacia él,
 y tornaron de algún entierro humilde.

Hoy hace mucho tiempo que mi padre no sale!
 Una broma de niños se desbanda.

Otras veces le hablaba a mi madre
 de impresiones urbanas, de política:
 y hoy, apoyado en su bastón ilustre
 que sonara mejor en los años de la Gobernación,
 mi padre está desconocido, frágil,
 mi padre es una vispera.
 Lleva, trae, abstraído, reliquias, cosas,
 recuerdos, sugerencias.
 La mañana apacible le acompaña
 con sus alas blancas de hermana de caridad.

Día eterno es éste, día ingenuo, infante,
 coral, oracional;
 se corona el tiempo de palomas,
 y el futuro se puebla
 de caravanas de inmortales rosas.
 Padre, aún sigue todo despertando:

es enero que canta, es tu amor
que resonando va en la Eternidad.
Aún reirás de tus pequeñuelos,
y habrá bulla triunfal en los Vacíos.

Aún será año nuevo. Habra empanadas:
y yo tendré hambre, cuando toque a misa
en el beato campanario
el buen ciego mélico con quien
departieron mis sílabas escolares y frescas
mi inocencia rotunda.
Y cuando la mañana llena de gracia,
desde sus senos de tiempo
que son dos renunciadas, dos avances de amor
que se tienden y ruegan infinito, eterna vida.
cante, y eche a volar Verbos plurales,
jirones de tu ser,
a la borda de sus alas blancas
de hermana de caridad ¡oh, padre mío!

ESPERGESIA

Y O nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que soy malo; y no saben
del diciembre de ese enero.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hay un vacío
en mi aire metafísico
que nadie ha de palpar:
el claustro de un silencio
que habló a flor de fuego.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hermano, escucha, escucha...
Bueno. Y que no me vaya
sin llevar diciembres,
sin dejar eneros.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que mastico... Y no saben
por qué en mi verso chirrían,
oscuro sinsabor de féretro,
luyidos vientos
desenrocados de la Esfinge
preguntona del Desierto.

Todos saben... Y no saben
que la Luz es tísica,
y la Sombra gorda...
Y no saben que el Misterio sintetiza...
que él es la joroba
musical y triste que a distancia denuncia
el paso meridiano de las lindes a las Lindes.

Yo nací un día
Que Dios estuvo enfermo,
grave.

La Presente Obra se editó en los
Talleres Gráficos de: Emp. Edit.
TRILCE S. A.
Lima, 1962

CESAR VALLEJO

TRILCE



LIMA - PERU

1962

Prólogos de Antenor Orrego y José
Bergamín. Salutación de
Gerardo Diego.



PALABRAS PROLOGALES

I

CONOCIMIENTO

BIEN quisiera yo, con harto y ubérrimo corazón que estas palabras mías al frente del gran libro de César Vallejo, que marca una superación estética en la gesta mental de América, fueran nada más que lírico grito de amor, tenue vibración del torbellino musical que ha suscitado siempre en mi la vida y la obra de este hermano genial. Así debería ser, pero mi amor no puede eludir el conocimiento. Pienso que sólo quien comprende es el que con más veracidad ama, y que sólo quien ama es el que más entrañablemente comprende. Hay, pues, una mayor o menor veracidad en el amor, tanto o más que en el conocimiento que extrae para sí el máximun de comprensión que necesita para su amor.

Una áurea mañana el niño se llena de estupor ante el sutil juego dinámico, ante los gritos inarticulados de su muñeco. Su asombrada puerilidad toca por primera vez las puertas del misterio. Espera que el milagro que se produce en sí mismo, el milagro de la vida le pueda ser revelado por esta criatura mecánica que tiene en sus manos. El futuro hombre esgrime sus nervios, su corazón, su

cerebro y su valor para lanzarse en su primera aventura de conocimiento. ¿Por qué? —gritan sus entrañas desde lo más ascendrado de su sér—. Y este primer "por qué" rompe, con dolorida angustia, el desfile innumerable de "por qué" que signan los escalones vitales del hombre, hasta el último, el de la muerte. El niño decide destripar su muñeco. Lo destripa.

Tras de haber vaciado las entrañas de trapo y de aserrín, tras de haber examinado atentamente la arquitectura del juguete, tras de haber apartado pieza por pieza todo el montaje interior, tras de haber eliminado todo lo puramente formal en busca de las esencias, el investigador se encuentra ante el primer cadáver de ilusión, ante el primer conocimiento. Un tenue alambriño arrollado en espiral; he aquí dónde residía, íntegramente, el secreto de la maravilla dinámica del muñeco. Esto no es la vida; esto es una mixtificación de la vida.

El niño acaba de descubrir las técnicas, que, a su vez, no son sino los instrumentos para expresar los estilos. El muñeco no es vida, pero puede ser un estilo de la vida.

He aquí, a mi juicio, la posición fundamental de César Vallejo con respecto a la poesía. Niño de prodigiosa virginidad busca el secreto de la vida en sí misma. Ha tenido sus muñecos en los cuales creía encontrar el principio primordial del gran arcano. Ha descubierto que las artes no son sino versiones parciales, versiones escuetas, estilizadas del Universo. Ha descubierto los estilos y los instrumentos para expresarlos: las técnicas.

César Vallejo está destripando los muñecos de la retórica. Los ha destripado ya.

El poeta quiere dar una versión más directa, más caliente y cercana de la vida. El poeta ha hecho pedazos todos los alambritos convencionales

y mecánicos. Quiere encontrar otra técnica que le permita expresar con más veracidad y lealtad su estilo de la vida.

La América Latina —creo yo— no asistió jamás a un caso de tal virginidad poética. Es preciso ascender hasta Walt Whitman para sugerir, por comparación de actitudes vitales, la puerilidad genial del poeta peruano. De esta labor ya se encargará la crítica inteligente, si no hoy, mañana.

II

INTROSPECCION ESTETICA

El poeta quisiera vencer la trágica limitación del hombre para verter a Dios. El poeta quisiera librarse del yugo de las técnicas para expresar el crudo temblor de la Naturaleza. Más aún, el poeta quisiera matar el estilo para traducir la desnuda y fluída presencia del sér. El poeta quisiera conocer sin estilo. Pero antes que poeta es hombre, y como hombre ama también su límite. Sabe que es éste condición inexorable de su expresión. Que el conocimiento al ser expresado mata un tanto el conocimiento. Pero quiere un límite lo menos límite posible. Pues si hay necesidad de un estilo y de una técnica, que sean lo menos estilo y lo menos técnica.

Es así como César Vallejo, por una genial y, tal vez, hasta ahora, inconsciente intuición, de lo que son en esencia las técnicas y los estilos, despoja su expresión poética de todo asomo de retórica, por lo menos, de lo que hasta aquí se ha entendido por retórica, para llegar a la sencillez pristina, a la pueril y edénica simplicidad del verbo. Las palabras en su boca no están agobiadas de tradición literaria, están preñadas de emoción vi-

tal, están preñadas de desnudo temblor. Sus palabras no han sido dichas, acaban de nacer. El poeta rompe a hablar, porque acaba de descubrir el verbo. Está ante la primera mañana de la Creación y apenas ha tenido tiempo de relacionar su lenguaje con el lenguaje de los hombres. Por eso es su decir tan personal, y como prescinde de los hombres para expresar al Hombre, su arte es ecuménico, es universal.

Los demás hombres vemos anatómicamente las cosas. Asistimos a la vida como estudiantes de medicina ante un anfiteatro. Nuestra labor es una labor de disección. Tenemos conocimiento de la pieza anatómica, pero no del todo vivo. Nuestro plano de perspectiva es tan inmediato que el árbol nos oculta al bosque. Vemos los órganos de la vida, separados, clasificados, abstraídos, pero no vemos el temblor vital que palpita en el conjunto. En una palabra, hacemos análisis del hombre, pero no síntesis del hombre.

La pupila de este poeta percibe el panorama humano. Reconstruye lo que en nosotros se encontraba disperso. Toma la pieza anatómica y la encaja en su lugar funcional. Retrae hacia su origen la esencia del sér, bastante oscurecida, chafada, desvitalizada por su carga intelectual de tradición. De este modo llega su arte a expresar al hombre eterno y a la eternidad del hombre, pese a la ubicación local o nacional de su emoción. Su plano de perspectiva está colocado en tal punto que le permite tener la percepción, a la vez, del árbol y del bosque.

El poeta asume entonces su máximo rol de humanidad, lo que equivale a su más alto rol de expresión, lo que equivale, a su vez, a su máximo rol estético. El hombre sólo expresándose se relaciona con el mundo, se conecta con los demás:

hombres y es por esta condición que alcanza su humanidad; y la estética es, a la postre, expresión. El ser absolutamente inexpressivo no existe, es un ente de pura abstracción. Si existiera sería la negación de toda facultad estética, de toda condición humana.

El poeta habla individualmente, particulariza el lenguaje, pero piensa, siente y ama universalmente. Así es como han procedido siempre los grandes creadores. Han renovado los lenguajes y las técnicas, pero han expresado el fondo común humano que es eterno. Nosotros procedemos a la inversa. Particularizamos, estrechamos, desvitalizamos nuestro corazón y nuestro pensamiento, en cambio hablamos, nos expresamos, nos servimos de técnicas que son universales y comunes. El creador vitaliza los lenguajes y las técnicas particularizándolas, nosotros particularizamos y estrechamos el corazón humano desvitalizándolo. El hace síntesis constructiva, nosotros anatomía disgregadora. Nosotros desarticulamos para conocer, él conoce articulando. El acerca y conecta eslabones, nosotros alejamos y dislocamos piezas. El descubre y acopla identidades, nosotros acentuamos y separamos diferencias. Para nosotros entre ser y ser, entre forma y forma hay abismos; para él entre ser y ser, entre forma y forma no hay sino continuidad. Nosotros percibimos los tabiques, él percibe las trayectorias. El mira la Naturaleza en su integridad, que es vida; nosotros miramos la Naturaleza en sus partes, que es muerte. El percibe la vida trémula y agitada, en toda su vehemencia funcional, nosotros la percibimos como clasificación, es decir, como cadáver. El mira el hombre en su destino, nosotros lo miramos en su anatomía y, a lo sumo, en su fisiología. El se siente continente del hombre, nosotros nos sentimos contenidos del hombre. El es:

cauce de humanidad, nosotros células o elemento de humanidad. El dice: tú eres semejante a todos, nosotros decimos: tú eres destino de todos. Nosotros aislamos al hombre del Universo, él le liga totalmente, le hace solidario. Nosotros particularizamos al mundo él universaliza al hombre.

III

EL VEHICULO MUSICAL

En toda expresión estética hay un quid divinum, un ritmo secreto de entrañada interioridad, un hálito latente que no está en la literalidad de la expresión, una ánima ingrávida y eterizada que no está en las partes sino en el conjunto, una aureola que no reside en la obra sino sobre o dentro de la obra, la cual no es sino la virtualidad musical de sugerencia. Las artes todas; pintura, escultura, poesía, aspiran, en sus máximas altitudes, a la expresión musical.— Los grandes creadores sólo lo fueron a condición de haber llegado a la música de su arte y de su estilo.

Y es que la música es el elemento primario del Universo. Es la expresión en que la forma se desmaterializa casi totalmente. Se ha despojado de toda su carga fisiológica para intentar una traducción más cercana y directa del corazón del hombre y del mundo. Es la máxima potencia de estilización del Universo, tanto, que a veces una sola nota que vibra nos abre inmensas perspectivas de conocimiento y de emoción vitales. Las mayores intuiciones, aquéllas que colonizan para la conciencia extensas zonas de pensamiento, nos asaltan como meros motivos melódicos, que el cerebro se encarga, después, de ordenarlas, de explicarlas y de hacerlas carne de verbo. Cuando las artes y los

artistas han vencido los planos inferiores de expresión llegan a un punto de intersección o de convergencia, a un punto de abrazo, que es el ritmo. Allí se sienten semejantes; mas, se sienten unos. Es el lazo de relación para todas las conciencias, posiblemente aún hasta para la materia yerta que nos parece sumida en un sueño de eternidad.

Una misma sugerencia vital al ser expresada por un escultor, por un pintor, por un pensador, por un poeta, a pesar de los diversos caminos, de los diversos instrumentos que emplean y de las diversas formas en que se concreta, alcanza un ritmo único que traduce, a la postre, la misma esencia. Esto nos explica por qué un pensamiento, una acción, un cuadro, una escultura, se nos presentan a veces con el mismo aire familiar, como si procedieran del mismo punto generativo. Esto no es sino la latencia o presencia rítmica que mora en la entraña de cada ser y de cada cosa y que constituye el ánima mater de la ecuménica y secreta trabazón del Mundo.

Pues bien, este ritmo no lo crea el artista, es una cosa dada ya, que sólo reclama ser descubierta. He aquí la más grande función del artista: descubrir el ritmo, y por medio de su arte, expresarlo. El artista no es sino un simple vehículo o conductor. Este es el único sentido de la palabra creación. Los ritmos de las cosas están esperando, desde toda eternidad, un revelador. Darío dijo, si mal no recuerdo, que cada cosa está aguardando su instante de infinito. Este instante no es sino aquel en que el artista descubre el ritmo de cada cosa o de cada ser, que, al mismo tiempo que lo relaciona con el Universo, también lo determina.

Y es tiempo de que volvamos los ojos al poeta de "Trilce". ¡Cuántos "instantes de infinito" descubiertos y colonizados ya para el espíritu huma-

no, han establecido su morada en el libro maravilloso llamando ojos, nervios, cerebros y corazones para que descubran a su vez, lo que el poeta descubrió! ¡Cuántas trémulas palpitaciones de las cosas recogidas allí para que el corazón del hombre se conozca más, se descubra más y ame más! ¡Cuánta música que dormía su sueño de eternidad, que viene a henchir de ritmo nuestra alegría y nuestro dolor de conocimiento...!

El poeta ha descubierto de nuevo la eternidad del hombre; ha descubierto los valores primigenios del alma humana que son por esto mismo, los valores primigenios de la vida, elevándolos a una extraordinaria altura metafísica. En el habla española, solamente Darío alcanzó, en algunos instantes, en los mejores, este vuelo en que el ala a fuerza de ascender se desdibuja y se esfuma para la pupila humana. Son los próceres Himalayas del espíritu en que el pensamiento es metafísica, y la metafísica es trance emotivo, y el trance emotivo es ritmo.

El poeta llega a estas regiones enteramente desnudo. Desnudo de convención y de artificio. La veste retórica, el paramento literario, como humilde trapillo de indigente, yace abandonado y desgarrado, y el varón edénico presenta su carne a los besos de la luz, a los hálitos de la noche, al temblor de las estrellas.

Y tú también, lector, vas a presentarte desnudo, abandonando tu trapillo literario, para llegar al poeta. Si sabes algo, haz como si no supieras nada; la virginidad emotiva y rítmica de "Trilce" niegase a ser poseída por el presuntuoso ensoberbecimiento del que "todo lo sabe", quiere carne pura para que no esté maculada de malicia. No vayas a juzgar; anda a amar, anda a temblar...

IV

LA VIDA CIRCUNSTANCIAL DEL HOMBRE

Por el tiempo en que el poeta rompe a decir sus primeros ritmos, en oscura ciudad de América, en Trujillo, aldea agraria y de universitarias presunciones, de vida sosegada y mansa, como sus verdes y estáticos cañaverales, nace la ascendrada fraternidad, que nunca hubo de declinar, entre el que estas palabras escribe y el mágico creador de "Trilce". Era él un humilde estudiante serrano, con modestias ansias de doctorarse, como tantos pobres indios que engulle, despiadadamente, la Universidad. Recuerdo aquel día, vivido y florecido aún en mi corazón, en que el azar me trajo a las manos "Aldeana", pequeño poemita rural, de deleitoso ambiente cerril y campesino. Fue el "sésamo árabe" que me franqueó la abismática riqueza del artista. Mi admiración y mi amor rindiéronse genuíflexos ante el indio maravilloso. Comenzaba a forjarse, a yunque cordial y a puro martillo de vida, "Los Heraldos Negros".

En torno a una mesa de café o de restorán, previo un ansioso inquirimiento, casi siempre intructuoso por nuestros magros bolsillos de estudiantes, para allegar los dineros con que habíamos de pagar el viático y el vino, reuníamonos José Eulogio Garrido, aristofónico y buenamente incisivo; Macedonio de la Torre, de múltiples y superiores facultades artísticas, perpetuamente distraído y pueril; Alcides Spelucín, uncioso y serio como un sacerdote; César A. Vallejo, de enjuto, bronceado y enérgico pergeño con sus dichos y hechos de inverosímil puerilidad; Juan Espejo, niño balbuceante y tímido aún; Oscar Imaña, colmado de bondad cor-

dial y susceptible, exageradamente a las burlas y pullas de los otros; Federico Esquerre, bonachón, manso, irónico, con la risa a flor de labio; Eloy Espinosa, a quien llamábamos "el Benjamín", con su desorbitada y ruidosa alegría de vivir; Leoncio Muñoz, de generoso y férvido sentido admirativo; Víctor Raúl Haya de la Torre, en quien se apuntaban ya sus excepcionales facultades oratorias; y dos o tres años después, Juan Sotero, de criolla y aguda perspicacia irónica; Francisco Sandoval dueño de pávidos y embrujados poderes mediumínicos; Alfonso Sánchez Urteaga, pintor de gran fuerza, demasiado mozo, que tenía aún pegado a los labios el dulzor de los senos maternos, y algunos otros muchachos de fresco corazón y encendida fantasía. Este ha sido y este es el hogar espiritual del poeta.

Otro día, el ágape fraterno solíase consumir, a base de cabrito y chicha, ante el sedante paisaje de Mansiche y en la humilde vivienda de algún indio. Frescas mozas de ojos ingenuos y de formas elásticas presentábanos las criollas viandas. Se llamaban Huanmanchumo, Piminchumo, Anhuaman, Ñique. Servidos éramos por auténticas princesas de la más clara y legítima estirpe chimú, descendientes directos de los poderosos y magníficos curacas de Chanchón.

La playa de Huamán solitaria y solemne, de olas voraces y traidoras, solía ser también el escenario de estas líricas y férvidas juntas moceriles. Recitábanse allí a Darío, Neruo, Walt Whitman, Verlaine, Paúl Fort, Samain, Maeterlinck y tantos otros que poblaban de aladas y melódicas palabras la sonoridad inarticulada del mar, que abría a nuestra fantasía viajera sus "caminos innumerables".

Rondas nocturnas, pensativas y de encendida

cordialidad, unas; gárrulas y alborotadas, otras. Más de una vez la algarada juvenil turbó el sueño tranquilo de la vieja ciudad provinciana. Con frecuencia los amaneceres sorprendíanos en estos trajines que tenían un adulzorado sabor romántico, apagando como de un soplo, la feérica fogata de nuestros ensueños.

La despreocupada irreverencia moceril que no se curaba de eminencias universitarias, ni de las consagradas y oficiales sábidurías de pupitre, tuvo que provocar, como provocó, una tensa hostilidad ambiente. La docta suficiencia de catedráticos aldeanos cuya cultura literaria, bastante humilde, apenas podía digerir algunas estrofas sueltas de Núñez de Arce y de Espronceda, y cuya curiosidad mental se alimentaba, o mejor, se había alimentado hacía treinta años, con las novelas de Pérez Escrich, Julio Verne, y Alejandro Dumas, se irritó con las audacias y las zumbas de los mozos. El poeta de "Los Heraldos Negros" y de "Trilce" fue la víctima propiciatoria de los más ineptos e ineficaces ataques que no estaban desprovistos de cierta senil malignidad. Un buen señor que no sé si ha muerto ya y que, si mal no recuerdo, se apellidaba Pacheco, digno émulo del de Queiroz, se hizo el instrumento pasivo de los otros, que no se atrevían a presentar batalla a cara descubierta. Así comenzó una heroica lucha que algunos años más tarde debía rendir tan prodigiosos frutos para la cultura y elevación mental de Trujillo. L

Por este tiempo, conocimos un grupo de muchachas que nos brindaron gentil acogida. Las llamabamos con cierta intención, entre benévola y humorística, con nombres alegóricos o de la antigüedad clásica: "Mirtho" era la del poeta. Una noche, mientras tomábamos un restaurador chocolate, los celos pusieron en manos del enamorado cantor un

Smith & Watson * con el cual se proponía vengar el sentimental agravio. No pocos esfuerzos nos costó disuadirle de la medioeval y caballeresca empresa. Al día siguiente partió a Lima.

Llegaron horas negras. El poeta pensaba, por entonces, salir al extranjero. Tenía ya su viaje preparado, pero antes quiso, por última vez, visitar el pequeño pueblo donde había nacido, sentir el tibio y sedante abrazo de su hogar, en el cual no estaba ya la buena madre viejecita que, tantas mañanas y tantas tardes, esperó que los altos cerros cuyas faldas subrayó, al alejarse, la inquieta sombra del hijo, se lo devolvieran de nuevo. El hijo vino cuando los senos maternos eran ya ausencia definitiva. Aquí le esperaba la terrible y trágica prueba de su vida. Quien conozca el sórdido ambiente espiritual de los poblachos serranos en el Perú, se dará cuenta cabal de la maraña tinterillesca y lugareña en que cayó la ingenuidad del poeta. El claro varón que había nacido con los mayores dones de sensibilidad y de pureza ética, que era simple y bondadoso, como un niño, fue acusado de los más turbios crímenes. Abogado hubo que sostuvo ante el Tribunal la acusación de ladrón, de incendiario y hasta de homicida. Hubo otro, éste, camarada de estudios universitarios, que se prestó a fraguar la más inicua instrucción curialesca. Así se vengaba del genio la mediocre ineptitud abogadil. No quiero nombrar aquí a estos dos desdichados por no cubrirlos de ignomina. La generosidad del poeta también les ha perdonado ya.

Mientras la justicia ventilaba la causa, el acusado, con mandamiento de prisión, vivió los días más angustiosos y ásperos. Días de alarido interior y de bruno agravio. Tenía yo una minúscula casta de campo donde fue a refugiarse el perseguido. Largas noches de insomne pesadilla ante el paisa-

je estático y fúnebre, ante los encelados rumores del campo y ante los pávidos ojos de la noche muerta que eternizaba nuestra desesperanza. Hubieron, sin embargo, horas dulcificadas, las más de las veces, por la presencia fraternal de algunos de los muchachos que he nombrado antes y que iban a visitarnos.

Después de dos meses, el poeta comenzó a sentir temores de ser sorprendido y resolvióse a salir a otro lugar que ofrecía, al parecer, mayor seguridad. No fue como esperaba, por que al día siguiente cayó en manos de sus jueces que lo condujeron a la cárcel.

La juventud intelectual de Trujillo y la prensa estallaron entonces en airado grito de protesta, iniciando una enérgica campaña de rehabilitación. Siguiéron, luego, los artistas e intelectuales de Arequipa y Lima y la prensa de Chiclayo. El suceso tuvo dolorosa repercusión en todo el país. Aquí debo mencionar a un inteligente abogado, admirador del poeta, que se prestó, generosamente, a hacer la defensa, hombre valeroso y de gran corazón, el doctor Carlos A. Godoy.

Seis meses fueron de brava lucha, contra la morosidad y el rutinarismo de los organismos judiciales. Aquella hermandad de muchachos que parecía cosa frívola y epidérmica a los ojos fenicios, se irguió prepotente y bizarra contra la insidia, contra la calumnia y la difamación, contra el engranaje gastado y acuchillante de la justicia. Esta vez el acometimiento juvenil venció la modorra del Código, ante el pasmo y a pesar de los officantes mismos de la ley. Este hecho blasonó a Trujillo por sobre todos los pseudos blasones que suele ostentar.

El poeta, durante el tiempo que duró su prisión, mantúvose en tal dignidad y varonía que impuso

respeto a todos. No imploró justicia reptando por los estrados judiciales, sí que la pidió y la exigió, verticalmente, como un hombre. Y al fin, la rehabilitación se produjo, plenaria, íntegra, absoluta.

En este oscuro período de dicerio el espíritu del poeta creció superando su potencialidad creadora. Allí se astillaron, con sangre de su sangre, los mejores versos de "Trilce". Donaba ritmos y marcaba agravios. Que América y la posteridad tengan en cuenta las ciliciadas lonjas cordiales que vale este libro.

Y ahora, el público que me permita retraerme para hablar en voz baja la palabra final, para secretar ternuras al hermano:

"Canta tus ritmos divinos, querido; cántalos siempre para que se abracen y se glisen como lianas a mis pensamientos; para que mis lágrimas, y mis alegrías y los más escondidos secretos de mi corazón, cuando busquen palabras para incorporarse, encuentren las tuyas, frescas, edénicas y vivas; canta tus ritmos para que en la hora en que me suma en el mar de sombra y de callado imperio, me alargues tu mano musical, hermano"...

ANTENOR ORREGO

Trujillo—Setiembre de 1922.

NOTICIA DE TRILCE (*)

ESTE libro "Trilce", de César Vallejo, se publicó por primera vez en Lima, en 1922. Fue acogido con indiferencia o con hostilidad. Después, las jóvenes generaciones literarias del Perú, empezaron a dar-

(*) Prólogo de la II edición de Trilce Editorial Plutarco — Madrid 1930.

se cuenta exacta, según parece, del extraordinario valor poético que contenía. Hubo, o hay, hacia César Vallejo, una tensión distinta: de curiosidad, de sorpresa, de admiración. En España, la poesía de César Vallejo, era hasta ahora, casi totalmente desconocida. Su nombre aparecía sumado al movimiento llamado por sus propugnadores creacionismo: con Huidobro, Larrea, Gerardo Diego. Este movimiento o tendencia formuló en principio, un enunciado poético claramente significativo: "La poesía —decía— es esencialmente traducible. Principio en aparente oposición, si no contradicción, con la tendencia de la nuevamente radical poesía española que definían, individualmente, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Rafael Alberti... Los poetas creacionistas, en principio Huidobro y Larrea, escriben indistintamente en español y en francés, por entender que el fenómeno estético del lenguaje puede someterse más fácilmente al pensamiento, poéticamente puro, en el francés que en el castellano: porque suponen más trabajada y preparada la lengua francesa que la española, más apta para la expresión verbal poética: para la trasmisión espiritual de la creación imaginativa. Gerardo Diego y Jorge Guillén polemizaron sobre este punto. Yo quiero recordarlo, ahora, únicamente para acentuar una de las cualidades esenciales de la poesía de César Vallejo: su arraigo idiomático castellano. Y más, por llegarnos su poesía de América. En este sentido, el libro "Trilce", de César Vallejo, tuvo un logro profético, adelantándose con ingenua espontaneidad de poesía recién nacida: y adelantándose tanto, que hoy mismo nos sería difícil encontrarle superación entre nosotros; en su autenticidad y en sus consecuencias.

Llega con este libro de César Vallejo una a-

portación lírica de valor y significado decisivos. Hacia la fecha de aparición de "Trilce", apenas si se había iniciado en España la renovación o reacción lírica que pronto adquiriría, marginando influencias francesas circunstanciales, el sentido tradicional y radical de nuestra poesía más pura. Salinas, Guillén, García Lorca, Dámaso Alonso, Alberti... laboran esta nueva poesía racional y radicalmente española: hacen que vuelva en sí o a sí misma, a una poesía sincopada casi totalmente durante dos siglos. Y a una poesía que había perdido su sentido —alegre o "dolorido sentir" perdurable— volvieron a dárselo verdadero: porque ahondaban radicalmente la espontaneidad de su lenguaje originario. Esta renovación era una reacción contra las desviaciones romántica naturalística, por último, modernista, de nuestra lírica. Contra el modernismo de Rubén Darío, ese gran vehículo armonioso de la peor pacotilla literaria pseudo-francesa, se mantenía para la línea becqueriana, ya persistente, algo en Unamuno, en el dejo poético de Unamuno en el verso, como en la prosa vibrante de su pensar profundo; pero, sobre todo, en Antonio Machado y en Juan Ramón Jiménez. Bebe la nueva sed poética de estos dos líricos en las fuentes vivas del habla andaluza popular, depurándose, en el segundo, de modo que su propio fluir elude, huidero, la filación en formas dadas, y esa admirable fluidez viva de un lirismo hace de su misma corriente natural, de su propio curso fugitivo, la pura transparencia imaginativa de su pensamiento. A esta poesía esencialmente lírica, fluente, renovadora, formada en un arte poético tan verbalmente transitivo, siguió un empeño más racional, más, en cierto modo, arquitectónico: más constructivo. En la poesía de Pedro Salinas, la más próxima todavía a la transición viva del perfecto liris-

mo juanramoniano, ya empieza a formarse, como de finas cristalizaciones, la estructuración primera de este cauce. Y en la poesía de Jorge Guillén ya se concreta en una concepción, si más limitada, más exacta, esta poderosa reacción poética: reacción o revolución como la de un incorruptible mecanismo celeste, que traspasa, como es natural, o sobrenatural, sus determinaciones históricas. En el verso y la prosa de Dámaso Alonso se afirma ese propósito decidido de construir, de estructurar en formas claras y distintas el pensar imaginativo poético: como en la poesía de Rafael Alberti, iniciada en cantar y canción, y profundizada en puro canto, en hondo pensar puramente poético.

El libro de Alberti "Sobre los Angeles", con las poesías de Juan Larrea o las de Neruda y aquellas de Gerardo Diego que él incluye en su forma creadora, pueden servirnos para sistematizar por referencia el sentido y valor poético de este libro "Trilce".

No tiene la poesía de "Trilce" esa poderosa plenitud dominada y dominadora de la expresión poética de Rafael Alberti: esa virtualidad artística por la que puede Alberti avanzar con dantesca seguridad en sus laberintos infernales o celestes: plasticidad imaginativa, precisión ajustada y ceñida de contornos, lo mismo visual que sonora, que ofrece su poesía con la misma definida perfección siempre, con la objetividad de una construcción metafísica del pensamiento. En el pensar poético de Rafael Alberti, la razón es una pasión, como en la filosofía aristotélica y escolástica; y recíprocamente: la pasión es una razón: razón de ser y razón de estar, exclusivamente poetizado o creado todo en el universo. También se diferencia la poesía de "Trilce", en su ingenuidad, en su íntima generación espiritual profunda, aunque estando

más próxima por la sencillez humana de sus moda, delicadamente agudizada de Juan Larrea; poesía tan directa y tan pura que puede aplicársele invocaciones, de la poesía extremadamente conmovida aquella opinión de Debussy sobre un trozo de Bach: "que no sabe uno cómo ponerse ni lo que hacer para sentirse digno de escucharla". La poesía de Gerardo Diego se aproxima a "Trilce" por la aparente incoherencia de los enlaces imaginativos, acusadores de una honda coherencia poética más exacta; se aparta totalmente del poeta de "Manual de Espumas" por el estremecimiento humano que la determina, por la rapidez, por la vibración, por el acento. La poesía de "Trilce" es seca, ardorosa, como retorcida duramente por un sufrimiento animal que se deshace en un grito alegre o dolorido, casi salvaje. Esto la aproxima y la aparta, a su vez, del poeta americano Neruda, también oscuramente dolorido y hosco, pero con distintas sensualidad: la poesía de Neruda es más jugosa, más blanda, más densa y, acaso, más rica de tonalidades, pero más monótona en conjunto, menos inventiva, menos flexible, menos ágil.

"Versos que no son versos, poesía que no es poesía", decía Jules Laforgue del libro admirable de Corbière: "Les Amours Jaunes". Es decir, poesía que no es literatura; que no está escrita en letras muertas, que no es letrada o no está literaturizada todavía. Cosa excepcional y sorprendente en lengua francesa, donde la tradición que pudiéramos llamar lógico-jurídica del lenguaje, es mucho más inflexible que en la castellana.

La poesía de "Trilce", proyecta o propaga el pensamiento espiritualmente, y no literariamente, por la palabra, en puras relaciones imaginativas, desnudas del ropaje habitual metafórico, descarnadas así, secamente, como una sacudida eléctrica.

Por este descoyuntado lenguaje, por esta armazón esquelética se trasmite, como por una apretada red de cables acerados, una corriente imaginativa, una vibración, un estremecimiento de máxima tensión poética: por ella se descarga a chispazos luminosos y ardientes el profundo sentido y sentimiento de una razón puramente humana. De esto debe estar advertido el lector de "Trilce", de que la poesía vuelve a la infancia espiritual del pensamiento, traspasando fronteras conceptuales: que no han de buscarse en la poesía relaciones análogas ni semejantes al del inferir racional lógico: la poesía tiene su lógica propia como los astros, su pensar espiritual incorruptible. Y no porque la poesía no tenga razón, sino porque la tiene suya propia, razón que le sobra: que por eso, con la razón es con lo que ha de salirse siempre, con la suya; salirse o situarse, relacionarse, especialmente, en el universo imaginativo del hombre.

En la poesía de "Trilce" chocará al lector esta desnudez descarnada, este punzante afianzamiento, brutal, de un lenguaje tan exclusivamente poético, tan poco, o nada, literario. Mucho más, cuando en la poesía de "Trilce" no se desvía ingeniosamente nunca la ingenuidad poética del pensamiento. El poeta desarticula la estructura gramatical del lenguaje descoyuntándolo en sorprendentes cabriolas neologístas, que sirven a su entrañable conmoción imaginativa, a su compasión racional poética, de potentes resortes o ligamentos; mejor, de trampolines para el salto peligroso de las palabras. Ni aún siendo tan extenso bastará a la poesía de "Trilce" el registro tradicional de nuestra rítmica: se lo saltará con ligeros pies como se salta todas las explicaciones literarias.

"La poesía moderna —ha escrito Max Jacob— se salta todas las explicaciones". Yo no he de tra-

tar de explicar, ni de explicarme, esta poesía, que es, como toda poesía, por definición, inexplicable; apenas si podría explicar por qué supera la poesía toda explicación prácticamente razonada o razonadora; y es que la supera a duras penas, precisamente, porque consiste su razón espiritual de ser en eso: en sobrepasar, en saltar o en hacer saltar, por el pensamiento, los obstáculos tradicionales del lenguaje. Por eso la poesía de "Trilce" se ahonda, se arraiga en el lenguaje, porque no puede transmitirse ni cambiarse el lenguaje de nacimiento: el lenguaje poético; aquella cualidad especial, singular y única, que las palabras adquirieron en nuestra racionalización primera, durante la infancia, para sostener después un sistema de relaciones imaginativas con todas las cosas, que es, como nuestra propia sangre espiritual, más aún, como nuestro cuerpo: personal e intransferible. Esta incorporación personal poética es, por eso mismo, la seguridad de su universalidad, esencialmente traducible, pero no dentro de nosotros mismos, sino fuera.

La pureza poética de "Trilce", pureza íntegramente espiritual, pureza de mar, no pureza de agua destilada, tiene tanto empuje, tanto ímpetu, que nos parece áspera y dura al primer contacto; pero, por eso mismo, como todo lo que se expresa más estrictamente, afianza el sentido humano de lo verdadero: la poesía que es lo más humanamente verdadero, o, verdaderamente, lo más humano.

JOSE BERGAMIN.

VALLE VALLEJO

ALBERTO Samain diría Vallejo dice
Gerardo Diego enmudecido dirá mañana
y por una sola vez Piedra de estupor
y madera dulce de establo querido amigo
hermano en la persecución gemela de los
sombreros desprendidos por la velocidad de los astros
Piedra de estupor y madera noble de establo
constituyen tu temeraria materia prima
anterior a los decretos del péndulo y a la
creación secular de las golondrinas

Naciste en un cementerio de palabras
una noche en que los esqueletos de todos los verbos
(intransitivos)
Proclamaban la huelga del te quiero para siempre
(siempre siempre)
una noche en que la luna lloraba y reía y lloraba y
volvía a reír y a llorar
jugándose a sí misma a cara o cruz
Y salió cara y tú viviste entre nosotros

Desde aquella noche muchas palabras apenas
nacidas fallecieron repentinamente
tales como Caricia Quizás Categoría Cuñado
(Cataclismo)
Y otras nunca jamás oídas se alumbraron sobre la
(tierra)
así como Madre Miga Moribundo Melquisedec
(Milagro)
y todas las terminadas en un rabo inocente

Vallejo tú vives rodeado de pájaros a gatas
en un mundo que está muerto requetemuerto y
(podrido)

Vives con tus palabras muertas y vivas
Y gracias a que tú vives nosotros deshauciados
(acertamos)

a levantar los párpados
para ver el mundo tu mundo con la mula y
el hombre guillermosecundario y la tiernísima niña y
los cuchillos que duelen en el paladar

Porque el mundo existe y tú existes y nosotros
terminaremos por existir (probablemente
si tú te empeñas y cantas y voceas
en tu valiente valle Vallejo

GERARDO DIEGO

Madrid, Abril 1930.

Se ha respetado la caprichosa y peculiar ortografía del autor. La presente versión de TRILCE es la correspondiente a la primera edición, Talleres Tipográficos de la Penitenciaría, Lima, 1922. "Noticia de Trilce", de José Bergamín, y "Valle Vallejo", de Gerardo Diego, han sido tomados de la segunda edición, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, 1930.

NOTA DE LOS EDITORES



I

QUIEN hace tanta bulla, y ni deja
testar las islas que van quedando

Un poco más de consideración
en cuanto será tarde, temprano,
y se aquilatará mejor
el guano, la simple calabrina tesórea
que brinda sin querer,
en el insular corazón,
salobre alcatraz, á cada hialóidea
grupada.

Un poco más de consideración,
y el mantillo líquido, seis de la tarde
DE LOS MAS SOBERBIOS BEMOLES.

Y la península párase
por la espalda, abozaleada, impertérrita
en la línea mortal de equilibrio.

TIEMPO Tiempo

II

Mediodía estancado entre relentes.
Bomba aburrida del cuartel achica
tiempo tiempo tiempo tiempo.

Era Era.

Gallos cancionan escarbando en vano.
Boca del claro día que conjuga
era era era era.

Mañana Mañana.

El reposo caliente aun de ser.
Piensa el presente guárdame para
mañana mañana mañana mañana.

Nombre Nombre.

¿Qué se llama cuanto heriza nos?
Se llama Lomismo que padece
nombre nombre nombre.

LAS personas mayores
 ¿a qué hora volverán?
 Da la seis el ciego Santiago,
 y ya está muy oscuro.

Madre dijo que no demoraría.

Aguedita, Nativa, Miguel,
 cuidado con ir por ahí, por donde
 acaban de pasar gangueando sus memorias
 dobladoras penas,
 hacia el silencioso corral, y por donde
 las gallinas que se están acostando todavía,
 se han espantado tanto.
 Mejor estemos aquí no más.
 Madre dijo que no demoraría.

Ya no tengamos pena. Vamos viendo
 los barcos ¡el mío es más bonito de todos!
 con los cuales jugamos todo el santo día,
 sin pelearnos, como debe de ser:
 han quedado en el pozo de agua, listos,
 fletados de dulces para mañana.

Aguardemos así, obedientes y sin más
 remedio, la vuelta, el desagravio
 de los mayores siempre delanteros
 dejándonos en casa a los pequeños,
 como si también nosotros
 no pudiésemos partir.

Aguedita, Nativa, Miguel?
 Llamo, busco al tanteo en la oscuridad.
 No me vayan a haber dejado solo,
 y el único recluso sea yo.

RECHINAN dos carretas contra los martillos
 hasta los lagrimales trifurcas,
 cuando nunca las hicimos nada.
 A aquella otra sí, desamada,
 amargurada bajo túnel campero
 por lo uno, y sobre duras áljidas
 pruebas

espiritivas

Tendíme en són de tercera parte,
 más tarde —qué la bamos a hhazer—
 se anilla en mi cabeza, furiosamente
 a no querer dosificarse en madre. Son

los anillos.

Son los nupciales trópicos ya tascados.
 El alejarse, mejor que todo,
 rompe a Crisol.

Aquel no haber descolorado
 por nada. Lado al lado al destino y llora
 y llora. Toda la canción
 cuadrada en tres silencios.

Calor. Ovario. Casi transparencia.
 Háse llorado todo. Háse entero velado
 en plena izquierda.

GRUPO dicotiledón. Oberturan
 desde él petreles, propensiones de trinidad
 finales que comienzan, ohs de ayes
 creyérase avaloriados de heterogeneidad.
 ¡Grupo de los dos cotiledones!

A ver. Aquello sea sin ser más.
 A ver. No trascienda hacia afuera,
 y piense en són de no ser escuchado.
 y crome y no sea visto.
 Y no glise en el gran colapso.

La creada voz rebélase y no quiere
 ser malla, ni amor.
 Los novios sean novios en eternidad.
 Pues no deis 1, que resonará al infinito.
 Y no deis 0, que callará tanto,
 hasta despertar y poner de pie al 1.

Ah grupo bicardiaco.

EL traje que vestí mañana
no lo ha lavado mi lavandera:
lo lavaba en sus venas otilinas,
en el chorro de su corazón, y hoy no he
de preguntarme si yo dejaba
el traje turbio de injusticia.

Ahora que no hay quien vaya a las aguas,
en mis falsillas encañona
el lienzo para emplumar, y todas las cosas
del velador de tanto qué será de mí,
todas no están mías
a mi lado.

Quedaron de su propiedad,
fratesadas, selladas con su trigueña bondad.

Y si supiera si ha de volver;
y si supiera qué mañana entrará
a entregarme las ropas lavadas, mi aquella
lavandera del alma. Qué mañana entrará
satisfecha, capulí de obrería, dichosa
de probar que sí sabe, que si puede
¡COMO NO VA A PODER!
azular y planchar todos los caos.

RUMBE sin novedad por la veteada calle
que yo me sé. Todo sin novedad,
de veras. Y fondeé hacia cosas así,
y fui pasado.

Doblé la calle por la que raras
veces se pasa con bien, salida
heroica por la herida de aquella
esquina viva, nada a medias.

Son los grandores,
el grito aquel, la claridad de careo,
la barreta sumersa en su función de
¡ya!

Cuando la calle está ojerosa de puertas,
y pregona desde descalzos atriles
trasmañanar las salvas en los dobles.

Ahora hormigas minuterías
se adentran dulzoradas, dormitadas, apenas
dispuestas, y se baldan,
quemadas pólvoras, altos de a 1921.

VIII

MAÑANA es otro día, alguna
vez hallaría para el hifalto poder.
entrada eternal.

Mañana algún día,
sería la tienda chapada
con un par de pericardios, pareja
de carnívoros en celo.

Bien puede afincar todo eso.
Pero un mañana sin mañana,
entre los aros de que enviudemos,
margen de espejo habrá
donde traspasaré mi propio frente
hasta perder el eco
y quedar con el frente hacia la espalda.

PRISTINA y última piedra de infundada
ventura, acaba de morir
con alma y todo, octubre habitación y encinta.
De tres meses de ausente y diez de dulce.
Cómo el destino,
mitrado monodáctilo, ríe.

Cómo detrás deshaucian juntas
de contrarios. Cómo siempre asoma el guarismo
bajo la línea de todo avatar.

Cómo escotan las ballenas a palomas.
Cómo a su vez éstas dejan el pico
cubicado en tercera ala.
Cómo arzonamos, cara a monótonas ancas.

Se remolca diez meses hacia la decena,
hacia otro más allá.
Dos quedan por lo menos todavía en pañales.
Y los tres meses de ausencia.
Y los nueve de gestación.

No hay ni una violencia.
El paciente incorporase,
y sentado empavona tranquilas misturas.

HE encontrado a una niña
 en la calle, y me ha abrazado.
 Equis, disertada, quien la halló y la halle,
 no la va a recordar.

Esta niña es mi prima. Hoy, al tocarle
 el talle, mis manos han entrado en su edad
 como en par de mal rebocados sepúlcros.
 Y por la misma desolación marchóse,
 delta al sol teneblosa,
 trina entre los dos.

 “Me he casado”,
 me dice. Cuando lo que hicimos de niños
 en casa de la tía difunta.
 Se ha casado.
 Se ha casado.

Tardes años latitudinales,
 qué verdaderas ganas nos ha dado
 de jugar a los toros, a las yuntas,
 pero todo de engaños, de candor, como fue.

XII

E SCAPO de una finta, peluza a peluza.
Un proyectil que no sé dónde irá a caer.
Incertidumbre. Tramonto. Cervical coyuntura.

Chasquido de moscón que muere
a mitad de su vuelo y cae a tierra.
¿Qué dice ahora Newton?
Pero, naturalmente, vosotros sois hijos.

Incertidumbre. Talones que no giran.
Carilla en nudo, fabrida
cinco espinas por un lado
y cinco por el otro: Chit! Ya sale.

P IENSO en tu sexo.
 Simplificado el corazón, pienso en tu sexo,
 ante el hijar maduro del día.
 Palpo el botón de dicha, está en sazón.
 Y muere un sentimiento antiguo
 degenerado en seso.

Pienso en tu sexo, surco más prolífico
 y armonioso que el vientre de la Sombra,

aunque la Muerte concibe y pare
 de Dios mismo.

Oh conciencia,
 pienso, sí, en el bruto libre
 que goza donde quiere, donde puede.

Oh, escándalo de miel de los crepúsculos.
 Oh estruendo mudo.

¡Odumodneurtse!

CUAL mi explicación.

Esto me lacera la tempranía.

Esa manera de caminar por los trapecios.

Esos corajosos brutos como postizos.

Esa goma que pega el azogue al adentro.

Esas posaderas sentadas para arriba.

Ese no puede ser, sido.

Absurdo.

Demencia.

Pero he venido de Trujillo a Lima.

Pero gano un sueldo de cinco soles.

EN el rincón aquel, donde dormimos juntos tantas noches, ahora me he sentado a caminar. La cuja de los novios difuntos fue sacada, o talvez que habrá pasado.

Has venido temprano a otros asuntos y ya no estás. Es el rincón donde a tu lado, leí una noche, entre tus tiernos puntos, un cuento de Daudet. Es el rincón amado. No lo equivoques.

Me he puesto a recordar los días de verano idos, tu entrar y salir, poca y harta y pálida por los cuartos.

En esta noche pluviosa,
ya lejos de ambos dos, salto de pronto...
Son dos puertas abriéndose cerrándose,
dos puertas que al viento van y vienen
sombra a sombra.

TENGO fe en ser fuerte.
 Dame, aire manco, dame ir
 galoneándome de ceros a la izquierda.
 Y tú, sueño, dame tu diamante implacable.
 tu tiempo de deshora.

Tengo fe en ser fuerte.
 Por allí avanza cóncava mujer,
 cantidad incolora, cuya
 gracia se cierra donde me abro.

Al aire, fray pasado. Cangrejos, zote!
 Avístase la verde bandera presidencial,
 arriando las seis banderas restantes,
 todas las colgaduras de la vuelta.

Tengo fe en que soy,
 y en que he sido menos.

Ea! Buen primero!

D ESTILASE este 2 en una sola tanda,
 y entrambos lo apuramos.
 Nadie me hubo oído. Estría urente
 abracadabra civil.

La mañana no palpa cual la primera
 cual la última piedra ovulandas
 a fuerza de secreto. La mañana descalza.
 El barro a medias
 entre sustancias gris, más y menos.

Caras no saben de la cara, ni de la
 marcha a los encuentros.
 Y sin hacia cabecee el exergo.
 Yerra la punta del afán.

Junio, eres nuestro. Junio, y en tus hombros
 me paro a carcajear, secando
 mi metro y mis bolsillos
 en tus 21 uñas de estación.

¡Buena! Buena!

OH las cuatro paredes de la celda.
 Ah las cuatro paredes albicantes
 que sin remedio dan al mismo número.

Criadero de nervios, mala brecha,
 por sus cuatro rincones cómo arranca
 las diarias aherrojadas extremidades.

Amorosa llavera de innumerables llaves,
 si estuvieras aquí, si vieras hasta
 qué hora son cuatro estas paredes.
 Contra ellas seríamos contigo, los dos,
 más dos que nunca. Y ni lloraras,
 di, libertadora!

Ah las paredes de la celda.
 De ellas me duele entretanto, más
 las dos largas que tienen esta noche
 algo de madres que ya muertas
 llevan por bromurados declives,
 a un niño de la mano cada una.

Y sólo yo me voy quedando,
 con la diestra, que hace por ambas manos,
 en alto, en busca de terciario brazo
 que ha de pupilar, entre mi donde y mi cuando,
 esta mayoría inválida de hombre.

A trastear, Hélpide dulce, escampas,
cómo quedamos de tan quedarnos.

Hoy vienes apenas me he levantado.
El establo está divinamente meado
y excrementido por la vaca inocente
y el inocente asno y el gallo inocente.

Penetra en la maría ecuménica.
Oh sangabriel, haz que conciba el alma,
el sin luz amor, el sin cielo,
lo más piedra, lo más nada,
hasta la ilusión monarca.

Quemaremos todas las naves!
Quemaremos la última esencia!

Mas si se ha de sufrir de mito a mito,
y a hablarme llegas masticando hielo,
mastiquemos brasas,
ya no hay donde bajar,
ya no hay donde subir.

Se ha puesto el gallo incierto, hombre.

A L ras de batiente nata blindada
de piedra ideal. Pues apenas
acerco el 1 al 1 para no caer.

Ese hombre mostachoso. Sol,
herrada su única rueda, quinta y perfecta,
y desde ella para arriba.
Bulla de botones de bragueta,

libres.
bulla que reprende A vertical subordinada.
El desagüe jurídico. La chirota grata.

Mas sufro. Allende sufro. Aquende sufro.

Y he aquí se me cae la baba, soy
una bella persona, cuando
el hombre guillermosecundario
puja y suda felicidad
a chorros, al dar lustre al calzado
de su pequeña de tres años.

Engállase el barbado y frota un lado.
La niña en tanto pónese el índice
en la lengua que empieza a deletrear
los enredos de enredos de los enredos,
y unta el otro zapato, a escondidas,
con un poquito de saliba y tierra.
pero con un poquito

no má.

s ;

EN un auto arteriado de círculos viciosos,
 torna diciembre qué cambiado,
 con su oro en desgracia. Quién le viera:
 diciembre con sus 31 pieles rotas,
 el pobre diablo.

Yo le recuerdo. Hubimos de esplendor,
 bocas ensortijadas de mal engrimiento,
 todas arrastrando recelos infinitos.
 Cómo no voy a recordarle
 al magro señor Doce.

Yo le recuerdo. Y hoy diciembre torna
 qué cambiado, el aliento a infortunio,
 helado, moqueando humillación.

Y a la ternurosa avestruz
 como que la ha querido, como que la ha adorado.
 Pero ella se ha calzado todas sus diferencias.

ES posible me persigan hasta cuatro magistrados vuelto. Es posible me juzguen

(pedro.

¡Cuatro humanidades justas juntas!
Don Juan Jacobo está en hacerlo,
y las burlas le tiran de su soledad,
como a un tonto. Bien hecho.

Farol roto, el día induce a darle algo,
y pende
a modo de asterisco que se mendiga
a sí propio quizás qué enmendaturas.

Ahora que chirapa tan bonito
en esta paz de una sola línea,
aquí me tienes,
aquí me tienes, de quien yo penda,
para que sacies mis esquinas.

Y si, éstas colmadas,
te derramases de mayor bondad,
sacaré de donde no haya,
forjaré de locura otros posillos,
insaciables ganas
de nivel y amor.

Si pues siempre salimos al encuentro
de cuanto entra por otro lado,
ahora, chirapado eterno y todo,
heme, de quien yo penda,
estoy de filo todavía. Heme!

TAHONA estuosa de aquellos mis bizcochos
pura yema infantil innumerable, madre.

Oh tus cuatro gorgas, asombrosamente
mal plañidas, madre: tus mendigos.
Las dos hermanas últimas, Miguel que ha muerto
y yo arrastrando todavía
una trenza por cada letra del abecedario.

En la sala de arriba nos repartías
de mañana, de tarde de dual estiba,
aquellas ricas hostias de tiempo, para
que ahora nos sobrasen
cáscaras de relojes en flexión de las 24
en punto parados.

Madre, y ahora! Ahora, en cuál alvéolo
quedaría, en qué retoño capilar,
cierta migaja que hoy se me ata al cuello
y no quiere pasar. Hoy que hasta
tus pueros huesos estarán harina
que no habrá en qué amasar
¡tierna dulcera de amor!,
hasta en la cruda sombra, hasta en el gran molar
cuya encía late en aquel lácteo hoyuelo
que inadvertido lábrase y pulula ¡tú lo viste tanto!
en las cerradas manos recién nacidas.

Tal la tierra oirá en tu silenciar,
cómo nos van cobrando todos
el alquiler del mundo donde nos dejás
y el valor de aquel pan inacabable.

Y nos lo cobran, cuando, siendo nosotros
pequeños entonces, como tú verías,
no se lo podíamos haber arrebatado
a nadie; cuando tú nos lo diste,
¿di, mamá?

AL borde de un sepulcro florecido
trascurren dos marías llorando,
llorando a mares.

El ñandú desplumado del recuerdo
alarga su postrera pluma,
y con ella la mano negativa de Pedro
graba en un domingo de ramos
resonancias de exequias y de piedras.

Del borde de un sepulcro removido
se alejan dos marías cantando.
Lunes.

ALFAN alfiles a adherirse
 a las junturas, al fondo, a los testuces.
 al sobrelecho de los numeradores a ple.
 Alfiles y cadillos de lupinas parvas.

Al rebufar el socaire de cada caravela
 deshilada sin americanizar,
 ceden las estevas en espasmo de infortunio,
 con pulso párvulo mal habituado
 a sonarse en el dorso de la muñeca.
 Y la más aguda tiplisonancia
 se tonsura y apeálase, y largamente
 se ennazala hacia carámbanos
 de lástima infinita.

Soberbios lomos resoplan
 al portar, pendientes de mustios petrales
 las escarapelas con sus siete colores
 bajo cero, desde las islas guaneras
 hasta las islas guaneras.
 Tal los escarzos a la intemperie de pobre
 fe.
 Tal el tiempo de las rondas. Tal el del rodeo
 para los planos futuros,
 cuando innánima grifalda relata sólo
 fallidas callandas cruzadas.

Vienen entonces alfiles a adherirse
 hasta en las puertas falsas y en los borradores.

Las uñas. Apeona ardiente avestruz coja,
desde perdidos sures,
flecha hasta el estrecho ciego
de senos aunados.

Al calor de una punta
de pobre sesgo ESFORZADO.
la griega sota de oros tórnase
morena sota de islas.
cobrizá sota de lagos
en frente a moribunda alejandria.
a cuzco moribundo.

ME da miedo ese chorro,
 buen recuerdo, señor fuerte, implacable
 cruel dulzor. Me da miedo.
 Esta casa me da entero bien, entero
 lugar para este no saber dónde estar.

No entremos. Me da miedo este favor
 de tornar por minutos, por puentes volados.
 Yo no avanzo, señor dulce,
 recuerdo valeroso, triste
 esqueleto cañor.

Qué contenido, el de esta casa encantada,
 me da muertes de azogue, y obtura
 con plomo mis tomas
 a la seca actualidad.

El chorro que no sabe a cómo vamos,
 dame miedo, pavor.
 Recuerdo valeroso, yo no avanzo.
 Rubio y triste esqueleto, silba, silba.

HE almorzado solo ahora, y no he tenido madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua, ni padre que, en el facundo ofertorio de los choclos, pregunte para su tardanza de imagen, por los broches mayores del sonido.

Cómo iba yo a almorzar. Cómo me iba a servir de tales platos distantes esas cosas, cuando habrása quebrado el propio hogar, cuando no asoma ni madre a los labios. Cómo iba yo a almorzar nonada.

A la mesa de un buen amigo he almorzado con su padre recién llegado del mundo, con sus canas tías que hablan en tordillo retinte de porcelana, bisbiseando por todos sus viudos alvéolos; y con cubiertos francos de alegres tiroriros porque estánse en su casa. Así qué gracia! Y me han dolido los cuchillos de esta mesa en todo el paladar.

El yantar de esas mesas así, en que se prueba amor ajeno en vez del propio amor, torna tierra el bocado que no brinda la

MADRE,

hace golpe la dura deglución; el dulce, hiel; aceite funéreo, el café.

Cuando ya se ha quebrado el propio hogar, y el sírvete materno no sale de la tumba, la cocina a oscuras, la miseria de amor.

ZUMBA el tedio enfrascado
bajo el momento improducido y caña.

Pasa una paralela a
ingrata línea quebrada de fecilidad.
Me extraña cada firmeza, junto a esa agua
que se aleja, que ríe acero, caña
Hilo retemplado, hilo, hilo binómico,
¿por dónde romperás, nudo de guerra?
Acoraza este ecuador. Luna.

QUEMADURA del segundo
 en toda la tierna carnicilla del deseo,
 picadura de ají vagoroso
 a las dos de la tarde inmoral.

Guante de los bordes borde a borde.
 Olorosa verdad tocada en vivo, al conectar
 la antena del sexo
 con lo que estamos siendo sin saberlo.

Lavaza de máxima ablución.
 Calderas viajeras
 que se chocan y salpican de fresca sombra
 unánime, el color, la fracción, la dura vida,
 la dura vida eterna.
 No temamos. La muerte es así.

El sexo sangre de la amada que se queja
 dulzorada, de portar tanto
 por tan punto ridículo.
 Y el circuito
 entre nuestro pobre día y la noche grande,
 a las dos de la tarde inmoral.

ESPERANZA plañe entre algodones.

Aristas roncadas uniformadas
de amenazas tejidas de esporas magníficas
y con porteros botones innatos.
¿Se luden seis de Sol?
Natividad. Cállate, miedo.

Cristiano espero, espero siempre
de hinojos en la piedra circular que está
en las cien esquinas de esta suerte
tan vaga a donde asomo.

Y Dios sobresaltado, nos oprime
el puiso, grave, mudo,
y como padre a su pequeña,
apenas,
pero apenas, entreabre los sangrientos algodones
y entre sus dedos toma a la esperanza.

Señor, lo quiero yo...
Y basta!

999 calorías.

Rumbbbb.... Trrraprrrr rrach.... ehaz
Serpentínica u del bizcochero
engirafada al timpano.

Quién como los hielos. Pero no.
Quién como lo que va ni más ni menos.
Quién como el justo medio.

1.000 calorías.

Azulea y ríe su gran cachaza
el firmamento gringo. Baja
el sol empavado y le alborota los cascos
al más frío.

Remeda al cuco: Roooooeeeeis.....
tierno autocarril, móvil de sed,
que corre hasta la playa.

Aire, aire! Hielo!
Si al menos el calor (———Mejor
no digo nada.

Y hasta la misma pluma
con que escribo por último se troncha.

Treinta y tres trillones trescientos treinta
y tres calorías.

SI lloviera esta noche, retirariame
de aquí a mil años.
Mejor a cien no más.
Como si nada hubiese ocurrido, haría
la cuenta de que vengo todavía.

O sin madre, sin amada, sin porfía
de agacharme a aguaitar al fondo, a puro
pulso,
esta noche, así, estaría escarmenando
la fibra védica,
la lana védica de mi fin final, hilo
del diantre, traza de haber tenido
por las narices
a dos badajos inacordes de tiempo
en una misma campana.

Haga la cuenta de mi vida
o haga la cuenta de no haber aún nacido,
no alcanzaré a librarme.

No será lo que aún no haya venido, sino
lo que ha llegado y ya se ha ido,
sino lo que ha llegado y ya se ha ido.

SE acabó el extraño con quien, tarde
 la noche, regresabas parla y parla.
 Ya no habrá quien me aguarde,
 dispuesto mi lugar, buenc lo malo.

Se acabó la calurosa tarde;
 tu gran bahía y tu clamor; la charla
 con tu madre acabada
 que nos brindaba un té lleno de tarde.

Se acabó todo al fin; las vacaciones,
 tu obediencia de pechos, tu manera
 de pedirme que no me vaya fuera.

Y se acabó el diminutivo, para
 mi mayoría en el dolor sin fin
 y nuestro haber nacido así sin causa.

E L encuentro con la amada
 tanto alguna vez, es un simple detalle,
 casi un programa hípico en violado,
 que de tan largo no se puede doblar bien.

El almuerzo con ella que estaría
 poniendo el plato que nos gustara ayer
 y se repite ahora,
 pero con algo más de mostaza;
 el tenedor absorto, su doneo radiante
 de pistilo en mayo, y su verecundia
 de a centavito, por quitame allá esa paja.
 Y la cerveza lírica y nerviosa
 a la que celan sus dos pezones sin lúpulo,
 y que no se debe tomar mucho!

Y los demás encantos de la mesa
 que aquella núbil campaña borda
 con sus propias baterías germinales
 que han operado toda la mañana,
 según me consta, a mí,
 amoroso notario de sus intimidades,
 y con las diez varillas mágicas
 de sus dedos pancreáticos.

Mujer que, sin pensar en nada más allá,
 sucita el mirlo y se pone a conversarnos
 sus palabras tiernas
 como lancinantes lechugas recién cortadas.

Otro vaso y me voy. Y nos marchamos.
 ahora sí. a trabajar.

Entre tanto, ella se interna
entre los cortinajes y ¡oh aguja de mis días
desgarrados! se sienta a la orilla
de una costura, a coserme el costado
a su costado,
a pegar el botón de esa camisa,
que se ha vuelto a caer. Pero hase visto!

PUGNAMOS ensartarnos por un ojo de aguja,
enfrentados, a las ganadas.
Amoniácase casi el cuarto ángulo del círculo.
¡Hembra se continúa el macho, a raíz
de probables senos, y precisamente
a raíz de cuanto no florece!

¿Por ahí estás, Venus de Milo?
Tu manqueas apenas pululando
entrañada en los brazos plenarios
de la existencia,
de esta existencia que todaviiza
perenne imperfección.
Venus de Milo, cuyo cercenado, increado
brazo revuélvese y trata de encodarse
a través de verdeantes guijarros gagos,
ortivos nautilos, aunes que gatean
recién, visperas inmortales.
Laceadora de inminencias, laceadora
del paréntesis.

Rehusad, y vosotros, a posar las plantas
en la seguridad dupla de la Armonía.
Rehusad la simetría a buen seguro.
Intervenid en el conflicto
de puntas que se disputan
en la más torionda de las justas
el salto por el ojo de la aguja!

Tal siento ahora al meñique
demás en la siniestra. Lo veo y creo

no debe serme, o por lo menos que está
en sitio donde no debe.

Y me inspira rabia y me azarea
y no hay cómo salir de él, sino haciendo
la cuenta de que hoy es jueves.

¡Ceded al nuevo impar
potente de orfandad!

XXXVII

HE conocido a una pobre muchacha
a quien conduje hasta la escena.
La madre, sus hermanas qué amables y también
aquel su infortunado "tú no vas a volver".

Como en cierto negocio me iba admirablemente,
me rodeaban de un aire de dinasta florido.
La novia se volvía agua,
y cuán bien me solía llorar
su amor mal aprendido.

Me gustaba su tímida marinera
de humildes aderezos al dar las vueltas,
y cómo su pañuelo trazaba puntos,
tildes, a la melografía de su bailar de juncia.

Y cuando ambos burlamos al párroco,
quebróse mi negocio y el suyo
y la esfera barrida.

ESTE cristal aguarda ser sorbido
 en bruto por boca verdadera
 sin dientes. No desdentada.
 Este cristal es pan no venido todavía.

Hiere cuando lo fuerzan
 y ya no tiene cariños animales.
 Mas si se le apasiona, se melaría
 y tomaría la forma de los sustantivos
 que se adjetivan de brindarse.

Quienes lo ven allí triste individuo
 incoloro, lo enviarían por amor,
 por pasado y a lo más por futuro:
 si el no dase por ninguno de sus costados;
 si él espera ser sorbido de golpe
 y en cuanto transparencia, por boca
 verdadera que ya no tendrá dientes.

Este cristal ha pasado de animal,
 y márchase ahora a formar las izquierdas.
 los nuevos Menos.
 Déjenlo sólo no más.

QUIEN ha encendido fósforo!
 Mézome. Sonríe
 a columpio por motivo.
 Sonríe aún más, si llegan todos
 a ver las guías sin color
 y a mí siempre en punto. Qué me importa.

Ni ese bueno del Sol que, al morirse de gusto,
 lo despoza todo para distribuirlo
 entre las sombras, el pródigo,
 ni él me esperaría a la otra banda.
 Ni los demás que paran solo
 entrando y saliendo.

Llama con toque de retina
 el gran paudero. Y pagamos en señas
 curiosísimas el tibio valor innegable
 hoineado, trascendiente.
 Y tomamos el café ya tarde,
 con deficiente azúcar que ha faltado,
 y pan sin mantequilla. Qué se va hacer.

Pero, eso sí, los arcs receñidos, barreados.
 La salud va en un pie. De frente: marchen!

QUIEN nos hubiera dicho que en domingo
 así, sobre arácnidas cuestras
 se encabritaría la sombra de puro frontal.
 (Un molusco ataca yermos ojos encallados,
 a razón de dos o más posibilidades tantálicas
 contra medio estertor de sangre remordida).

Entonces, ni el propio revés de la pantalla
 deshabitada enjugaría las arterias
 trasdoseadas de dobles todavía.

Como si nos hubiesen dejado salir! Como
 si no estuviésemos abrazados siempre
 a los dos flancos diarios de la fatalidad!

Y cuánto nos habríamos ofendido.

Y aun lo que nos habríamos enojado y peleado
 y amistado otra vez
 y otra vez.

Quién hubiera pensado en tal domingo,
 cuando, a rastras, seis codos lamen
 de esta manera, huera yemas lunesentes.

Habríamos sacado contra él, de bajo
 de las dos alas del Amor,
 lustrales plumas terceras, puñales,
 nuevos pasajes de papel de oriente.
 Para hoy que probamos si aún vivimos,
 casi un frente no más.

LA Muerte de rodillas mana
 su sangre blanca que no es sangre.
 Se huele a garantía.
 Pero ya me quiero reir.

Murmúrase algo por allí. Callan.
 Alguien silba valor de lado,
 y hasta se contaría en par
 veintitrés costillas que se echan de menos
 entre sí, a ambos costados; se contaría
 en par también, toda la fila
 de trapecios escoltas.

En tanto el redoblante policial
 (Otra vez me quiere reir)
 se desquita y nos tunde a palos,
 dale y dale,
 de membrana a membrana,
 tas
 con
 tas.

ESPERAOS. Ya os voy a narrar todo. Esperaos sosiegue este dolor de cabeza. Esperaos. ¿Dónde os habéis dejado vosotros que no hacéis falta jamás?

Nadie hace falta! Muy bien.

Rosa entra del último piso. Estoy niño. Y otra vez rosa: ni sabes a dónde voy.

¿Aspa la estrella de la muerte?
O son extrañas máquinas cosedoras dentro del costado izquierdo.
Esperaos otro momento.

No nos ha visto nadie. Pura búscate el talle.
¡A dónde se han saltado tus ojos!

Penetra reencarnada en los salones de ponentino cristal. Suena música exacta casi lástima.

Me siento mejor. Sin fiebre, y ferviente. Primavera. Perú. Abro los ojos. Ave! No salgas. Dios, como si sospechase algún flujo sin reflujo ay.

Paletada facial, resbala el telón cabe las conchas.

Acrisis. Tilia, acuéstate.

QUIEN sabe se va a ti. No le ocultes.
Quién sabe madrugada.
Acaríciale. No le digas nada. Está
duro de lo que se ahuyenta.
Acaríciale. Anda! Cómo le tendrías pena.

Narra que no es posible
todos digan que bueno
cuando ves que se vuelve y revuelve,
animal que ha aprendido a irse... No?
Sí! Acaríciale. No le arguyas.

Quién sabe se va a ti madrugada.
¿Has contado qué poros dan salida solamente.
y cuáles dan entrada?
Acaríciale. Anda! Pero no vaya a saber
que lo haces porque yo te lo ruego.
Anda!

ESTE piano viaja para adentro,
viaja a saltos alegres.
Luego medita en ferrado reposo,
clavado con diez horizontes.

Adelanta. Arrástrase bajo túneles,
más allá, bajo túneles de dolor,
bajo vértebras que fugan naturalmente.

Otras veces van sus trompas,
lentas ansias amarillas de vivir,
van de eclipse,
y se espulgan pesadillas insectiles
ya muertas para el trueno, heraldo de los génesis.

Piano oscuro ¿a quién atisbas
con tu sordera que me oye,
con tu mudez que me asorda?
Oh pulso misterioso.

ME desvinculo del mar
cuando vienen las aguas a mí.

Salgamos siempre. Saboreemos
la nación estupenda, la canción dicha
por los labios inferiores del deseo.
Oh prodigiosa doncellez.
Pasa la brisa sin sal.

A lo lejos husmeo los tuétanos
oyendo el tanteo profundo, a la caza
de teclas de resaca.

Y si así diéramos las narices
en el absurdo,
nos cubriremos con el oro de no tener nada,
y empollaremos el ala aún no nacida
de la noche, hermana
de esta ala huérfana del día,
que a fuerza de ser una ya no es ala.

LA tarde cocinera se detiene
ante la mesa donde tú comiste;
y muerta de hambre tu memoria viene
sin probar ni agua, de lo puro triste.

Mas como siempre, tu humildad se aviene
a que le brinden la bondad más triste.
Y no quieres gustar, que ves quien viene
filialmente a la mesa en que comiste.

La tarde cocinera te suplica
y te llora en su delantal que aún sórdido
nos empieza a querer de oírnos tanto.

Yo hago esfuerzos también; porque no hay
valor para servirse de estas aves.
Ah! qué nos vamos a servir ya nada.

CILIADO arrecife donde nací,
según refieren crónicas y pliegos
de labios familiares historiados
en segunda gracia.

Ciliado archipiélago, te desislas a fondo,
a fondo archipiélago mío!
Duras todavía las articulaciones
al camino, como cuando nos instan
y nosotros no cedemos por nada.

Al ver los párpados cerrados,
implumes mayorcitos, devorando azules bombones
se carcajean pericotes viejos.
Los párpados ceriados, como si, cuando, nacemos
siempre no fuese tiempo todavía.

Se va el altar, el cirio para
que no le pasase nada a mi madre,
y por mí que sería con los años, si Dios
quería, Obispo, Papa, Santo, o talvez
sólo un columnario dolor de cabeza.

Y las manitas que se abarquillan
asiéndose de algo flotante,
a no querer quedarse.
Y siendo ya la 1.

TENGO ahora 70 soles peruanos.
 Cojo la penúltima moneda, la que suena
 69 veces púnicas.
 Y he aquí, al finalizar su rol,
 quemase toda y arde llameante,
 llameante,
 redonda entre mis timpanos alucinados.

Ella, siendo 69, dase contra 70;
 luego escala 71 rebota en 72.
 Y así se multiplica y espejea impertérrita
 en todos los demás piñones.

Ella, vibrando y forcejeando,
 pegando grittttos,
 soltando arduos, chisporroteantes silencios,
 orinándose de natural grandor,
 en unánimes postes surgentes,
 acaba por ser todos los guarismos,
 la vida entera.

MURMURADO en inquietud, cruzo,
el traje largo de sentir, los lunes
de la verdad.

Nadie me busca ni me reconoce,
y hasta yo he olvidado
de quién seré.

Cierta guardarropía, sólo ella, nos sabrá
a todos en las blancas hojas
de las partidas.

Esa guardarropía, ella sola,
al volver de cada facción,
de cada candelabro
ciego de nacimiento.

Tampoco yo descubro a nadie, bajo
este mantillo que iridice los lunes
de la razón;
y no hago más que sonreír a cada púa
de las verjas, en la loca búsqueda
del conocido.

Buena guardarropía, ábreme
tus blancas hojas;
quiero reconocer siquiera al 1,
quiero el punto de apoyo, quiero
saber de estar siquiera.

En los bastidores donde nos vestimos,
no hay, no Hay nadie: hojas tan sólo
de par en par.

Y siempre los trajes descolgándose
por sí propios, de perchas
como ductores índices grotescos,
y partiendo sin cuerpos, vacantes,
hasta el matiz prudente
de un gran caldo de alas con causas
y lindes fritas.

Y hasta el hueso!

EL cancerbero cuatro veces
al día maneja su candado, abriéndonos
cerrándonos los esternones, en guiños
que entendemos perfectamente.

Con los fundillos lelos melancólicos,
amuchachado de trascendental desaliño,
parado, es adorable el pobre viejo.
Chancea con los presos, hasta el tope
los puños en las ingles. Y hasta mojarrilla
les roe algún mendrugo; pero siempre
cumpliendo su deber.

Por entre los barriles pone el punto
fiscal, inadvertido, izándose en la falangita
del meñique,
a la pista de lo que hablo,
lo que como
lo que sueño.
Quiere el corvino ya no hayan adentros,
y cómo nos duele esto que quiere el cancerbero.

Por un sistema de relojería, juega
el viejo inminente, pitagórico!
a lo ancho de las aortas. Y sólo
de tarde en noche, con noche
soslaya alguna su excepción de metal.
Pero, naturalmente,
siempre cumpliendo su deber.

MENTIRA. Si lo hacía de engaños,
y nada más. Ya está. De otro modo,
también tú vas a ver
cuánto va a dolérme el haber sido así.

Mentira. Calla.

Ya está bien.

Como otras veces tú me haces esto mismo,
por eso yo también he sido así.

A mí, que había tanto atisbado si de veras
llorabas,

ya que otras veces sólo te quedaste
en tus dulces pucheros,

a mí, que ni soñé que los creyeses,
me ganaron tus lágrimas.

Ya está.

Mas ya lo sabes: todo fue mentira.

Y si sigues llorando, bueno pues!

Otra vez ni he de verte cuando juegues.

Y nos levantaremos cuando se nos dé
 la gana, aunque mamá toda claror
 nos despierte con cantora
 y linda cólera materna.
 Nosotros reiremos a hurtadillas de esto,
 mordiendo el canto de las tibias colchas
 de vicuña ¡y no me vayas a hacer cosas!

Los humos de los bohidos ¡ah golfillos
 en rama! madrugarian a jugar
 a las cometas azulinas, azulantes,
 y, apañuscando alfarjes y piedras, nos darían
 su estímulo fragante de boñiga,
 para sacarnos
 al aire nene que no conoce aún las letras,
 a pelearles los hilos.

Otro día querrás pastorear
 entre tus huecos onfaloideos
 ávidas cavernas,
 meses nonos,
 mis telones.

O querrás acompañar a la ancianía
 a destapar la toma de un crepúsculo,
 para que de día surja
 toda el agua que pasa de noche.

Y llegas muriéndote de risa,
 y en el almuerzo musical,
 cancha reventada, harina con manteca,
 con manteca,

le tomas el pelo al peón decúbito
 que hoy otra vez olvida dar los buenos días,
 esos sus días, buenos con b de baldío,
 que insisten en salirle al pobre
 por la culata de la v
 dentilabial que vela en él.

QUIEN clama las once no son doce!
 Como si las hubiesen pujado, se afrontan
 de dos en dos las once veces.

Cabezazo brutal. Asoman
 las coronas a oír,
 pero sin traspasar los eternos
 trescientos sesenta grados, asoman
 y exploran en balde, dónde ambas manos
 ocultan el otro puente que les nace
 entre veras y litúrgicas bromas.

Vuelve la frontera a probar
 las dos piedras que no alcanzan a ocupar
 una misma posada a un mismo tiempo.
 La frontera, la ambulante batuta, que sigue
 inmutable, igual, sólo
 más ella a cada esguince en alto.

Veis lo que es sin poder ser negado,
 veis lo que tenemos que aguantar,
 mal que nos pese.
 ¡Cuánto se aceita en codos
 que llegan hasta la boca!

FORAGIDO tormento, entra, sal
por un mismo forado cuadrangular.
Duda. El balance punza y punza
hasta las cachas.

A veces doyme contra todas las contras,
y por ratos soy el alto más negro de las ápices
en la fatalidad de la Armonía.
Entonces las ojeras se irritan divinamente,
y solioza la sierra del alma,
se violentan oxigenos de buena voluntad,
arde cuanto no arde y hasta
el dolor doble el pico en risa.

Pero un día no podrás entrar
ni salir, con el puñado de tierra
que te echaré a los ojos foragido!

SAMAIN diría el aire es quieto y de una contenida
tristeza.

Vallejo dice hoy la Muerte está soldando cada
lindero a cada hebra de cabello perdido, desde la
cubeta de un frontal, donde hay algas, toronjiles que
cantan divinos almácigos en guardia, y versos anti-
sépticos sin dueño.

El miércoles, con uñas destronadas se abre las
propias uñas de alcanfor, e instila por polvorientos
harneros, ecos, páginas vueltas, zarros,
zumbidos de moscas
cuando hay muerto, y pena clara esponjosa y cierta
esperanza.

Un enfermo lee La Prensa, como en fasistol.
Otro está tendido palpitante, longirrostro,
cerca a estarlo sepulto.
Y yo advierto un hombro está en su sitio
todavía y casi queda listo tras de éste, el otro lado.

Ya la tarde pasó diez y seis veces por el sub-
suelo empatrullado,
y se está casi ausente
en el número de madera amarilla
de la cama que está desocupada tanto tiempo
allá
enfrente.

TODOS los días amanezco a ciegas
 a trabajar para vivir: y tomo el desayuno,
 sin probar ni gota de él, todas las mañanas.
 Sin saber si he logrado, o más nunca,
 algo que brinca del sabor
 o es sólo corazón y que ya vuelto, lamentará
 hasta dónde esto es lo menos.

El niño crecería ahito de felicidad
 oh albas,
 ante el pesar de los padres de no poder dejarnos
 de arrancar de sus sueños de amor a este mundo:
 ante ellos que, como Dios, de tanto amor
 se comprendieron hasta creadores
 y nos quisieron hasta hacernos daño.

Flecos de invisible trama,
 dientes que huronean desde la neutra emoción.
 pilares
 libres de base y coronación,
 en la gran boca que ha perdido el habla.

Fósforo y fósforo en la oscuridad.
 lágrima y lágrima en la polvareda.

CRATERIZADOS los puntos más altos, los puntos del amor de ser mayúsculo, bebo, ayuno, absorbo heroína para la pena, para el latido y contra toda corrección.

¿Puedo decir que nos han traicionado? No.
 ¿Que todos fueron buenos? Tampoco. Pero allí está una buena voluntad, sin duda, y sobre todo, el ser así.

Y qué quien se ame mucho! Yo me busco en mi propio designio que debió ser obra mía, en vano: nada alcanzó a ser libre.

Y sin embargo, quién me empuja.
 A que no me atrevo a cerrar la quinta ventana.
 Y el papel de amarse y persistir, junto a las horas y a lo indebido.

Y el éste y el aquél.

En la celda, en lo sólido, también
se acurrucan los rincones.

Arreglo los desnudos que se ajan,
se dobian. se harapan.

Apéceme del caballo jadeante, bufando
líneas de bofetadas y de horizontes;
espumoso pie contra tres cascos.
Y le ayudo: Anda, animal!

Se tomaría menos, siempre menos, de lo
que me tocase erogar,
en la celda, en lo líquido.

El compañero de prisión comía el trigo
de las lomas, con mi propia cuchara,
cuando, a la mesa de mis padres, niño,
me quedaba dormido masticando.

Le soplo al otro:
Vuelve, sal por la otra esquina:
apura... aprisa... apronta!

E inadvertido aduzco, planeo,
cabe camastro desvencijado, piadoso:
No creas. Aquel médico era un hombre sano.

Ya no reiré cuando mi madre rece
en infancia y en domingo, a las cuatro
de la madrugada, por los caminantes,
encarcelados,
enfermos
y pobres.

En el redil de niños, ya no le asestaré
puñetazos a ninguno de ellos, quien, después,
todavía sangrando lloraría: El otro sábado
te daré mi fiambre, pero
no me pegues!
Ya no le diré que bueno.

En la celda, en el gas iluminado
hasta redondearse en la condensación,
¿quién tropieza por afuera?

LA esfera terrestre del amor
 que rezagóse abajo, da vuelta
 y vuelta sin parar segundo,
 y nosotros estamos condenados a sufrir
 como un centro su girar.

Pacífico inmóvil, vidrio, preñado
 de todos los posibles.
 Andes frío, inhumanable, puro.
 Acaso. Acaso.

Gira la esfera en el pedernal del tiempo,
 y se afila,
 y se afila hasta querer perderse;
 gira forjando, ante los desertados flancos,
 aquel punto tan espantablemente conocido,
 porque él ha gestado, vuelta
 y vuelta,
 el corralito consabido.

Centrifuga que sí, que sí,
 que Sí,
 que sí, que sí, que sí, que sí: NO!

Y me retiro hasta azular, y retrayéndome
 endurezco, hasta apretarme el alma!

Es de madera mi paciencia,
sorda vejetal.

Día que has sido puro, niño, inútil,
que naciste desnudo, las leguas
de tu marcha, van corriendo sobre
tus doce extremidades, ese doblez ceñudo
que después deshiláchase
en no se sabe qué últimos pañales.

Constelado de hemisferios de grumo,
bajo eternas américas inéditas, tu gran plumaje
te partes y me dejas, sin tu emoción ambigua
sin tu nudo de sueños, domingo.

Y se apollilla mi paciencia,
y me vuelvo a exclamar: ¡Cuándo vendrá
el domingo bocón y mudo del sepulcro;
cuándo vendrá a cargar este sábado
de harapos, esta horrible sutura
del placer que nos engendra sin querer,
y el placer que nos DestieRRa.

ESTA noche desciendo del caballo,
 ante la puerta de la casa, donde
 me despedí con el cantar del gallo.
 Esta cerrada y nadie responde.

El poyo en que mamá alumbró
 al hermano mayor, para que ensille
 lomos que había yo montado en pelo,
 por rúas y por cercas, niño aldeano;
 el poyo en que dejé que se amarille al sol
 mi adolorida infancia.... ¿Y este duelo
 que enmarca la portada?

Dios en la paz foránea,
 estornuda, cual llamando también, el bruto;
 husmea, golpeando el empedrado. Luego duda
 relincha,
 orejea a viva oreja.

Ha de velar papá rezando, y quizás
 pensará se me hizo tarde.
 Las hermanas, canturreando sus ilusiones
 sencillas, bullosas,
 en la labor para la fiesta que se acerca,
 y ya no falta casi nada.
 Espero, espero, el corazón
 un huevo en su momento, que se obstruye.

Numerosa familia que dejamos
 no ha mucho, hoy nadie en vela, y ni una cera
 puso en el ara para que volviéramos.

Llamo de nuevo, y nada.
 Callamos y nos ponemos a sollozar, y el animal
 relincha, relincha más todavía.

Todos están durmiendo para siempre,
 y tan de lo más bien, que por fin
 mi caballo acaba fatigado por cabecear
 a su vez, y entre sueño, a cada venia, dice
 que está bien, que todo está muy bien.

ALFOMBRA

Cuando vayas al cuarto que tú sabes,
entra en él, pero entorna con tiento la mampara
que tanto se entreabre,
casa bien los cerrojos, para que ya no puedan
volverse otras espaldas.

Corteza

Y cuando salgas, di que no tardarás
a llamar al canal que nos separa:
fuertemente cogido de un canto de tu suerte,
te soy inseparable,
y me arrastras al borde de tu alma.

Almohada

Y sólo cuando hayamos muerto ¡quién sabe!

Oh no. Quién sabe!

entonces nos habremos separado.

Mas, si, al cambiar el paso, me tocase a mí
la desconocida bandera, te he esperar allá,
en la confluencia del soplo y el hueso,
como antaño,

como antaño en la esquina de los novios
ponientes de la tierra.

Y desde allí te seguiré a lo largo
de otros mundos, y siquiera podrán
servirte mis nós musgosos y arrecidos,
para que en ellos poses las rodillas
en las siete caídas de esa cuesta infinita,
y así te duelan menos.

A MANECE lloviendo. Bien peinada
la mañana chorrea el pelo fino.
Melancolía está amarrada;
y en mal asfaltado oxidante de muebles hindúes,
vira, se asienta apenas el destino.

Cielos de puna descorazonada
por gran amor, los cielos de platino, torvos
de imposible.

Rumia la majada y se subraya
de un relincho andino.

Me acuerdo de mi mismo. Pero bastan
las astas del viento, los timones quietos hasta
hacerse uno.
y el grillo del tedio y el jiboso codo inquebrantable.

Basta la mañana de libres crinejas
de brea preciosa, serrana,
cuando salgo y busco las once
y no son más que las doce deshoras.

HITOS vagarosos enamoran, desde el minuto mon-
 (tuoso
 que obstetriza y fecha los amotinados nichos de la
 atmósfera.

Verde está el corazón de tanto esperar; y en el canal
 de Panamá ¡hablo con vosotras, mitades, bases, cúspides!
 retoñan los peldaños, pasos que suben, pasos que
 bajan.

Y yo que pervivo,
 y yo que sé plantarme.

Oh valle sin altura madre, donde todo duerme
 horrible mediatinta, sin ríos frescos, sin entradas de
 amor.

Oh voces y ciudades que pasan cabalgando en un dedo
 tendido que señala a calva Unidad. Mientras pasan de
 mucho en mucho, gañanes de gran costado sabio,
 detrás
 de las tres tardas dimensiones.

Hoy

Mañana

Ayer

«No. hombre!»

MADRE, me voy mañana a Santiago,
a mojar me en tu bendición y en tu llanto.
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado
de llaga de mis falsos trajines.

Me esperará tu arco de asombro,
las tonsuradas columnas de tus ansias
que se acaban la vida. Me esperará el patio,
el corredor de abajo con sus tondos y repulgos
de fiesta. Me esperará mi sillón ayo,
aquel buen quijarudo trasto de dinástico
cuero, que para no más rezongando a las nalgas
tataranietas, de correa a correhuela.

Estoy cribando mis cariños más puros.
Estoy cjeando, ¿no oyes jadar la sonda?
¿no oyes tascar dianas?
estoy plasmando tu fórmula de amor
para todos los huecos de este suelo.

Oh si se dispusieran los táctitos volantes
para todas las cintas más distantes,
para todas las citas más distintas.

Así, muerta inmortal. Así.
Bajo los dobles arcos de tu sangre, por donde
hay que pasar tan de puntillas, que hasta mi padre
para ir por allí,
humildóse hasta menos de la mitad del hombre,
hasta ser el primer pequeño que tuviste.

Así, muerta inmortal.
Entre la columnata de tus huesos
que no puede caer ni a lloros,
y a cuyo lado ni el Destino pudo entrometer
ni un solo dedo suyo.

Así muerta inmortal.
Así.

DOBLA el dos de Noviembre.
 Estas sillas son buenas acogidas.
 La rama del presentimiento
 va, viene, sube, ondea sudorosa,
 ratigada en esta sala.
 Dobla triste el dos de Noviembre.

Difuntos, qué bajo cortan vuestros dientes
 abolidos, repasando ciegos nervios,
 sin recordar la dura fibra
 que cantores obreros redondos remiendan
 con cáñamo inacabable, de innumerables nudos
 latientes de encrucijada.

Vosotros, difuntos, de las nítidas rodillas
 puras a fuerza de entregaros,
 cómo aserráis el otro corazón
 con vuestras blancas coronas, ralas
 de cordialidad. Sí. Vosotros, difuntos.

Dobla triste el dos de Noviembre.
 Y la rama del presentimiento
 se la muerde un carro que simplemente
 rueda por la calle.

CANTA cerca el verano, y ambos
diversos erramos, al hombro
recodos, cedros, compases unipedos,
espatarrados en la sola recta inevitable.

Canta el verano y en aquellas paredes
endulzadas de marzo,
lloriquea, gusanea la arácnida acuarela
de la melancolía.

Cuadro enmarcado de trisado anélido, cuadro
que faltó en ese sitio para donde
pensamos que vendría el gran espejo ausente.
Amor, éste es el cuadro que faltó.

Mas, para qué me esforzaría
por dorar pajilla para tal encantada aurícula,
si, a espaldas de astros queridos,
se consiente el vacío, a pesar de todo.

Cuánta madre quedábase adentrada
siempre en tenaz atavío de carbón, cuando
el cuadro faltaba, y para lo que crecería
al pie de ardua quebrada de mujer.

Así yo me decía: Si vendrá aquel espejo
que de tan esperado, ya pasa de cristal.
Me acababa la vida ¿para qué?
Me acababa la vida, para alzarnos

sólo de espejo a espejo.

ESTAMOS a catorce de Julio.
 Son las cinco de la tarde. Lluve en toda
 una tercera esquina de papel secante.
 Y llueve más de abajo ay para arriba.

Dos lagunas las manos avanzan
 de diez en fondo,
 desde un martes cenagoso que ha seis días
 está en los lagrimales helado.

Se ha degollado una semana
 con las más agudas caídas; hase hecho
 todo lo que puede hacer miserable genial
 en gran taberna sin rieles. Ahora estamos
 bien, con esta lluvia que nos lava
 y nos alegra y nos hace gracia suave.
 Hemos a peso bruto caminado, y, de un solo
 desafío,

blanqueó nuestra pureza de animales.

Y preguntamos por el eterno amor,

por el encuentro absoluto,

por cuanto pasa de aquí para allá.

Y respondimos desde dónde los míos no son los
 (tuyos

desde qué hora el bordón, al ser portado.

sustenta y no es sustentado. (Neto).

Y era negro, colgado en un rincón.

sin proferir ni jota, mi paletó,

a
 b
 o
 d
 a
 s
 t
 A

QUE nos buscas, oh mar con tus volúmenes
docentes. Qué inconsolable, qué atroz
estás en la febril solana.

Con tus azadones saltas,
con tus hojas saltas,
hachando, hachando en loco sésamo,
mientras tornan llorando las olas, después
de descalzar los cuatro vientos
y todos los recuerdos, en labiados plateles
de tungsteno, contractos de colmillos
y estáticas eles quelonias.

Filosofía de alas negras que vibran
al medroso temblor de los hombros del día.

El mar, y una edición en pie,
en su única hoja el anverso
de cara al reverso.

TODOS sonrien al desgaire con que voyme a fondo, celular de comer bien y bien beber.

Los soles andan sin yantar? O hay quien les da granos como a pajarillos? Francamente, yo no sé de esto casi nada.

Oh piedra, almohada bienfaciente al fin. Amémomos los vivos a los vivos, que a las buenas cosas muertas será después. Cuánto tenemos que quererlas y estrecharlas, cuánto. Amemos las actualidades, que siempre no estaremos como estamos. Que interinos Barrancos no hay en los esenciales cementerios.

El porteo va en el alfar, a pico. La jornada nos da en el cogollo, con su docena de escaleras, **escaladas**, en horizontizante frustración de pies, por pávidas sandalias vacantes.

Y temblamos avanzar el paso, que no sabemos si damos con el péndulo, o ya lo hemos cruzado.

SERPEA el sol en tu mano fresca,
y se derrama cauteloso en tu curiosidad.

Cállate. Nadie sabe que estás en mí,
toda entera. Cállate. No respires. Nadie
sabe mi merienda succulenta de unidad:
legión de oscuridades, amazonas de lloro.

Vanse los carros flagelados por la tarde,
y entre ellos los míos, cara atrás, a las riendas
fatales de tus dedos.

Tus manos y mis manos recíprocas se tienden
polos en guardia, practicando depresiones,
y sienes y costados.

Calla también, crepúsculo futuro,
y recójete a reír en lo íntimo, de este celo
de gallos ajisechos soberbiamente,
soberbiamente ennavajados
de cúpulas, de viudas mitades cerúleas.
Regocíjate, huérfano; bebe tu copa de agua
desde la pulpería de una esquina cualquiera

L ENTO salón en cono, te cerraron, te cerré .
 aunque te quise, tú lo sabes,
 y hoy de qué manos penderán tus llaves.

Desde estos muros derribamos los últimos
 escasos pabellones que cantaban.
 Los verdes han crecido. Veo labriegos trabajando,
 los cerros llenos de triunfo.
 Y el mes y medio transcurrido alcanza
 para una mortaja, hasta demás.

Salón de cuatro entradas, y sin una salida.
 hoy que haz honda murria, te hablo
 por tus seis dialectos enteros.
 Ya ni he de violentarte a que me seas.
 de para nunca; ya no saltaremos
 ningún otro portillo querido.

Julio estaba entonces de nueve. Amor
 contó en sonido impar. Y la dulzura
 dio para toda la mortaja, hasta demás.

HA triunfado otro ay. La verdad está allí.
 Y quien tal actúa ¿no va a saber
 amaestrar excelentes dicitigrados
 para el ratón. ¿Sí... No...?

Ha triunfado otro ay y contra nadie.
 Oh exósmosis de agua químicamente pura.
 Ah míos australes. Oh nuestros divinos.
 Tengo pues derecho
 a estar verde y contento y peligroso, y a ser
 el cincel, miedo del bloque basto y vasto;
 a meter la pata y a la risa.

Absurdo, sólo tú eres puro.
 Absurdo, este exceso sólo ante ti se
 suda dorado placer.

HUBO un día tan rico el año pasado...!
que ya ni sé qué hacer con él.

Severas madres guían al colegio,
asedian las reflexiones, y nosotros enflechamos
la cara apenas. Para ya tarde saber
que en aquello gozna la travesura
y se rompe la sien.
Qué día el del año pasado,
que ya ni sé qué hacer con él,
rota la sien y todo.

Por esto nos separarán,
por eso y para ya no hagamos mal.
Y las reflexiones técnicas aún dicen
¿no las vas a oír?
que dentro de dos gráficas oscuras y aparte,
por habernos juntado mucho en la vida,
reclusos para siempre nos irán a encerrar.
Para que te compóngas.

ESTAIS muertos.

Qué extraña manera de estarse muertos. Quienquiera diría no lo estáis. Pero, en verdad, estáis muertos.

Flotáis nadamente detrás de aquea membrana que, péndula del zenit al nadir, viene y va de crepúsculo a crepúsculo, vibrando ante la sonora caja de una herida que a vosotros no os duele. Os digo, pues, que la vida está en el espejo, y que vosotros sois el original. la muerte.

Mientras la onda va, mientras la onda viene, cuán impunemente se está uno muerto. Sólo cuando las aguas se quebrantan en los bordes enfrentados y se doblan y doblan, entonces os transfiguráis y creyendo morir, percibís la sexta cuerda que ya no es vuestra.

Estáis muertos, no habiendo antes vivido jamás. Quienquiera diría que, no siendo ahora, en otro tiempo fuisteis. Pero en verdad, vosotros sois los cadáveres de una vida que nunca fue. Triste destino el no haber sido sino muertos siempre. El ser hoja seca sin haber sido verde jamás. Orfandad de orfandades.

Y sin embargo, los muertos no son, no pueden ser cadáveres de una vida que todavía no han vivido. Ellos murieron siempre de vida.

Estáis muertos.

DE la noche a la mañana voy
sacando lengua a las más mudas equis.

En nombre de esa pura
que sabía mirar hasta ser 2.

En nombre de que la fui extraño,
llave y chapa muy diferentes.

En nombre della que no tuvo voz
ni voto, cuando se dispuso
esta su suerte de hacer.

Ebullición de cuerpos, sin embargo
aptos: ebullición que siempre
tan sólo estuvo a 99 burbujas.

¡Remates, esposados en naturaleza,
de dos días que no se juntan,
que no se alcanzan jamás!

GRANIZA tanto, como para que yo recuerde
y acreciente las perlas
que he recojido del hocico mismo
de cada tempestad.

No se vaya a secar esta lluvia.
A menos que me fuese dado
caer ahora para ella, o que me enterrasen
mojado en el agua
que surtiera de todos los fuegos.

¿Hasta dónde me alcanzará esta lluvia?
Temo me quede con algún flanco seco;
temo que ella se vaya, sin haberme probado
en las sequías de increíbles cueidas vocales,
por las que
para dar armonía,
hay siempre que subir ¡nunca bajar!
¿No subimos acaso para abajo?

Canta, lluvia, en la costa aún sin mar.

F I N

INDICES

Los Heraldos Negros

INDICE

Pág.

Juicios sobre la obra	5
Los Heraldos Negros	11

PLAFONES AGILES

Deshojación Sagrada	12
Comunión	13
Nervazón de Angustia	14
Bordas de Hielo	15
Nochebuena	16
Ascuas	17
Media Luz	18
Sauce	19
Ausente	20
Avestruz	21
Bajo los Alamos	22

BUZOS

La Araña	23
Babel	24
Romería	25
El Palco Estrecho	26

DE LA TIERRA

¿	27
El Poeta a su Amada	28
Verano	29
Setiembre	30
Heces	31
Impía	32
La Copa Negra	33
Deshora	34
Fresco	35
Yeso	37

NOSTALGIAS IMPERIALES

Hojas de Ebano	39
Terceto Autóctono	43
Oración del Camino	45
Huaco	46
Mayo	47
Aldeana	49
Idilio Muerto	50

TRUENOS

En las Tiendas Griegas	51
Agape	52
La Voz del Espejo	53
Rosa Blanca	54
La De A Mil	55
El Pan Nuestro	56
Absoluta	57
Capitulación	58
Desnudo en Barro	59
Líneas	60
Amor Prohibido	61
La Cena Miserable	62
Para El Alma Imposible de mi Amada	63
El Tálamo Eterno	64
Las Piedras	65
Retablo	66
Pagana	67
Los Dados Eternos	68

Los Anillos Fatigados	69
Santorál	70
Lluvia	71
Amor	72
Dios	73
Unidad	74
Los Arrieros	75

CANCIONES DE HOGAR

Encaje de Fiebre	76
Los Pasos Lejanos	77
A Mi Hermano Miguel	78
Engreída	79
Espergesia	81

FE DE ERRATAS

Pag. 62 (La Cena Miserable) tercer sexteto, 3er. lingote; dice: Hasta cuándo este valle ~~da~~ lágrimas; debe decir: valle ~~de~~ lágrimas.

TRILCE

INDICE

Palabras Prologales de Antenor Orrego	87
Noticia de TRILCE, por José Bergamín	100
Valle Vallejo, de Gerardo Diego	107
I	111
II	112
III	113
IV	114
V	115
VI	116
VII	117
VIII	118
IX	119
X	120
XI	121
XII	122
XIII	123
XIV	124
XV	125
XVI	126
XVII	127
XVIII	128
XIX	129
XX	130
XXI	131
XXII	132
XXIII	133
XXIV	135

XXV	136
XXVI	137
XXVII	139
XXVIII	140
XXIX	141
XXX	142
XXXI	143
XXXII	144
XXXIII	145
XXXIV	146
XXXV	147
XXXVI	149
XXXVII	151
XXXVIII	152
XXXIX	153
XL	154
XLI	155
XLII	156
XLIII	157
XLIV	158
XLV	159
XLVI	160
XLVII	161
XLVIII	162
XLIX	163
L	164
LI	165
LII	166
LIII	167
LIV	168
LV	169
LVI	170
LVII	171
LVIII	172
LIX	174
LX	175
LXI	176
LXII	177
LXIII	178
LXIV	179
LXV	180
LXVI	181
LXVII	182
LXVIII	183
LXIX	184

LXX	186
LXXI	186
LXXII	187
LXXIII	188
LXXIV	189
LXXV	190
LXXVI	191
LXXVII	192

Tercera Parte

Rusia 1931	193
------------	-----

LOS HERALDOS NEGROS Y TRILCE,
de César Vallejo, se terminó de imprimir
el 16 de abril de 1963, en los talleres de
la Editora TRILCE.

LIMA — PERU

CESAR VALLEJO

RUSIA EN 1931

**Reflexiones al pie
del Kremlin**



EDICIONES PERU

LIMA, 1962

NOTA DEL EDITOR A LA PRIMERA EDICION (MADRID, 1931)

La personalidad literaria de César Vallejo, el autor de esta obra, es conocidísima en los medios intelectuales españoles e hispanoamericanos desde el año 1919 (sic), en que comienza su obra poética con los libros: LOS HERALDOS NEGROS y TRILCE. La crítica de vanguardia ha considerado estos libros de Vallejo como la iniciación de una nueva época en la poesía castellana.

César Vallejo, de nacionalidad peruana, toma parte activa en las luchas políticas de su país, siendo perseguido y encarcelado varias veces. En 1923 viene a Europa y fija su residencia en París. En 1928, su alma inquieta, sus preocupaciones diversas: poesía, sociología, vitalidad, le impulsan hacia otras rutas, y realiza un viaje de estudio por Alemania, Rusia, Inglaterra, Italia, Austria y Europa Oriental. Vuelve a París con una ansia tremante de actividades ideológicas. Marcha de nuevo a Rusia, de donde retorna a París en 1930. Y es entonces cuando el Gobierno francés de Tardieu le persigue por sus campañas literarias contra el capitalismo mundial. César Vallejo tiene que abandonar Francia y se presenta en los círculos intelectuales madrileños con el espíritu amustiado por las nieblas de todos los caminos, con su gesto de hombre que ha sentido en sí mismo el dolor de todos los hombres, con su bagaje literario y vital de la más alta alcurnia.

Ya entre nosotros, y con nosotros, publica una novela, EL TUNGSTENO, sobre la explotación de los indios en

las minas de su país: preocupación social de hombre actual que se llena de luz en las nuevas auroras de la Justicia. Y ahora, este libro, *RUSIA EN 1931*, donde se recogen las impresiones de sus estancias en la Rusia soviética.

César Vallejo ha estado en el país de Stalin, por su cuenta. No ha ido en misión oficial, con ninguna subvención, con ninguna representación de grupo ni de entidad política. A cuerpo y cara limpios. No se podrá decir por nadie que escribe este libro obedeciendo mandatos propagandistas. Vallejo no tiene ninguna relación más o menos escabrosa con las instituciones soviéticas. Por eso los juicios que da en esta obra son los libres e imparciales de todo hombre honrado que no cuenta sino lo que ha visto con sus propios ojos.

EDICIONES ULISES consideran este libro como la versión más completa, más rica en facetas, más profunda, imparcial y actualísima de cuantas se han dado sobre el Soviet en Francia, Alemania, Inglaterra y España. Por ello la hemos acogido con honda satisfacción en nuestra "Colección Nueva Política"; y porque ello representa, además, la exaltación al gran público de nuestros lectores de un auténtico valor de nuestra raza y de nuestro idioma.

EDICIONES ULISES.

NOTA DEL AUTOR A LA EDICION ESPAÑOLA

Que yo sepa, la mayoría de los reportajes escritos sobre Rusia pueden clasificarse en cuatro categorías: el reportaje que, titulándose de estudio del mundo soviético, se limita, en realidad, a hablar únicamente de la Rusia prerrevolucionaria y antigua (casi todo el libro de Stefan Zweig); el estudio técnico, el simple reportaje fotográfico y sin comentario y, por último, el reportaje interpretativo y crítico.

Los reportajes de la primera categoría no valen la pena de ocuparse aquí de ellos, pues carecen de significación dentro de la bibliografía soviética. Hablemos un poco de las otras tres categorías.

El estudio técnico no concierne sino a los iniciados: políticos, economistas, hombres de ciencia, artistas. Es un informe profesional o académico para un círculo estrecho de profesionales. Su alcance termina donde empieza el criterio medio del gran público. Tales son, verbigracia, el informe de las Trades-Unions británicas, o el más reciente de la delegación industrial yanqui, o el libro de política de Herriot, o el de Moussinac sobre cinema, o el de Crowther sobre la ciencia soviética.

El reportaje meramente informativo y noticioso, tratándose de un fenómeno tan proteico y fluyente como es la revolución rusa, apenas deja en el no iniciado impresiones superficiales, dispersas y, a la larga, falsas, sin encadenamiento ni contenido orgánicos. La simple exposición de un hecho aislado define, a lo sumo, la existencia de éste y una existencia de fachada aparente. Sólo su interpretación descubre el basamento social del hecho, su relación con los

demás anteriores, simultáneos y posteriores: en fin: su movimiento dialéctico, su trascendencia vital, su perspectiva histórica. Un ejemplo de estos reportajes exclusivamente fotográficos es el libro de Hükbek'len.

Los reportajes de la cuarta categoría son ya críticos, pero de una crítica sentimental y subjetiva (los libros de Istrati, de Durtain, de Violis, de Dubamel). La base racional y objetiva del espíritu crítico rige con igual rigor en las ciencias sociales como en las ciencias naturales. Tan necio sería negar, por un motivo sentimental, que el sol alumbra, como negar, por ejemplo, que el trabajo es el único productor de la riqueza. De otro lado, tampoco se logra explicar certeramente un hecho si el juicio no se desenvuelve en un terreno científico, o siquiera sea de cierta iniciación científica, accesible y necesaria al criterio medio del lector. No basta haber estado en Rusia: menester es poseer un mínimum de cultura sociológica para entender, coordinar y explicar lo que se ha visto.

No hace falta añadir aquí que los demás libros de "impresiones" de viaje a Rusia no son más que pura literatura.

* * *

El presente libro se dirige, de preferencia, al gran público. Mi propósito es de dar en él una imagen del proceso soviético, interpretado objetiva y racionalmente y desde cierto plano técnico. Trato de exponer los hechos tal como los he visto y comprobado durante mis permanencias en Rusia, y trato también de descubrirles, en lo posible, su perspectiva histórica, iniciando a los lectores en el conocimiento más o menos científico de aquéllos, conocimiento científico sin el cual nadie se explica nada claramente. Mi esfuerzo es, a la vez, de ensayo y de vulgarización.

Los juicios de este libro parten del principio según el cual los acontecimientos no son buenos ni malos por sí mismos ni en sí mismos, sino que tienen el alcance y la

significación que les da su trabazón dentro del devenir social. Quiero decir con esto que yo avaloro la situación actual de Rusia, más por la velocidad, el ritmo y el sentido del fenómeno revolucionario —que constituyen el dato viviente y esencial de toda historia— que por el índice de los resultados ya obtenidos, que es el dato anecdótico y muerto de la historia. La vida de un individuo o de un país exige, para ser comprendida, puntos de vista dialécticos, criterios en movimiento. La trascendencia de un hecho reside menos en lo que él representa en un momento dado, que en lo que él representa como potencial de otros hechos por venir. De aquí que en este libro insisto a menudo en acotar y hacer resaltar los valores determinantes de futuras realidades, mediatas o inmediatas, pero ciertas e incontrastables.

* * *

Los datos estadísticos relativos a 1931 están tomados de las "Cifras de control" correspondientes a la coyuntura del segundo y tercer año del Plan Quinquenal.

NOTA DE LA EDICION PERUANA

(LIMA, 1959)

César Vallejo estuvo en la Unión Soviética en dos oportunidades: en los años de 1928 y 1929. Fecundo fruto de su permanencia en la patria de Lenin fue su obra RUSIA EN 1931, REFLEXIONES AL PIE DEL KREMLIN, que la Editora "Perú Nuevo" se honra en reproducir, veintiocho años después de la edición original. En ésta, se deslizaron una serie de erratas, que hemos enmendado en la medida de nuestras posibilidades. No obstante como dejamos anotado, en los sitios correspondientes de este libro, en la edición madrileña —por error de composición tipográfica— se perdieron dos líneas, que hemos evitado reconstruir porque ello sería una suerte de infidelidad con el texto original, que, por desgracia, ya no existe. Sin embargo, colítese que el concepto de entrambas líneas no es fundamental, y que ni siquiera entorpece el meollo de la narración.

En la primera edición, en la "Nota del Editor", se fija la aparición de LOS HERALDOS NEGROS y TRILCE en el año 1919. Aclaremos que el primer libro vio la luz en 1918 y el segundo —en su edición príncipe— en 1922, ambos en Lima.

Asimismo, dejamos constancia de que hemos respetado la escritura del autor, en lo concerniente a diversos vocablos o nombres rusos, pues no existen reglas normativas al respecto, aunque hoy predomina en la URSS la tendencia a hacer un traslado más fonético y simple de sus voces a

las lenguas extranjeras. Tal, por ejemplo, antaño, Vallejo escribía kolskos y sovkos por lo que hoy día conocemos con los nombres de koijós y sovjós (granjas colectivas y granjas del Estado, respectivamente). De igual manera, mientras, ahora, en Occidente el apellido del Primer Ministro soviético se escribe Khrushchev, en cambio, en los impresos en castellano, que se editan en la URSS, aparece como el señor Jruschov.

Lo anterior, pese a todo, tiene un carácter adjetivo.

Donde si deseamos hacer hincapié es en el fondo, en la materia misma de esta obra. Resulta a todas luces claro que, en el proceso dialéctico de la construcción de la sociedad socialista, ha habido cambios o transformaciones sustanciales, a la par que la vida misma ha creado nuevas formas y realidades sociales, a partir de la fecha en que nuestro gran Vallejo estuvo en la URSS. Verbigracia, ya no es Moscú la ciudad enclaustrada, que el autor vindica en su visión del porvenir; hoy la proeza ingenieril del Canal Volga-Don la une permanentemente, y en gran escala, con mares y océanos, convirtiendo a la urbe moscovita (de más de seis millones de habitantes) en uno de los primeros puertos fluviales del mundo. El irrestricto amor libre y su secuela, de que nos habla el autor, pasaron a la historia de "la sexta parte socialista del mundo" como un ensayo intrascendente; ahora, la unión de los cónyuges, dentro de la ley soviética y acorde con una nueva moral, constituye la célula de la sociedad socialista.

Los napman y los kulaps han desaparecido para siempre. La educación ha superado, infinitamente, los moldes, la técnica y los programas de entonces. Con sus realizaciones, en la tierra y en el cielo, la ciencia soviética ha causado la admiración del mundo; y esto lo han reconocido —en pública congratulación, que los enaltece— el Presidente de los Estados Unidos y el Primer Ministro británico. Final-

mente, el atraso momentáneo, la mendicidad superstite, la rigurosa austeridad de aquellos tiempos, sólo diez años distantes de la Revolución de Octubre (tiempos en que aún pesaba la herencia zarista, las consecuencias de la guerra civil, de las invasiones extranjeras y el rígido bloqueo a que estuvo sometida la Unión Soviética); todo esto, y mucho más que vio Vallejo, se ha ido para no volver. Es más, en estos días se ha anunciado que, dentro de una década, la URSS sobrepasará a los Estados Unidos, el más avanzado país capitalista, en los principales rubros de su producción global y per cápita; e, igualmente, que el ciudadano soviético tendrá el más alto nivel de vida del mundo y el más bajo período de tiempo de trabajo que se haya conocido en el planeta, desde que existe el hombre como productor.

Se infiere, muy claramente, que César Vallejo previó todo esto. Es más, precisó, en su "Nota" de presentación a la primera edición, lo siguiente: "en este libro insisto a menudo en acotar y hacer resaltar los valores determinantes de futuras realidades, mediatas o inmediatas, pero ciertas e incontrastables". Y más adelante, el autor de POEMAS HUMANOS nos asegura que "El Soviet conduce al porvenir".

Al lado de panoramas superados, y de estadísticas que ya no vienen al caso —pasados treinta años de su permanencia en la URSS—, el profundo Vallejo nos ha dejado el testimonio invaluable —en contrapunto ejemplar, en claroscuro alucinante— del mundo feudal-burgués que agonizaba, frente al alba del nuevo mundo proletario. En este sentido, *RUSIA EN 1931* es un ensayo precursor de muy difícil parangón en la bibliografía especializada de nuestra América y España.

Otro de los merecimientos de la obra, que presentamos por primera vez en nuestro Continente, radica en la ca-

tegoría espiritual del amaneciente país soviético, categoría que con tanto vigor trasuntan las páginas de estos dos volúmenes. Los diálogos del autor con el pueblo ruso poseen la virtud magnética de la brújula, que en este caso señala un norte sin precedentes en la Historia. Por consiguiente, es éste un libro en el que no hay que reparar ya en las cifras circunstanciales o en la anécdota fugaz, sino en el espíritu inmortal que lo informa, por el obrero y por la obra, como solía decir Vallejo. Es éste un libro soslayado, silenciado y negado entre nosotros —y hay que decirlo ruda-mente—, porque no se ha querido que nuestro pueblo conociese este vedado hemisferio redentor de su más alto poeta. Es éste, finalmente, un libro que nos abre, de par en par, las puertas de la nueva humanidad. Y, todo ello, por boca de uno de los más grandes creadores del verso castellano de todos los tiempos: César Vallejo, que cada día amanece más alto en la esperanza del pueblo.

EDITORIA PERU NUEVO

I

**La Urbe Socialista y la
Ciudad del Porvenir**

SI el arribo a Moscú es por la mañana y viniendo del Norte, la ciudad queda de lado y a dos piernas, con el Moscova de tres cuartos. Si la llegada es por la tarde y viniendo del Oeste, Moscú se pone colorado y los pasos de los hombres ahogan el ruido de las ruedas en las calles. No sé cómo será la llegada a Moscú por el Este y al mediodía, ni cómo será el arribo a medianoche y por el Sur. ¡Una lástima! Una falta geográfica e histórica muy grave. Porque para “poseer” una ciudad certeramente, hay que llegar a ella por todas partes. Si Paul Morand hubiera así procedido en Nueva York, El Cairo, Barcelona, Roma, Bombay, sus reportajes no sufrirían de tamaña banalidad.

Esta vez llego a Moscú al amanecer. El tren viene de Leningrado, y es en los comienzos del otoño. Un **kulak** y dos **mujiks** viajan en mi compartimiento, que aun siendo de tercera clase, lleva cuatro camas, como un camarote. En Rusia, tanto los pasajeros de “pullman” como los de tercera, disfrutan de una cama ferroviaria. Porque el “pullman” existe actualmente en Rusia. “¿Cómo? —se preguntan las gentes en el extranjero—. ¿Subsiste la división de clases y las categorías económicas en los ferrocarriles soviéticos?... ¿Cuál es entonces la igualdad introducida por la revolución?... En un país donde impera la justicia y donde no hay ricos ni pobres, tampoco debería haber primera, segunda ni tercera...”. Pero en estas exclamaciones se padece de dos errores. En primer lugar, ya se yerra al suponer que la igualdad económica puede producirse y reinar, de la noche a la mañana, por un simple decreto administrativo o por acto sumario y casi físico de las multitudes, como si se tratase de la nivelación topográfica de un camino o de un jardín. La igualdad económica es un proceso de inmensa complejidad social e

histórica, y su realización se sujeta a leyes que no es posible violentar según los buenos deseos de los individuos y de la sociedad. La democracia económica depende de fuerzas y directivas sociales independientes, por así decirlo, de la voluntad o capricho de los hombres. Lo que, a lo sumo, puede hacerse es transformar el ritmo y la velocidad del proceso, pero no forzarlo con medidas eléctricas y más o menos mágicas. No es, pues, serio atribuir al Soviet el poder de realizar de golpe y en los trece años que lleva en el Gobierno, la democracia económica completa, y tan completa que pueda ya reflejarse en mínimas relaciones de la vida colectiva, como es la cuestión de las clases de los trenes. El error reside en que, aun suponiendo que la igualdad económica fuese un hecho absolutamente logrado por el Soviet, se olvida que en Rusia hay extranjeros de paso y que estos extranjeros son, en su mayoría, ricos. El Soviet no puede obligar a un millonario yanqui, inglés o alemán, a que sea pobre o viaje como pobre. Si así lo hiciese, nadie iría a Rusia y se llegaría al aislamiento de este país del resto del mundo. Precisamente, la primera de todos los trenes rusos va ocupada exclusivamente por extranjeros.

Al entrar el tren en Moscú, son las siete de la mañana. Un sol caliente sube por un cielo sin nubes. No se produce en el tren ese aprieto y tumulto que se ve en otros países a la llegada a una estación. ¿Por qué? Entre otras causas, porque el número de pasajeros que van a bajar en Moscú es relativamente reducido, y su descenso del tren puede, en consecuencia, realizarse holgadamente. Con idéntica holgura ha subido y bajado mucha gente en las distintas estaciones del tránsito. Y esta ausencia de prisas y congestiones en el movimiento de pasajeros es fruto del nuevo calendario que el Soviet acaba de poner en vigencia, en reemplazo del antiguo calendario religioso. Se ha instaurado el año de trabajo continuo, con la semana de cuatro días laborables y uno de reposo. Este último no es el mismo para todos los trabajadores. Una rotación especial de las semanas es

tablece que cada quinta parte de la población disfrute de reposo hebdomadario el día en que las cuatro quintas partes restantes trabajan. De este modo, y siguiendo el turno, para unos el día de reposo es hoy; para otros, mañana; para otros, pasado mañana, y así sucesivamente. Se ha instituído, de otro lado, el día de trabajo continuo, y los equipos de obreros se suceden siguiendo una rotación destinada, asimismo, a repartir el tráfico por igual entre todas las otras horas del día. El tiempo así estructurado ha producido, entre otros resultados prácticos y económicos realmente sorprendentes —tales como el añadir sesenta días más de trabajo a la producción económica anual—, la descongestión automática del tráfico. Los trenes llevan todos los días un número más o menos uniforme de pasajeros; no hay en las estaciones días y horas de angustiosa aglomeración al lado de otros de vacío absoluto. Esto, que los países capitalistas más importantes no pueden realizar, pese a los innumerables ensayos emprendidos por la Gran Bretaña, Alemania, Estados Unidos y Francia, ha sido resuelto de golpe por el Soviet.

Cuando el extranjero baja del tren y entra en las calles de Moscú, a sus restaurantes, a sus teatros, clubs obreros, bazares, cinemas y demás focos de aglomeración ciudadana —cualquiera que sea la hora, el día o el mes del año—, palpa de modo más directo aún los beneficios del nuevo calendario soviético sobre el movimiento de la ciudad. Ningún embotellaje. Ningún espectáculo de desorden, de disputa e imprecaciones del público, motivado por la congestión de la multitud. Ningún servicio *ad hoc* de policía. No circula ciertamente en Moscú la enormidad de vehículos que circula en Nueva York, en Londres, en París, en Berlín, en Viena. Pero la población de Moscú (dos millones y medio de habitantes) es, con relación a su área y capacidad de alojamiento, superior a la de cualquiera de las urbes capitalistas, y ella va creciendo día a día y con rapidez pasmosa. De otro lado, la intensidad y orden del tráfico de una ciudad no se reflejan tanto en las ca-

lles, sino en otros centros y núcleos colectivos, destinados al trabajo, al comercio y a los espectáculos públicos. Es aquí donde el Soviet deja ver la forma armónica y radical con que se ha resuelto en Rusia el problema del tráfico urbano.

Una vez más hay que convencerse de que los problemas sociales deben ser afrontados en sus bases económicas profundas, y no en sus apariencias. La cuestión del tráfico no es del resorte policial ni municipal; ella es más bien esencialmente económica, y su solución no es tan fácil como se imagina cualquier prefecto de policía capitalista, sino que está entrañada y depende de la estructura intrínseca del Estado y de las relaciones sociales de la producción. La dación de un nuevo calendario destinado a organizar científicamente las exigencias modernas del movimiento urbano, no puede venir sino de un Gobierno socialista, cuya gestión se apoya en la síntesis organizada y realmente soberana de los intereses colectivos. En el Estado burgués, la anarquía y contradicciones que emanan de la división de la propiedad, impiden las transformaciones de conjunto, y cualquier medida que, en una u otra forma, contradiga o hiera una parte de los intereses particulares en juego, resulta literalmente imposible.

* * *

Burgo, entre mongol y tártaro, entre búdico y oismático-griego, Moscú es una gran aldea medieval, en cuyas entrañas maceradas y bárbaras se aspira todavía el óxido de hierro de las horcas, el orín de las cúpulas bizantinas, el vodka destilado de cebada, la sangre de los siervos, los granos de los diezmos y primicias, el vino de los festines del Kremlin, el sudor de mesnadas primitivas y bestiales. Cada rincón de la ciudad lo testimonia plásticamente; su plano irregular y abrupto, sus muros amarillos y blancos, las calzadas empedradas, los tejados rojos y salpicados de musgo; en fin, el decorado elemental y asiático.

Sólo que junto a las ruinas del pasado anterior a 1917, se advierten las ruinas y devastaciones producidas por la revolución de octubre y las guerras civiles que la siguieron. El bombardeo, los saqueos y destrucciones se hallan aún impresos en las puertas desquiciadas, en las ventanas rotas, en los techos volados, en los muros partidos, en los monumentos y edificios mutilados. Especialmente, las iglesias, los palacios y las estatuas sufrieron una revisión histórica implacable. Se ve que, aparte de la ruinoso ciudadela de Iván el Terrible, sobrevive allí la ruinoso ciudadela de la revolución, es decir, los vestigios de un tremendo huracán político.

Pero, además de ser Moscú un conjunto de ruinas prerrevolucionarias y un conjunto de escombros de la revolución, es la capital del Estado proletario. La urbanización obrera se acelera con ritmo sorprendente. Esta urbanización abraza dos actividades: construcción de casas totalmente nuevas y transformación de las antiguas en alojamientos colectivos para obreros. Una tercera parte de la ciudad es ya nueva. A la margen izquierda del Moscova, la casi totalidad de las casas son de reciente construcción. ¿Su estilo? Un estilo rigurosamente soviético. Sobriedad de concepción, líneas simples, ángulos rectos, material sólido, ingeniería despreocupada del absorbente mito monumental y decorativo de la arquitectura de Occidente. Nada más lejos, por otro lado, de la miseria arquitectónica de las "casas para obreros" que el capitalismo construye —cuatro muros y un techo—, como si se tratase de encerrar en ellas, no ya a seres humanos, sino a boyadas de trabajo o ganado de camal. Las casas proletarias del Soviet son amplias, confortables, higiénicas. Sobre todo, higiénicas. Cada casa es una pequeña ciudad, con jardines, biblioteca, salas de baño, club y hasta teatro. Nada de colorines murales. Nada de banal ni de superfluo. Nada de barroco ni de churrigueresco. Se ha pretendido asimilar estas construcciones al rascacielo de Nueva York y a la nueva arquitectura alemana. Mas ni ésta ni aquél reúnen, como la ar-

quitectura soviética, el confort y la sencillez, la elegancia y la simplicidad, la solidez y la belleza.

A cada uno de estos tres aspectos urbanos de Moscú corresponde un sector social particular. La población reaccionaria se destaca y diferencia rotundamente del elemento bolchevique y de las masas obreras soviéticas. Son tres capas sociales, cuya mentalidad, costumbres e intereses diversos y, a veces, opuestos, coexisten, sin embargo, en la ciudad actual. Luc Durtain lo ha constatado en parte, aunque clasificando la población por generaciones, es decir, con criterio individualista, en lugar de clasificarla según los ciclos del progreso social, es decir, con criterio colectivo. Luc Durtain sigue un procedimiento geológico y, para estudiar el fenómeno ciudadano, le da cortes verticales, en lugar de seguir un procedimiento biológico, seccionándolo horizontalmente. Luc Durtain, siendo médico, olvida el método de Darwin. Nos gustaría ver cómo Durtain estudia un tallo, cortándolo fibra a fibra, en vez de darle cortes horizontales.

* * *

Contemplando el panorama de Moscú, desde una de las torres del Kremlin, pienso en la ciudad del porvenir. ¿Cuál será el tipo de la urbe futura? La ciudad del porvenir, la urbe futura, será la ciudad socialista. Lo será en el sentido en que Walt Whitman concibe el tipo de gran ciudad: como el hogar social por excelencia, donde el género humano realiza sus grandes ideales de cooperación de justicia y de dicha universales. Lo será en el sentido en que Marx y Engels la conciben: como la forma más avanzada de las relaciones colectivas, cuando la sociedad cesa de ser una jauría de groseros individualismos, un lupanar de instintos bestiales —y menos que bestiales, viciosos—, para empezar a ser una estructura política y económica esencialmente humana, es decir, justa y libre y de una libertad y una justicia dialécticas, cada vez más amplias y perfectas.

¡La ciudad del porvenir! ¿Dónde, en efecto, y

mejor que en la ciudad socialista, podrá producirse ese maravilloso fenómeno futuro? Porque la ciudad del porvenir ha de ser construida sólo por el socialismo, y ella misma ha de ser la más prodigiosa cristalización socialista de la convivencia humana. Concebir la urbe del porvenir dentro del sistema capitalista —como lo hacen los filósofos, profetas, políticos y escritores burgueses— es un absurdo y un contrasentido. Equivale a pretender edificar un rascacielo de mil pisos con barro o cualquiera otro de los materiales deleznable y rudimentarios empleados en las construcciones primitivas.

No es la ciudad del porvenir Nueva York. El simple espectáculo de sus maravillas mecánicas no la inviste del título ni de las cualidades suficientes para ser la urbe del futuro. Estas maravillas mecánicas constituyen apenas uno de los materiales —el más anodino— del tipo de ciudad a que aspira la humanidad. Indudablemente, el *comfort* material, las facilidades de rapidez y precisión con que el progreso industrial encauza y motoriza la vida urbana, son necesarios a la ciudad del porvenir. Mas no basta que la sociedad produzca y consuma estos elementos de vida, al azar. Menester es que su producción y consumo se democratizen, se socialicen. Menester es socializar el trabajo, la técnica, los medios e instrumentos de la producción, de una parte; y de la otra, la riqueza. El mundo de los justos no es posible sin esta doble socialización. ¿Los Estados Unidos la han realizado? El capitalismo, en general, lleva consigo, según Marx, los gérmenes de ambos procesos. Pero en los Estados Unidos, el progreso de la técnica ha determinado únicamente una cierta socialización del trabajo. Los medios e instrumentos de la producción —fábricas y tierras— y los productos, continúan de propiedad de unos cuantos. La fabricación de un alfiler es obra de cincuenta obreros; está socializada, está hecha en sociedad. Pero el dueño del alfiler, el que se aprovecha de su venta —una vez deducida una mínima parte para el pago de los jornales—, es un solo patrón, dos o cuatro. A Nueva

York le falta, pues, la socialización integral del trabajo, de las fábricas y de los productos. Mientras en los Estados Unidos la propiedad, el trabajo y la riqueza no se hayan socializado integralmente, no es ni será Nueva York la ciudad del porvenir. Para que las maravillas mecánicas y eléctricas de Nueva York hagan de esta urbe la ciudad del porvenir, deben ser socializadas en su creación y en su aprovechamiento. Si esto no sucede y si, por el contrario, la propiedad, los progresos de la técnica, el trabajo y los productos se basan como hasta ahora, en la injusticia, en la explotación de la mayoría por una minoría y en la división de clases, Nueva York seguirá siendo una selva de acero en que se desarrolla el drama regresivo y casi zoológico de millones de indefensos trabajadores, devorados por unos cuantos patronos, y sus maravillas industriales —tan decantadas ya y exageradas— seguirán siendo el producto sangriento e inhumano de ese drama.

* * *

Por lo demás, y siempre que no se trate de estudiar científicamente la realidad, sino simplemente de opinar según los gustos, intereses personales, sentimientos de clase o prejuicios afectivos, hay mil maneras de plantear un problema y otras mil de resolverlo, de deducir hipótesis o de formular profecías. No me refiero aquí a las opiniones de escritores exclusivamente literarios y tragaleguas, a lo Paul Morand, ni a las de pensadores de suma especulación metafísica, a lo Massis. Ya pueden estos publicistas divagar al infinito sobre ésta y otras cuestiones, con alegatos y dialécticas más o menos fascistas o socialistas por snob. El daño y desviación que ellos producen en el criterio internacional no son muy graves para detenerse a refutar seriamente sus ideas y teorías. Aquí me refiero más bien a las ideas y teorías de uno de los publicistas liberales de mayor boga científica en Europa: a Lucien Romier, que pasa por ser un sociólogo de laboratorio y por plantear y

tratar los fenómenos sociales con riguroso y hasta revolucionario método objetivo.

¿Cómo estudia Lucien Romier la génesis, formación y devenir de las ciudades en general, Nueva York y Moscú inclusive? Romier aplica a esta cuestión el criterio unilateral, incompleto y gastado de las aguas. Según Romier, no hay más que dos imperios: el imperio de los mares y el imperio de los grandes ríos. Cuando ambos se juntan, producen el supremo poderío, como en el caso de Londres. Toda gran ciudad, situada está sobre un río o sobre un puerto marítimo. Las ciudades de irradiación universal explotan lo más a menudo un estuario o comunican con él. Nueva York, sobre el estuario del Hudson, en el Atlántico, es otro ejemplo de gran urbe destinada a un gran porvenir.

Verdad es que Romier reconoce que, contra la grandeza creciente de Nueva York a base hidrográfica, hay ahora una arma nueva y terrible: la navegación aérea. "La circulación —dice Romier—, antes esclava de los peajes y sometido luego a los Estados, opera hoy con absoluta soberanía. Ella se ha liberado de los ríos, de los valles, de las montañas, y se liberará también del océano. Con el avión, el hombre ha abolido una distinción fundamental en la geografía de los viajes y del comercio: la distinción entre la tierra y el mar. El avión triunfará de los mares, no sólo porque gasta menos energía humana que el navío, sino porque su utilidad y sus posibilidades de progreso tenderán más a abreviar las distancias y los plazos marinos". Sin embargo, Romier, de razonamiento en razonamiento, elude la tesis exclusivamente aérea en cuestión, y, mediante un enorme bostezo deductivo, utiliza al servicio de su tesis hidrográfica el propio valor aviónico a que alude.

Y Romier discurre en estos términos: ¿Cuáles serán en el porvenir los países mejor equipados de transportes aéreos? Estos países serán precisamente los países de mayor litoral marítimo y fluvial.

Porque, para Romier, el avión, en suma, no tendrá casi utilidad terrestre en el porvenir, pues cada

país llegará a tal punto a poblarse de aldeas y ciudades, que éstas estarán casi pegadas entre sí y no tendrán necesidad de una locomoción parecida. En cambio, la aviación marítima será la que decida de la suerte de los países y de las capitales. Por otro lado, psicológicamente, los pueblos de mayor vocación aérea son los pueblos marítimos. “Mas pronto —dice Romier— un mal marino se hace un gran aviador, que un hombre continental un aviador mediocre”.

La teoría de Romier asigna, en fin de cuentas y según sus dos tesis, hidrográfica y aviónica, una gran fortuna a Londres y, sobre todo, a Nueva York, ya que, como el dice, esta última urbe disfruta del excepcional privilegio de hallarse situada, como ninguna otra, en la encrucijada de una gran corriente de circulación marítima y de una fuerte atracción de origen continental. ¡Qué triste suerte, por el contrario, para Berlín, París y, más aún, para Moscú, situada más que todas ellas lejos del Océano, y sin comunicación con un estuario!

Por fortuna, la doctrina de Romier es falsa y apasionada, pese a sus apariencias científicas e imparciales. Su falsedad arranca de la ideología anticuada de Romier. Su apasionamiento reside en el espíritu clasista del autor.

Romier, en efecto, no hace sino reconsiderar la fallida teoría hidrográfica de la vieja sociología naturalista, para la cual los fenómenos sociales y económicos se explican únicamente por las leyes del medio natural (tierras, aguas, clima). Romier hace suyo el célebre principio de los fisiócratas: “Las leyes constitutivas de la sociedad son las leyes del orden natural”. Romier se queda aquí y rechaza o no concibe la influencia del medio social sobre la naturaleza y sobre la propia sociedad, influencia que, según Marx, toma día a día un peso decisivo en los destinos y transformaciones sociales. La rezagada visión de Romier apenas le permite entrever ligeramente la posibilidad abstracta de que el avión —que es una fuerza creada por la sociedad— pueda destruir la influencia y preponderancia hidrográficas en

la suerte de las ciudades. Hasta aquí y no más allá llega la estancada mentalidad de Romier, y aquí empieza su ceguera orgánica, producto genuino de sus prejuicios clasistas. Aquí empieza, para salvar sus tesis en peligro, a echar mano a la sutileza, al ingenio y al sofisma, contra Moscú y los destinos del Soviet. Es cierto que, cuando Romier estudia esta cuestión, no alude ni se propone impugnar la revolución social, de cuya suerte depende el futuro de urbes y naciones. Sin embargo, quien haya leído sus libros **América o Europa** y **El Hombre Nuevo**, reconoce fácilmente su temperamento político y su aversión tácita y acaso subconsciente por el comunismo y el método marxista. Nada tiene, pues, de extraño que ignore o no comprenda la doctrina socialista que atribuye a la sociedad y a la naturaleza una influencia recíproca, tendiendo la primera, constante y progresivamente, a **dominar** a la segunda, valiéndose de los progresos infinitos de la técnica. Romier no acepta que los progresos de la circulación decidan un día —por sobre los ríos, los estuarios y los mares— del desarrollo de una urbe. De aceptar esta verdad, Romier se vería obligado a dejar abierta la puerta del porvenir a las ciudades que, como Moscú, no caen dentro de las conclusiones favorables de sus tesis y en las que, en cambio, la técnica empieza a cobrar un vuelo nunca visto mediante la socialización, más o menos evolutiva o revolucionaria, de la producción. Y esto es justamente lo que Romier no concibe ni toleraría.

* * *

Al instalarnos en el automóvil, le preguntó a Boris Pessis, secretario de Voks (Oficina de relaciones intelectuales internacionales) por el movimiento automovilístico en las ciudades soviéticas.

—Como usted ve —me dice en tanto atravesamos las primeras calles de Moscú—, no hay muchos automóviles en Rusia. Unos doscientos en Moscú, otros tantos en Leningrado y todavía menos en provincias.

—¿Las causas?

—En primer lugar, toda la producción de maquinaria la enfoca actualmente el Soviet hacia la industria y la agricultura. En segundo lugar, la circulación ciudadana en automóvil no exige aún, desde el punto de vista comercial y económico de las ciudades, mayor número de carros que el que ahora existe. Dentro de la concepción soviética de la convivencia urbana, la velocidad es una cuestión estrictamente económica...

—Lo comprendo. Nueva York, por ejemplo...

—El esquema es éste: a mayor riqueza, mayor velocidad. En el terreno mismo de la técnica de producción, una máquina, un aparato, un útil se mueve más rápidamente cuanto más dinero ha costado su fabricación...

—Hasta cierto punto —le observo a Boris Pesis—. Porque si ha habido robo o despilfarro en la fabricación del útil o de la máquina...

—Hablo, naturalmente, del coste verdadero de la fabricación. Pues bien; la velocidad, como expresión que es del desarrollo económico de un país o de una ciudad, sigue, en cierto modo, las modalidades sociales de la economía. En Nueva York, juzgadas las cosas en este plano, la población se divide en dos sectores: el proletariado de base y la gente pobre, de un lado, y del otro, la burguesía y el proletariado técnico. Para el primer sector, la velocidad ciudadana es mínima. Para el segundo es mayor, excelente, vertiginosa. Para la masa pobre sólo existe el metropolitano y el tranvía, con todas sus limitaciones y embarazos de tiempo, precio y aglomeración. Para los patronos y los obreros técnicos están los automóviles públicos o particulares, hasta para ir a comprar un botón, y a la hora que se quiere. Pero en Rusia, la realidad es distinta. Dentro de la vida soviética de las ciudades, no hay esos dos sectores de población, rápido el uno y **au relenti** el otro. Nadie, absolutamente nadie, anda en automóvil en Moscú. Mire usted ese carro que pasa por allí... —añade Boris Pesis, señalando con el índice la Plaza de la Revolución.

Yo observo largamente en torno nuestro. La totalidad de los transeúntes van a pie. De cuando en cuando pasa un tranvía repleto. ¡Un automóvil! Es el que indica Pessis. Trato entonces de ver la clase de personas que le ocupan y le digo a mi acompañante:

—¿Pero quiénes son, entonces, los que van en ese automóvil?

—Son funcionarios y empleados del Soviet. El íntegro de los pocos automóviles existentes, está dedicado a los servicios del Estado y de la cosa pública: sindicatos de producción, cooperativas, etc.

—Pero yo he viajado en taxi en Leningrado —le observo a Boris Pessis.

—En Rusia hay sólo unos cuantos taxis destinados a los turistas o extranjeros de paso en las ciudades, que, en general, son ricos o acomodados, y a quienes el Soviet debe dar facilidades, satisfaciendo sus hábitos de velocidad y confort, propios de su clase social. Fuera de esta excepción, esporádica y extraña a la existencia soviética, y que sólo sirve al interés turístico del país, no hay —como está usted viendo— ni taxis ni automóviles particulares.

—¿Pero los habrá algún día? ¿Cuándo y cómo irrumpirá la velocidad en la vida ciudadana soviética?

—Eso ya es otra cuenta. Todo el mundo anda en Moscú en tranvía o a pie, porque la vida económica ciudadana marcha bien —si se nos permite la frase— en tranvía y a pie. La potencia económica del Soviet está, por ahora, operando en el campo y en la fábrica, en las minas, en los puertos, en los ferrocarriles, en las instalaciones mecánicas, en la electrificación industrial del país. La ciudad —y cuanto se relaciona con ella: velocidad, confort, etc.— es ya una forma avanzada del proceso económico de un país. Dentro del capitalismo norteamericano han surgido últimamente grandes urbes, como a la minuta, apenas el país cobró su máximo desarrollo económico. Sólo que en la estructura social de Chicago, San Francisco y Manhattan, la velocidad, el

confort, etc., pertenecen, como repito, solamente a ciertas clases sociales, mientras otras carecen en gran parte de tales facilidades del progreso.

—Y en Moscú, en Kief, en Leningrado, ¿cómo será resuelta la cuestión de la velocidad desde el punto de vista social?

—Cuando la economía soviética haya llegado a producir las ciudades socialistas a que aspiramos, los medios y resortes de velocidad urbana estarán repartidos por igual en la masa ciudadana. No hay ahora en Moscú automóvil para nadie: mañana habrá automóvil para todos.

—Entretanto...

—Entretanto, hay que avanzar a pie o, a lo sumo, en tranvía. Los comienzos de una nueva historia van siempre a pie. El hecho de que nadie aún pueda ir en automóvil en Moscú no debe alarmar a nadie. Lo alarmante sería que algunos fuesen un día en automóvil a través de las masas a pie, como ocurre en las urbes capitalistas. Ese sería signo de que la revolución rusa ha fracasado o va a fracasar. Pero mientras eso no suceda, lo otro es cosa de pocos años.

Bajamos ante la puerta del hotel Bristol, en Tuerskaya Ulitza y pago el taxi. Un rublo cuarenta, o sea veinte francos. ¡Una fortuna! En París, un recorrido igual costaría siete francos. Pero en París gozo de la ventaja de ser un burgués entrañado a la mecánica igualmente burguesa de la ciudad, mientras que en Moscú soy un burgués extraño y totalmente al margen de la mecánica económica de Rusia. Debo, pues, pagar duro, en el mundo obrero, mi diferencia de clase social, como paga también duro el obrero su diferencia de clase en el mundo capitalista. Es la lucha de clases de la historia.

II

**La ciudad mas cara y la mas barata
del mundo - El trabajo, base universal
de todo el sistema jurídico soviético**

MARIA Schlossberg, obrera de la fábrica Karschanaia, de caramelos y chocolates, de los alrededores de Moscú, me guía a través del laberinto de máquinas en pleno trabajo.

—¿Qué diferencia existe en Rusia —le pregunto— entre el obrero ruso y el obrero extranjero? ¿Hay aquí obreros extranjeros?

María Schlossberg sonríe con indulgencia a mis preguntas:

—En Rusia —me dice— ningún obrero es extranjero. No hay aquí la división que se hace de las gentes en los países capitalistas, en nacionales y extranjeros. Todos los obreros están aquí en su propia casa. El único extranjero es el burgués, ruso o de cualquiera otra procedencia.

—Ya lo sé —le respondo—. La legislación soviética así lo establece. Pero una cosa es la ley y otra la realidad.

María Schlossberg se detiene junto a una gran turbina, ante la cual está inclinado un obrero, observando el movimiento centrifugo del tambor central.

—Compañero —dice en francés María Schlossberg al obrero—, ¿de dónde eres?

El trabajador me mira y contesta también en francés:

—De Bremen.

—¿Es usted alemán? —le pregunto yo al obrero.

—Sí.

—¿Desde cuándo está usted en Rusia?

—Desde 1919, a raíz de la revolución alemana.

—Pero entonces, ¿usted es extranjero?

—No señor. En Rusia ningún obrero es extranjero.

—Es decir, ¿todos los obreros, aunque procedan de los cuatro puntos cardinales del globo, ejercen

en Rusia los mismos derechos y las mismas obligaciones que los nacidos aquí?

—Los mismos derechos y las mismas obligaciones.

—Se lo pregunto desde el punto de vista de la vida estrictamente obrera del trabajador. Más claro: usted, alemán, ¿está situado ante el estatuto soviético del trabajo en idéntica posición que el ruso?

—Sí. En idéntica posición. Usted lo está viendo.

—¿Y para obtener trabajo?

—Para obtener trabajo, el Soviet no tiene ninguna preferencia por los obreros rusos. Los de otras procedencias estamos en absoluto pie de igualdad que los de aquí.

María Schlossberg y yo continuamos avanzando entre las máquinas y los trabajadores.

—Como usted ve —me dice—, todos somos iguales en Rusia ante el trabajo. El único extranjero es el burgués, que se sustrae al sistema proletario del trabajo. Pero si se proletariza, cesa de ser extranjero y ejerce los mismos derechos y obligaciones de todo el proletariado. El derecho obrero está aquí realmente internacionalizado.

—¿Hay muchos obreros de procedencia extranjera en esta fábrica?

—Unos ciento cuarenta, entre los 3,500 obreros que integran la fábrica?

—¿Y en Moscú?

—Unos 15,000, sobre millón y medio de obreros que trabajan en Moscú.

—¿Y en cuanto al ejercicio del derecho civil en general de los obreros de procedencia extranjera?

—El derecho civil soviético está también totalmente internacionalizado. Para los efectos del matrimonio del obrero de origen extranjero, de su condición en la familia, etc., el derecho civil soviético no admite en este caso excepciones de ninguna especie. No sólo el derecho civil está internacionalizado para todos los obreros, cualesquiera que fuesen los países de origen, sino también el derecho público. El sufragio es en Rusia realmente universal, con

sólo las restricciones para los burgueses, los sacerdotes y los que, pudiendo trabajar, no trabajan. El ocioso no puede elegir ni ser elegido. No tiene ciudadanía. En cambio, para los obreros, la ciudadanía es internacional.

—¿No existen en Rusia las restricciones del derecho electoral de los países capitalistas?

—Las mismas, más dos: la ociosidad y la filiación clasista reaccionaria del individuo. Están privados del derecho electoral, según esta última restricción, el **nepman**, el **kulak**, los sacerdotes, los antiguos nobles, los industriales de las concesiones extranjeras y los técnicos no proletarizados. Ninguno de estos elementos ejerce funciones públicas en Rusia.

—¿Y el burgués extranjero? ¿Cuál es su situación en Rusia desde el punto de vista jurídico?

—La situación del burgués que viene de fuera es idéntica a la del burgués ruso. Como usted habrá visto ya, empezando por el coste de la vida, hay dos cifras: el coste de vida para el burgués —ruso o de fuera— y el coste de vida para el proletario, ruso también o de fuera. Jurídica y económicamente, los derechos del burgués son del todo diferentes a los del obrero.

En efecto. El coste de la vida para el burgués en Rusia es enorme. Una estadística reciente demuestra que la ciudad más cara del mundo es Moscú. Un hotel que, en Berlín o en Londres, costaría un rublo al día, en Moscú cuesta cinco rublos. Pero para el proletariado, el coste de la vida es verdaderamente ínfimo. El **Economist**, de Londres, acaba de publicar un estudio comparativo del **standard of life** obrero en los principales países industriales del mundo, y de ese estudio resulta que hacia 1930, el salario real más equilibrado corresponde al trabajador soviético. Le siguen luego el del obrero norteamericano, y luego el inglés, el francés, el alemán y, en último término, el italiano.

—En resumen —le digo a María Schlossberg—,

¿la clase obrera es la que reina y goza de mejores condiciones en Rusia que la burguesía?

—Sí. El Soviet está para eso. Para servir al campesinado y al proletariado por sobre todas las demás clases sociales.

—Lo que, en mi opinión, equivale a un régimen de excepciones y privilegios en favor de una clase y en mengua de las otras.

—Exactamente. El régimen soviético es un régimen de excepciones y privilegios de las clases trabajadoras sobre las demás clases. Es lo contrario de lo que pasa en los países capitalistas, donde impera un régimen de excepciones y privilegios en favor de la burguesía y en mengua del proletariado. Ahora, a usted le toca discernir cuál de los dos sistemas se acerca más a la justicia social: el que sirve y protege a los trabajadores que crean la riqueza colectiva, o el que sirve y protege a los que no la crean y sólo se dedican a gozarla y despilfarrarla en el lujo, los refinamientos y los vicios.

III

La industria de estado y la explotación privada - Concesiones extranjeras

AL director del Sindicato Comercial Textil de Moscú le pregunto cuáles son la estructura, mecanismo y fines de su organización y me dice:

—Nuestro Sindicato es una organización de Estado. Su capital, que es ahora de 36 millones de rublos, es del Estado. Su personal director, administrativo y profesional, está compuesto de funcionarios públicos. Su mecanismo está encauzado y dirigido por razones, intereses y conveniencias de Estado. No hay en él absolutamente ningún interés particular (1).

—¿Esta misma composición y naturaleza estatal tienen los demás sindicatos soviéticos?

—La misma. Tal es la primera diferencia entre la idea de Sindicato industrial en régimen soviético y en régimen capitalista.

—Pero yo sé que hay en Rusia explotaciones extranjeras.

—Sí las hay. Estos Sindicatos extranjeros son libres de darse la estructura y composición internas que mejor les parezca. Son Sindicatos típicamente capitalistas.

—¿Entonces?

—Voy a explicárselo. Los Sindicatos o Empre-

(1) El sector socializado (estatal o colectivo) de la producción agrícola e industrial es, en 1930, de 56 por 100. El 85 por 100 del trabajo asalariado se halla en los servicios colectivos. El 60 por 100 de la renta nacional está, asimismo, socializado. El 50 por 100 del trigo arrojado al mercado es colectivo. Por último, todo el comercio al por mayor y el 83 por 100 del por menor, están en las manos de la colectividad. Como se ve, un promedio de más de la mitad de la economía nacional rusa se halla socializado.

sas extranjeras que hay hoy en Rusia son de capital y composición burguesas, como los de cualquier otro país del mundo, pero sus actividades y manejos con relación al proletariado y a la sociedad soviética difieren de las Empresas que operan en los Estados Unidos, Inglaterra o Alemania. Las concesiones industriales extranjeras se sujetan aquí a una ley especial del Soviet, según la cual los obreros de dichas Empresas gozan de los mismos derechos que los obreros de los Sindicatos del Estado. Esta misma ley protege igualmente y defiende los intereses estatales, imponiendo a las Empresas un contrato de concesión que, si bien es paritario y está exento de todo asomo expoliativo por parte del Gobierno, exige, sin embargo, una serie de obligaciones hacia el Estado que no existen en los países capitalistas. Mientras en Rusia las Empresas extranjeras están sometidas, en el fondo, a las leyes e intereses del Soviet, en la Gran Bretaña o en los Estados Unidos, por ejemplo, es más bien el Estado el que se somete a la voluntad omnímoda y a los intereses particulares de los Sindicatos industriales. Además, las concesiones en Rusia tienen un carácter momentáneo, provisorio. Ellas irán desapareciendo o restringiéndose a medida que la industria de Estado crece. Dentro del Plan Quinquenal vigente está prevista la limitación y supresión de muchas concesiones. A este efecto, los plazos de duración de los contratos son lo más cortos posibles, siendo del exclusivo derecho del Soviet el rescindirlos o modificarlos según los intereses del país. En una palabra, frente a estas concesiones, el Estado es el que manda e impone condiciones con absoluta soberanía.

—¿Cómo funciona su Sindicato?

—Nuestro Sindicato compra los productos textiles a los Sindicatos de producción y luego los vende al por mayor a las cooperativas para su venta al por menor al público. De otra parte, compra y adquiere en el extranjero, o a los truss de producción nacional, maquinaria textil que luego vende a los Sindicatos fabricantes de tejidos. La dirección de

nuestro Sindicato se sujeta en sus trabajos al Gosplan (Plan Quinquenal) de un lado, y de otro, a una serie de directivas y acuerdos que emanan, directa o indirectamente de todos los demás focos de actividad económica del Soviet, principiando por el Consejo Superior de Economía y el Comisariato del Comercio y terminando por los organismos obreros de nuestro propio Sindicato.

—En este giro comercial de su organización, ¿hay entonces ganancias y utilidades?

—Sí. Las hay, puesto que el Sindicato compra y vende, es decir, hace su comercio.

—¿A dónde van esas utilidades?

—Su inversión es múltiple. Una parte va al Estado en impuestos...

—Pero, ¿siendo el Sindicato del Estado, paga también impuestos?

—Naturalmente. El Sindicato es estatal, pero al mismo tiempo es un organismo independiente, en cierto modo, del Estado. Sus intereses, siendo del Estado, se objetivan respecto de éste para los efectos del orden y claridad en el engranaje integral de la Economía.

—Es una forma de monopolio del Estado?

—Como usted quiera.

—Pero entonces, permítame usted decirle que no puedo aún comprender el socialismo..

—Ya lo sé —me dice el director del Sindicato—. Desde todo punto de vista, la vida soviética es muy compleja en medio de su gran simplicidad. En las actividades comerciales y de producción, en las formas políticas, jurídicas, artísticas, hay una fisonomía procesal que no debemos olvidar, y es ésta: todas las disciplinas son de transición, de los capitalistas y feudales a las disciplinas socialistas, pasando por una inmensa diversidad de formas y de ensayos intermedios. Puedo decir a usted, con la franqueza propia del obrero revolucionario, que no tiene por qué ocultar los defectos, lacras, lagunas y vacilaciones de la obra colectiva, que dentro de la vida soviética coexisten actualmente las más atrasadas técnicas, con

las más avanzadas y, si se quiere, inéditas aun en los mismos Estados Unidos. Parte de nuestras utilidades va, como he dicho, al Estado. Otra parte va al aumento de salarios. Otra parte, a mejorar los métodos de producción. En fin, el Sindicato dedica una suma considerable al Seguro obrero, al fomento de escuelas preparatorias y técnicas, a campañas contra el alcoholismo, contra el analfabetismo, etc. (1). Todo, como ya he dicho, de acuerdo con el plan de conjunto de la economía y la política soviéticas.

El director del Sindicato Textil discurre con una dialéctica precisa y rápida. Cuando se dispone a entrar en el terreno de la racionalización y otros temas relacionados con la producción en general, se lo agradezco, reservándome para tratarlos por separado, en sectores especialistas de estos ramos y, sobre todo, confrontando la teoría con la realidad.

(1) Al estallar la revolución de octubre había en Rusia un 65 por 100 de analfabetos. En 1930 no quedan sino 37 por 100.

IV

**Un sabio trata de suprimir la fatiga
del trabajo - Racionalización socialis-
ta y racionalización capitalista**

UNA de las mejores impresiones que me ha sido dado experimentar en Rusia la tuve, seguramente, en el Instituto Central del Trabajo de Moscú. Probablemente existen en los Estados Unidos centros técnicos parecidos; pero, ateniéndome a los informes comparativos y documentos científicos procedentes del examen panorámico de la técnica mundial del trabajo, que se me mostró en aquel instituto ruso, dudo que ningún otro país capitalista haya llegado hasta ahora al grado de adelanto del Soviet en este terreno.

El secretario científico del Instituto, Muravief, viste la blusa proletaria. Me hace recorrer todo el edificio, exaltando, respaldado de testimonios de expertos extranjeros, autorizados e imparciales, tales como el yanqui Henry Ford, la envergadura y el alcance técnico y revolucionario del Instituto.

—Los fines de la escuela —me dice— pueden reducirse a dos: el desarrollo científico de la técnica electromecánica y la preparación de los obreros para la aplicación y ejercicio de la técnica en el trabajo práctico. Ambos fines se compenetran y son inseparables. El progreso científico de la técnica no es posible sin los datos de la experiencia que procura la práctica de los métodos en vigencia, y, viceversa, éstos se estancarían de no ser constantemente renovados por los trabajos de estricto laboratorio. El Instituto prepara directamente obreros y, al propio tiempo, técnicos, especialistas e ingenieros destinados a dirigir los trabajos en las fábricas e instalaciones similares (1).

(1) El problema de los cuadros técnicos es uno de los más álgidos en Rusia. A medida que avanza la edificación socialista crece la desproporción entre el número de obreros y el de los técnicos. En este terreno, el Soviet se halla en una

—¿La dirección y el personal de profesores?

—El compañero Gastef, director del Instituto, y todos los profesores, son rusos. Muchos de ellos han hecho estudios técnicos en los Estados Unidos, en Alemania, Francia e Inglaterra. Además, muchos de los instructores han estudiado y trabajado, como obreros técnicos, en fábricas y talleres de Ford y de la "General Motors".

El local del Instituto es amplio y de tres pisos. Un compacto ruido de talleres y de máquinas en movimiento repercute por todas partes. Noto en todo una sencillez esquemática y geométrica: en el decorado, en la arquitectura del local, en los gestos y movimientos de los hombres. Aquí, más que en ninguna otra parte de Rusia, se advierte e impera la rapidez, la exactitud, la organización.

—¿Es éste el único establecimiento de su género en Rusia?

—Sí. Pero hay secciones y dependencias en pro-

clamorosa inferioridad respecto de los países capitalistas. Así, por ejemplo, mientras en Alemania la proporción de los técnicos y los obreros es de 2.2 por 100 en 1926, en Rusia es de 0.01 por 100. Añádase la hostilidad clasista, franca o encubierta, de los técnicos e ingenieros hacia el proletariado ruso, y se tendrá un cuadro aún más sombrío del problema. Para resolverlo cuanto antes, el Soviet despliega esfuerzos gigantescos. El Plan Quinquenal establece que a fines de 1932 Rusia dispondrá de ingenieros y técnicos en una proporción de 1.65 por 100, respecto de los obreros, y este aumento será realizado con personal rigurosamente proletario y campesino. Al efecto, funcionan hoy en Rusia 260 establecimientos de enseñanza, con un total de 75,000 estudiantes para ingenieros, y 527 escuelas para técnicos, con un alumnado de 81,000 estudiantes.

Aparte de esta formación, el Soviet sigue atrayendo un número creciente de ingenieros y técnicos extranjeros, al propio tiempo que envía numerosos estudiantes rusos a los países capitalistas más avanzados, para perfeccionar y confrontar sus estudios con los que se hacen afuera.

El Instituto Central del Trabajo debe preparar de aquí hasta fin de 1932, 100,000 obreros calificados, con un presupuesto de 50 millones de rublos.

vincias del mismo modelo y con los mismos ramos técnicos.

—¿Existía ese Instituto antes de la revolución?

—No. Es absolutamente nuevo. Se fundó en 1923.

—¿Sus secciones? ¿Su organización?

—En primer lugar, hay aquí un laboratorio bioquímico —me dice Muravief, haciéndome pasar a un compartimiento del local situado en el primer piso—. Va usted a conocer, precisamente, a sus directores, el sabio Golberg y la doctora Lepskaia.

Atravesamos dos piezas, en las que veo a varios profesores e ingenieros en pleno trabajo. Un hombre, de unos cincuenta años, también en blusa proletaria, viene a recibirnos. Habla perfectamente el francés.

—El doctor Golberg —me dice Muravief.

Una rápida conversación inicio con el sabio.

—¿Cuál es —le digo— el esfuerzo más importante de su laboratorio en estos momentos?

—La supresión de la fatiga.

La respuesta es impresionante. ¡Suprimir la fatiga en los hombres!

—¿Hay antecedentes de este empeño en algún país capitalista?

—Que nosotros lo sepamos, no. En los Estados Unidos, según nuestros informes, se ha intentado, después de la guerra, algo parecido; pero por respecto fraccionarios y con ocasión de otros problemas menudos de psicotécnica. El problema de la supresión de la fatiga, en globo y como fórmula, no ya simplemente de orden económico, sino de orden biológico, lo hemos enunciado por la primera vez aquí, hace tres o cuatro años. Naturalmente, su solución depende directamente de los progresos que, en materia de metabolismo, se han conseguido en Alemania y, en cierta medida, en los Estados Unidos.

—¿Tiene usted fe en un resultado más o menos próximo y favorable?

—En cuestiones de laboratorio, estamos siempre en la víspera de todas las sorpresas. La ciencia, en mi concepto, se produce por sorpresas. Nada pode-

mos aún prever. Por el instante, tenemos un primer resultado. Sabemos ya que el trabajo deforma los leucocitos, y que de esta deformación proviene, hasta nueva orden, la fatiga del obrero. En cuanto al método destinado a evitar o, más exactamente, a corregir de manera instantánea aquella deformación, no sabemos aún nada concreto. Lo tenemos actualmente en ensayo con algunos animales.

El doctor Golberg goza de un renombre mundial como biólogo y químico. Sus obras están traducidas a casi todos los idiomas. Su laboratorio, así como todas las demás secciones del Instituto, mantiene diaria y nutrida correspondencia técnica con los grandes laboratorios y talleres del extranjero. El doctor Golberg me dice:

—La ciencia es universal. Esta hecha de solidaridad, más que ninguna otra actividad humana. Cuidamos, por eso, de seguir de cerca y cotidianamente lo que se hace y se descubre en los otros países. El capitalismo, por lo demás, nos ha dado y nos está dando aún las bases históricas, en general, del socialismo. Particularmente, mi laboratorio toma y tomará aún mucho de los sabios y técnicos norteamericanos.

—Pero ellos empiezan también a aprender mucho de ustedes.

—Ya lo creo —dice con firmeza la doctora Lepskaia—. No solamente hoy. Rusia ha tenido, aun durante el zarismo, grandes sabios y profesores.

Frecuentemente se oye en boca de las grandes figuras del Soviet la misma voz leal para reconocer las buenas obras efectuadas por las clases sociales enemigas, de dentro o fuera de Rusia.

Muravief me invita luego a seguirle a los otros compartimientos y me dice, entrando a uno de éstos:

—Aquí tiene usted el laboratorio de metabolismo propiamente dicho, donde se llevan a cabo los análisis de las sustancias que se forman en el organismo del obrero durante el trabajo. Como usted ve, el laboratorio comunica con los talleres y las instalaciones electromecánicas por medio de tubos e hilos

conductores, que sirven para recoger y traer la respiración, el aliento, la presión arterial, los menores movimientos y hasta el reposo y los gestos del trabajador. Es de este modo como se registran aquí todas las reacciones físicas, químicas y biológicas producidas por las diversas manipulaciones del obrero en su organismo. Así es como la ciencia forma su criterio relativo, a las ventajas o desventajas que, desde el punto de vista de la economía de la energía humana, ofrecen los distintos métodos de trabajo. Con estos datos, de rigurosa exactitud científica, organiza después el sabio sus conclusiones en orden a una serie de problemas sobre la capacidad productiva media del trabajador, sobre su salud, el límite de sus fuerzas según su edad, las condiciones higiénicas favorables o nocivas a tales o cuales de sus ocupaciones, la necesidad de otro género de trabajo o de clima, etc., etc. Todas las incógnitas psicofisiológicas que concurren a determinar, en gran parte, la totalidad de los sistemas de racionalización, sólo pueden resolverse en este laboratorio. Más todavía. De sus experimentos dependen considerablemente los términos en que debe resolverse el problema de los sin trabajo.

—¿Todo esto se sabe y se trata también de ahondar y resolver en los centros industriales capitalistas?

—En muy pequeña medida y sólo en los Estados Unidos. Ford ha empezado recientemente a prestar atención a todos estos estudios. Usted sabe que la racionalización fordista es la menos inhumana de los Estados Unidos. Sin embargo, su interés por proteger y conservar la salud de los obreros, y con la de ellos, la de la humanidad entera, está sofrenado por sus intereses patronales y, lo que es peor, por la esencia misma de la explotación capitalista, que descansa y está condicionada en la ruina del proletariado.

Las graves explicaciones de Muravief invitan, realmente, a terribles y complejas reflexiones.

—Su laboratorio es, sin duda, de una gran be-

lleza. Con todo, sus conclusiones han de exigir, para ser llevadas a la práctica en los vastos y crecientes dominios del trabajo en el país o en el mundo entero, el concurso de infinitos factores y, en particular, mucho dinero.

Muravief tiene una sonrisa cordial, respondiéndome:

—Todas esas dificultades desaparecen en un país donde todo el mundo está obligado a trabajar y donde la riqueza común, en vez de ir al bolsillo de unos cuantos, es aplicada a las obras y progresos de utilidad colectiva. Pero sigamos. Aquí tiene usted —continúa, pasando a otro compartimiento— el laboratorio fisiológico donde se registra, antes y después del trabajo del obrero, sus pulsaciones, su respiración y el análisis de la sangre. Este otro es el laboratorio colectivo, donde se registran las manipulaciones de todos los obreros de un taller. Después está el laboratorio de control de los objetos diversos que se fabrican en los talleres, según el tiempo y las energías del hombre y de la máquina, empleados en su fabricación, teniendo en cuenta su composición química, su forma, su número, su peso, calidad, etc. Después vienen las bibliotecas de estudios técnicos en libros y revistas, particularmente yanquis y alemanas.

Más tarde abandonamos la sección de investigación científica y pasamos al compartimiento de los obreros e instructores ya capacitados y formados, que se halla en la planta baja del local.

—Aquí tiene usted —me dice Muravief entrando a un amplio taller de mecánica— la aplicación práctica de la técnica.

Los obreros están en pleno trabajo. Este es un taller modelo. El orden, la regularidad, la limpieza, la precisión, la velocidad, la alegría se reflejan en los obreros tanto como en las máquinas.

—Se han consultado aquí —me dice Muravief— todos los factores necesarios al éxito previsto por la teoría: la cantidad de luz, según el género de cada trabajo; el color del campo visual que abarca duran-

te su labor cada obrero; la forma de la máquina y de los útiles que él maneja, así como del terreno donde se mueve; la hora en que trabaja; el reposo y el movimiento circular o angular, ascendente y descendente, del cuerpo y de cada extremidad del obrero, según su labor, etc. Como usted puede ver, hay varios obreros que ejecutan un mismo género de trabajo, a fin de obtener por comparación determinadas conclusiones o leyes psicotécnicas.

Un momento permanecemos en silencio, observando los múltiples trabajos del taller. Entonces empiezo a percibir auditivamente el elemento rítmico de las labores, en conjunto y aisladas, como si se tratase de los sonos de una extraña orquesta de batería. Me acuerdo instantáneamente del Paso de acero, de Prokofiev; de las sonatas de Hindemith y de Krasnancak, de Gliere. Es la misma música. La música del trabajo, regular, plástica, tubulada, a gajos, de una cadencia elíptica y de una monotonía bárbara y grandiosa. A veces, el ritmo hace un grand-écart entre dos corrientes de alta frecuencia. Otras veces se oyen algunas campanas en espacios caprichosos, asimétricos o chafándose entre sí, como un jazz-band. Luego se produce un arrebató de motores, martillos y pilones, que dura algunos minutos. Es entonces el *allegretto* de un oratorio hebreo de Milhaud.

—La campana que suena —me dice Muravief— da y sostiene la medida y duración de ciertos trances del trabajo. Una especie de aparato de relojería, movido por electricidad, determina el tiempo y el número de las campanadas. Pero esto no constituye todo el elemento musical del trabajo. Avancemos.

Al cabo de varios compartimientos empezamos a percibir en el fondo del local los sonos de una orquesta. Es éste otro taller. Un espléndido cuarteto ejecuta, vertebrado por el ritmo metálico y epiléptico de las máquinas, un trozo del tártaro Igouvnof. Aquí ya hallamos desenvolvimiento melódico. La sinfonía es ahora completa.

—Se diría —observo a Muravief— que esto es un conservatorio y no un taller electromecánico.

—Acaso. No obstante, si sigue usted con atención meramente auditiva el conjunto sonoro, quizá su impresión sea contraria.

Durante unos minutos así lo hago. No. Esto no es en realidad un conservatorio. Ese ritmo de repetición y sincopado denuncia el torno, el émbolo, la fuga de poleas, el silbido de las transmisiones, el pulso de las máquinas.

—El elemento deportivo del trabajo se patentiza por separado en las salas de gimnasia. Pero le será, sin duda, mucho más interesante el proceso del aprendizaje del trabajo. Vamos subiendo de nuevo.

Al llegar a un vasto taller del tercer piso, Muravief me dice:

—Acabamos de ver a los obreros capacitados ya, trabajando. Ahora voy a tratar de hacerle ver aquí las diferentes etapas de trabajo de un aprendiz, según la industria a que se destina. En primer lugar, nuestros alumnos no deben pasar de cuarenta años de edad. En segundo, debe cada uno poseer las cualidades psicofisiológicas que requiere el oficio al que va a dedicarse. Por último, con un programa especial para cada trabajo, se le inicia en el aprendizaje. El principal propósito de nuestra enseñanza consiste en hacer lo más automático posible el trabajo, el cual debe ser ejecutado con el minimum de raciocinio.

—Es decir, ¿ustedes tratan de convertir al hombre en un autómeta, como en los Estados Unidos y demás países capitalistas?

—Sí. La técnica socialista del trabajo persigue eso que usted dice, y ya le diré por qué. Pero no es cierto que sea idéntico el caso de la técnica capitalista. Me explico. El taylorismo, perfeccionado por el fordismo —sistemas ambos los más avanzados del capitalismo— se basan en el régimen de la competencia. El fabricante vive con la constante preocupación de vencer a sus concurrentes, vendiendo más barato, con mejor material, etc. Para obtener estos resultados, no pierde tiempo en intensificar la productividad de su fábrica. Dos métodos, entre otros, le sirven para el caso: perfeccionar al infinito su

maquinaria para producir más rápido y para reducir el número de sus obreros, y forzar a éstos a adaptarse continuamente a unos aparatos y a una técnica que cambian y se perfeccionan todos los días. El obrero, de esta manera, vive en un aprendizaje permanente. Su raciocinio no deja de intervenir en sus labores manuales. Lejos de hacer de él la técnica capitalista un autómatas, como se cree vulgarmente, exacerba su vigilia cerebral, sus facultades de atención y conocimiento y su sensibilidad. Su pensamiento está obligado a trabajar más aún que sus manos. A la larga, viene la fatiga psíquica, el **surmenage** nervioso. El trabajo se le convierte en un suplicio. No hay organismo proletario que resista mucho tiempo a este régimen, y el destino del obrero tiene que acabar en el hospital o en un retiro obligado, como inepto y decrépito para los nuevos y cambiantes sistemas de trabajo. Los daños de semejantes procedimientos son incalculables y de una gravedad que espanta. Explicarlos aquí sería salirnos de nuestro tema (1).

—¿Y la técnica socialista? ¿Según ustedes, el obrero debe mantener durante su trabajo la máxima independencia de su pensamiento y de su sensibilidad?

—Sí. El trabajador ha de ejecutar su labor del modo más automático posible. Sus actos deben realizarse por sí solos y no deben costarle ningún es-

(1) Las mortíferas condiciones de trabajo impuestas por la racionalización capitalista al proletariado, junto con la incesante reducción de los salarios, ha determinado en muchos países una gran curva descendente de su natalidad. Así, por ejemplo, mientras en Alemania la población aumenta el 7.9 por 1,000, en Inglaterra el 6.4, en Italia el 10.3 y en Francia el 1.3, ella aumenta en Rusia en un 23 por 1,000. El crecimiento anual de la población urbana era en 1927 de 5 por 100, cifra que supera a las más altas de los mejores tiempos demográficos de los Estados Unidos. A fines de 1932 la población proletaria habrá aumentado en Rusia en un 30 por 100 de la población total. En los países capitalistas, ella disminuye en una progresión acelerada.

fuerzo de raciocinio. La técnica socialista deja intacta e intocada la vida espiritual del trabajador. Mientras laboran sus manos, puede dedicar sus facultades intelectuales a lo que quiera: a soñar, a contemplar, a recordar, a afrontar, en fin, los grandes e íntimos problemas de su vida personal. Por lo demás —termina diciéndome Muravief—, la técnica capitalista conserva aún, en este punto, algo del trabajo manufacturero y hasta del artesanal, en los cuales el trabajador pone todas sus facultades físicas e intelectuales en su labor cotidiana. La diferencia está en que los poderes intelectuales en el artesano se ejercen libremente y siempre creando algo nuevo que depende casi por entero de él, mientras que el proletario capitalista los ejerce sometiendo los a las fórmulas y procedimientos impuestos por las máquinas y no pone, en consecuencia, ninguna iniciativa creadora de su parte. El placer de inventar del artesano desaparece en el obrero capitalista.

—¿Qué otra distinción existe?

—En el cronometraje. A medida que el trabajo es más automático, se ejecuta con mayor rapidez. La economía de tiempo es más considerable cuanto menos interviene el raciocinio en el trabajo. Esta es ya una verdad primaria.

—¿Y la racionalización? ¿Cómo la contempla el Soviet?

—La racionalización, como usted lo sabe, es un fenómeno determinado por la naturaleza misma de la mecánica de producción. La máquina lleva en sí los gérmenes de su progreso y transformación incesantes. El devenir de la historia no exceptúa nada. Existe la dialéctica en las máquinas, como en los seres individuales o colectivos. Un aparato nace, evoluciona y pide ser transformado por otro, y éste por otro, y así sucesivamente. Uno de los fines de esta constante metamorfosis mecánica reside en aumentar la productividad de una maquinaria dada con el menor número de obreros.

—Es lo que ocurre en los países capitalistas.

—Exactamente. Y hasta aquí, la racionalización

—aumento de productividad de la máquina con el menor número de obreros— se ajusta en régimen capitalista a leyes intrínsecas y justas de la dialéctica mecánica. En régimen socialista sucede lo propio. La racionalización en el trabajo soviético se desenvuelve, hasta este punto, paralelamente a lo que se hace en el trabajo norteamericano. Mas a partir de aquí se produce una discrepancia rotunda y fundamental. La transformación de la maquinaria, en la técnica capitalista es, como acabo de decir, desenfrenada. El apetito patronal de producir más y mejor en menos tiempo y gastando menos, para vencer así a sus concurrentes en el mercado mundial, lleva al fabricante a una carrera desatentada en materia de racionalización. Sus ingenieros y profesores no cesan de inventar nuevos aparatos. Una dramática competencia de racionalización se produce entre los fabricantes. El sistema es el siguiente: El aparato transformado o perfeccionado requiere, pongamos por caso, el 75 por 100 únicamente de la energía humana empleada en el manejo del aparato anterior, es decir, que si éste necesitaba antes de dos obreros, después no necesita más que de uno y tres cuartos de obrero. El fabricante, en vez de suprimir de los dos obreros en trabajo un cuarto de obrero, suprime, de hecho, un obrero y deja a cargo del nuevo aparato, tan sólo un trabajador. Los resultados son, entre otros, los siguientes: Primero: Se ha doblado el esfuerzo del único trabajador que queda al servicio de la nueva máquina, pagándole el mismo salario que ganaba antes. Segundo: Este trabajador, al hacer ahora por dos o, más exactamente, por uno y tres cuartos de obrero, llega pronto a aniquilarse. Tercero: Este aniquilamiento si se trata de un aparato de seguridad, le impide a la larga de vigilarlo debidamente, y una catástrofe o accidente es inevitable. La mayoría de las catástrofes mineras, de transportes, etc., tienen aquí su causa. Cuarto: El obrero así racionalizado agota al poco tiempo todas sus energías y, joven aún, se ve incapacitado para trabajar, enferma y muere en la miseria. Quinto: El

obrero eliminado del trabajo por el perfeccionamiento de la máquina va a engrosar el ejército de desocupados y, como todos éstos, sucumbe en la miseria. Sexto: Como el patrón no sólo quiere que la nueva máquina fabrique mil automóviles, por ejemplo, al mes con cien obreros, en vez de fabricarlos con doscientos, sino que quiere que ella fabrique mil doscientos automóviles al mes, la producción aumenta entonces con tal velocidad, que llega a agotar la capacidad adquisitiva del mercado. Al poco tiempo, las fábricas inundan el mercado con sus productos y los stocks quedan sin compradores. La superproducción se detiene sólo entonces. A partir de ese momento, la maniobra se encauza a parar la marca del mercado, desatada por él y sus contrincantes. Con frecuencia, como ocurre ahora, los reyes de la industria llegan tarde a esta tarea, cuando el stockage ha empezado ya a aplastarlos bajo su peso. Así empiezan las grandes crisis económicas mundiales. El ejército de desocupados y la superproducción son actualmente los dos males de fondo de la crisis. Pero los fabricantes siguen ganando...

—¿Y en la racionalización socialista?

—En la racionalización socialista no ocurre nada de esto. Se trata aquí de un proceso de transformación mecánica racional, sin apuro y con una cesura impuesta, no ya por la gana o el apetito de nadie en particular, sino por las necesidades reales y armoniosas de la colectividad. En régimen socialista, nadie quiere vencer a nadie en competencias del mercado. Si la economía de obreros de una máquina es en realidad como 25 por 100, a nadie le interesa reducir estos obreros en un número mayor. Por el contrario, el interés colectivo impone proteger y aumentar, de un lado, las energías de los obreros que quedan al servicio de la máquina (1), y de otro la-

(1) La productividad del obrero por la racionalización socialista alcanzará, al terminar el Plan Quinquenal, a 110 por 100 respecto de la actual.

do, disminuir el número de los sin trabajo. De aquí que la vida y la salud del proletariado soviético no sufren en nada con la racionalización, y que los desocupados han desaparecido totalmente en Rusia, donde, por el contrario, han empezado a faltar obreros. Por último, la racionalización socialista obedece a un plan sintético y coordinado de producción de todas las ramas industriales. El interés colectivo contempla todas las necesidades sociales y no una sola. Cuando un producto ha llegado ya a satisfacer más o menos las necesidades colectivas, la racionalización de su fabricación prosigue **au relenti**, pasando las energías e iniciativas a la racionalización en otra rama industrial cuyos productos hay que aumentar. No hay lugar entonces a **stockage** ni a ninguna otra crisis de superproducción. Toda la producción se ajusta, en cantidad y calidad, a las necesidades sociales del momento. En otros términos: el consumo está en perfecto equilibrio con la producción.

Otros tantos aspectos correlativos de la técnica del trabajo en el Soviet los veo y los registro al día siguiente en el Museo de Protección del Trabajo.

V

**Régimen de salarios - "Plus - valía"
capitalista y "Plus - valía" soviética.
"Standard" de vida y salario real**

NINGUNO de los sistemas de salario usuales en régimen capitalista corresponde al que se observa en Rusia. Ni el salario por horas de trabajo, ni el régimen de primas, ni el mixto, tan recomendado por Ford. El motivo reside en la diferencia de los métodos seguidos en el mundo burgués y en el soviético para establecer el valor del trabajo. La diferencia de estos métodos, por otra parte, constituye una de las expresiones más esenciales y características de cada una de estas economías. Los sistemas de salario varían de la una a la otra porque la voluntad y el interés que los establecen no son idénticos. Y no lo son ni por su origen ni por su dirección histórica. En el capitalismo, esta voluntad y este interés son de origen individual y tienden al aumento de la plus-valía o sea al aumento de la propiedad privada. En la economía soviética, la voluntad y el interés que presiden el establecimiento de los diversos métodos determinantes, a su vez, del valor del trabajo, son de origen colectivo y tienden al aumento del bienestar y la riqueza comunes. Tal es el profundo abismo que separa la tabla de salarios soviéticos de la de los salarios yanquis, verbigracia. Esto es muy importante no olvidarlo, para evitar las confusiones, trampas y sofismas que los profesores y patronos capitalistas suscitan en su favor cada vez que se equiparan los salarios de uno y otro proletariado.

El profesor ruso Tiarof, de la Academia de Ciencias Sociales de Moscú, me ha hecho, a este propósito, explicaciones muy interesantes, que yo trato de transcribir aquí del modo más claro y menos técnico posible.

—A primera vista —empieza diciéndome el profesor Tiarof— se diría que el sistema de nuestros salarios no difiere del sistema clásico y corriente que

se observa, desde los comienzos del capitalismo, en casi todos los países industriales, como la Gran Bretaña, Alemania, Francia, etc. Hasta podría creerse que, en este terreno, no hemos llegado aún al famoso régimen de primas, tan extendido en los Estados Unidos, y cuyo apogeo declina con la "revolución" fordista de los salarios. Me refiero al sistema del salario por horas de trabajo simple, que es el que predomina en nuestra economía. Pero quienes así discurren, operan desde una posición empírica y no tienen para nada en cuenta las relaciones sociales entre el capital y el trabajo, que está en la base de todo salario. Ignoran o fingen ignorar un cúmulo de factores descubiertos por Marx en el modo de producción capitalista, y cuyo examen es indispensable para todo estudio comparativo de los salarios. "El trabajo es la única fuente de toda riqueza y de todo valor —dice Engels—. Por consiguiente, cabe preguntarse: ¿por qué el asalariado no recibe todo el valor producido por su trabajo, abandonando una parte de él al capitalista?". Pues bien, en los distintos sistemas de salarios capitalistas, esa **parte del valor producido por el trabajo del asalariado**, queda siempre para el patrón, en proporciones variables; pero en aumento continuo. Al sistema de salarios mixto —trabajo a la cadena y régimen de primas— de los talleres Ford, corresponde el "honor" de haber acrecentado esa **parte del valor producido por el trabajo del asalariado** y abandonado al patrón, o sea la plusvalía, a su máxima proporción.

—¿Y en la economía soviética?

—Aquí el asalariado tampoco recibe todo el valor producido por su trabajo. En la economía soviética, el obrero abandona también una parte del valor producido por su trabajo. Pero lo abandona a la colectividad, de la que forma parte él mismo, y no a uno o varios individuos. La **plus-valía** entre nosotros existe, pero ella no está destinada a la acumulación del capital privado, sino a la acumulación del capital social. La sociedad soviética no es aún socialista, y mientras haya un Estado, existirá un sujeto

del derecho de propiedad colectiva, encargado de administrar, por vías más o menos legales y coercibles, los negocios colectivos. Y es a las manos del Estado, encarnación genuina de los intereses comunes, que va a parar la **plus-valía** procedente del trabajo del asalariado. De ellas sale luego con destino al incremento del bienestar común.

El profesor Tiarof hace una pausa y, como nota que aún no acabo de ver claro en sus explicaciones respecto a los salarios, añade, tratando de ser lo más preciso posible.

—Sentadas estas primeras consideraciones de orden general, vamos a lo de los salarios. Dado que la **plus-valía** soviética sirve a la acumulación socialista, nadie en particular está interesado ni quiere reducir arbitrariamente los salarios, a fin de quedarse con un provecho mayor derivado de esa reducción. La colectividad, de empeñarse en aumentar a la fuerza la **plus-valía** común, cometería un acto de suicidio colectivo. La acumulación socialista del capital se hace por los obreros, a costa de los obreros y en favor de los obreros. Es un simple acto de ahorro colectivo, mientras que la acumulación capitalista constituye la expropiación del interés de una clase social en favor de otra clase, la explotación de la mayoría trabajadora en favor de unos cuantos parásitos. En el régimen soviético impera, por eso, un sistema de salarios establecido por los propios asalariados, y sus variaciones, aumentativas o disminutivas, se inspiran en los intereses también de los asalariados. El valor del trabajo depende, de esta manera, únicamente de las oscilaciones del interés social y no del apetito y la codicia de un particular. No es racional suponer que el proletariado va a imponerse a sí mismo, caprichosamente y por puro deporte ayunativo, salarios irrisorios, cuando el estado de la economía social permite, por el contrario, salarios superiores (1). ¿Quién en particular saldría ga-

(1) De 1922 a 1927, los salarios en los Estados Unidos han

nando de semejante yugo de miseria? Nadie. En el orden capitalista sí. Ahí hay dos clases sociales: los patronos y los proletarios, cada cual con intereses diversos y encontrados. La escala de salarios constituye uno de los campos de batalla entre ambos intereses. Si los salarios son bajos, hay alguien que sale de ello ganando: los patronos.

“De otro lado —me dice el profesor Tiarof—, no se puede hablar de salarios sin usar términos más específicos, que corresponden a ideas igualmente específicas, como son las de salario real y standard de vida o precio medio de la vida. Nuestra situación económica actual nos ha permitido cerrar casi totalmente la tijera formada por el salario real y el precio de la vida, estableciendo entre ambos términos un equilibrio sólido y perpetuo. En Rusia, la solución entre las necesidades de la acumulación socialista y las necesidades de vida del trabajador sólo es posible partiendo, en primer lugar, de la satisfacción de estas últimas. Sólo cuando ya se ha equilibrado el precio de la vida con el salario real, sólo entonces se empieza a pensar en la plus-valía socialista. Primero se subsiste, después se ahorra. Durante largos años no se ocupó el Soviet sino de que el proletariado subsista, y sólo tras de penosos esfuerzos ha empezado a capitalizar y a desarrollar su economía. Mas lo propio no sucede en los países capitalistas. Ahí la tijera formada por el salario real y el precio de la vida se abre cada vez más, ahondando el abismo que hay entre el uno y el otro. Ahí se invierten los términos: primero el patrón ahorra y después subsiste el trabajador. O lo que es lo mismo: para que los patronos puedan incrementar sus caudales, matan de hambre al proletariado. Ahí la solución entre las necesidades de la acumulación capitalista y las necesidades de existencia del trabajador

aumentado en un 3 por 100; en los demás países capitalistas no han hecho más que bajar. En cambio, en Rusia, y en el mismo período de tiempo, el salario real ha aumentado el 126 por 100.

sólo es posible partiendo preferencialmente de la satisfacción de las primeras. Los patronos buscan, al parecer, el equilibrio efectivo entre el precio de la vida y el salario real; pero, en realidad, lo evitan. Esta diferencia entre el salario real y el precio de la existencia del obrero, es la que Marx designa con el nombre de **plus-valía** simple, para distinguirla de la **plus-valía** compuesta, que representa el total de las utilidades del patrón, comprendidos los provechos derivados de la racionalización, del aumento de las horas de trabajo sobre las estrictas que el obrero necesita laborar para ganarse lo justo para vivir; del trabajo de los niños y las mujeres, etc.

—¿Cuánto gana, por término medio, la mano de obra en Rusia?

—Alrededor de dos rublos al día.

—¿Y los obreros técnicos?

—Cinco rublos.

—¿Y un ingeniero?

—Ocho rublos, en promedio.

Me falta —pienso para mí— enterarme de cómo se realiza ese equilibrio entre los salarios y el coste de la vida en el Soviet. Doy gracias al profesor Tiarof por sus valiosas declaraciones, y me encamino a una instalación metalúrgica de los alrededores de Moscú. Son los obreros ahora los que tienen la palabra.

VI

Jerarquía económica. El "Standard of Life" soviético - Supresión del ahorro individual - ¿Sólo ahorra el Estado lo justo para no morir.? ¡Lo justo-para ser dichoso!

A L noroeste de Moscú, la campiña aparece cenagosa. Entre una vegetación raquílica se yerguen sobre el terreno llano numerosas construcciones nuevas, de un estilo mixto, entre oriental y germano. Varias fábricas lanzan al cielo otoñal sus altas humaredas amarillas. La instalación metalúrgica a la que nos dirigimos es un inmenso conglomerado de techos y compartimientos.

El director de la instalación, un ingeniero suizo, Neicheller, se digna ponerme inmediatamente en contacto con la masa de obreros que aquí trabajan. Advierto, de paso por las diversas secciones del local, que la maquinaria es en gran parte vieja y gastada, aparte de ser de tipo muy atrasado. Ella corresponde a la época zarista, y es fabricación alemana, y en muy breve proporción, francesa. Prueba es ésta de que, por mucha que fuese la influencia política y financiera de Francia en Rusia antes de la revolución, le fue difícil, sin duda, a la alta burguesía rusa sustraerse al imperialismo industrial alemán, superior a la sazón al de París. Las leyes de producción económica, esta vez como siempre, podían más que las políticas y financieras. Por debajo de la diplomacia francófila de Nicolás II y su pandilla cortesana, las profundas necesidades económicas del país sufrían subterráneamente la infiltración sorda, pero ineluctable, de la exuberante savia industrial teutona. Rusia era un país de industria pesada. Francia, país sobre todo de industria ligera, no podía suministrar una técnica apropiada al género de la producción rusa. ¿Qué podía hacer en este caso la política zarista? Los Bancos de París podían ciertamente prestarle todo el capital que pedía, pero no la maquinaria reclamada por la clase de producción de base del país. La vida industrial tiene sus necesidades que le son propias e independientes de la vida polí-

tica, y no es, por consiguiente, a aquélla que sigue el curso de ésta, sino al contrario, es la vida industrial la que imprime dirección a la política. De aquí que nada habría tenido de extraño que, de no producirse la guerra europea, la política rusa hubiese, a la larga o de golpe, cambiado de frente, rompiendo la Triple Entente para ponerse al lado o a las órdenes de Berlín. A ello le habrían forzado y le estaban ya encaminando las necesidades de producción industrial propias y peculiares de Rusia. No hay que olvidar, de otro lado, que entre el mundo financiero y el mundo industrial o, en otros términos, entre el capital financiero y el capital industrial, rigen relaciones muy variables. A veces la influencia financiera sobre un país va unida a la influencia industrial, y esto ocurre lo más a menudo. Tal sucede hoy con el imperialismo yanqui en el mundo entero. Pero otras veces, ambas influencias van separadas, como en el caso de Francia y Alemania en Rusia antes de la guerra. Esto, a primera vista, parece inadmisiblemente en teoría, dado que la actividad financiera, con todas sus altas y bajas, depende casi siempre de la actividad industrial. No obstante, es una realidad más frecuente de lo que parece. Y es que la zona de influencia tiene sus necesidades propias y no presta ni recibe de fuera sino lo que en tal o cual momento conviene a su estado económico. Puede acontecer que el país prestamista de capital financiero cultive un género de producción distinto al del país prestatario, que está condicionado por la naturaleza o por remotos factores históricos de su economía que no es dable contrariar. La zona o país de influencia recibe entonces de otro imperialismo la dirección y técnica industriales que necesita como adecuadas a su economía. Se da en este caso el hecho de una zona de influencia acaparada simultáneamente por dos imperialismos: el imperialismo financiero y el imperialismo industrial. La economía internacional ofrece a menudo el espectáculo del reparto entre dos o más imperialismos, de diversa naturaleza, de un mismo país colonizado. Tal ocurre con América Latina

y China, zonas en que la Gran Bretaña domina en un aspecto económico, los Estados Unidos en otro y Francia en otro.

Entramos en un vasto taller de fundición. Me hallo entonces en medio de una muchedumbre de obreros en pleno trabajo. Neicheller se despide y me deja solo entre los trabajadores, acompañado de una señora, que es mi intérprete, y a la que pago por mi exclusiva cuenta sus honorarios. Esta mujer sirve a maravilla el carácter imparcial que me propongo dar a mi reportaje, por la sencilla razón de ser una sobreviviente de la burguesía zarista, recalcitrante al régimen soviético. De otra parte, no sabe ocultar su hostilidad al régimen, y me es, en consecuencia, fácil darme cuenta de cuando tergiversa las cosas y de cuando me transcribe literalmente la verdad. Tomo de su intervención solamente lo que, en mi concepto, debo tomar, separando sin dificultad el elemento de opinión personal que ella pone en sus versiones, del fondo objetivo de las mismas.

A un grupo de obreros que trabajan al pie de una grúa en el transporte de metal candente, les pregunto:

—¿No tienen ustedes otro medio de transportar el metal candente?

Porque el medio con que ellos lo hacen es completamente primitivo. Reciben entre cuatro hombres el enorme bloque candente, al rojo oscuro, y lo llevan en brazos a depositar en una plataforma, situada a unos ocho o diez metros de distancia. Para ello se sirven los obreros de unos trapos empapados en agua.

—No. No tenemos otro medio de hacerlo.

—¿Pero no saben ustedes que en el extranjero hay instalaciones especiales que con sólo tocar un botón realizan por sí solas el mismo trabajo?

—Sí. Lo sabemos. Pero nosotros no disponemos de ellas en todas las fundiciones.

—¿Y por qué no en todas?

—Porque hay que comprarlas en el extranjero o fabricarlas en Rusia, y el Soviet no tiene aún ca-

pitales suficientes para perfeccionar todos nuestros métodos de trabajo. Ya se hará poco a poco (1).

Los obreros rusos ponen en su trabajo una abnegación que conmueve y una esperanza exultante. La mayoría de ellos están enterados de que no todas las formas de trabajo de los Soviets son las más avanzadas del mundo, y que, lejos de eso, el obrero ruso penará por algún tiempo, hasta igualar, en materia de **confort** en el trabajo, al obrero capitalista. De ello tienen perfecta conciencia. Pero tampoco ignoran la causa de estos defectos y lagunas de la técnica soviética, cual es la deficiencia actual y pasajera de capitales. De aquí que ellos soporten esas dificultades alegremente, con la confianza y la fe en que ellas no son sino momentáneas.

—Ya sabemos —me dicen— que nuestros hermanos del extranjero, particularmente de los países imperialistas, están en muchas cosas mejor que los trabajadores del Soviet. Tanto mejor. Esto nos da un gran contento. Pero ya los igualaremos. Nuestros esfuerzos son aún más penosos. Esto es inevitable. Antés que vivir confortablemente, pero en una situación económica precaria e incierta para el porvenir —paradoja en la que viven, por desgracia, muchas sociedades, como muchos individuos—, nosotros hacemos lo contrario: primero queremos crearlos y afianzar una situación económica seria y sólida para el porvenir y el resto —**confort**, abundancia— vendrá después.

—Pero —les arguyo— una técnica más moderna no es cuestión de **confort** ni de abundancia, sino un medio precisamente de crearse y consolidar esa situación económica a la que ustedes aluden.

—Lo comprendemos. El Soviet no hace otra cosa. Ha renovado hasta ahora en un 70 por 100 los métodos de producción en Rusia. Lo que tenía que

(1) "La pujanza actual de la economía rusa —dice Grinko— no se basa tanto en la técnica, que es en realidad muy débil todavía, sino en las nuevas bases sociales de la producción".

hacer en esta esfera era inmenso. Nada, pues, de extraño que aún quede de ello mucho por hacer.

Uno de los obreros es designado por los otros para responder a mis preguntas. Como él ha tocado el punto concerniente al bienestar y confort de la vida en Rusia, entramos justamente a la materia que me traía aquí, y le digo:

—¿Cuántas horas diarias trabaja usted?

—Siete horas al día (1).

—¿Cuánto gana usted?

—Dos rublos cincuenta diarios.

—¿Qué clase de trabajo ejecuta?

—El que usted está viendo: el transporte de metal candente.

—¿Es un trabajo, según parece, difícil o al menos peligroso?

—Difícil, no. Peligroso, tampoco. Lo único que puede pasar, en el peor de los casos, es resbalar de nuestros brazos la masa de metal y precipitarse al suelo. Pero eso no acarrea ningún riesgo. Estamos ya habituados a cuidar los pies. Prueba de ello es que nunca, en un año que trabajo aquí, ha sufrido nadie el menor accidente.

—¿Su salario le basta para vivir?

—Lo suficiente. Mi vida es sobria, como la de todos mis compañeros, como la del mundo entero en Rusia. El Soviet establece los salarios según las necesidades reales y racionales del proletario. Es el Estado el que crea y dosifica esas necesidades, conforme a las posibilidades económicas de que dispone para fijar los salarios. Correlativamente, es él

(1) La duración media en la actual semana de cuatro días de labor y uno de reposo, del trabajo obrero, al día, es de siete horas y dos minutos. En 1932, ella será de seis horas y ocho minutos aproximadamente. La jornada de trabajo, por el momento, es de dos horas y dieciocho minutos más corta que la jornada anterior a la revolución. El 40 por 100 del proletariado ruso tiene la jornada de siete horas, y el resto la de ocho horas. A fines de este año de 1931 se implantará la jornada de seis horas en ciertos trabajos y la de siete para los que la hacen hoy en ocho.

también quien fija estos salarios, según aquellas necesidades. Como el Soviet tiene sus manos la llave de este circuito, la ajusta y la abre según un golpe de vista global de la economía del país.

—¿Y ustedes creen que el Soviet no yerra o tropieza con insalvables dificultades en este mecanismo regulador, de soberanía y libertad aparentes, pero sujeto, en realidad, a innumerables influencias y reacciones extrañas?

—El Soviet, naturalmente, puede equivocarse y tropezar con dificultades extrañas a su buena voluntad. Mas, puestas las cosas en este terreno, la cuestión pierde su carácter científico y caemos en el mundo de lo probable. A lo más, lo que cabe hacer en ambos casos es reparar el error ya cometido o tratar de vencer lo que es vencible. Las cosas, como usted ve, pasan entonces al dominio silogístico o puramente verbal.

Por lo visto, el obrero que tengo ante mí es un bolchevique, o al menos uno del cogollo de los trabajadores rusos. Dejo, pues, de lado el terreno de lo probable —como él lo llama— y le pregunto categóricamente:

—¿Qué entienden ustedes por vida sobria?

—La satisfacción de las necesidades primarias de la existencia, sin excesos ni privaciones. Nada de superfluo. Nada de lujo. Nada de fantasías ni refinamientos inútiles y propios de regoldantes estragados y de ociosos decadentes. Lo justo solamente, lo imprescindible; en una palabra, lo natural, lo sano.

—¿Quiere usted decir “lo justo para no morirse”?

—No. Lo justo para ser dichoso. Con el salario que yo gano me basta para alimentarme, para pagar mi casa, vestirme, ir a los espectáculos y costearme algunos libros, periódicos, pequeños viajes y paseos.

—¿Tiene usted familia?

—Sí. Mi compañera y un hijo.

—¿Y quién los mantiene?

—Mi compañera trabaja en una papelería del Gossizdat (editorial del Estado), y gana lo suficien-

te para vivir. En cuanto a nuestro hijo, que tiene apenas tres años, el Estado se ocupa de él.

—¿Qué relación económica existe entre usted y su compañera?

—Ninguna. Como ni ella ni yo somos propietarios, la cuestión es muy sencilla. Eso no quita que, dentro de nuestra economía diaria, no haya una libre y espontánea comunidad de bienes. Pero la ley no nos obliga a nada.

—¿Y en caso de enfermedad de uno de ustedes? ¿En caso de falta de trabajo?

—Es el Estado quien lo paga todo.

—¿Dónde come usted?

—En la Cooperativa, como todo el mundo.

—¿En el mismo restorán que los que ganan más que usted?

—En el mismo.

—¿Y come usted lo mismo y por el mismo precio?

—No. El menú y los precios varían. Los que ganan más comen mejor, pero pagan más caro.

—¿Un obrero técnico o un ingeniero, que ganan cinco o siete rublos al día, viven, por consiguiente, en mejores condiciones que usted?

—Sí. Porque saben y trabajan más que yo. Cuando yo llegue a prestar servicios idénticos o equivalentes, viviré también como ellos. El bienestar individual en Rusia está en proporción con el trabajo y la productividad de cada uno.

—Pero si usted no dispone ahora de mejores aptitudes, no creo que esto sea culpa suya para merecer un grado de vida inferior al de otro obrero.

—Si no es mía la culpa de ser menos apto que otros obreros, tampoco lo es de éstos para rebajarles sus salarios hasta igualarlos con el mío. Las necesidades de los obreros mejor capacitados son, por otra parte, más elevadas, y cuesta el satisfacerlas mucho más que las mías. Un ingeniero lleva un régimen de vida diverso al de un simple mano de obra, porque lo que hace en el trabajo es también diferente. Trabaja por la noche, estudia fuera de las horas

de la fábrica, etc. Su alimentación, su alojamiento deben ser, por eso, más esmerados, y, lógicamente, más caros.

—En resumidas cuentas, ¿todos gastan todo lo que ganan?

—Aproximadamente.

—¿Nadie puede ahorrar ni formar, poco a poco, una pequeña reserva económica para el porvenir?

—¿Ahorrar? Esta palabra no existe en el Soviet. Ningún individuo puede ni quiere ahorrar. Sólo el Estado es el que ahorra.

—¿Y cuando se llega a viejo o se cae enfermo?

—Es el Estado el que, en todos estos casos, se ocupa del trabajador —proletario o ingeniero— enfermo o viejo.

—Pero volviendo a lo de los salarios: ¿qué diferencia subsiste entre el de un técnico y el de un mano de obra, si al fin y al cabo la vida les cuesta a ambos todo lo que ganan?

—La diferencia está en que, mientras el simple mano de obra disfruta de una existencia inferior, el técnico vive mejor.

—No veo, francamente, en qué sentido viva el técnico mejor, puesto que no hace sino satisfacer necesidades intrínsecamente entrañadas e inseparables del rol de su trabajo y de sus obligaciones.

—Eso es, precisamente, lo que en Rusia se entiende por vivir mejor: la correlación, correspondencia y equilibrio entre las necesidades propias y naturales del trabajo de un individuo y los medios de que dispone para satisfacerlas. A nadie se le paga sino lo justo para satisfacer las necesidades peculiares al género de sus ocupaciones, y de nadie se exige mayor trabajo que el que le permiten efectuar los medios económicos de que dispone para vivir.

—¿Y de qué manera puede comprobarse ese equilibrio de que habla usted?

—Examinando la salud del trabajador fisiológica y psicológicamente. Si su salud es normal, el equilibrio es perfecto. Hablo suponiendo que la exis-

tencia y el trabajo del obrero se desarrollen dentro de un orden normal, sin desmanes ni accidentes.

El obrero que así me habla tendrá unos veinticuatro años. Es robusto sin adiposidad. Su mirada es clara, alegre. Su gesto y sus maneras, firmes y confiadas. Un tanto sanguíneo más bien. El talle deportivo, pero armonioso. Respira y habla a sus anchas. Muestra una seriedad casi rural por lo mansa, y casi mecánica por lo lineal y vertebrada.

VII

Los trabajos y los placeres

SIN duda, la vida de solaz y distracciones de Moscú, como gran parte de la vida rusa de hoy, difiere notablemente de la de París, de Londres, de Roma, de Berlín. No hay en Rusia cabarets, ni cafés, ni recepciones sociales. en fin, nada de lo que entre nosotros se llama vida mundana: visitas, bailes, tertulias, partidas de **poker**, de ajedrez (1).

No hace mucho tiempo dije que, en el fondo, la vida ciudadana de Moscú no se diferenciaba de la de París. Desde un punto de vista universal y humano, no anda acaso errada esta afirmación, bajo un examen profundo de los profundos estratos históricos de la vida ciudadana. Hay niveles y alturas en las construcciones de la historia que, una vez que han alcanzado una mayor edad universal, su justa madurez de duración, devienen permanentes y comunes a todos los pisos y transformaciones de pisos que vengan después. De cierto nivel para arriba —suponiendo que el movimiento de la vida se opere verticalmente y subiendo—, ya pueden sobrevenir los ensayos y revoluciones que se quiera, sin que nada de esto transforme o eche abajo aquel nivel fundamental. Las leyes de resistencia en arquitectura se aplican tal vez enteramente a las edificaciones sociales. Del suelo para arriba, pueden cambiar y ensayarse todos los estilos de construcción —des-

(1) Se tiene un gran desprecio por el jazz-band y, en general, por todos los bailes llamados de salón. Sin embargo, en el Hotel Europa, de Leningrado, y en el Gran Hotel, de Moscú, las orquestas tocan música de "dancing" para regalo de los turistas. El Soviet no sólo no quebranta con esto la regla revolucionaria, sino que la sirve, atrayendo el turismo a Rusia, fuente de ingresos y vía de conocimiento de la revolución por los extranjeros.

de la caverna primitiva hasta el rascacielo moderno—, pero ningún ensayo ni revolución arquitectónica pueden echar abajo o hacer desaparecer el suelo. El movimiento dialéctico de Marx no resulta aquí burlado. El devenir de la historia consiste en la transformación de un orden social respecto del orden social que le precede, y no respecto del que le sigue o va a venir. El suelo, en arquitectura, no está evidentemente inmóvil, sino que se mueve y cambia: pero cambia y se mueve respecto del subsuelo y no respecto de la atmósfera ni de lo que se hace en la atmósfera. Desde este punto de vista, puede asegurarse que la vida ciudadana de Moscú no difiere de la de París ni de las otras capitales burguesas.

Cuando se ven ambos géneros de vida desde una posición más externa y contingente —tal la vida de solaz y distracción de que hablamos—, entonces si descubrimos radicales oposiciones.

Nada de lo que en París es solaz o distracción ciudadana existe en Moscú. En un orden social nuevo, como el soviético, donde los trabajos y los placeres no se alternan, sino que transcurren simultáneamente (se trabaja siempre con placer y se distrae siempre con utilidad), es difícil saber, de una manera precisa, cuándo la ciudad trabaja y no se divierte y cuándo se divierte y no trabaja. Los lugares destinados exclusivamente a la diversión y los destinados exclusivamente al trabajo, no son fáciles de distinguir en Moscú. En la fábrica y en el taller, en la oficina y en la escuela se desenvuelve el trabajo de modo tan confortable, armonioso y espontáneo, y tan penetrado del trance propiamente deportivo del esfuerzo, que no sabe uno si los obreros están trabajando o si están divirtiéndose. En el teatro, en el club y en el estadio, bullen en el fondo de cada acto y de cada movimiento un esfuerzo tan serio y un empeño tan vigilante de creación colectiva, que tampoco sabe uno si la reunión está divirtiéndose o si está trabajando. Aun en los grandes días feriados, cuando el esfuerzo proletario toma formas cívicas y

militantes de calle, el regocijo continúa siendo creador. El día del aniversario de la revolución de Octubre, por ejemplo, las masas desfilan cantando temas revolucionarios de batalla militar y de taller, de campo y de cultura, y aclamando los grandes empeños e imágenes socialistas. En suma, ningún placer sin esfuerzo creador; ningún esfuerzo sin placer creador.

En París y en las demás urbes capitalistas, la sociedad ha trazado y mantiene una línea profunda de separación entre los placeres y los trabajos, entre los lugares de diversión y los de labor. En ciertos focos ciudadanos y a ciertas horas o días, sólo es posible el solaz exclusivo y sin mezcla de trabajo creador. En otros núcleos y en otros momentos, sólo es posible el trabajo, con exclusión absoluta del placer. Un hombre que fuese a Montmartre y se sentase a la mesa de un cabaret a resolver una fórmula industrial o a martillar un lingote de acero, pasaría por loco. En idéntico estado se le creería si fuera a un gabinete de la Academia de Ciencias y se pusiera a bailar un tango ante los severos sabios de la cofradía. En la sociedad capitalista, el trabajo y el placer se excluyen recíprocamente, negándose el uno al otro en todos los ritmos de la vida, en vez de ser el uno complemento inseparable y sincrónico del otro. Vanos son los ideales y doctrinas que en contra de este absurdo vienen inventando y propalando pedagogos y legisladores. Aquí, como en los otros problemas sociales, una cosa son las intenciones y los sueños y otra cosa son los intereses prácticos y comestibles que se oponen a esos sueños y a esas intenciones.

VIII

La literatura - Una reunión de Escritores Bolcheviques

ME costó trabajo y mucho tiempo dar con la casa de Kolvasief. Leningrado es, después de Londres, la ciudad más extensa de Europa. Añádase la actual deficiencia de los medios de transporte urbano, el desconocimiento que de la ciudad tiene el recién llegado y, lo que es más grave, su ignorancia del ruso, y ya podrá imaginarse el lector lo difícil que resulta para el extranjero dar por sí mismo con un punto cualquiera de la urbe. Más todavía. La numeración de las casas de Leningrado obedece a un orden y progresión tan esotéricos e inextricables, que sólo los iniciados pueden seguirla y servirse de ella. Por fortuna, encontré a tiempo al crítico literario Vigodsky, que asistía también a la reunión de escritores bolcheviques. Y Vigodsky vino, asimismo, a guiarme por otro laberinto: una vez en casa de Kolvasief, había que orientarse en la numeración de los departamentos y habitaciones, que es mucho más compleja y minuciosa que la de la calle. Leningrado no sufre de la crisis de alojamientos de que padece Moscú, pero tampoco hay allí abundancia de casas (1). La población cabe a las justas dentro del actual perímetro urbano, y para prevenir inesperados conflictos y desórdenes derivados del creciente acercamiento entre la ciudad y el campo —acercamiento provocado por la política de socia-

(1) La superficie media habitable por cabeza de población en las ciudades soviéticas es actualmente de 6.1 metros cúbicos. Si a esto se añade el hecho de que la población urbana aumenta en Rusia en un 5.5 por 100 —porcentaje doble al del país capitalista de mayor desarrollo—, se comprenderá la urgente política de urbanización a que se halla hoy consagrado el Soviet. De aquí a fines de 1932 deben quedar urbanizados 43 millones de metros cuadrados de superficie en el país.

lización integral del Soviet—, se ha organizado rigurosamente y en sus más mínimos detalles el régimen domiciliario. De aquí que cada casa resulte una colmena, a causa de la minuciosidad, orden y regularidad de su parcelamiento.

El departamento al que entramos es amplio, confortable. Leningrado, en general, es una ciudad holgada, limpia, clara y hasta alegre. El zarismo hizo de ella una urbe occidental y casi parisiense, en su plano de conjunto, en su estilo arquitectónico, en su aspecto municipal, en su ornamentación. Residencia de la nobleza y de la alta burguesía rusa, fue dotada de un confort marcadamente occidental, al menos en sus zonas centrales. Abundan los departamentos construidos y orientados a semejanza de los de la *rive gauche* de París. El de Kolvasief es así. Sólo que, dentro de la actual vida soviética, habitan en cada departamento numerosas familias, ocupando, según el número de cada una de ellas y su género de trabajo, cuatro, tres, dos y hasta una sola pieza.

Kolvasief es un joven de unos treinta y cinco años y de cierta distinción personal. Ha sido diplomático. Un tanto banal y cortesano, sus maneras y su desenvoltura denuncian al viajero del protocolo, al hombre de mundo. Cuando llegan los otros escritores bolcheviques, resalta más aún su ceremonial de salón. Kolvasief, sin embargo, es un gran cuentista revolucionario. Contra la mediocre impresión que me produjera al comienzo, se precisó luego como un hombre ortodoxo y profundamente bolchevique. Del salón burgués ha tomado únicamente el deseo de agradar, la fluidez del gesto, encontrando en el resto de la sociedad capitalista un motivo de sincera repugnancia. Son muchos los revolucionarios que, como Kolvasief, egresaron de la “buena” sociedad o pasaron por ella. Tal Chicherin, Lunacharsky, Maiakovsky, Pilniak, Volin y otros.

Llega Sayanov. Luego, Lipatof y Erlich. Después, Verzint, Chitzanov, Sadovief. Jóvenes todos, de menos de cuarenta años —poetas, novelistas, críticos, ensayistas—, hacen una algazara riente y pin-

toresca. Alegría sana, exuberancia fecunda, fuerza generosa, instinto colectivo de la vida, praxis creadora. Visten sin pretensión proletaria, sin *misc en scene* bolchevique. Ni uniforme revolucionario, ni blusas amarillas, ni chalecos rojos, ni camisas negras y ni siquiera los largos pantalones de los *sans culottes* de la Convención. Más bien involuntaria negligencia en la raída americana, en la ausencia de corbata, en el calzado burdo y atollado. Más bien pobreza de hombres justos y de ninguna manera desarropado y profesional abandono de bohemios. En su mayoría son rusos blancos del Norte; ojos azules de polar desolación, amoratados rostros, respiración de *maelstrom*, ceño de cerrazón a la redonda. Unos vienen a la literatura, directa y conscientemente, de la clase obrera. Otros vienen de la *itzba*, por la marea de la guerra civil. Otros de la pequeña burguesía, por foetazo leninista. Y no pocos del *lumpen-proletariado*, redimidos y ganados a la vida de orden y trabajo. No demuestran por mí esa melosa curiosidad protectora que los eminentes plumíferos burgueses demuestran ante un escritor desconocido y extranjero. Me hablan y me tratan con sencillez fraternal.

El más reposado es Sadovief y el más respetado por ellos. Le consultan continuamente, oyéndole con cariño y devoción.

—Sadovief —me dice Kolvasief— es nuestro más grande poeta proletario.

—¿Más grande que Pasternak y que Maiakovsky? —le arguyó sorprendido.

—El más grande de todos— me repite Kolvasief con firmeza, y su opinión se generaliza luego, confirmada por todos los presentes.

Kolvasief añade:

—Por lo demás, Maiakovsky no pasa de un histrión de la hipérbole. En cuanto a Pasternak...

Pero más que este modo individualista de plantear y juzgar los cosas literarias, me interesan los modos colectivos, que me permito provocar en alta voz entre mis amigos rusos. Anoto entonces las si-

güentes declaraciones que los escritores bolcheviques me formulan como signos de su estética:

No hay literatura apolítica; no la ha habido ni la habrá nunca en el mundo. La literatura rusa defiende y exalta la política soviética.

Guerra a la metafísica y a la psicología. Sólo las disciplinas sociológicas determinan el alcance y las formas esenciales del arte. Los asuntos y problemas de que trata la literatura rusa corresponden estrictamente al pensamiento dialéctico de Marx.

La inteligencia trabaja y debe trabajar siempre bajo el control de la razón. Nada de superrealismo, sistema decadente y abiertamente opuesto a la vanguardia intelectual soviética. Nada de freudismo ni de bergsonismo. Nada de **complejo, libido, ni intuición, ni sueño**. El método de creación artística es y debe ser consciente, realista, experimental, científico.

Los temas literarios son la producción, el trabajo, la nueva organización de la familia y de la sociedad, las peripecias y luchas ineluctables para crear el espíritu del hombre nuevo, con sus sentimientos colectivos de emulación creadora y de justicia universal.

En la literatura rusa hay dos maneras de enfocar la realidad social: la vía destructiva de beligerancia y propaganda mundial contra el espíritu y los intereses burgueses y reaccionarios, de una parte, y de la otra, la vía constructiva del nuevo orden y de la nueva sensibilidad. En esta última se distinguen, a su vez, dos movimientos concéntricos: proletarización de la sociedad entera y socialización del Estado proletario.

Ha pasado el tiempo de las escuelas y cenáculos literarios en Rusia. No queda ni akeísmo, ni presentismo, ni futurismo, ni constructivismo. No hay más que la F. U. D. E. R. (Frente Unico de Escritores Revolucionarios), cuyo espíritu y experimentos técnicos pueden sintetizarse en la doctrina general del **realismo heroico**.

Los maestros y precursores rusos de los actuales

poetas son Puchkin y Khlebnikov. Block no deja nada profundo ni duradero. Las únicas influencias extranjeras se reducen a la inglesa de las baladas (Kipling, Coleridge) y a la alemana (Heine, Rilke).

Los escritores rusos forman un sindicato profesional, como las demás ramas de la actividad soviética. La edición y cotización de las obras corren a cargo de este sindicato y de una sección especial del Comisariato de Instrucción Pública, y ellas siguen, para ser establecidas, un criterio de Estado.

El ejercicio de la literatura es libre y no está organizado en ninguna escuela o academia oficial preparatoria, ni se sujeta a programas o cuestionarios coactivos del Soviet.

El escritor revolucionario lleva una vida de acción y dinamismo constantes. Viaja y está en contacto directo con la existencia campesina y obrera. Vive al aire libre, palpando en forma inmediata y viviente la realidad social y económica, las costumbres, las batallas políticas, los dolores y alegrías colectivos, los trabajos y el alma de las masas. Su vida es un laboratorio austero donde estudia científicamente su rol social y los medios de cumplirlo. El escritor revolucionario tiene conciencia de que él, más que ningún otro individuo, pertenece a la colectividad y no puede confinarse a ninguna **torre de marfil** ni al egoísmo. Ha muerto en Rusia el escritor de bufete y de levita, libresco y de monóculo, que se sienta día y noche ante un montón de volúmenes y cuartillas, ignorando la vida en carne y hueso de la calle. Ha muerto, asimismo, el escritor bohemio, **soñador**, ignorante y perezoso.

La literatura soviética participa, en cierta medida, del antiguo realismo y del antiguo naturalismo, pero los excede en sus bases históricas y en sus secuencias creadoras. Ella no es una escuela, sino un trance viviente y entrañable de la vida cotidiana. De aquí su diferencia sustancial de todas las demás literaturas de la historia.

IX

El día de un albañil-El amor, el deporte, el alcohol, el teatro y la democracia

HE seguido, pie con pie, durante un día entero, la vida de un albañil. La he tomado a las siete de la mañana, en su vivienda del bulevar Puchkin. Esta se reduce a una sola y pequeña habitación, encajada en la casa número 8 de la calle. La casa es grande, de dos pisos, tres patios, muy vieja y asaz desvencijada, del Moscú milenario. En ella he penetrado con el pretexto de buscar a una persona imaginaria. Mientras hacía tal averiguación, he observado a mis anchas al obrero, que acaba de saltar de su cama. Está con su compañera, una joven correctora de pruebas de la **Pravda**. No tienen hijos ni son casados. Su unión data de un año. ¿Se aman? ¡El amor!... ¡Qué contenido tan distinto posee esta palabra en Rusia! Entre nosotros, el amor, en realidad, no existe, sino muy raramente. Llamamos amor a una simple simpatía, hija directa de un interés económico o de cualquiera otra especie, pero que nada tiene que ver con el mundo afectivo. Una mujer concibe esa simpatía partiendo siempre de una cualidad del hombre, extraña a los valores determinantes del sentimiento. Lo propio acontece con el hombre respecto de la mujer. Esa cualidad puede ser la riqueza, la posición mundana o la simple posibilidad de obtener, tarde o temprano una u otra cosa. Dentro de las relaciones burguesas, sólo excepcionalmente nace esa simpatía fuera de estas perspectivas. Una persona que ama a otra, huérfana ésta de posición económica o social, pasa por una extravagante o insensata. Amar a un descamisado, a una persona que apenas gana para no perecer de hambre o que carece de nombre y brillo social, o que no llegará nunca a conseguirlos, ni a mejores entradas económicas, constituye una locura o un desplante. El acomodado o aristócrata va siempre a una acomodada o aristócrata, y el que no es ni una ni otra cosa, se esfuerza

o es sensible a la tentación de amar a la que lo es. Las más de las veces, los sujetos de este "amor" no se dan cuenta exacta de estos verdaderos basamentos de sus relaciones. El hombre o la mujer, en estos casos, creen descubrir en la persona amada un conjunto de encantos y atractivos personales, y, al parecer, propios y entrañables de su contextura espiritual e íntima. "Yo no le amo —se dicen sinceramente a sí mismos— por su situación social o económica, sino por sus prendas morales. Si un día se quedase sin dinero o sin nombre mundano, yo le seguiría amando". De ello están estos "amantes" convencidos. Pero estos "amantes" no saben que esas prendas de la persona amada proceden directamente de la posición económica o social. Y no lo saben, porque la relación de causa a efecto entre esta posición y aquellas prendas es más o menos mediata y oculta, aunque siempre directa e indiscutible.

Otras veces los sujetos de este "amor" se dan perfectamente cuenta del carácter social o económico y extra-afectivo de sus relaciones. Esto ocurre en las más altas esferas mundanas de la burguesía o de la nobleza, mientras que el caso del párrafo anterior ocurre en la pequeña y mediana burguesía.

¿Por qué se desfigura y se desnaturaliza así el amor en el mundo capitalista? Ello obedece posiblemente al individualismo desenfrenado de las gentes. Este individualismo ha engendrado un sinnúmero de apetitos y preocupaciones egoístas: el afán de distinguirse de los otros, aventajándolos a todo precio; la vanidad, la concupiscencia, el sibaritismo, la pereza con todos sus vicios y cobardías. Obedeciendo a estas preocupaciones, el amor —si así puede llamarse entre nosotros este apetito— es clasista, es decir, que el hombre y la mujer de una clase social se unen únicamente a la mujer y al hombre de su misma clase; nadie quiere descender de posición. Sólo de cuando en cuando, repito, se salta de clase. Mas en este caso no es la persona de clase elevada la que desciende, sino que es la de clase inferior la que asciende. Lo que no quita que a la primera se la juzgue,

como hemos dicho ya, como una insensata o amiga de lo raro. Por regla general, estos saltos de clase aparecen tan irregulares y locos a los ojos de todos, que los interesados prefieren sostener ocultas tales relaciones, como un crimen o algo vergonzoso e inconfesable. Tal es el caso de las pasiones entre el señor y su sierva, entre el patrón y su sirvienta, entre la señora y su cochero o entre el gerente de un Banco y su dactilógrafa.

En Rusia, el amor ha dejado de ser clasista, desde el momento en que han desaparecido las clases sociales. Social y económicamente, todos son iguales. El individualismo y sus apetitos derivados tienen un freno dentro de un nuevo equilibrio colectivo y dentro de un nuevo orden jurídico y moral. El trabajo es obligatorio. No hay tiempo para el ocio ni gusto por los refinamientos. A la vanidad ha sucedido el orgullo, en la acepción colectiva de la palabra. El hombre y la mujer, por consiguiente, están liberados de toda preocupación o perspectiva económica y social para elegir a la compañera o al compañero. El punto de partida y de inspiración del amor radica por entero en otra parte: en el mundo afectivo. Dentro de este mundo, la libertad de elección sentimental es absoluta e inalienable. Cuando un hombre está unido a una mujer, se supone que lo está por el amor, puesto que no hay otra cosa o interés que pueda unirlos. Prueba de la base exclusivamente sentimental de esta unión son las innumerables parejas de un gran escritor y una cobradora de tranvía, de un director de sindicato y una portera de hotel o de una periodista y un picapedrero. Y estas uniones no son ocultas ni vergonzosas, sino francas, y muchas de ellas legales. De esta manera, es el amor el que también contribuye a borrar definitivamente las diferencias o barreras morales creadas arbitrariamente en régimen burgués por las clases dominantes entre los diversos géneros de trabajo. En Rusia, ante el amor, todos los trabajos, oficios y profesiones son iguales y dignos.

El albañil que habita en esta estrecha pieza con

la periodista de la Pravda, debe, pues, amarla y ser por ella amado. De otro modo, no puedo concebir que vivan juntos y compartan un mismo lecho diariamente. ¿Qué otro vínculo puede haber entre ellos? ¿Una simple simpatía fisiológica? Acaso. Pero para durar un año, esta simpatía fisiológica debe ser, sin duda, fuerte, sana, profunda. De otro lado, se siente en sus palabras y maneras que hay una gran fraternidad entre ellos. Ella le habla y obra espontáneamente. El se muestra un tanto paternal. Ambos son alegres, ágiles, infantiles. Ríen y juegan mientras se lavan y visten para ir al trabajo.

Mi intérprete y yo nos hemos sentado a verles. El ruso soviético es más cordial que el ruso de antes. Se da al desconocido inmediatamente y sin reservas. Algunos periodistas extranjeros aluden a la atmósfera secreta, cohibida y de cuartel en que se vive bajo la dictadura proletaria. Por mi parte, yo no he hallado dicha atmósfera en ninguno de mis viajes a Rusia. Al contrario, por todas partes las gentes, particulares y oficiales, se brindan al recién llegado con una franca y alegre espontaneidad.

La habitación del albañil tiene pocos muebles. Es modesta, aunque alegre. Está situada en el segundo patio de la casa y en el piso bajo. Comunica, a izquierda y a derecha, con el resto de la casa, donde habitan otras familias o parejas. La cama es un diván muy bajo y rústico. Hay, además, una mesita pegada a la pared, con libros y revistas en ruso y en alemán. Al frente, una burda silla de madera y una caja, que parece un baúl o un banco para sentarse. Sobre los muros blanqueados, fotografías de Lenin, Stalin, Vorochilov, Rikof, en tarjetas postales y en recortes de revistas. El albañil y su compañera han salido a lavarse al patio y vuelven secándose y canturreando.

—¿No tienen baño? —les pregunto.

—En la casa, no. Es una casa vieja y completamente incómoda, herencia del zarismo. Pero el baño lo tomamos donde trabajamos, a las cuatro de la tarde, antes del almuerzo.

—¿Y el desayuno?

—En la cooperativa de la esquina.

Ella toma un libro de la mesa: **El leninismo teórico y práctico**, de Stalin, y se dispone a salir. Sus ropas de vestir son ligeras. Se las ha puesto casi todas ante nosotros. La falda es tan corta como la de cualquier *midinette* de la rué Saint-Honoré. Colores vivos y contrapuestos. Medias blancas de algodón. Calzado negro con tacón de deporte inglés. Cabelle-
ra corta, bajo una boína azul y de bordes estrechos. Un escote cuadrado, hasta el nacimiento de los senos. Después, un abrigo gris y delgado, sin piel. Y ningún maquillaje. De talle mediano, fornida, vivaz, el cutis rosado, los ademanes rotundos y hondamente femeninos, la cabeza echada atrás con gracia casi campesina, la mujer del albañil está ya lista para salir. No cesa de hablar y de reír. Hojea el libro y dice a la intérprete con firmeza y entusiasmo:

—¿Has leído ayer el artículo del compañero Stalin en la *Isveztia*?

—No —le contesta la rusa no bolchevique.

—¡Muy notable! Ahí habla de los teorizantes marxistas y sus defectos escolásticos..

Un ardiente diálogo se entabla entre las dos mujeres. El albañil está también ya listo. Su traje es aún más esquemático que el de su compañera. Un pantalón, una pelliza con cuello de astracán y una burda camisa amarilla. Va sin sombrero. Este no es ciertamente el uniforme proletario de las edificaciones de Chicago, con su blusa **standard**, sus bolsillos **standard** y su gorra **standard**. Tampoco son éstas las prendas de vestir que las fábricas de zapatos, de blusas, de camisas y de gorrar yanquis obsequian a las compañías constructoras para sus obreros, con la sola condición de que luzcan estos artículos las iniciales o letreros de publicidad en colores de dichos almacenes. El traje del albañil es apenas un objeto de confección de los sindicatos soviéticos, pero no es un uniforme. Y no lo es, porque carece del elemento decorativo y de repetición, que caracteriza al uniforme.

Salimos. Observo aquí una diferencia con nuestro mundo de salón. En Rusia, la cortesía no existe. La gente toma y da, niega y consiente sin formulismo. Hasta en el terreno de la amistad impera únicamente la justicia. Se da asiento al que está fatigado y lo toma el dueño de casa, si lo necesita más que el visitante. Y así en todo lo demás. El albañil y su compañera salen sin pedirnos perdón, porque necesitan salir, porque no hacen a nadie mal saliendo. "Vamos", dicen únicamente. En una casa de Unter Den Linden o de los Campos Elíseos se dirían las gentes: "¡Qué mala educación!". Sólo en la Quinta Avenida, las cosas, al menos entre las personas de negocios, suceden de modo algo parecido al de la Rusia del Soviet. No en vano la técnica de producción yanqui es también la que más se aproxima al socialismo.

Ya en la calle, noto asimismo que ni él ni ella cambian en lo menor de manera de ser. Entre nosotros, las gentes son en la calle diferentes de lo que son en sus casas. El hombre toma aires más viriles, más solemnes, correctos, distinguidos o importantes. La mujer se hace más graciosa, más coqueta, elegante, respetable y hasta más imperiosa. El espíritu de la calle nos penetra, transformándonos en favor de una mayor necesidad e hipocresía. Nos falseamos en más grande escala. Y todo por la eterna preocupación de distinguirnos y sobrepujar a los demás. Nuestra falsedad y nuestro individualismo crecen a medida que son más numerosas las personas que nos rodean o nos ven y nos oyen. El más sincero es el más solitario. El hombre de mayor contextura colectiva es el hombre más solo. Son éstas, como se ve, dos posiciones paradójicas y hasta absurdas, sin ningún contenido racional ni creador. Se trata de una sinceridad sin testigos —que socialmente no interesa ni concierne a nadie—, y de un colectivismo igualmente subjetivo y abstracto que tampoco concierne a nadie.

Este espíritu de calle predomina particularmente en la burguesía y es más demostrativo cuanto más

vieja y ortodoxa es esta burguesía. El mismo proletariado capitalista, en sus capas burocráticas y técnicas, está también penetrado de este espíritu de calle.

El albañil y su compañera toman indistintamente el fondo o el borde de la acera, porque ni uno ni otra necesita con preferencia del mejor sitio para caminar. Grande es la curiosidad que hay en el extranjero por conocer a ciencia cierta las nuevas relaciones introducidas por la revolución entre el hombre y la mujer. Las ideas más fantásticas y escabrosas se tienen el respecto. Sin embargo, la realidad es menos insólita de lo que se cree. Las nuevas relaciones soviéticas arrancan de un principio sencillo y universal, que es el siguiente: el hombre no es más fuerte ni menos fuerte que la mujer. Aquello de sexo débil y sexo fuerte no pasa de una fórmula falsa, que la experiencia de todos los días desmiente. La verdadera fórmula es ésta: el hombre es, en cierto terreno, más fuerte que la mujer, mientras que ésto lo es en otro. El secreto de la armonía entre ambos radica en el equilibrio de estos signos —negativos y positivo— según el rol y las posibilidades de cada uno de los sexos. La mujer, en régimen soviético, no está, pues, más alto ni más bajo que el hombre de modo permanente. A veces su plano de acción supera al del hombre, y a veces cede al de éste. En los demás casos están en idéntico pie de igualdad. Así se ha establecido —sobre estas nuevas bases— el estatuto jurídico, económico, político y moral de ambos sexos en la sociedad soviética. Los derechos y obligaciones de la mujer en la familia y civilmente ante los demás son iguales a los del hombre. Respecto de los hijos, ocurre lo propio. Tan obligado está el hombre al trabajo como la mujer. Políticamente, ésta puede elegir y ser elegida para los mismos cargos que el hombre. Por último, el pudor, el recato y la dignidad no son en el hombre sentimientos más severos ni menos exigibles que en la mujer.

—¿Cuáles son entonces —se preguntan las gen-

tes en el extranjero— las diferencias entre el hombre y la mujer?

Estas diferencias residen en la naturaleza misma de cada uno de los sexos. Ellas varían según las fuerzas y debilidades de cada uno. Si estas condiciones inherentes al hombre y a la mujer pudiesen simplificarse y clasificarse en dos grandes campos, diríamos que físicamente el hombre tiene, por ahora y hasta nueva orden, menos derechos y más obligaciones que la mujer, mientras que espiritualmente la igualdad es rigurosa. Tal criterio, con excepciones provisorias e inevitables, parece determinar la posición de ambos sexos en la sociedad soviética.

—Pero, en mi opinión —me dice mi intérprete—, todo esto es erróneo. Espiritualmente el hombre es superior a la mujer.

La compañera del albañil nos pregunta lo que estamos hablando, y al enterarse replica:

—No. Porque si el hombre es más permanente en sus pasiones, la mujer es más ardiente y más aguda. Si el hombre es más apto para la síntesis, la mujer es más apta para el análisis. El hombre es más racional; la mujer, más intuitiva. El hombre es más paciente y tenaz en la ofensiva creadora; la mujer lo es más en los fracasos y dificultades.

Las ocho menos cuarto. Salimos de tomar el desayuno en la cooperativa del barrio, y ambos se despiden para ir a sus trabajos respectivos. Un apretón de manos como dos amigos.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

A las cuatro de la tarde voy a buscar al albañil a la salida del trabajo. Es a la otra margen del Moscova, en los vastos edificios que las Cooperativas de Construcciones levantan para habitaciones obreras. Cuando avanzo por el puente, veo un doble juego de obreros en las escaleras y andamios de los edificios. Son los que cesan en su tarea, que bajan, y los que la inician, que suben. Al llegar ante los muros en construcción, una ola de obreros desborda e inunda la calle. Ningún uniforme, repito. Los más llevan

gorra y no pocos van descubiertos. Barbados los hay muy pocos, y éstos son los viejos de más de cincuenta años. Pero casi la totalidad está rasurada a la americana. Una gran algazara forman, desparramándose en la esquina, unos a pie y otros tomando los tranvías.

Aquí aparece el albañil de esta mañana. Viene con tres más, discutiendo acaloradamente. Presentaciones. Se preguntan por mi oficio y mi filiación política.

—Es escritor sin partido —se dicen, y seguimos avanzando juntos hacia el otro lado del río. Nos dirigimos al restaurante de la Cooperativa que queda cerca de la casa del albañil.

—¿Qué le parece Rusia? —me preguntan a la vez los cuatro.

—Muy bien. Admirable.

—¿Qué le ha gustado más?

—Las masas obreras.

—¿Después?

—La esperanza y la fe que las anima.

—¿Y qué dicen en el extranjero de la revolución rusa?

—No la conocen bien. Se tienen de ella ideas confusas y falsas.

—¿Qué diferencia encuentra usted entre los obreros del Soviet y los obreros de los países capitalistas?

—Ustedes son libres, mientras que los otros son esclavos.

—¿Por qué cree usted que somos libres? ¿Y la dictadura del Soviet?

—La libertad de ustedes es una libertad de clase. La otra, la libertad individual, la tienen ustedes relativa y muy limitada; pero así lo exigen las necesidades de la primera libertad, o sea de la libertad de clase. Marx ha dicho que la libertad no es más que la comprensión racional de la necesidad. De otra parte, la libertad individual no ha sido nunca completa en la Historia. Su ejercicio puede ser más o menos limitado y condicionado por los intereses

colectivos. A medida que éstos vayan permitiéndolo, la libertad individual irá en Rusia ensanchándose y consolidándose.

Veo que mis palabras despiertan en todos ellos interés y aceptación. Me dicen:

—Así es. Esa es la verdad. Estamos contentos de que usted comprenda, como debe ser, el sentido de la dictadura proletaria. Muy bien.

Uno de ellos les habla largamente, y por una que otra partícula o terminación latina, me doy cuenta que se trata de política obrera y de política imperialista. Este que les habla así ha sido en otra ocasión secretario del Comité Obrero de las Construcciones donde los cuatro trabajan. Tendrá unos veintiocho años. Su voz es golpeada y un poco monótona, pero llena de calor y de inteligencia.

Les pregunto:

—¿Son ustedes comunistas?

—No. Somos sin partido.

—¿Pero confían en el régimen?

—Tenemos en él una confianza absoluta.

—¿Por qué no entran entonces en el partido que les gobierna y que ustedes aceptan con tanta confianza?

—¿Porque para ser comunista hay que disponer de tiempo y de fuerzas para cumplir los tremendos deberes que impone la calidad de miembro del partido. Tenemos bastante y de sobra con nuestras obligaciones de simples obreros.

—¿Qué obligaciones son esas?

—Aparte de nuestro trabajo en las construcciones...

—¿Ustedes son obreros técnicos o simples manos de obra?

—Uno de nosotros es carpintero. Los demás somos obreros corrientes. Le decimos que, aparte de nuestras tareas de construcción, por las que percibimos un salario, tenemos otros deberes por los que nada se nos paga, pero que son inseparables de nuestra calidad de jornaleros. Tales son, por ejemplo, formar las células obreras de la industria a que per-

tenecemos, los comités y asambleas obreras; ejercer el control obrero de esta industria; practicar la emulación socialista cada vez que así lo exijan las necesidades de la producción; formar en las avanzadas de culturización política y técnica del campo, etc.

—¿Cuál es el rol de las células, comités y asambleas obreras?

—Discutir y decidir sobre cuestiones administrativas y técnicas, económicas y culturales del oficio y de la industria a que pertenecemos.

—¿Y la emulación socialista?

—Eso es lo que los capitalistas llamarían un sistema de records. Un ejemplo: cuando el Estado reclama con urgencia casas de habitación a causa de la afluencia y exuberancia de población de la ciudad, los obreros de un edificio deciden espontáneamente aumentar la labor y hasta doblarla y triplicarla, a fin de terminar mucho antes del plazo calculado la obra en construcción. Se produce entonces entre los trabajadores un sentimiento de emulación cívica al servicio del interés colectivo. Así es como gran parte del **Gozplan** (Plan Quinquenal) está realizándose en cuatro años y hasta en tres y dos años y medio.

—¿Qué galardón persigue y obtiene el obrero con este esfuerzo a favor del bien común?

—Ningún galardón personal. Ello obedece únicamente a un alto sentimiento de comunismo real y práctico.

—¿Y en cuanto a las brigadas de avance?

—Ellas no son sino una forma de la emulación socialista: Son grupos de obreros que se forman espontáneamente con el fin de difundir y hacer penetrar, con el ejemplo vivo y visible, las ideas y entusiasmo constructivo del Soviet en las capas aún reacias o ignorantes de las masas del campo y de la fábrica.

Bajamos del tranvía. Todos viven en el mismo barrio y comen en la misma cooperativa. Cuando entramos al restaurante, el albañil y el carpintero —que es el que les hablaba a los demás en ruso so-

bre el proletariado y el imperialismo— buscan con la mirada a alguien entre la muchedumbre de comensales sentados, en torno de largas y numerosas mesas. Buscan a sus compañeras. Ahí están. Nos acercamos a ellas. Pero no hay sitio. Al fin tomamos asiento lejos, al otro extremo de la inmensa sala.

Más tarde, las dos se unen a nosotros. La compañera del carpintero es mayor. Una mujer hermosa. Se sientan y fuman. La conversación se hace entonces bulliciosa y riente. Al salir de la Cooperativa anoto que cada una de ellas paga su consumo por separado de su compañero.

Me entero asimismo que el carpintero y su compañera están casados desde hace cinco años. Pero esta pareja tampoco tiene prole. ¿Por qué? Porque él es tuberculoso y la ley le prohíbe, por esta causa y hasta que no sane, ser padre. El médico le ha dado un régimen especial con este objeto y él lo cumple, bajo pena de una sanción severa de la ley en caso de infligirlo.

De otra parte, me llama la atención el pie de igualdad completa en que las dos parejas se hallan desde el punto de vista de la moral social. Aunque la unión del albañil y su compañera es libre, los respetos, consideraciones y estimación social de que ella disfruta son idénticos a los que rodean al carpintero y su mujer, que están casados. El amor libre, en régimen soviético, goza de la misma dignidad moral y social que el matrimonio.

Dos de los obreros se despiden.

—¿A dónde van ahora? —pregunto.

—A casa de los Sindicatos. A las cinco y media hay allí una sesión de la Sección Sindical de Construcciones.

Uno de los que parten es el carpintero. Su mujer sigue con nosotros. La pareja se ha despedido como se despidió esta mañana la pareja del albañil:

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Como dos simples amigos. Ni besos, como los obreros de Saint-Denis, ni melosidades sensibleras

como los horteras de Buenos Aires. El marido y la mujer soviéticos son, ante todo, buenos amigos. El amor conyugal en Rusia es más amistad que pasión, más fraternidad que atracción sexual.

Plaza. Aquí se quedan ellas. Van a tomar el tranvía.

Son las cinco menos diez. Atravesamos la Gran Se aprestan apresuradamente. Les falta el tiempo. Tienen una lección de puericultura a las cinco en una sección especial del Comité Central de las Gotas de Leche, destinada a las esposas que aún no han sido madres.

El albañil y su compañero me dicen entonces:

—Nosotros vamos al Club Obrero a preparar un informe sobre las maderas de construcción procedentes de la región de pinos de Laponia. Debemos tenerlo listo para el jueves. Vamos a leer algo en la biblioteca del Club.

—¿A qué hora volveré a verlos?

—A las ocho. A la salida del Club.

—¡Qué vida tan distinta a la de los obreros del capitalismo! Ni café, ni alcohol, ni juego de cartas, ni bostezos de aburrimiento. Nadie toma café ni siquiera en los desayunos. El ruso prefiere el té, que antes de la revolución se tomaba mucho, haciendo de él una especie de droga. El Soviet lo ha dosificado, pero no con medidas traumáticas, sino poco a poco, por espontánea eliminación y a base de propaganda y educación. Con esto se ha hecho y se está haciendo lo mismo que con el alcoholismo. Al principio, el Soviet prohibió de golpe y radicalmente las bebidas alcohólicas. La ley seca tropezó, como en los Estados Unidos, con inmensas resistencias, suscitando un veneno de disturbios, descontentos y violencias, sobre todo en provincias y en los campos. De estar impregnado el Soviet de la rigidez anglosajona —tan cara y digna de imitar en concepto de ciertos pueblos latinos—, hasta ahora se mantendría la ley seca en Rusia, y este país sería aún, como lo son los Estados Unidos, teatro de los más absurdos escándalos entre húmedos y secos. Mas el leninismo es de una ductilidad desconcertante. En vista de las

dificultades de la ley seca, el Soviet cambió inmediatamente de táctica, resolviendo combatir el alcoholismo poco a poco y atacando el mal por abajo. A la vigilancia policial sucedió entonces la propaganda entre las masas y la educación en las escuelas. Se formaron innumerables ligas de combate. La profilaxis antialcohólica ganó rápidamente partidarios en los campos y en las fábricas. El Estado asignó a esta política un sitio preferente en sus planes anuales. En la actualidad, la situación en este terreno es muy halagüeña. Diariamente se suspende la venta de alcohol en numerosas aldeas, a solicitud de los mismos habitantes. En general, son siempre éstos los que piden y exigen, en comicios públicos, la supresión de las bebidas alcohólicas. Más todavía. El tomarlas es, en muchos sitios, cuestión de honor político. Al amigo del alcohol se le considera como tácito enemigo del socialismo. En singular, la fobia contra el alcohol es mayor en las nuevas generaciones. Cada año se reduce el consumo de bebidas alcohólicas en un diez o doce por ciento.

El Soviet no olvida, por otra parte, que ni la propaganda ni la educación serían armas suficientes contra el alcoholismo si faltase un segundo factor, el más importante y decisivo: la mejora de las condiciones de vida del trabajador. La propaganda y la educación son medios empleados corrientemente por los Gobiernos capitalistas. Este es el lado sacerdotal y hasta retórico de la empresa. El aspecto práctico y determinante, en suma, del éxito de la campaña, lo constituyen los medios realizados para encauzar el gusto y las inclinaciones diarias del trabajador hacia otro plano de inquietudes y satisfacciones. ¿Hacen esto último los Estados capitalistas? No. Existen dentro de ellos infinitos intereses concertados para impedir semejante política en favor de la clase trabajadora. ¿Y los fabricantes de bebidas? ¿Y los viñeros? ¿Y los intermediarios? ¿Y los terratenientes de campos de cultivo? ¿Y los propios patronos de las demás industrias, cuyo interés reside en reparar y aumentar las agotadas energías del obrero por

medio de estimulantes alcohólicos, ya que los ínfimos salarios no permiten hacerlo por medio de una mejor alimentación y un mejor género de vida? ¿Y los impuestos de consumo del Estado? Pero en régimen soviético ninguno de estos intereses existe. De aquí que le ha sido y le es fácil al Soviet remover los diversos factores de existencia cotidiana de las masas, a fin de canalizarlos por derroteros nuevos y de espaldas al morbo del alcohol. Entre estos nuevos derroteros figura la intervención real, práctica y diaria del trabajador en la dirección y administración de la cosa colectiva. El obrero vive embriagado del placer y del esfuerzo que despliega a toda hora en las tareas sociales. Su entusiasmo y su embriaguez cívica, provienen de la convicción que tiene de que él, como individuo, es algo viviente e importante en la colectividad, pues sus ojos ven por sí mismos todos los días que lo poco que él hace o dice pesa directamente en los negocios colectivos. Esta es también la base de su sentimiento de responsabilidad, sentimiento que le absorbe y le llena a la vez de orgullo y de fervor político. Es un hecho de experiencia histórica que los pueblos y las épocas de más ancha y efectiva democracia corresponden a una mayor pureza de costumbres de las masas. Por el contrario, a los Estados despóticos, a los Gobiernos minoritarios corresponden una mayor relajación de las costumbres populares. No hay deporte que distraiga más de los vicios al pueblo, como el ejercicio de la soberanía, con todos sus derechos y funciones democráticos. A una partida de cartas y hasta de **football**, prefiere el trabajador, sin duda alguna, la redacción de un dictamen que, según él, va a determinar en tal o cual medida la clase de casas en las que van a vivir muchas gentes. En cambio, el obrero de los países capitalistas prefiere irse a la taberna a ir a las urnas a votar, porque sabe que su voto no va a pesar nada en los destinos sociales. El aparato de Estado burgués coacta y escamotea el sufragio como le viene en gana. Es un juego de prestidigitación y de abuso capaz de todos los trucos, violencias y falsificaciones.

A las ocho de la noche sale el albañil del Club Obrero. Ahora viene solo.

—¿Está usted cansado? —le pregunto.

El albañil sonríe.

—Al contrario. El estudio y la reflexión acerca de cosas más o menos desusadas para mi espíritu de obrero manual me hacen bien y me reconfortan. Al salir de mi trabajo, a las cuatro, empezaba a sentir cierta fatiga física. Pero ahora, después de leer y pensar, tengo ganas de acción material, de correr o mover algo pesado con los brazos.

—¿No hace usted deporte?

—Sí. Pertenezco a un equipo de carrera. El doctor opina que los obreros de construcción necesitan este género de deporte para resarcirse de nuestra clase de trabajo.

—¿Cómo escogen ustedes su deporte? ¿Según sus gustos individuales, o es el Estado el que les impone el que él cree conveniente?

—Los doctores del Estado nos examinan cada cierto tiempo y luego consultan la vocación de cada uno y deciden.

—Entonces ¿no son ustedes libres de escoger el deporte que a cada cual le guste?

—Nuestra libertad individual acaba donde empieza el interés social. Si aquélla fuese ilimitada y absoluta, muchas veces tomaríamos un deporte contrario al que nuestra salud y condiciones de trabajo requieren. Porque una cosa es el gusto, la vocación deportiva, y otra cosa es la conveniencia racional de tal o cual deporte. Por lo demás, la razón está por sobre el gusto.

—¿Y a qué hora y cuándo practican ustedes su deporte?

—Las horas y los días varían mucho dentro de su regularidad científica. En general, lo hacemos tres veces a la semana, o sea casi todos los días. (Recuérdese que la nueva semana rusa es de cuatro días). Pero eso depende siempre de una serie de condiciones y necesidades relativas al trabajo, a nuestras faenas proletarias fuera del trabajo, de las que

ya le hemos hablado; a las directivas deportivas del plan técnico correspondiente, etc.

Llegamos a una cooperativa donde se toma té. Hay mucha gente, corespondiente a los equipos obreros cuyas horas de trabajo son, más o menos, las mismas que las del albañil. Estos equipos se alimentan igualmente, a las mismas horas y las mismas veces que el albañil: desayuno —un vaso de té con un pequeño bizcocho—, a las siete y media de la mañana; almuerzo —una especie de sopa de legumbres con un trozo de carne de vaca (bortch) y una torta de carne picada y molida con unas patatas y pan negro—, a las cuatro de la tarde; y, en fin, otro vaso de té con un alfajor o bizcocho, a las ocho o nueve de la noche. A las once de la mañana toman en su mismo trabajo una especie de lunch, consistente en té con un bocadillo de queso o de guisos vegetales, muy condimentados. Como bebida, agua y muy raras veces cerveza blanca, de fabricación rusa y un tanto cargada de alcohol. Pero mucho tabaco. Rusia es probablemente el país donde más se fuma en Europa.

Hay, en Moscú sobre todo, muchos vegetarianos. Se me informa que había más antes de la revolución. Las ideas morales de Tolstoi, junto con sus prácticas ascéticas, decaen rápidamente en Rusia. Actualmente los vegetarianos son mirados con burla, como una secta retrógada, por los elementos revolucionarios.

—¿Quiere usted venir esta noche —me pregunta el albañil— al Teatro de la Unión Profesional?

Este es un teatro nuevo, nacido después de instaurado la Nep. Su espíritu escénico, su estética, sus medios económicos. Su personal, son de origen proletario. Esta noche se representa **El brillo de los rieles**, pieza de Kirchon, obrero metalúrgico, autor también del drama **La herrumbre**, que acaba de representarse en los teatros de Berlín, París y Londres con éxito resonante.

Al llegar a la taquilla, el albañil me muestra su billete, y cuando le pregunto dónde y en qué precio lo ha adquirido, me dice:

—Estos billetes se nos dan en nuestro Sindicato por un precio ínfimo.

—¿Cuánto le cuesta?

—Cuarenta y cinco copeks.

Yo compro el mío, que es de butaca, como el suyo, y se me cobra un rublo veinte. ¡La dictadura del proletariado!

El teatro soviético es un espejo fiel de la vida social de Rusia. Aplicando la teoría unanímista de Jules Romains al presente caso, no es difícil palpar, de manera plástica y viviente, toda la estructura social y económica del Soviet, encarnada en el público teatral.

Al primer golpe de vista se nota la división de la multitud en dos clases de espectadores: de una parte, el proletariado, de otra, los **nepmans**, la diplomacia y los concesionarios de empresas extranjeras. No sólo es cuestión de trajes, sino de cabezas y ademanes. La línea divisoria es tan ostensible como no he visto nunca otra semejante en ningún teatro europeo. Los **nepmans** se diferencian de los pequeños burgueses de los países capitalistas en que visten y se comportan en su totalidad como nuevos ricos, que lo son. No les falta el antejo de teatro y la cadena de oro. Tanto ellos como los diplomáticos y los concesionarios de empresas industriales extranjeras muestran un gesto despectivo y asqueado. Los unos, por lo que están sufriendo ya de la revolución; los demás, por el peligro que corren sus países respectivos de sufrirla algún día próximo o lejano.

—Aquella dama —se me dice designando a una señora elegante e imperiosa— es la esposa del embajador alemán.

—¿Por qué tiene ese aire enfadado?

—Siempre que está en público se muestra así. Odia furiosamente al Soviet. Todo el mundo lo sabe.

—¿Y ustedes?

—¿Qué le vamos a hacer! No hace más que defender su clase.

El bolchevique y el obrero soviético no sienten por el burgués extranjero el menor resquemor per-

sonal. Fuera de Rusia se cree que la multitud soviética odia y hostiliza en todo lo que puede al burgués extranjero. No. Esto sólo se concibe en las chusmas empíricas y románticas de las rebeliones antiguas. El proletario ruso opera en un plano colectivo y de clase contra clase. La revolución no se hace a base de pellizcos o pedradas al transeúnte. La revolución se hace de masa a masa. Tratándose del *nepman*, la táctica cambia, porque éste no pertenece a una clase social en Rusia, sino que trata, por esfuerzos individuales dispersos, de rehacerla. De aquí que hay que combatirle asimismo individualmente.

Excepción, hecha de este sector reducidísimo de espectadores, la totalidad del público es obrera soviética. Su dominio, en anchura y profundidad, es completo en el teatro. La masa reina soberanamente y sin trabas. Sus movimientos, sus gritos y palabras, aprobando o rechazando, deciden el tono y temperatura colectiva del espectáculo. Los obreros son aquí, como en todas las demás actividades del país, dueños y amos del ambiente social. Los *nepmans*, los diplomáticos y los industriales extranjeros se muestran encogidos y supeditados por la masa, y no hacen sino adaptarse y seguir las directivas sociales del proletariado, aun a regañadientes. ¡También en esto la dictadura proletaria! A diferencia de lo que ocurre en los países capitalistas, donde son los trabajadores los que sufren, hasta en los teatros, la dictadura patronal.

La multitud obrera aparece distribuida en las secciones del local, no ya siguiendo el precio que cada cual paga por su billete, como sucede en la sociedad burguesa, sino siguiendo un turno especial y extraño a toda consideración económica, ya que todos abonan un precio igual por entrada. Este turno o rotación lo establecen y vigilan que se cumpla los sindicatos o cooperativas a que pertenecen los espectadores. De este modo, hoy, verbigracia, veo en los palcos, butacas y demás sitios de preferencia, a espectadores que mañana o la vez próxima ocuparán lugares y asientos menos cómodos y elegantes. Por-

que los locales de teatro de la época zarista conservan, naturalmente, su configuración jerárquica de asientos. Ya se edificarán locales estrictamente soviéticos, cuya disposición arquitectónica refleje la nueva estructura social de Rusia.

El aspecto social de los teatros de Moscú denuncia el espíritu entrañablemente democrático o, para ser más exacto, proletario de la clientela. En este cuadro comprimido de la sociedad soviética tienen palpable realización los viejos y resobados ideales de igualdad y de fraternidad. Pero anótese que esta fraternidad y esta igualdad se realizan aquí en escala proletaria. En el orden burgués, la igualdad y la fraternidad han sido y serán imposibles, puesto que el desenfrenado individualismo que supone la sociedad capitalista es la puerta de entrada de todas las competencias y guerras, que no de la solidaridad y concordia sociales. A la base del mundo proletario está, por el contrario, el instinto colectivo, motor y punto de arranque del equilibrio social. Una gran homogeneidad domina en la plástica y en los movimientos del conjunto. Nadie ni nada desentona ni sobresale en la multitud. Ningún desnivel. Ninguna persona está más arriba ni más abajo que las demás. **Pas de vedettes.** Todos se nivelan a la misma altura social.

En estas salas del teatro ruso estamos lejos del lujo, de la presunción, de la concupiscencia, de la envidia y del chisme cortesano de la *soirée* burguesa. Todo es aquí sobrio, esencial, veraz, pudoroso, franco, fraterno. No es la pompa de unos cuantos y la miseria de la mayoría, sino la limpieza y decencia sumaria de todos por igual. El traje y el ademán, la mirada y la palabra trascienden la confianza, propia del alma proletaria. Ni el oblicuo vistazo del despecho ni el insultante ceño de la vanidad. Ni galantería ni perfidia. Ni sordas murmuraciones ni adulaciones vergonzantes. Y ninguna etiqueta almidonada. Aquí no hay lugar a exclamar: "¡Qué bien sabe volver la cabeza esa señora!", o "¡Qué mal ríe ese señor!", o "¡Qué dignidad en la manera de saludar

de esa señorita!"... La gente se produce aquí a sus anchas, aunque ciñéndose siempre a un nuevo y profundo sentido de armonía y de pudor social.

Henri de Mann, regatea al proletariado, desde su posición revisionista, el haberse apropiado de gran parte o de casi la totalidad de las normas, usos, costumbres, reglas, gustos e inclinaciones sociales de la burguesía. Henry de Mann formula este alegato con el fin de probar que la división de clases no ofrece la profundidad que le atribuye la doctrina marxista original, y que, antes bien, el capitalista y el obrero están ligados por una serie de hábitos y prácticas sociales que les son comunes. Así es como el autor de **Más allá del marxismo** trata de escamotear la idea revolucionaria —que implica la lucha de clases—, sustituyéndola por la idea de evolución, o sea de entendimiento entre obreros y patronos, ya que ambas capas sociales se apoyan en idéntica mentalidad y en idéntico género de vida. Pero el ilustre ex marxista belga va en sus conclusiones con demasiada prisa generalizadora y confusionista. No se equivoca al constatar que muchos de los gustos suntuarios y de los usos de sociabilidad corriente de los patronos han pasado y siguen pasando a los obreros. Pero distingamos. Este pasaje se efectúa en tres momentos. Primero: el trabajador adquiere del patrón lo que éste practica de bueno y de común a todos los individuos, cualquiera que sea la clase social. Tal ocurre con el gusto del confort, del automóvil, teléfono, etc. Segundo: el trabajador toma del patrón lo que éste practica de malo, del mismo modo que una persona sana se contagia de la enfermedad de otra a la que aquélla está obligada a frecuentar diariamente. Esto sucede con la inclinación a las joyas, a la publicidad personal, al donjuanismo, etc. Tercero: el trabajador toma del patrón lo que éste practica pasajera y que no pertenece a ninguna clase social en particular. Tal puede decirse de todos los snobismos y modas, como ciertos juegos deportivos y muchos espectáculos públicos. En el primer caso, lo propio y característico del hombre burgués se queda en éste y

no pasa al obrero. Se queda en él la parte excesiva, refinada y viciosa de estas prácticas: el regüeldo, el callo, el escozor bizantino. En el segundo caso, el contagio es más o menos evitable y, a lo sumo, curable. El tercer caso carece de importancia. Total: el proletariado ruso ha tomado y conservará los hábitos e inclinaciones sociales que la burguesía practica, pero que, por su justeza y utilidad, constituyen patrimonio de todas las clases sociales. Entre esos hábitos se halla el decoro en el vestir y en los modales.

La masa, con todas sus fuerzas y defectos elementales, llena hasta los bordes el casco espiritual del teatro. Una nueva y más natural civilidad controla, de adentro afuera, el calibre de sus actos. Es ésta la misma masa obrera de todos los países, pero con estos distingos: la de aquí es menos libre y menos libertina; de más templanza y de menos privaciones; más igual y pareja en su espíritu y menos monótona; carece de superiores; no necesita de vigilancias policiales o morales extrañas a su propio organismo, y lleva en sí misma la justeza y control de todos sus movimientos. De aquí que produce la impresión de que siempre está bien lo que ella hace, al revés de lo que ocurre con las masas obreras capitalistas, cuyos actos parecen siempre propensos al yerro y a la falta, y necesitan frecuentemente de control y coerción externos.

Muchos teatros rusos han eliminado completamente el telón. El primero en dar el ejemplo fue el teatro Mayerhold. Ello obedece a un imperativo de mayor verismo escénico. Así la representación pierde en ilusión, pero gana en realismo. El telón es infantil y propicia el ensueño, la fantasía. El telón es la tapa del cofre mágico. Contiene un elemento de pueril y suma convención. Sugiere las ideas de escamoteo, de truco, de añagaza. Recuerda esos juegos de niños en que uno de éstos tiene que darse vuelta a fin de no ver los medios y la forma de que se sirve el otro para concertar el misterio o sorpresa que le prepara. El espectador, que ya no es un niño —por mucho que se esfuercen los estetas burgueses en ha-

cer del arte un simple juego infantil—, ha renunciado al regalo de hadas que supone el telón y pide verlo todo con sus propios ojos materiales. Esta preferencia se manifiesta particularmente en los países donde el drama social de la Historia ha sido o es más descarnado y entrañable. Contra lo que quisieran sostener los artistas y críticos idealistas, la tragedia económica de hoy no tiene seguramente nada de ilusorio, de sueño ni de juego infantil. Este debate y conflictos dramático de nuestra época son de un realismo crudo y exento de ficciones. Más aún: la tragedia social de hoy está determinada por factores y hechos consumados e irrefragables de la Historia, que ninguna convención o voluntad pueden ahora desestimar ni destruir. Del mismo modo, el arte que se haga cargo de esa tragedia, también ha de tratarla y recrearla sujetándose en lo posible al mismo realismo y al mismo determinismo del conflicto. Por consiguiente, el elemento convencional del teatro —ya que este arte reposa más que ningún otro en la ficción— debe ser el mínimo posible y lo menos convencional. La concepción soviética del arte no admite la teoría de ciertas capillas literarias burguesas, según la cual las leyes artísticas son totalmente distintas de las leyes de la vida. Esta fórmula, aparte de ser arbitraria, es delicuescente y casuística, y expresa la manía cerebralista morbosa de las estéticas capitalistas.

Sin embargo, el teatro de la Unión Profesional conserva aún el telón. Al levantarlo, irrumpe en la escena un estridente ruido de calderería. La acción de la pieza pasa en un taller de mecánica para transportes. El decorado es de una fuerza y de una originalidad extraordinarias. Mientras los demás teatros del mundo no salen de los consabidos decorados a base de residencias burguesas, castillos condales o, a lo sumo, de alquerías pastoriles, he aquí que los *regisseurs* rusos movilizan en la escena, por primera vez en la Historia, las fábricas e instalaciones electromecánicas, es decir, la atmósfera más pesada y a la vez más fecunda del trabajo moderno. Hela aquí,

en su auténtica y maravillosa realidad, con todos sus resortes estéticos y su dinámica creadora. Es la *mise en scene* del trabajo. El aparato de la producción. La emoción que despierta el decorado es de una grandeza exultante. De las poleas y transmisiones, de los yunques, de los hilos conductores, de los motores, brota la chispa, el relámpago violáceo, el zig-zag deslumbrante, el tranquilo isócrono, los tics-tacs implacables, el silbido neumático y ardiente, como de un animal airado e invisible. No estamos ante una calderería simulada, fabricada de cartón y sincronizada con sones de añagaza. Es éste un taller de verdad, una maquinaria de carne y hueso, un trozo palpitante de la vida real. Los obreros se agitan aquí y allá, a grandes y angulosos movimientos, como en un gran aguafuerte. El diálogo es errátil y geométrico, como un haz de corrientes eléctricas. Los circuitos del verbo proletario y los de la energía mecánica del taller se forman y se rompen, superponiéndose y cruzándose a manera de aros de un *jongleur* invisible. Yo, que ignoro completamente el ruso, me atengo y me contento con sólo la fonética de las palabras. Esta sínfonia de las voces ininteligibles mezcladas a los estallidos de las máquinas, me fascina y me entusiasma extrañamente. Podría seguir oyéndola, al par que, viendo el movimiento del taller, indefinidamente.

Este solo decorado vale toda una revelación teatral. Me basta para darme cuenta del alcance revolucionario de la escena soviética. Un teatro que es capaz de semejante *mise en scene*, tan audaz y tan radicalmente nueva, aporta, sin duda, un espíritu igualmente nuevo y revolucionario a la escena mundial. Sí. Se siente aquí la pulsación de un nuevo mundo: el proletario, el del trabajo, el de la producción. Hasta hoy los teatros se redujeron a tratar asuntos relativos al despilfarro de la producción, a su cosecha por los parásitos sociales, los patronos. Hasta hoy tan sólo se nos daba en candilejas los dramas del reparto entre la burguesía de la riqueza creada por los obreros. Los personajes eran profesos-

res, sacerdotes, artistas, diputados, nobles, terratenientes, comerciantes, hombres de finanzas y, a lo sumo, artesanos. Nunca vimos en escena la otra cara de la medalla social: la infraestructura, la economía de base, la raíz y nacimiento del orden colectivo, las fuerzas elementales y los agentes humanos de la producción económica. Nunca vimos como personajes de teatro a la masa y al trabajador, a la máquina y a la materia prima (1).

El tema de **El brillo de los rieles** se desarrolla en torno a la conciencia revolucionaria del obrero bolchevique, a sus deberes políticos y económicos dentro del Soviet, a sus esfuerzos, dolores, luchas y satisfacciones clasistas, y a los peligros y enemigos de dentro y fuera del proletariado. Las escenas y actos transcurren en las asambleas obreras, ante una locomotora en construcción; en la dirección de la fábrica, en las habitaciones de los trabajadores, en los clubs proletarios. El centro dramático de la acción, el mito social de la pieza, causa y fin de todos los intereses, ideas y sentimientos en juego, está en el

(1) Todo el teatro ruso es político y, más aún, teatro de la producción, teatro del trabajo. El teatro soviético no sólo es político, como el de Piscator en Alemania, sino que es revolucionario dentro de la fábrica, militante dentro de la dinámica económica constructiva. Hasta tratándose de obras clásicas o de otros países, que carecen originariamente de intención política, los "regisseurs" soviéticos se la prestan, modificando a su arbitrio la contextura social de la pieza. Dentro de este plan, he visto en el Teatro Stanislavsky, "Hamlet"; "El zar Ivanovich", de Tolstoy; "El Pájaro Azul", de Maeterlinck; "Los Karamazov", de Dostoievski. En el Teatro Experimental, "Madame Butterfly"; en el Teatro Kamerny, "Los hijos de Dios", de O'Neill; en el Teatro Juventud, "Los Bandidos", de Schiller; en el Teatro Mayerhold, "El Revisor", de Gogol, etc., obras todas soviétizadas.

No entra dentro del carácter de este libro un ensayo detenido sobre el teatro soviético. Aquí, como en los demás temas y capítulos, me ciño tan sólo a las grandes líneas generales y representativas del fenómeno ruso.

trance revolucionario de la Historia. A los dioses de la tragedia griega, a la hagiografía del drama medieval, a la mítica nibelunga del teatro wagneriano y a la simbología de la escena burguesa, sucede aquí la fábula materialista y viviente de la dictadura proletaria.

El obrero bolchevique, personificación escénica de los destinos sociales de la Historia, abraza conscientemente todo el peso y la responsabilidad de la misión dialéctica de su clase (1). Como en el drama sagrado, su alma está triste hasta la muerte. También tiene sus buitres, como el viejo Prometeo. Es el capitalismo extranjero, los kulaks y los nepmans, la ignorancia del mujik, el clero recalitrante, Ginebra, los ingenieros y los técnicos, la burocracia soviética, las desviaciones de izquierda y de derecha del partido, la reacción blanca. Hay en esta pieza una escena culminante que por su grandeza trágica y universal recuerda los mejores pasajes de la Pasión y del drama esquiliano. El obrero director de turno del Consejo de fábrica vuelve a su cuarto por la noche. Vuelve fatigado. Su lucha con mil dificultades derivadas de la conducta de los otros y singularmente de su propia naturaleza humana ha sido hoy cruenta. El hombre, ¡ay!, es malo. La conciencia que el obrero tiene de sus deberes, de una parte, y de

(1) En el teatro soviético, como en todos los sectores de la vida y del arte rusos, han sido abolidos los protagonistas, los personajes centrales, los "roles" acumuladores de la acción y el interés escénico. Esta acción y este interés se hallan repartidos entre todos los personajes de la pieza. Los grandes actores no son grandes por la importancia y volumen del rol que ellos encarnan, sino por la perfección con que desempeñan el papel aun más banal o insignificante en sí mismo. Si nos empeñásemos en descubrir un protagonista en la escena soviética, ese protagonista sería la masa, es decir, la reunión de todos, la colectividad.

En el cinema también han sido desterradas las "estrellas". Apenas, en "Tempestad en el Asia", aparece una. Pero en "El acorazado Potemkin", "El fin de San Petersburgo", "Dos tanques blindados", "El águila blanca", "La lí-

otra la convicción que tiene de las tremendas resistencias pasionales e interesadas, en que tropiezan y se estrellan sin cesar los esfuerzos revolucionarios, batallan en su espíritu como dos fieras. Sus deberes son tan imperiosos e inquebrantables como son enormes e invencibles los obstáculos. Su drama moral es patético, desgarrador. Al entrar a su cuarto, halla a su hijo, de unos doce años, dormido en una banca. Su compañera está fuera, en su trabajo. Son las nueve de la noche. Una gran desolación siente hoy en el nido familiar. Así es la vida del trabajador revolucionario. Por ahora, el hogar ha cedido toda su importancia espiritual a la fábrica. No hay ya hogar sino por sólo unos instantes cada día. La fábrica es hoy el verdadero hogar del obrero soviético. Cues-

nea general", "El operador", "El demonio de la estepa", etc., no hay "stars" ni "vedettes".

Hasta en la música, la orquesta ha suprimido al director. Lasn "persin fauses", orquesta sin director, pueden ejecutar así todas las formas y géneros musicales, desde Wagner hasta Stravinsky, pasando por Bach y Beethoven.

Políticamente, los grandes hombres (Lenin, Stalin, Trotsky, etc.) no son objeto de esa idolatría individualista y endiosadora de que gozan los buenazos gobernantes burgueses de los países capitalistas. Interesado en sondar la opinión pública acerca de Stalin y Trotsky, he preguntado con frecuencia lo que las gentes piensan sobre ambos jefes bolcheviques. La conclusión que siempre he sacado es que nadie se ocupa del caso personal e individual de uno y otro. Stalin y Trotsky no existen ni interesan a nadie. Lo que existe e interesa a todos es la teoría y la acción de cada uno en función del interés revolucionario. Nadie se ocupa en discernir "quién vale más que el otro", ni "quién tiene más talento o más energía". De Lenin mismo, nadie se ocupa de su caso individual. Lenin es una idea, una acción revolucionaria, no una persona. Se le recuerda y se le cita por interés colectivo y en lo que él hizo de colectivo. Y ni "museo" leninista, ni casa "donde nació", ni anecdotario, ni leyendas. Apenas un Instituto Lenin, laboratorio central y viviente de la revolución social universal.

Decididamente, en el Soviet nos hallamos fuera de todo individualismo absorbente y en pleno colectivismo igualitario.

ción de cantidades y de calidades. La familia clasista no es más que la familia romana, agrandada y liberada.

El obrero no quiere acostarse. No podría dormir. Cavila y sufre. Piensa en sus esfuerzos ímprobos, acaso vanos e inútiles. Aquí está su hijo. Viéndole dormido, como una simple cosa pequeña y frágil, se le oprime el corazón. Su sacrificio personal, en favor del bien colectivo, no le concierne sino a él; pero el sacrificio de los suyos... Porque, al fin y al cabo, el hombre, cualquiera que sea su clase social, es un ser con instintos de padre y de marido. El socialismo no tiende a suprimir ni a aherrojar estos instintos, sino a hacerlos racionales, libres y justos. El orden social soviético es un orden revolucionario, y la revolución tiene sus exigencias provisorias, pero terribles. Entre estas exigencias está la quiebra momentánea de la familia, en sus viejas bases anquilosadas, y la concentración de todas las facultades e intereses sentimentales del obrero en el taller revolucionario.

La vigilia dramática del trabajador culmina en un arranque desesperado. Toma un frasco y va a apurar su contenido. (¿Os acordáis de Sobol, de Essenin, de Maiakovsky? El suicidio en la sociedad soviética es uno de tantos residuos intermitentes y reacios de la psicología reaccionaria. Reaparece súbitamente y a mansalva). Pero el obrero vacila. Lucha todavía. Es la hora del sudor de sangre y del "Aparta de mi este cáliz". Al levantar el frasco, una mano se lo impide repentinamente. Es la mano del hijo, que no dormía. El movimiento de éste es de un sentido social trascendental.

Por la masa de espectadores cruza un escalofrío.

—¡Viva la revolución social! —exclama la multitud...

Al salir del teatro busco al albañil. Son las doce de la noche. El albañil me estrecha la mano, apurado:

—Hasta luego.

—¿Cómo? —le digo—. ¿Se va usted?

—Es hora de dormir. Hasta mañana.
Desaparece entre la multitud.

—¿Y su compañera? —le pregunto a mi intérprete.

—Debe volver también a su cuarto a esta hora. Nadie está en su casa antes de las doce. Todo el mundo tiene algo que hacer socialmente hasta esa hora. Si no es en el trabajo, según la rotación de los equipos de obreros, es en conferencias, teatros, lecciones, sesiones de comités o de consejos, estudios en las bibliotecas, etc.

—Pero entonces, la vida familiar del albañil y su compañera se reduce...

—A dormir juntos y a algún encuentro fortuito durante el día.

—¿Y las demás parejas?

—Es todavía peor —exclama en tono de censura la señora—. El hombre y la mujer se ven una hora en veinticuatro, o dos o tres veces una hora a la semana.

—¿Por qué semejante abandono del hogar?

—Porque así lo reclaman, según se asegura, los quehaceres del taller y de la revolución social.

—¿Pero se quieren a pesar de todo?

—Así dicen.

—¿Y los celos?

—Estos ya no tiene celos.

He podido advertir un hecho muy significativo y que acaso puede explicar en parte la ausencia de celos, tanto en los hombres como en las mujeres rusas. Son románticos, en la acepción vital de la palabra. Es decir, no son ligeros ni variables de sentimiento. La garantía de firmeza y lealtad en el amor reside en la propia contextura psicológica del ruso. De otro lado, las gentes viven absorbidas, como he dicho ya, en el entusiasmo y las tareas colectivas de

la revolución, y el delirio sentimental ocupa en la vida pocos instantes. "No somos sino militantes —dice Gladkov—. Apenas nos tocamos simplemente, humanamente, nos sentimos como ciegos y cada cual se repliega en sí mismo".

Tales son la vida diaria y la filiación social del obrero ruso, ni bolchevique ni reaccionario, sino simplemente soviético.



X

**Los Reaccionarios - La dictadura proletaria y la Burocracia subalterna.-
Apropósito de un artículo de Poincaré**

EL ruso reaccionario pasa por Moscú como un fantasma herido y rencoroso. Asiste a la nueva realidad desconcertado y a la fuerza. Va a paso lento e inseguro, mirando con recelo y desconfianza en torno suyo. Ni centro de gravedad en sus piernas, ni en su cabeza, ni en sus intereses. Los métodos y disciplinas soviéticos se le antojan tan extraños e inaceptables que le han neutralizado, reduciéndole a una impotencia absoluta. Su rol social resulta así nulo. No es un actor, sino un espectador de la realidad. No vive, sino se sobrevive. Es un nostálgico y no un gramático. Así lo revela su modo de preguntar y de responder, su modo de guardar silencio y de moverse. Es un acorralado y un perdido sin remedio. Los trece años de gobierno soviético le han convencido de su derrota definitiva. No le queda más que consentir, ya que no puede oponerse ni protestar.

Si es un *nepman*, le veremos casi siempre detrás de su pequeño mostrador, abstraído y presa de constantes alarmas e inquietudes. Su restorán, o café, o tienda de zapatos —una ratonera oscura y ruinoso— aparece de ordinario sola y sin clientes. El *nepman*, en su inútil e inoperante afán de defender y acrecentar sus intereses, no los descuida ni sale nunca de su agujero. Acaso, por otro lado, es de miedo o por misantropía que no frecuenta la calle ni la ciudad. Grandes son el desprecio y la aversión en que le tiene el mundo entero. Su presencia es, en todas partes, una lacra, atrayéndose las miradas hostiles y acusadoras. Algunos de ellos parecen desafiar al medio, vistiendo con una insultante elegancia de nuevo rico. La mayoría al contrario, trata de bajar la cerviz para amenguar el odio envolvente. Pero, en general, el *nepman* lleva una vida fugitiva y azorada. No hay cosa que inspire mayor lástima que su

figura asustadiza y atormentada de prestamista clandestino.

Si el ruso reaccionario es un obrero, le veremos igualmente presa del desconcierto ante la nueva vida, en la que toma parte sólo materialmente, forzado por la necesidad económica. En el fondo, su desolación y su inquietud son mayores que en el **nepman**. En éste se trata, sobre todo, de un conflicto o drama económico. En aquél, de una tragedia subjetiva, espiritual. En el primero, la mentalidad reaccionaria o neutral —que es lo mismo— no cambia con la revolución. En el segundo, ella sufre diariamente el contacto envolvente de la fábrica bolchevique, que la influye y agita hasta hacerla vacilar, aunque no logre convertirla. La independencia económica, en el **nepman**, protege y defiende su viejo acervo espiritual. La pobreza, en el obrero, le expone al comercio social circundante, cuyas ideas y sentimientos nuevos le penetran sutil y escurridizamente, tratando de derribar los manguantes, pero aún bastante fuertes y dominantes, de su espíritu conservador. Este obrero no es, ciertamente, un bolchevique, ni lo será acaso; mas tampoco es ya del todo un conservador, pues su vieja fe social se halla ya bastante quebrantada. Tal es su tragedia personal, su encrucijada insoluble, que se refleja en todos sus actos cotidianos. Su trabajo carece de impulso social y de intención política. En la fábrica le veremos realizar fríamente su faena, sin poner en ella ninguna fe colectiva y sin concederle más trascendencia que el provecho personal del salario. Si cumple sus deberes y obligaciones proletarias, lo hace por conservar su puesto y no por cooperación consciente y voluntaria a la obra común del Estado. Esta negligencia social va hasta derivarse en sus maneras, en su traje, en la expresión de su fisonomía. Es reacio a todo sentimiento de comunidad celular, sindical o simplemente clasista del obrero soviético. En las asambleas de fábrica, a las que está obligado a asistir por prescripción legal, permanece en silencio, indiferente. Al lado de la alegría y del entusiasmo

colectivos de los otros, su mirada expresa una neutralidad e incertidumbre de sonámbulo. Nunca va a los clubs obreros. Prefiere permanecer en su casa o pasear por las calles con su mujer, ofreciendo el espectáculo de la típica pareja obrera capitalista o pre-soviética.

Un día he encontrado en el Museo del Ejército Rojo a dos ferroviarios, Fiedotov y Flavinsky, de unos cuarenta a cuarenta y cinco años ambos. Los he abordado con el pretexto de pedirles que me esclarezcan ciertos signos eléctricos del mapa biográfico de Lenin. Mi intérprete se negó a hablarles, diciéndome:

—No vale la pena, porque creo que son campesinos que no han de saber nada.

Pero en mi afán de explorar en lo posible la opinión, estado de espíritu y género de intereses de los diversos sectores sociales rusos, he insistido y, al fin, he hablado con Fiedotov y Flavinsky. Al cabo de largos prolegómenos en la conversación, destinados a vencer su desconfianza, me han dicho, saliendo del Museo:

—Nosotros no sabemos nada. Somos simples obreros. Nada tenemos que ver con la política.

Me doy cuenta en el acto de que me hallo ante gente reaccionaria. Mi curiosidad se aviva y no quiero perder la ocasión de oír opiniones contrarias al régimen. ¿Lo lograré ahora? Porque no olvido que Rusia vive bajo una dictadura franca e implacable, y que pocos se atreven, dentro de ella, a atacarla al aire libre. Pero mi tenacidad y mi paciencia, al fin, lo logran. A ello me ayuda mi intérprete, cuya fobia por el régimen abre a los ferroviarios el camino de las confesiones y elimina en ellos todo temor y toda desconfianza.

—¿A qué hora trabajan ustedes? —les pregunto.

—A las dos de la mañana.

—¿Dónde trabajan?

—En el terraplén del ferrocarril al Cáucaso.

—¿Cuántas horas dura su trabajo?

—Siete horas.

—¿Menos que otros obreros?

—Menos horas, porque trabajamos, a veces, por la noche y a la intemperie.

—¿Están contentos de su trabajo y de su género de existencia?

—Y así no lo estuviésemos.

—¿Y del Gobierno?

—Eso no nos va ni nos viene...

Ambos observan en torno nuestro. ¿Tienen miedo de ser oídos? Apuramos entonces el paso en dirección de las orillas del Moscova. La noche viene. Un poniente de octubre, luminoso, tiñe de oro desesperado las cúpulas bizantinas del Kremlin.

—¿Hay mucha vigilancia policial?

—No es de la policía de la que hay que cuidarse, sino del pueblo mismo. En Rusia todos son policías. Cada obrero es un agente.

—¿Cada obrero partidario del Soviet?

—Pero como casi todos son sus partidarios, los que no lo son viven controlados y espiados por todo el mundo.

—¿Lo que prueba que el régimen es popular?

—Popular a la fuerza. Popular después de muchos años de obligar al pueblo a querer a sus verdugos. Porque Stalin y sus secuaces son tan déspotas y tiranos como fueron los zares o peor.

—Es la dictadura proletaria.

—No lo sabemos. Lo que sabemos es que la revolución no nos ha traído la libertad, como muchos lo imaginaban, sino la esclavitud más descarada y cínica.

Bordeamos el río en la penumbra. Por este lado el muelle es un desierto. Apenas se oye abajo, sobre las muertas aguas del río, las voces de los adolescentes bateleros que hacen el servicio de transporte de gente de una orilla a otra.

¡La libertad! Comprendo inmediatamente la mentalidad de los dos ferroviarios. A ellos no ha llegado —porque voluntariamente no lo han permitido— la noción leninista del Estado. Ignoran que mientras el Estado exista, la libertad será imposible.

El Estado es, por definición, el instrumento de dominación social de una clase sobre las demás clases. En tanto la sociedad esté estructurada en dos o más clases sociales, el Estado y, con él, la negación de la libertad, serán inevitables. Decir Estado, proletario o capitalista, es decir dictadura, ausencia de libertad. La diferencia está en esto: que el Estado proletario es una dictadura de la mayoría trabajadora sobre la minoría de parásitos, mientras que el Estado capitalista es la dictadura de unos cuantos explotadores sobre la masa de productores. Por otra parte, la dictadura soviética es franca, descubierta, legal, mientras que el régimen "democrático" burgués, liberal y parlamentario, es una dictadura encubierta, hipócrita, disimulada, *faconnée*, odiosa. En fin, la dictadura soviética tiende a suprimir la armazón clasista de la sociedad —causa y origen del Estado y de la propia dictadura—, iniciando y construyendo, poco a poco, la forma socialista de la convivencia, dentro de la cual el derecho y la obligación individuales se cumplan espontáneamente y sin necesidad de coerción estatal, mientras que la dictadura capitalista consolida y ahonda más y más, y quiera o no quiera, la división de clases. Digo que quiera o no quiera, porque así no lo quisiera, siempre existiría la división de clases, ya que esta división condiciona la razón de ser y la existencia misma de los intereses clasistas que gobiernan. Para la clase capitalista, destruir la división de clases equivaldría a suicidarse. La prueba está en que no la destruye. Por lo demás, la abolición de la sociedad estructurada en clases no es sino una parte de la empresa de supresión del Estado. La otra parte, la más importante y la decisiva, consiste en crear el nuevo tipo de sociedad que ha de reemplazar al tipo clasista y que, según parece, no será otro sino el socialista. Supongo que nadie ha de sostener ya seriamente que la sociedad futura será corporativa. Recuérdese que de lo que se trata es justamente de suprimir el Estado. El sindicalismo corporizado bajo un órgano supremo de control, lejos de suprimirlo, lo fortifica. Causa en

verdad estupor de ver cómo hay aún gentes para quienes el fascismo y el comunismo no acaban todavía de deslindar sus fronteras en la historia. No logran convencerse de que el fascio conduce a la barbarie, mientras que el Soviet conduce al porvenir.

Les digo a los ferroviarios:

—¿Es que son ustedes esclavos? ¿Cuáles son sus yugos y sus cadenas?

—Hace pocas semanas —me responden— se condenó a dos años de prisión a un conductor del tren de la línea en que nosotros trabajamos porque, según se cree, conducía su locomotora con negligencia intencional.

—¿Es posible?

—Se le acusó así de querer socavar al régimen, causando daños en la buena marcha del transporte.

—¿Y era eso cierto?

—Una mera calumnia.

—¿Pero a quién le interesaba perder así al conductor? ¿El Estado, supongo, no tenía ningún interés en ello?

—Eso no lo sabe nadie. En todo caso, es la maldad humana o la gana de exigir del trabajador más celo y más esfuerzo de lo que humanamente le son posibles. El Soviet es muy exigente. Esquilma a los obreros. Se nos somete y vivimos casi en un régimen de trabajos forzados.

Los ferroviarios tocan un tema de gran actualidad: "el trabajo forzado en la Rusia del Soviet". Con ocasión del llamado *dumping* soviético, de que se quejaron últimamente los gobiernos capitalistas, Mr. Raymond Poincaré escribía un artículo en *L'Excelsior*, de París, acusando al Soviet de someter al proletariado ruso a un verdadero sistema de trabajos forzados, con el único fin de obtener un exceso de producción destinada a ser vendida en el extranjero más barata que la de los productores capitalistas. ¿Es verdad que en Rusia existe ese sistema de trabajo? ¿Es verdad lo que dice Poincaré y lo que me decían Fiedotov y Fiavinsky?

El trabajo es en la sociedad burguesa "libre".

“Libre” en cuanto a que el individuo puede o no trabajar, y “libre” en cuanto a que puede escoger, según su sola inclinación personal, tal o cual oficio, profesión o actividad industrial. Jurídica y legalmente, la “libertad” de trabajo es inalienable. Hay el derecho a trabajar y hay también el derecho a no trabajar. Hay el derecho de ser zapatero y hay el derecho de no serlo y de ser, en cambio, farmacéutico o ministro. Estamos en un régimen facultativo y discrecional. El que no trabaja no inflige el orden jurídico y legal, así como no lo inflige aquél, que pudiendo, por capacidad heredada o adquirida, ser ingeniero, no lo es y prefiere, verbigracia, ser dramaturgo o banquero. La ociosidad es, a lo sumo, inmoral, pero no es un crimen, y ni siquiera es el incumplimiento de una obligación de simple derecho civil. El haberse equivocado de oficio o de profesión es cosa que ni siquiera llega a la categoría de inmoral. Todas estas normas son, en la sociedad burguesa, de práctica y uso corrientes.

En la sociedad soviética, el estatuto social del trabajo es otro. El ejercicio del trabajo cesa de ser una libertad para constituirse en una obligación, y no ya simplemente moral, sino jurídica y coercible ante la ley. El trabajo es una obligación en cuanto a que el individuo debe siempre trabajar, y en cuanto a que no es de su sola incumbencia personal optar por tal o cual oficio, profesión o actividad. Aquí residen dos de las más esenciales diferencias entre la concepción burguesa del trabajo y la concepción soviética.

Dentro de la primera hay el error de entender por libertad de trabajo lo que en verdad, no es más que un libertinaje. El trabajo, material o intelectual es, en efecto, una ley esencialmente humana. Se argumentará que ésta no es una ley universal, citando el caso de ciertas especies zoológicas que no trabajan, tales como los marmas y los zánganos. Los filósofos antiguos han podido, asimismo, predicar el desprecio al trabajo, considerándolo como degradante para el hombre. Pero conviene rechazar el primer

argumento, recordando el lindero que, desde este punto de vista, existe entre la sociedad humana y la sociedad animal. Ya el socialismo utópico cayó, hace cien años, en el error de identificar ambas sociedades, en su mecánica y destinos esenciales, tomando la convivencia de las bestias como modelo de la convivencia humana. Marx destruyó este absurdo, que, como casi todos los principios del socialismo utópico, es en el fondo burgués y hasta reaccionario en medio de su fachada revolucionaria. Por lo que respecta a los filósofos antiguos, se trata de una opinión de élite, de una postura aristocrática, de la moral clasista de los parásitos que viven a expensas del obrero o del esclavo y para los que Lafargue reclama, burlándose de ellos, un **derecho a la pereza**.

En la sociedad humana, el trabajo —material o intelectual— es, pues, ley y destino propios e ineluctables del individuo. El que inflige este destino y esta ley social de nuestra naturaleza no ejerce, como creen los profesores burgueses, una libertad ni un derecho, sino que más bien atenta contra sí mismo y contra la colectividad, y comete un delito. El feliz heredero de una fortuna, que no trabaja porque **no necesita trabajar**, y que pasa su vida entre ocios y placeres, es y debe ser considerado como delincuente. En idéntico caso se hallan el vagabundo, el bohemio, el sacerdote, el político profesional y demás manos cruzadas de la sociedad burguesa.

El escoger por sí solo y sin ninguna responsabilidad ante los otros una profesión u oficio no es tampoco una libertad. Una tal elección debe ser resultado de un acuerdo paritario, tácito o expreso, entre el individuo y el Estado. Los errores en q' puede caer una persona al optar por deliberación y actos suyos exclusivos, un género cualquiera de trabajo, no sólo los sufre el individuo, sino también la sociedad. De otro lado, una sociedad organizada racionalmente —como debe ser la sociedad humana— necesita de fuerzas y aptitudes individuales que varían siguiendo el ritmo y las modalidades de la vida y desarrollo colectivos. A veces el interés social necesita más

de profesores que de sastres o más de electricistas que de músicos. Las vocaciones individuales deben, por consiguiente, ser francamente dirigidas y controladas por el Estado, inspirándose en las disposiciones del individuo y secundado por éste. De otra manera, no es posible ningún orden social, ninguna creación colectiva.

Pero los perezosos, en resumidas cuentas, no sostienen su teoría con el carácter colectivo general que pudiera creerse. Es, de una sola pieza, una teoría clasi-sista. El **derecho a la pereza** de Poincaré, como el de los filósofos antiguos, expresa y defiende una postura aristocrática. Esta fórmula fue inventada y sirve únicamente para legitimar y justificar el parasitismo de los patronos y de los **dirigentes** sociales, mas no a autorizar la ociosidad de los obreros, verdaderos productores de la riqueza. En el terreno práctico, ¿quiénes trabajan y quiénes no trabajan? ¿Quiénes son libres de escoger su oficio o profesión y quiénes no lo son? El obrero está constreñido siempre a trabajar, no ciertamente por mandato expreso de una ley penal, sino porque a ello le fuerzan las necesidades en que le ha colocado el sistema capitalista. Si el obrero pretendiese hacer suyo el famoso **derecho a la pereza** y ejercitarlo, perecerían él y su familia de miseria, aparte de que cesaría la producción y vendría la bancarrota social. En cambio, los propietarios y capitalistas sí que son libres de trabajar o no, sin que en este último caso cesen de vivir siempre en la abundancia. También pueden sus hijos elegir libremente ser médicos, abogados o comerciantes, mientras que los hijos de los obreros, desde los siete años de edad, son forzados por la necesidad a trabajar y ganar, de modo inmediato y en lo primero que pueden, un salario, aun contra sus vocaciones, y, lo que es peor, violentando y atrofiando sus energías y posibilidades nacientes.

—Lo mismo sucede —añaden los ferroviarios— con muchos técnicos y profesores a quienes el Soviet persigue y castiga severamente por el solo hecho de que no trabajan más o no son de mejor cali-

dad sus obras. No pasa mes en que la Guepeu no juzgue y condene a diversas personas a la prisión, al destierro y otras penas por parecidos delitos. Eso es inicuo. Los trabajadores están por eso cada día más descontentos. ¡Maldita revolución!

Es esta la misma queja que se oye en boca de los capitalistas extranjeros. Se vuelve aquí a olvidar que el régimen soviético es y será por mucho tiempo un régimen social revolucionario. La revolución proletaria no fue únicamente la toma del Poder, ni la guerra civil que la siguió, ni el comunismo de guerra. Estos hechos y etapas no fueron más que los episodios militares y políticos de la revolución obrera. Lo que ésta tiene de más profundo y que la inviste de un significado histórico superior al de las demás revoluciones sociales de veinte siglos a esta parte, es el salto económico, la transformación de base de las relaciones de la producción. Y esta transformación no se hace en un año ni en veinte, para que en Rusia pueda imperar ahora la tranquilidad completa. No. La revolución económica continúa realizándose, y su realización entraña, como toda revolución, un régimen excepcional de fuerza, una dictadura de hierro. "Una revolución sin terrorismo —ha dicho Trotsky— no es una revolución". La historia de las revoluciones proletarias es, a este respecto, muy ilustrativa. Marx y Lenin están acordes en atribuir el fracaso de la Comuna de París a la falta de energía de sus jefes para retener el Poder, destruyendo al enemigo con puño implacable. El Consejo Central de la Comuna, integrado en su mayor parte por pequeños burgueses del temple liberal de Blanqui, pecó de debilidad y de sentimientos humanitarios con el enemigo de clase, dando así tiempo a Thiers para rehacer sus huestes, aun pactando con las legiones prusianas, y para tomar luego la ofensiva contra el Gobierno comunal. La soldadesca de Versalles, al atacar París, sí que fue feroz e implacable con las masas obreras. Ese humanitarismo de la Comuna, más liberal que el liberalismo puro de la hipócrita burguesía, la perdió.

La revolución rusa no parece dispuesta a correr igual suerte. A la base de todo el sistema del derecho soviético está plantada, como una roca inamovible, la razón revolucionaria. En particular, el derecho penal reposa casi por entero en la defensa del interés revolucionario. En la escala de los delitos, corresponde el primer puesto al delito contra la revolución. Esta suma gravedad del crimen político en Rusia corresponde, por lo demás, a la que tiene este mismo delito en la sociedad burguesa. La diferencia radica, de un lado, en que aquél es un delito contra la **revolución**, mientras que éste es contra la **conservación** del Estado, y, de otro lado, en que el primero consiste en la comisión de actos delincuentes por faltas positivas y por omisiones, mientras que el segundo consiste sólo raramente en omisiones. En esta última diferencia reside, sobre todo, la mayor severidad del sistema penal soviético. Una serie de omisiones o negligencias más o menos conscientes y evitables entrañan ya una conducta delincuente. Y es que una situación social revolucionaria contiene intereses colectivos infinitamente más sensibles al daño de una conducta individual que los intereses sociales de un Estado conservador. En el primer caso, dichos intereses son violentos, y el régimen en que se apoyan es también violento. La situación social revolucionaria, en suma, es la batalla permanente. Ella juzga, por consiguiente, a los que faltan contra ella, en simples y fulminantes sumarios de guerra. De otro lado, la razón revolucionaria se halla, en Rusia, en todas partes, al punto de que pocos son los actos del individuo que no la rocen. ¿Por qué esta extensión del interés político? Porque los intereses del Estado soviético se hallan asimismo en todas partes: en los ferrocarriles, en el comercio, en los Bancos, en las fábricas, en el campo, en las habitaciones, en los cuarteles, en los centros de enseñanza, etc. De aquí que un incumplimiento del deber de un trabajador en su trabajo, que, dentro de la sociedad burguesa, no pasa de una infracción civil contra la propiedad particular en que ha sido cometido, resulta

ser, en régimen soviético, una falta contra el Estado, un ataque a la razón revolucionaria, un delito político.

No hay, pues, que escamotear el sentido histórico y jurídico de las represiones del Gobierno ruso, represiones que los enemigos del Soviet exageran y desnaturalizan criminal y tendenciosamente. El interés revolucionario que el Soviet encarna y en cuyo nombre y defensa opera, está justificado, no solamente por los motivos específicos de táctica histórica a que acabamos de aludir, sino también, y sobre todo, por las dos consideraciones siguientes: primeramente, porque este interés es el de la mayoría que trabaja y produce la riqueza colectiva, y en segundo lugar, porque él trata de realizar y realiza, poco a poco, el ideal de una mejor sociedad humana, sacrificando al servicio de esta empresa gigantesca la vida, la paz y el bienestar momentáneos de esa misma mayoría.

Todo esto les digo a Flavinsky y a Fiedotov. Pero no les convengo.

—Se nos arroja de todas partes. El obrero encuentra cerradas para él todas las puertas del Gobierno. ¿Ha estado usted en los ministerios?

—Sí, en algunos. ¡El funcionarismo subalterno soviético!... Una plaga de parásitos y de traidores, de déspotas e ineptos, procedentes en su mayoría de los antiguos cuadros zaristas y de otros sectores extraños y hasta enemigos del mismo Soviet.

Los dos obreros vociferan a la vez:

—Ellos, los funcionarios subalternos son los verdaderos gobernantes de Rusia. Son los nuevos zares. Grandes pícaros y grandes ociosos. Se pasan la vida fumando y tomando té. Y somos nosotros, los trabajadores, los que pagamos todo. ¿Y la papelería?

—Lo sé. Otra sarna del régimen.

Realmente, Stalin y sus compañeros deberían extirpar cuanto antes, y cueste lo que cueste, una tamaña epidemia social como es el funcionarismo subalterno. No basta la voz de alarma que constantemente lanza el partido contra este mal del régimen.

El problema de renovar y depurar los cuadros funcionariales es de mayor urgencia y gravedad que las que se le atribuye ahora. Así lo estimaba ya el propio Lenin. No es exagerado sostener que este mal constituye el peor enemigo interno del Soviet. Todos los defectos, aberraciones e injusticias que los adversarios de la revolución o ignorantes de ella atribuyen al régimen, son cometidos únicamente por los funcionarios subalternos y son de su exclusiva responsabilidad. Los jueces y tribunales, los técnicos e ingenieros, los ministerios, el profesorado y hasta parte de los centros culturales superiores, están contaminados por el mal. La arbitrariedad, la rutina, la indolencia y el despotismo se han entronizado detrás de cada escritorio y de cada ventanilla. Yo he podido observar el caso en muchas oficinas y, señaladamente, en los Comisariatos de Gobernación y de Relaciones Exteriores. Parece que la lepra burocrática corroe con mayor virulencia las esferas administrativas que más vinculadas están con el extranjero. La razón es clara. Primeramente, ellas están servidas por elementos de larga ejecutoria funcional, por no decir ya casi aburguesados. En segundo lugar, la situación especial de estas oficinas tan cerca del mundo e intereses capitalistas extranjeros, parece favorecer la pendiente burocrática de los intereses individuales del funcionario. Esta vecindad influye, sin duda, profundamente en la psicología de muchas oficinas, como son los ministerios ya citados, la Komintern, la Profintern, la Mopr, la Voks, y algunos centros técnicos y científicos. Si el partido no barre el mal cuanto antes, la revolución corre con él un gran peligro.

Mucha literatura se ha hecho en el extranjero sobre los abusos del régimen soviético. Panait Istrati ha publicado, a este respecto, el panfleto más apasionado y exagerado, pero a la vez el más documentado y minucioso. Sus acusaciones son, en parte, fundadas. En lo que no estoy acorde con Istrati es en la determinación de los responsables de esos abusos ni en la interpretación de éstos dentro del proceso

revolucionario ruso. No es el régimen el responsable, ni tales abusos significan el fracaso de la revolución. Los responsables son únicamente los subalternos de la administración, y las exacciones, expoliaciones y demás injusticias que éstos cometen con las masas obreras y campesinas constituyen los gajes inevitables y momentáneos de la revolución. Prueba de lo primero son los constantes procesos y castigos que por tales abusos impone el régimen a los funcionarios culpables. Prueba de lo segundo son el éxito del Plan Quinquenal y la confianza creciente del proletariado de dentro y fuera de Rusia en la justeza de la línea revolucionaria del partido. Realidades son éstas que desmienten con hechos las injurias y cargos que Istrati y compañía lanzan, en un rasgo de empirismo y sensiblería, sobre la revolución y sus jefes del Soviet.

Una demostración de que los abusos que se cometen en Rusia son de la exclusiva responsabilidad de los funcionarios subalternos, y de que tales abusos, lejos de significar la bancarrota de la revolución, no pasan de hechos limitados y dispersos, con alcance meramente individual y pasajero, la podemos hallar en el incidente que decidió a Istrati a atacar al Soviet y a condenarlo como el régimen más retrógrado y sanguinario de la Historia. Ese incidente que, según parece, vino a llenar ya la medida de los abusos presenciados por Istrati en Rusia, se reduce a lo siguiente: la familia de un buen amigo suyo, Russakov, tuvo una riña más o menos boxeril y doméstica con una bolchevique de Leningrado, encargada por el Soviet de Locatarios de informar acerca de las transformaciones que era necesario introducir en la casa donde los Russakov ocupaban un confortable departamento. Russakov debería, según el informe, ser cambiado de alojamiento, con el fin de que éste fuese parcelado y distribuido equitativamente, según las necesidades colectivas del caso. He aquí todo el incidente. He ahí todo el abuso y toda la atrocidad del régimen proletario. Los lectores se asombrarán seguramente de que un motivo

tan fútil y de carácter tan particular influya en el espíritu de Istrati hasta el punto de trastornarle la cabeza y decidirle a condenar para siempre a la misma revolución que él ha alabado hasta hoy con el mismo fanatismo con que ahora la injuria.

Y si esto acontece con un gran novelista, ¿qué de particular tiene que los otros transeúntes no hagan otro tanto? Parecida manera de juzgar los acontecimientos de la Historia he visto producirse y reproducirse al infinito entre los honrados e imparciales viajeros que visitan Rusia. Un escritor portugués desembarcó en Leningrado y, habiéndose obligado a esperar en la sala de la Aduana dos horas largas, antes de otorgarnos el pase libre en el país, mi colega empezó a indignarse:

—Ya ve usted —me dijo en tono muy serio, como si por su boca estuviese hablando la posteridad—. Esto es peor que en los países burgueses. ¡Dos horas de espera en la Aduana! No puede ser. Se me antoja que lo de socialismo y otras zarandajas revolucionarias no pasa de mera añagazas y mentiras.

Mi colega condenaba de hecho al régimen soviético sólo porque la espera en la Aduana fue de dos horas y no menos.

Un alemán, en Moscú, tuvo ganas una mañana de confitura de albaricoques. Salimos del hotel a buscar el dulce, y tras de recorrer varias calles, no alcanzamos a distinguir una tienda de confituras. El alemán imprecó entonces enérgicamente:

—¿Y esto se llama socialismo? ¿Socialismo es un país donde no se puede comprar un dulce tan corriente y abundante en las capitales burguesas? Créame usted que por este camino me voy formando un triste idea del Soviet.

¿Y qué decir de los corresponsales viajeros que envían a Rusia los grandes rotativos del capitalismo extranjero?

Con todo, fuerza es reconocer que la repetición de los abusos funcionariales exige de parte del Comité Central mayor atención. El desprestigio que

estos abusos acarrear al régimen puede aumentar y adquirir peligrosas proporciones. De otro lado, los propios intereses de la edificación socialista imponen una inmediata y radical depuración de los cuadros burocráticos soviéticos. No basta, repito, que el Comité Central se dé cuenta del mal y que despliegue la propaganda que hoy despliega contra él: por el teatro, el cinema, la radio. De lo que se trata es de aplicar a los hechos mano más fuerte, sanciones más severas y remover en lo posible, el personal

Juzgado el caso con cierta detención, no es difícil reconocer en él un signo de crisis democrática del régimen. Este burocratismo y sus abusos expresan la existencia de gérmenes de estancamiento en el sistema circulatorio del espíritu de masa en el Soviet. Estos gérmenes, de no ser sanados y renovados los cuadros, pueden ir fortificándose y polarizándose en núcleos capaces de adquirir luego tendencias clasistas, con intereses y mentalidad particulares, diversos y hasta contrarios a los de la colectividad de base. Los recientes procesos y condenas de profesores e ingenieros del partido industrial deben ser una alarma para la revolución, sobre los múltiples peligros que, desde el punto de vista de la existencia del régimen y de la edificación socialista, representa la actual estructura y funcionamiento de los cuadros soviéticos. La creciente burocratización, en extensión y hondura, de estos cuadros, puede provocar una crisis semejante a la que sufrió el mecanismo del régimen en 1921, en la víspera de la Nep.

No desconecemos la serias dificultades que para zanzar este problema encuentra el Soviet. Las filas del proletariado carecen aún de preparación para estos servicios. El zarismo mantuvo a los trabajadores en la abyección, y el Soviet no puede hacer milagros. Aquí, como en lo tocante a los cuadros técnicos y de ingenieros, la proletarianización del personal es irremediabilmente lenta y dura. Conviene, sin embargo, redoblar la atención y los esfuerzos al

respecto. La tarea es tanto más hacedera cuanto que el aspecto profesional es aquí ínfimo, para dejar libre acceso a las fuerzas e iniciativas elementales de base. Más todavía. No sólo estamos aquí ante un dilema administrativo, sino ante un viraje económico, pues todos están de acuerdo en que la polarización de estos servicios dará también por resultado un cambio profundo de los métodos actuales, acentuando su contenido constructivo socialista. Urge, pues, traducir en tangibles y más vastas realidades el imperativo de que "la revolución socialista, a cada nueva etapa de su desarrollo, lanza al ruedo de la lucha social y política, llama a la gestión del Estado a nuevas capas de trabajadores que, en la sociedad capitalista, están en el último peldaño de la evolución cultural y social".

—¿Por qué —les pregunto a Fiedotov y a Flavinsky—, por qué no pone fin a estos males el Comité Central?

—Parece que es por miedo, y también porque si echa a la calle a estos zánganos no dispone de personal capacitado para reemplazarlos. Aunque eso no no más que una rutina, siempre se necesitan ciertas aptitudes.

—¿Y por qué no se forman estas nuevas aptitudes con gente de base, con elementos netamente obreros?

—Dicen que así lo están haciendo, pero aún no se ven los resultados prácticos.

—¿De qué origen son los funcionarios actuales; burgueses o proletarios?

—Son en su mayoría de régimen zarista convertidos al Soviet. Otros son burgueses extranjeros —alemanes e ingleses—, y muy pocos salidos de la masa.

—¿Y esos convertidos?

—No hay tal conversión. Son unos hipócritas que esperan la primera ocasión para sabotear el ré-

gimen (1). Son los peores enemigos encubiertos del Soviet.

De donde resulta que contra quienes se quejan, en realidad, Fiedotov y Flavinsky, es precisamente contra los propios elementos reaccionarios del ofici-nismo soviético, es decir, contra sus correligionarios plíticos, que forman tácitamente con ellos en el frente común subterráneo contrarrevolucionario. Los dos ferroviarios no se dan cuenta de que lo que aún hay de reprochable en el Soviet son justamente las supervivencias zaristas, lo no revolucionado todavía. En vez de exclamar: ¡Maldita revolución!, deberían, pues, ser más lógicos y exclamar: ¡Maldita reacción!

—¿Y ustedes? —les pregunto.

—Yo soy —dice Flavinsky— y he sido siempre obrero. Mi compañero, no.

—Yo —dice Fiedotov— he sido hasta hace poco comerciante, dueño de un restorán: un nepman, como dicen los bolcheviques. El Estado me arruinó con impuestos. Tuve después que proletarizarme. Yo me habría ido de Rusia, pero me quedé sin un kopek y con familia.

Este es el destino de los nepmans y de los kulaks: la ruina, más o menos próxima o lejana, pero cierta e inevitable. El Soviet restableció en 1921 el pequeño comercio, la pequeña propiedad particular, con el objeto de remover y avivar, con el estímulo de las utilidades individuales, la economía del país, a la sazón en crisis aguda. Fue la creación de la Nep. Pero la creó para ir matándola a poco, a medida que se desarrollara la economía colectiva del Estado. ¿De qué medios se sirve el Soviet para matar al nepman creado por él? De la creciente competencia que le hace el comercio de Estado, en rápida progresión, por

(1) Gran parte de los temas de la producción cinematográfica y teatral gira en torno a las precauciones de clase que hay que tomar con estos funcionarios burgueses adheridos formalmente al Soviet. "Komandaron" es un drama de este carácter, y Mayerhold nos lo ha revelado como una obra maestra en el género.

un lado, y por otro, de los impuestos. El pequeño propietario —**nepman** o **kulak**— resiste al comienzo, pero al fin sucumbe. Si entonces le queda algún dinero, se marcha al extranjero. Si no le queda nada, como a Fiedotov, se proletariza. En cualquiera de estos casos, el **nepman** y el **kulak** siguen siendo, como es de suponer enemigos jurados y mortales del Soviet.

—¿Están ustedes sindicados?

—¿Para qué sindicarse? En los Sindicatos son los bolcheviques los únicos que mandan, y los otros no hacen sino seguirlos como ovejas y hacer de carnaza de la burocracia sindical. Además, el pertenecer a un Sindicato es sólo para llenarse de obligaciones y de responsabilidades.

¡Cómo se ve que los dos ferroviarios están penetrados y dominados por el espíritu burgués, Fiedotov por haberlo sido formalmente, y Flavinsky por haberse criado y educado en régimen zarista! En todo no ven más que el provecho personal, y quién manda a quién, y quién sigue u obedece a quién. ¡Siempre el punto de vista individualista y jerárquico!

—No conviene —me dicen en voz baja— seguir por aquí a esta hora. Pueden vernos. Podemos despertar sospechas. Vamos dando vuelta y salgamos a la Plaza Roja.

Comprendo perfectamente las constantes alarmas de estos pobres hombres. Aun cuando ellas no correspondan a motivos reales y objetivos, su conciencia los inventa. Contrariamente a lo que ellos me dicen, nunca he podido yo por mí mismo comprobar la terrible vigilancia policial de que se quejan. Jamás se me ha molestado en Rusia en este terreno. Ni una sola vez he tenido que ver con la Policía ni con nadie por razones políticas. Estoy dispuesto a testificarlo cuantas veces sea necesario, en honor a la verdad. Cierto es que no he intervenido para nada en la vida política de Rusia. Pero aun de haberlo hecho y de haberseme vigilado por esta causa, yo no me habría puesto en la posición liberaloide bara-

ta y melodramática de quejarme contra el Soviet, como es de uso entre los idealistas y amantes idólatras de la libertad. Mis ideas respecto a la libertad social son de muy distinta esencia para tan simplista actitud. Sé que el fenómeno de la libertad es cosa relativa y variable, y que nada tiene de absoluto. Sé que en ningún régimen político de la historia ha sido completa esa libertad, y que, en consecuencia, el individuo está siempre vigilado, de una u otra manera, por el régimen político en que vive. Yo he sufrido esta vigilancia policial, pública y secreta nada menos que de parte del régimen más liberal del mundo capitalista: el Gobierno francés, "cuna de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad de los hombres". Esto también estoy dispuesto a probarlo, con papeles en mano, cuantas veces sea necesario. ¿Por qué, entonces, se quejan Henri Beraud, Panait Istrati, Lafevre y demás servidores, analfabetos y fanáticos, de la prensa reaccionaria, de que los enemigos del Soviet sean vigilados en Moscú? La diferencia entre una y otra política reside — ¡no me cansaré de repetirlo para que se sepa bien! — en que el Soviet defiende así la vida, los intereses y el destino de la mayoría trabajadora contra unos cuantos explotadores y verdugos, mientras que los gobiernos burgueses defienden la vida, los intereses y el destino de unos cuantos patronos y ricos contra la mayoría de pobres y trabajadores explotados por la minoría.

Cuando desembocamos en la Plaza Roja, el reloj del Kremlin da las siete de la noche a los sonos de la Internacional. Las arcadas de las cooperativas comerciales al por menor están ya iluminadas. Bajo ellas desfila mucha gente a paso rápido, alegre y confiado. El orden social soviético sigue su curso, a pesar de todo y contra todo.

XI

Filiación del Bolchevique - Marx y Lenin - Mítica y dogmática revolucionarias

El fervor del bolchevique por la nueva vida contrapesa la prevención o incompreensión del ruso reaccionario, aniquilándolas o al menos neutralizándolas. Al subjetivismo contemplativo y baldado del reaccionario, opone el bolchevique un objetivismo pragmático, constructivo. Al espiritualismo estático, un materialismo dialéctico. Al absorbente individualismo, un colectivismo racional. A la abstención amarga, una saludable ofensiva creatriz. Su praxis desborda en excesos patéticos. Ignora la media tinta. No es un sage, sino un desmesurado. Hiperbólico, sin aparato ni fanfarronería, es pintoresco y dramático, apasionado e implacable. Combativo y heroico, su ejecutoria revolucionaria de antes y después de 1917 ha fraguado en él hábitos permanentes de sacrificio un instinto cotidiano y permanente de grandes acciones. Al bolchevique se le ha comparado como tipo representativo de una secta social, con el fascista y sus derivados cosmopolitas: "camisas negras", "cascos de acero", ku-klux-klans, reimwerhrens, kuomingrans, etcétera. ¿En qué son comparables? ¿En la estrategia? ¿En la táctica? ¿En el jacobinismo? ¿Es la moral de los medios? ¿En la grandeza doctrinal? Fácil es, a los ojos del hombre libre, descubrir la diferencia histórica y esencial del bolchevique con todos los bandoleros del fascismo cosmopolita. Mas no es fácil descubrirla a los ojos del transeúnte más o menos imbuido de una tabla de valores contrarios a la vida comunista.

En general, toda la psiquis, toda la conducta bolchevique son nuevas y diversas de la norma de todos los demás tipos humanos de dentro y fuera de Rusia: ante la política, la economía, el trabajo, el amor, la religión, etc. No sólo me refiero al rol del bolchevique como unidad militante de la III Internacional. No sólo me refiero al ejercicio de su estatuto comu-

nista, a sus funciones políticas dentro del partido. Me refiero también a su simple y diaria conducta de hombre y de particular. Dentro de la concepción soviética del hombre revolucionario o simplemente político, todo es una misma cosa; la vida privada y la vida pública. Pero esto no quiere decir que el bolchevique invada la esfera del hombre particular hasta denegerar en un simple misionero de Lenin y de Marx, obsesionado y absorbido totalmente por la fórmula revolucionaria. Ni aun dentro del partido, la conducta del bolchevique participa de la de miembro de una secta religiosa, fanática y esteotipada, como afirma Luc Durtain. Aquello de los votos comunistas de obediencia y pobreza no pasa de una miopía del observador. Es pobre hasta que las condiciones económicas soviéticas mejoren y le permitan vivir mejor y holgadamente. Obedece, no por ciega esclavitud, a un dogma más o menos deportivo y místico, sino porque comprende que, en régimen proletario, la mejor manera de ser libre es obedeciendo. Precisamente esta ausencia de carácter monástico y sectario en su rol social constituye una de las cualidades profundamente humanas del bolchevique. Ella quita a su condición particular todo asomo evangelista o taumaturgo, a la clásica manera religiosa, por mucho que sus menores actos sean de inspiración esencialmente apostólica y de propaganda revolucionaria. El bolchevique sabe que para ser revolucionario hay que ser primeramente hombre, en el sentido integral de la palabra.

El bolchevique se distingue de los demás sectores rusos, ante todo y sobre todo, por su ejemplaridad revolucionaria. El bolchevique es el padre de la vida soviética. Es el abanderado de la causa proletaria. Es el pionnier del socialismo. Como tal, su conducta participa del heroísmo sacerdotal y artístico. La abnegación y el sacrificio, la audacia y el tesón están a la base de su técnica vital. En el trabajo cotidiano de la fábrica, en su acción militante, en las circunstancias banales de su vida personal, el bolchevique no piensa ni practica nada sino al ser-

vicio de la causa revolucionaria. En el taller, es él un obrero que trabaja más que el obrero no bolchevique; que busca y desempeña los más peligrosos oficios y consignas; que no reclama ni se queja nunca; que ayuda a sus compañeros, suple las faltas ajenas, gana menos, cuida de la fábrica como de cosa propia, disfruta de menos derechos y, no obstante, está siempre contento y entusiasta. Si se trata de cuotas o erogaciones, el bolchevique es quien aporta más y el primero. Si hay que doblar o triplicar la jornada, él da el ejemplo. Si se proyecta una avanzada para adoctrinar y convertir otros núcleos de trabajadores, indiferentes o contrarios en política, el obrero bolchevique formará igualmente el primero. En la emulación socialista es él quien da la muestra y el estímulo. ¿Y en los comités y asambleas de fábrica? Las más complicadas funciones, las más recargadas labores, el mismo las reclama espontáneamente para sí y las desempeña con grandes sacrificios de sí mismo y de los suyos. El bolchevique hace de esta manera figura de martirio. Los mismos compañeros de trabajo —los otros, los obreros simplemente soviéticos— le tienen lástima. Su actividad dolorosa, espontánea y apasionada, desconcierta e impone un respeto casi religioso.

Sus obligaciones dentro del partido se sujetan a disciplinas y rigores mucho más fuertes y severos. El bolchevique es un soldado. El partido es un cuartel. Pero se trata aquí de un soldado que obedece a deberes e imperativos salidos de su propio temperamento social, y de un cuartel cuyas normas no son más que una proyección al exterior de la íntima textura moral del individuo.

Circunstancialmente, cuando veo en Rusia a un hombre realizar un acto heroico o asumir una actitud ancha y noble ante menudos obstáculos o mínimos tronzones de la vida, me digo: ése es, de seguro, un bolchevique.

Lenin vive en el alma del bolchevique como el prototipo acabado de lo que debe ser el revolucionario puro. La vida de Lenin encarna, a los ojos, del

bolchevique ruso, todas las virtudes del hombre entregado por entero al bien de la humanidad. Para encontrarle en este terreno pareja en la historia, el bolchevique tiene que saltar muchos siglos atrás, hasta Jesucristo o Buda. Más acá sólo Marx se le parece. ¿Quién escribirá algún día el paralelo de éstos dos grandes hombres?

Estos dos creadores de la nueva humanidad ocupan en el corazón del proletario ruso el lugar que ocuparían dos dioses, de tener el socialismo carácter religioso. Una aureola sobrehumana rodea sus figuras, y no digo divina porque la revolución de la que ambos son los forjadores, tampoco es un movimiento celestial ni místico, sino de riguroso materialismo histórico. Cuidémonos de no mixtificar el sentido de los hechos ni los vocablos que los contienen. La revolución socialista y sus creadores no han pretendido ni pretenden traer al mundo una nueva versión teológica de la vida, sino simplemente una explicación y una fórmula nuevas de justicia social. Marx y Lenin han podido exclamar con mucha exactitud: "Mi reino es de este mundo". Las palabras "divino", "dios", "religioso", "santo" carecen de sentido y de carta de naturaleza en el léxico marxistaleninista. No andan, pues, cuerdos los buenazos escritores burgueses que, en este terreno, nos hablan del apocalipsis de San Lenin, de la nueva iglesia marxista, del evangelio proletario según San Stalin o según San Trotsky, y otras necesidades. Muchos de los propios panegiristas extranjeros del Soviet nos han llegado a hablar hasta de una iconografía de la Pasión y Muerte de Lenin, refiriéndose a las estampas, medallas y escarapelas en que figura la fotografía del gran jefe, y que circulan profusamente en Rusia. Esta es la mejor manera de tergiversar por su base la dirección histórica de la revolución y de traicionar a sus creadores.

Sin embargo, tampoco hay que desconocer la existencia en la revolución socialista de una nueva mítica y de una nueva dogmática. Pero esta mítica y esta dogmática son igualmente de esencia y estruc-

tura materialistas; es decir, económicas. No hay que confundirlas con la mítica y la dogmática metafísica de las religiones. Los mitos "revolución", "proletariado", "Internacional", "capital", "masas", "justicia social", etc., son creaciones directas del sentimiento o instinto económico del hombre, a diferencia de los mitos "dios", "justicia divina", "alma", "bien", "mal", "eternidad", etc., que son creaciones del sentimiento religioso. Los dogmas, en la doctrina socialista, proceden asimismo de una necesidad o conjunto de necesidades históricas de la producción, o lo que es igual, de la dialéctica determinista de la técnica del trabajo. Ejemplo: el dogma de las contradicciones crecientes del capitalismo. Los dogmas, en religión, proceden de una necesidad o conjunto de necesidades subjetivas de maravilloso (1). Ejemplo: el dogma de la divinidad de Jesús. De aquí que mientras la mítica y la dogmática socialista se apoyan en verdades de rigurosa experiencia histórica, es decir, en verdades científicas y controlables prácticamente por la realidad cotidiana, la mítica y la dogmática religiosas se apoyan en simples verdades de fe, reveladas e incontrolables por la experiencia diaria.

Conviene, pues, zanjar de una vez para todas las fronteras históricas y sociales entre la revolución proletaria y el proceso religioso de nuestra época. La primera no es un nuevo evangelio de fe, destinado a sustituir a las actuales creencias religiosas. Si la revolución socialista, al realizarse, debe rozar y luchar contra tales o cuales obstáculos sociales, derivados del sentimiento o interés religioso imperante en determinada colectividad, lo hará y lo hace solamente desde un plano político y económico. La revolución no toma ningún partido ni finca ninguna perspectiva sistemática y militante en contra ni en favor del sentimiento religioso, ni por su subsistencia ni por su fin. La palabra de orden "La reli-

(1) Así en la edición española.

gión es un opio para el pueblo" no tiene sino un alcance táctico de ofensiva contra uno de los más sólidos medios auxiliares de la explotación del trabajador, cual es el culto religioso. A la revolución proletaria no le concierne saber la suerte que tendrán las creencias religiosas en el porvenir. Esto sale de su esencia laica y de su praxis social de base. La resonancia y consecuencias religiosas de la revolución proletaria han de producirse por la dialéctica posterior y futura de las nuevas relaciones de la producción.

XII

**Capitalismo de Estado y estructura
Socialista - Régimen Bancario -- Reli-
gión - Agonía de las clases destronadas**

A las ocho de la mañana me paseo delante de la puerta de mi hotel, esperando a Yeva. No quiso prometerme entrar en el salón del hotel a buscarme. Ello me obliga a esta espera en la calle, bajo una fuerte lluvia otoñal.

—Mi condición de **komsomolka** (de la juventud femenina comunista) me prohíbe entrar a un hotel a buscar a un caballero —me había dicho Yeva la víspera, al despedirnos y tomar cita para el siguiente día.

Pero no sólo por esto no quería. Yeva entrar al hotel. Había además otra dificultad, y es ésta: dentro de la actual moral rusa, ninguna mujer honesta puede penetrar en un hotel en busca de un hombre, ni en su compañía. Esta costumbre rige con un rigor implacable y, según mis informes, ella no existía en la época zarista. Es de origen soviético. ¿Lo creerán los catones y moralistas de la burguesía mundial, para quienes la revolución rusa no trajo más licencia y corrupciones? ¿No recuerda esta costumbre a Nueva York, ciudad de sumo puritanismo moral? Sin embargo, la norma no tiene igual significación en Moscú que en la capital yanqui. En la capital soviética existen numerosas prácticas y usos de parecido rigor moral, debidos todos ellos a necesidades momentáneas de táctica revolucionaria, más no a disciplinas permanentes y entrañadas a la tradición formalista de una ética de sacristía. La revolución necesita a veces de un exceso de transparencia en las relaciones sociales, como medio de estimular con sanciones objetivas y ejemplarizantes el espíritu naciente del nuevo hombre moral. Estos usos y prácticas de la conducta diaria reflejan, en el mundo de las relaciones corrientes, el jacobinismo revolucionario integral de los métodos bolcheviques. Lo de no entrar las mujeres a los hoteles co-

rresponde, en el plano de la agitación política, a lo de no ser sentimental o romántico o, en el mismo plano de moral social, a lo de no emborracharse, etc. Son todos estos imperativos tácticos y momentáneos de extrema austeridad revolucionaria. No son estables exigencias ético-religiosas.

Yeva va a acompañarme en mi encuesta de hoy, pues habla el francés perfectamente. La *komsomolka* dispone para ello del día entero, pues hoy descansa en la cooperativa en que trabaja. Hoy es su día domingo. Héla aquí. Partimos al Banco.

—¿Un Banco en régimen soviético? —se preguntan extrañados los transeúntes en el extranjero.

Sí. Un Banco. Pero uno solo. El Banco del Estado. Y este Banco soviético no tiene la misma estructura ni juega el mismo rol que los Bancos en régimen capitalista. Su capital y su administración son del Estado. Sus fines son igualmente de Estado, y ellos se reducen a facilitar el movimiento del dinero según las necesidades y el ritmo de la producción total entre las diversas ramas industriales del país. Nada más. El Banco soviético no es sino un organismo intermedio entre los múltiples organismos de la producción y el comercio rusos. Retened, señores gobernantes y banqueros capitalistas, este rol simple y único del Banco soviético. Si pensáis que algún particular de levita, monóculo y guante blanco figura en este Banco como principal capitalista, como presidente del Consejo de Administración, siendo a la vez socio de un Sindicato de Cobre, de una Sociedad inmobiliaria y de una fábrica de calzado —participantes a su vez estas asociaciones del mismo Banco a que aludo—, os equivocáis lastimosamente. No. Dentro del Banco del Estado soviético no hay ni un solo *kopeck* de ningún particular ni nadie saca de él un *kopeck* por concepto de utilidades. Todo es ahí propiedad de todos y para todos. Todo es ahí de la colectividad y para la colectividad. Los funcionarios que administran y sirven este Banco ganan sólo unos salarios, como cualquier proletario. En una palabra: la profesión de banquero, y en

general de hombre de finanzas, ha sido abolida en Rusia. No hay más que una sola organización financiera: la del Estado, la colectiva.

¿Por qué hay un Banco en régimen soviético? Comprendo vuestra pregunta. Ella traduce el concepto que tenemos arraigado, y con mucha razón, de que un Banco es un negocio particular muy lucrativo y muy irresponsable. La idea que tenemos corrientemente de Banco va inseparablemente unida a la de un prestamista diabólico que, por medio de unas cuantas maniobras y escamoteos de billetes de sus cajas de hierro, convierte en veinticuatro horas un capital de cincuenta mil en un millón de pesetas. El Banco soviético no es negocio de ningún particular. Nadie saca de él de mil pesetas veinte mil, ni de cincuenta mil un millón. Este Banco no es, como repito, más q' una oficina del Estado destinada a hacer circular, conforme lo solicitan los organismos industriales, agrícolas y comerciales del Estado y los grupos sociales que éste autorice, el dinero o capital bancario, del cual es igualmente propietario el Estado. Mientras el sistema de producción y consumo no se haya socializado en sus relaciones más profundas y esenciales, o lo que es lo mismo, mientras el sistema de producción y consumo conserve en Rusia tales o cuales rasgos y formas capitalistas, ese sistema exigirá siempre un organismo bancario encargado de la circulación del dinero dentro del organismo económico general. Pero si aun después de explicado este rol honesto, transparente y necesario del Banco soviético, os sigue incomodando la simple idea de Banco, a causa de no poderla separar de la idea de especulación particular ilícita a que nos ha acostumbrado el régimen capitalista, cambiad el nombre de **Banco** por el d' **Oficina del dinero**, verbierencia, o por cualquiera otro, y la diferencia entre banco capitalista y banco soviético será completa a vuestros ojos.

Encontrándose aún rotas o sin regularizarse las relaciones financieras entre Rusia y las plazas capitalistas, el rublo es hoy la sola moneda sin curso ni cambio en el extranjero. Esta anormalidad de rela-

ciones y esta falta de curso del rublo en las Bolsas capitalistas no son, naturalmente, claras ni francas. Las relaciones existen y no existen, y el rublo se cotiza y no se cotiza en los Bancos burgueses. Las relaciones financieras existen desde el instante en que en Rusia hay capitales extranjeros y que Moscú compra y vende productos en los mercados ingleses, alemanes, italianos, franceses y yanquis. Pero no existen desde el momento en que el capitalismo boicotea por sistema y de manera permanente la divisa rusa, aun contradiciendo el comercio que él realiza diariamente con Rusia. En otros términos: las relaciones financieras existen en la realidad de los hechos, pero el capitalismo trata, por otra parte, de minarlas con actos violentos y externos, hijos de su voluntad reaccionaria y de su fobia contra el Estado proletario. Es la necesidad práctica la que le obliga a comprar y vender a Moscú y a colocar sus capitales en Rusia; pero el imperialismo mundial se da perfecta cuenta del peligro que encarna el Soviet para él, como futuro competidor de productos en el mercado internacional. De aquí, de este temor proviene su constante y furioso boicoteo de Rusia como potencia económica. Es una verdadera guerra contra el Soviet. Entre las armas de que se vale para perderle, figura el cambio. El capitalismo ha tratado y sigue tratando de derribar al rublo. Como no dispone de la única manera que hay de perder una divisa, cual es la de hacer disminuir el mínimum las exportaciones del país de que se trata, el capitalismo internacional suele echar mano de procedimientos mucho más expeditivos y mecánicos, cuales son, verbigracia, entre otros, el de introducir clandestinamente en Rusia rublos falsos con el fin de provocar inflaciones y desequilibrios dentro de la economía soviética.

En estas condiciones, la aduana soviética prohíbe la introducción de rublos en Rusia, obteniendo así dos resultados: primeramente, el de precaverse contra las maniobras cambistas del capitalismo, y luego el de atraer al mercado ruso la mayor suma de

divisas extranjeras. Como puede suponerse, esta lucha cambista se traduce por el hecho de que el rublo carece completamente de aceptación en los Bancos capitalistas. La primera vez que fui a Rusia, un Banco de Berlín, al que pedí rublos, me dijo:

—No vendemos rublos.

Al volver de Moscú fui al mismo Banco a venderle unos cuantos rublos que me sobraron de mi viaje, y me dijo:

—No compramos rublos. Nadie los solicita ni los quiere. Aquí no se puede comprar nada con ellos. Tampoco se los puede introducir en Rusia. Es una moneda muerta, sin valor y sin cambio.

Todas estas maniobras, represalias y juegos estrictamente técnicos de la cuestión los ignora la mayoría de las gentes, y cuando se alude en el extranjero al hecho de que el Soviet controla minuciosamente al viajero que visita Rusia, desde el punto de vista económico, llueven las censuras y las quejas contra la dictadura proletaria. No se acuerdan las gentes de que se trata de una guerra monetaria entre el capitalismo y el Soviet, y que éste no hace más que defenderse de aquél.

Pero, aparte de ser ese control del Soviet una mera defensa de la economía proletaria contra el capitalismo internacional, constituye también una prueba del orden, organización y claridad con que el Soviet administra y custodia los intereses colectivos contra la especulación particular desde dentro del régimen.

El viajero, al presentarse en la aduana rusa, está obligado a declarar y presentar ante las autoridades soviéticas todo el dinero, ruso o extranjero, que lleva. Si tiene rublos, éstos son retenidos en la aduana, previo recibo. El dinero extranjero es devuelto a su portador, con una papeleta en que consta la suma de que se trata, suma que también queda registrada en los libros de la aduana. El viajero debe llevar consigo aquella papeleta durante toda su permanencia en Rusia, y ella debe ser presentada al Banco cada vez que su tenedor vaya a cambiar su

moneda extranjera por rublos. De este modo, el Soviet sabe, en un momento dado, cuánto tiene un extranjero en rublos y en divisas extranjeras, de una parte, y de otra, cuánto dinero existe en Rusia en monedas igualmente extranjeras. El viajero que introduzca en forma oculta divisas extranjeras, es descubierto inmediatamente al presentarse a cambiarlas en un Banco. No puede cambiar en rublos sino la suma anotada en su papeleta en la Aduana. Si logra introducir rublos ocultamente, sólo podría hacerlo con unos cuantos, pues, de ser más, sería asimismo descubierto, dado el control que de sus gastos ejerce el hotel donde se aloja, el restaurante o restaurantes donde come, los teatros, etc. En este último caso, el Soviet le somete a juicio, con severas sanciones penales.

Como se ve, el Soviet administra la economía del país con un celo y una minuciosidad superiores a los de cualquier propietario particular en régimen capitalista. Con semejante método aduanero y bancario, no queda modo de que el capitalismo envolvente, ni los particulares de dentro del país puedan especular o minar la estabilidad e integridad de las finanzas proletarias.

* * *

Algunos periodistas extranjeros, aficionados a escarceos críticos de la economía soviética, han pronunciado, a propósito de la existencia del Banco en Rusia, la frase **capitalismo de Estado**, a diferencia —o en oposición, dicen— al **Estado capitalista**. Quieren así dar la impresión al público extranjero de que la revolución económica rusa se ha reducido a un simple cambio de propietario de la riqueza colectiva, es decir, que a los capitalistas particulares pre-soviéticos ha sucedido un solo capitalista: el Estado, y que todo el resto del aparato económico social sigue siendo el mismo que antes de la revolución. Mas esto no es verdad.

En primer lugar, "hay que tener mucho cuidado

—decían ya Lenin y Trotsky durante el comunismo de guerra— con aquello de **capitalismo de Estado**, frase que algunos economistas soviéticos manejan con cierta imprudencia, designando con ella uno de los aspectos de la economía rusa, y que los enemigos extranjeros de la revolución (Kautsky y Bauer, por ejemplo), emplean para designar la esencia misma de dicha economía”. Esta alarma de los jefes del Soviet quería decir —y hoy sigue teniendo la misma significación e idéntico alcance aclaratorio— que la economía soviética es sólo en parte **capitalismo de Estado** y en una parte secundaria y episódica dentro de las actuales necesidades dialécticas de la producción rusa. Es un **capitalismo de Estado**, puesto que el capital social está en manos del Estado, que lo administra en nombre del proletariado. Este rol capitalista del Estado es por ahora necesario e inevitable, y seguirá siéndolo mientras exista el Estado y mientras el proceso de socialización de las relaciones de la producción, en el campo y en el taller, no sea completo y no haya acabado con el último de los restos del sistema capitalista. Sólo en este sentido puede hablarse de **capitalismo de Estado** en Rusia. No lo es en lo demás, en lo que se refiere, por ejemplo, a las relaciones sociales de la producción. En este terreno, el **capitalismo de Estado** es un sistema absolutamente patronal, burgués, capitalista, en cuanto a que el Estado —nuevo propietario, nuevo capitalista— es un patrón como cualquier patrón particular. El **capitalismo de Estado** no hace más que echar a los patronos particulares de todas las actividades económicas del país, para tomar él sólo la gerencia y la propiedad de ellas, pero dejando intacto el vigente régimen de producción capitalista. Las relaciones entre el capital y el trabajo siguen siendo las mismas. El proletariado ya no tiene varios explotadores, sino uno solo; pero la explotación, la **plus-valía** patronal, el lujo de unos cuantos, el dominio de una clase parasitaria sobre las clases productoras, la miseria de las masas trabajadoras, etc., continúan siendo la base y la esencia del régimen de produc-

ción en el sistema del **capitalismo de Estado**. Que este sistema no altera en lo más mínimo las relaciones de la producción, lo prueba el hecho de que dentro de los actuales monopolios fiscales de distintos países, la posición del capital y del proletariado es completamente idéntica a la que estos factores tienen en las explotaciones privadas. La situación económica, política y cultural del trabajador, en los ferrocarriles de propiedad y administración estatales, no difiere en lo más mínimo de la que él tiene cuando tales ferrocarriles pertenecen a particulares. Esto, que pasa en una o varias ramas del monopolio del Estado, no haría más que repetirse, en escala mayor, en el sistema entero del **capitalismo de Estado**. Y esto es lo que no sucede dentro de la economía soviética, en la que las relaciones de la producción se basan en el interés práctico e inmediato del trabajador, de un lado, y de otro, tienden a socializarse por la supresión lenta, pero progresiva, del Estado, como único capitalista, y por la transformación de la economía dirigida por el Estado en una economía dirigida directamente por las masas. El primer objetivo se patentiza con el **standard of life** actual del obrero ruso, que es mejor y más saneado que el del obrero capitalista. El segundo objetivo encuentra una de las formas prácticas de su realización en la agricultura, por ejemplo, donde la colectivización o socialización del cultivo está alcanzando con los **kolskos** una ofensiva arrolladora sobre los pequeños cultivos individuales y cooperativos y sobre el propio **sovkos** o cultivo de Estado. En los **kolskos** la intervención del Estado es ya mínima, y todo está en manos directas de la masa.

De otra parte, el **capitalismo de Estado**, en toda su amplitud de sistema monopolista llamado a reemplazar al capitalismo particular, no ha sido hasta hoy logrado en ninguna parte como un hecho real y completo. Y no lo ha sido ni lo será, entre otras causas, porque su implantación está sujeta a numerosos factores económicos, que no dependen precisamente de los partidarios teóricos de este sistema, co-

mo son la imposibilidad absoluta de expropiar por el Estado y sin indemnización la propiedad industrial particular total de un país y las dificultades derivadas de la actual estructura económica internacional contraria a dicho sistema. Estos dos inconvenientes —que son los primeros entre otros— sólo podrían desaparecer por medio de medidas traumáticas revolucionarias, pero no por un proceso periódico y evolutivo, como el que predicán los apóstoles del capitalismo de Estado, partidarios apenas de tímidas “nacionalizaciones” y “estadizaciones” demagógicas. Sólo una revolución proletaria es capaz de la estadización total y traumática de la economía (1).

Y es que de lo que se trata es de transformar las relaciones entre el trabajo y el capital y no simple-

(1) El anarcosindicalismo tacha a la revolución rusa de no haberse cristalizado más que en lo que él llama “comunismo de Estado” y no en una estructura real y propiamente socialista. Esto no es tampoco cierto sino en parte. Ya he dicho hablando de “capitalismo de Estado”, que mientras las relaciones de la producción lleven aún trazas capitalistas (y éstas no pueden ser eliminadas por bombas o huelgas, como lo imaginan los discípulos de Sorel, sino por acción centrífuga y determinada del proceso económico), la existencia y rol del Estado como instrumento organizador y regulador de la economía son necesarios e imprescindibles. Pero la existencia y el rol del Estado, repito, no son más que provisionales. El organismo sindical soviético va apoderándose rápidamente, y según lo permite el ritmo socializante de la producción, de las esferas económicas directrices y estatales de la industria.

Lo que ocurre es que el anarcosindicalismo está incapacitado para descubrir el movimiento dialéctico de los hechos y de las formas sociales. Cree que la revolución rusa, heredada a lo que él llama “comunismo de Estado” (noción híbrida y contradictoria), ha terminado su travestida histórica, sin darse cuenta de que esa “comunismo de Estado” no es más que el primer peldaño de la escala a recorrer. Para los anarcosindicalistas, como para toda ideología reaccionaria, la historia es una sucesión de metas terminales, cuando no es más que una sucesión de etapas intermedias. Buenas sorpresas va a darles día a día la dictadura proletaria. Que esperen.

mente de trasladar a éste, de las manos de un trust o consorcio privado, a las manos fiscales. Aquí está el nudo del problema social universal. El capitalismo de Estado lo deja sin resolver, pues este sistema no pasa, en fin de cuentas, de una de las tantas fórmulas ilusorias y engañosas que los profesores y teorizantes burgueses inventan para halagar a las masas y desviarlas de los términos prácticos y reales de la cuestión, cuales son el actual antagonismo clasista de la producción y la necesidad de resolverlo en favor de las masas productoras.

* * *

Al salir del Banco doblamos la esquina, donde hay un restaurante particular. Por la ventana vemos a un grupo de alemanes desayunando. Quiero conocer los precios y el menú de este restaurante, y entramos.

Los alemanes están en número de cuatro. Son turistas. Ocupan una sola mesa. No hay más clientes. Yeva y yo tomamos, junto a la puerta de entrada, una mesa y preguntamos qué se toma allí como desayuno. Té, chocolate, café, mantequilla y una gran variedad de pan y bizcochos. Tomamos té con un pastel. En todos los restaurantes de cooperativas rige el siguiente mecanismo para el consumo: se compra en la caja una ficha, en la que está marcado el alimento que se va a tomar y su precio. Esta ficha se entrega al compañero o compañera que nos sirve. En los restaurantes particulares o de nepmans se nos dice el menú, pedimos sin saber los precios y luego pagamos. Se nos cobra, naturalmente, lo que quiere el restaurante. Es el mismo sistema de muchos de nuestros restaurantes. Los dos té con dos pateles nos cuestan aquí un rublo y diez kopeks, o sea dieciséis francos. En una cooperativa he pagado muchas veces por el mismo consumo cuarenta kopeks, o sea seis francos.

—¿Por qué cobra usted —le he preguntado al neyman de este restaurante— tan caros los consumos?

—Son los impuestos que a ello me obligan —me dice—. El Estado se lo lleva todo. Mi negocio se hace cada día más difícil. Acabaré por cerrar la casa.

El **nepman** pone en la cara una expresión de angustia. Viste de americana, pero pobremente.

—¿Muchos clientes tiene usted?

—Muy pocos. Hay días que no pasan de dos o cuatro. Mis clientes son, en general, extranjeros o **kulaks** de provincias que vienen a Moscú de paso.

Delante de la puerta de entrada hay un haraposo que pasa y repasa mirando ávidamente al interior. Lleva una mano metida dentro de la americana, a la altura del pecho, y su palidez es la de un hambriento o de un enfermo. Los alemanes se levantan y se van. Entonces el haraposo penetra de un salto y recoge, como un animal famélico, las migajas y desperdicios de la mesa. Algunos huesos se echa al bolsillo y vuelve a salir, lanzando miradas de loco y devorando a grandes bocados lo que encontró en la mesa.

—¡Espantoso! —le digo a la **komsomolka**.

—Son los sobrevivientes del régimen zarista —me dice Yeva—. Antes, esta misma escena se veía con frecuencia. Poco a poco estos mendigos van desapareciendo.

—Sin embargo, se me han acercado muchos a pedirme en los pocos días que llevo en Rusia. ¿Cómo me explica usted semejante plaga en una sociedad como el Soviet? Esto es realmente incomprensible.

El hambriento está junto a la puerta, triturando ruidosamente un hueso, como un perro. Advierto que no despega los ojos de la mesa donde estamos nosotros. Yeva no ha terminado su pastel. Este está casi entero. Las miradas del hambriento sobre el pastel son febriles y casi rabiosas. Nunca he visto ojos tan extraños en mi vida. Hay en la cara de este pobre una avidez agresiva, furiosa, demoníaca. A veces tengo la impresión de que va a saltar sobre nosotros y nos va a arrancar de un zarpazo un trozo de nuestras propias carnes. Se ve que tiene cólera. Se ve que nos odia con todas sus entrañas de hambriento.

Inspira miedo, respeto y una misericordia infinita. ¡El apetito es, sin duda, una cosa horrorosa!

Pienso en los desocupados. Pienso en los cuarenta millones de hambrientos que el capitalismo ha arrojado de sus fábricas y de sus campos. ¡Quince millones de obreros parados y sus familias! ¿Qué va a ser de este ejército de pobres, sin precedentes en la historia? Ciertamente, ha habido en otras épocas paros forzados, pero nunca el mal ofreció proporciones, causas y caracteres semejantes. Hoy es un fenómeno simultáneo y universal, creciente y sin salida. Los remedios y paliativos que se ensayan son superficiales, vanos, inútiles. El mal reside en la estructura misma del sistema capitalista, en la dialéctica de la producción. El mal reside en los progresos inevitables de la técnica del trabajo, en la concurrencia y, en suma, en la sed insaciable de provecho de los patronos. ¡La plus-valía! He aquí el origen de los desocupados. Suprimase la plus-valía y todo el mundo tendrá trabajo. Pero ¿quién suprime la plus-valía? Suprimir el provecho del patrón equivaldría a destruir el sistema capitalista, es decir, a hacer la revolución proletaria.

Mas ya que esta supresión no vendrá jamás por acto espontáneo, por un suicidio del capitalismo, ella vendrá, tarde o temprano, por acción violenta de esos cuarenta millones de hambrientos y víctimas de los patronos. Porque el hambre puede mucho. El actual conflicto entre el capital y el trabajo será resuelto por el hambre social. La teoría de la revolución no ha hecho sino constatar la existencia y la tensión histórica de este hambre. La revolución no la hará, por eso, la doctrina, por muy brillante y maravillosa que ésta sea, sino el hambre. Y no podría ocurrir de otra manera. Una doctrina puede equivocarse. Lo que no se equivoca nunca es el apetito elemental, el hambre y la sed. De aquí que la revolución no es cuestión de opiniones ni de gustos ideológicos y morales. Es ella un hecho, planteado y determinado objetivamente por otros hechos igualmente objetivos y contra los que nada pueden las teorías

en pro ni en contra. Según Marx, la historia la hacen los hombres, pero ella se realiza fuera de los hombres, independientemente de ellos.

El día en que la miseria de los desocupados se haya agravado y extendido más, descubriendo la impotencia definitiva de los gobiernos y de los patronos para remediarla y hacerla desaparecer, ese día brillará en los ojos de muchos millones de hambrientos una cólera y un odio mayores que los que brillan en los ojos de este hambriento de Moscú. El zarpazo de las masas sobre los pasteles de los ricos será entonces tremendo, apocalíptico.

Entretando, despejemos ciertas incógnitas. ¿La revolución rusa no ha resuelto el problema de la mendicidad? ¿Cuál es el paso dado en este terreno por el Soviet? ¿La revolución mundial tendrá también sus mendigos, como tiene los suyos la burguesía? ¿Y la justicia social? Todas estas preguntas le hago a Yeva. La militante de la juventud comunista me dice:

—Las causas de la actual mendicidad en Rusia son las siguientes: el clero, la nobleza, la burguesía y el lumpen-proletariado. La mendicidad es, repito, una supervivencia de la sociedad zarista. El clero, desposeído por el Soviet de los bienes de la Iglesia, se ha quedado en la miseria. En estas condiciones, los popes deberían trabajar para subsistir y proletarizarse, como todo el mundo. Pero, lejos de eso, han resuelto seguir el camino de la mendicidad. Mendigan los propios popes en persona y obligan a los fieles a pedir para ellos. Dos cosas se proponen realizar con las limosnas: subvenir a sus necesidades diarias y personales y acumular de nuevo capitales para la Iglesia. Este último procedimiento tiene un carácter político, pues se opone a los preceptos económicos del Soviet y tiende a promover y provocar, a base religiosa, una reacción contra el régimen proletario. La mayoría de los mendigos son enviados a pedir por el clero y para el clero. Muchas veces son obreros o campesinos que ganan lo suficiente para subsistir y que sólo piden para los po-

pes.. De otro lado, hay muchos nobles y burgueses de la época zarista, caídos igualmente en la miseria, a causa de la expropiación de sus bienes por el Soviet. Estos tampoco quieren someterse a la nueva estructura económica, trabajando y ganándose el pan con el sudor de sus frentes, como todos los demás. Un orgullo testarudo y mal entendido los mantiene aislados y “asqueados” del mundo de los trabajadores. Prefieren pedir, cosa que me parece mucho más humillante que trabajar codo a codo con sus enemigos de clase.

—¿A quién piden? ¿A los obreros?

—¡Ah, no! a los *nepmans*, a los *kulaks*, a los *turistas*, a los industriales extranjeros. Justamente ahora vamos a *Smolensky*. Ahí va usted a ver a algunos nobles en desgracia.

Smolensky es el *Marché aux puces* de París o el Rastro de Madrid. Después de la revolución, *Smolensky* se ha convertido en el mercado de los últimos cachivaches de los nobles.

Abandonamos el restaurante del *nepman*. El haraposo arrebató el pastel. Yeva se da cuenta de que voy a darle unos *kopeks*. Le pregunto:

—¿Debo darle una limosna? ¿Usted le daría una limosna?

—Yo no doy nunca limosna a nadie. La piedad está reñida con la revolución. La piedad está también reñida con el espíritu soviético. La piedad es invención de las clases explotadoras de todos los tiempos. En la sociedad socialista, a la piedad reemplaza la justicia. La piedad va siempre unida a la injusticia social. El filántropo y el caritativo lo son porque saben y tienen conciencia de que deben algo a los pobres y necesitados. Por doctrina y por táctica nos repugna la caridad. Este hambriento es un vagabundo, un bohemio, un ocioso temperamental. Es joven y fuerte, Puede y debe trabajar. Si no lo hace, es un enfermo económico, y, por desgracia, hay enfermedades incurables y mortales.

Yeva es comunista, pero yo soy burgués. Le doy

al vagabundo unos kopeks y tomamos el tranvía a Smolensky. La komsomolka me dice:

—Precisamente este mendigo es del **lumpenproletariado**, palabra con la que Marx denominó a los jugadores, ebrios, vagabundos, ociosos, bohemios y otros elementos viciosos que odian por temperamento el orden y el trabajo. De estos mendigos existen también muchos en Rusia. Son, en general, jóvenes y adolescentes, hijos directos de las guerras civiles y de la primera época de la revolución. Proceden de la desorganización social, del caos de la familia, de la miseria y de la anarquía de aquellos momentos. Los niños vivían y crecían en la **debacle** moral más completa. El resultado es el que está usted viendo.

—¿Qué hace el Soviet con los diversos mendigos de que usted habla?

—Todos ellos son, como ve usted, orgánicos o lo son por motivos orgánicos, que para el caso es igual. El Soviet, sin embargo, trata de recogerlos, si son inválidos para el trabajo, y de darles trabajo, si están en condiciones de trabajar. Pero nada se puede ni con los unos ni con los otros. El pope, su agente, el noble, el burgués y el vagabundo aborrecen y huyen el trabajo y el hospicio. El Soviet ha tenido que apelar y sigue apelando a la fuerza, sin resultado.

—¿Entonces? ¿Quiere usted decir que el problema no tiene remedio?

—El problema lleva su remedio en sus propias entrañas. Como estos mendigos no lo son por falta de trabajo, sino por gana o actitud individual, subjetiva, íntima, orgánica, el fin de esta mendicidad no depende de condiciones sociales y económicas objetivas, sino de la moral personal y morbosa del mendigo. En este caso, la acción del Estado tiene que ser lenta, como la acción clínica para las enfermedades microbianas. A un tuberculoso no se le cura, ciertamente, operándole. El Soviet observa ante la mendicidad dos procedimientos: atraer al mendigo e incorporarlo al trabajo, y, en caso imposible, exacerbar su miseria para suprimir el mal por eli-

minación de la vida del mendigo. De año en año, los mendigos disminuyen rápidamente. Desaparecida esta generación derivada de la revolución y de las guerras civiles, no habrá más mendigos en Rusia, porque nuestra economía está de tal modo estructurada que no es posible el haragán, el pope, el noble ni el burgués. En el mundo proletario, el trabajo es y ha sido siempre disciplina orgánica. No tiene usted sino que notar que, aun en la sociedad capitalista, la totalidad de los mendigos son salidos de la aristocracia y de la burguesía. Raro es el pordiosero de origen proletario.

—Y con los agentes o enviados de los popes, ¿qué hace el Soviet?

—Comprobado el caso, el pope y el pordiosero son castigados severamente.

* * *

Bajamos del tranvía ante dos grandes puertas, en las que hay agolpada una multitud. Son las puertas de entrada a **Smolensky**.

La lluvia sigue cayendo. El mercado es un vasto rectángulo sin ningún mostrador, ni mesa, ni sillas.

Todo el mundo está de pie. Los objetos en venta están colocados en el suelo o en los brazos de sus propietarios. La muchedumbre ofrece un aspecto uniforme de suma miseria. En pocos países he visto gente más pobre y más desarrapada que esta clientela de **Smolensky**. Sólo en Yugoslavia, en Italia, en España y en Polonia. La diferencia está en que **Smolensky** no es más que una lacra minúscula, aislada y momentánea dentro de la holgura económica modesta, pero general, de toda la población, mientras que la desnudez y el hambre en Polonia, Yugoslavia, España e Italia constituyen un fenómeno general, orgánico y entrañado a la contextura misma de la economía de esos países. **Smolensky** es una lacra aislada, pasajera y extraña a la vida económica rusa, porque su clientela y el comercio que en él se hace encarnan solamente la convulsión de agonía

de las antiguas clases ricas y del lumpen-proletariado, al que ha aludido Yeva. La población obrera y campesina, los sectores sanos y organizados de la sociedad soviética no están en Smolensky.

¿Quiénes son estos desgraciados que venden y compran con gestos y ademanes de pesadilla? ¿Y qué es lo que venden y compran? Estos hombres y estas mujeres son los sobrevivientes del naufragio clasista de 1917. Son industriales, terratenientes, nobles y funcionarios del régimen zarista. Aquella anciana lívida y esquelética, que aun lleva a la espalda un viejo abrigo de pieles, es una duquesa. Lo que quiere vender ahora es un pequeño candelabro de cobre, incrustado de lacas azules. ¿Quiénes están ante ella, regateándole el precio? Son nuevos ricos —nepmans y kulaks— que adquieren estos objetos para uso personal o, las más de las veces, para colecciones y reventas en el extranjero o a turistas extranjeros. Esa otra dama, con aire majestuoso y joven todavía, cuyo pecho va cubierto de unos encajes amarillos y desgarrados, es una princesa. Vende unos zapatos blancos de soirée. Una mujer bonita y muy maquillada —¿una prostituta extranjera acaso?— va a comprar los zapatos. Pero no. He aquí que la princesa, en un imprevisto movimiento de impudor, se sienta en el suelo, levanta las faldas y se saca los zapatos que lleva en los pies. ¿Qué sucede? La compradora no quería el calzado de soirée, y la princesa va a venderle los que lleva puestos. Pero la venta sigue haciéndose difícil. Un diálogo angustioso se traba entre las dos mujeres. La princesa acaba por llorar... Porque en Smolensky la tragedia económica y social alcanza trances desgarradores. No es ésta la venta comercial, tranquila, sino el remate violento y arrancado de las íntimas entrañas económicas. No es la venta del objeto que no se necesita, sino la almoneda sangrante de trozos de la propia carne económica. No es, en suma, una venta de mercaderías, sino la subasta mortal de la última camisa.

Todas las escenas de Smolensky se desarrollan dentro de una atmósfera dramática de liquidación,

un tanto mecanizada ya y monótona, en medio de su pathos tremebundo. Pilniak y Nevierov no han hecho, desde luego, sino reproducir en sus obras la realidad literalmente. Hay aquí a quienes se quitan el traje que llevan y lo venden. Otros se sacan los pantalones ante los clientes, y también para venderlos, quedándose con una especie de calzoncillos largos y anchos. La compra de sombreros, de una cabeza a otra, particularmente entre mujeres, es frecuente. Un hombre barbado a la clásica manera rusa —un antiguo fabricante de tejidos— acaba de vender unas botas que llevaba puestas. Luego se ha envuelto los pies en unos trapos sucios y ha abandonado el mercado.

—Pero —le digo a Yeva— este hombre y muchas otras de las personas que aquí veo son jóvenes y podrían trabajar. ¿Por qué no lo hacen?

La komsomolka, me dice:

—Los antiguos ricos y potentados que quedan en Rusia prefieren sucumbir de hambre antes que someterse al nuevo régimen y ganarse el pan en un mismo pie de igualdad que los obreros. Su odio de clase no tiene límites. Es como usted ve, una locura increíble, un lento suicidio. El orgullo versánico del antiguo señorito o señorita, de la antigua marquesa o marqués, acostumbrados a mandar, a tenerlo todo y no hacer nada, puede más que el hambre y la desnudez.

Resulta verdaderamente inaudito, por lo insensato, este grado de rencor, de orgullo y de pereza, al que puede llegar una clase social derribada por una revolución. El espectáculo de Smolensky constituye, en el fondo, el síntoma más fehaciente y revelador de la descomposición moral a que habían llegado las clases dominantes del zarismo. No de otra manera se explica este fin, absurdo y repugnante, de la burguesía y la nobleza destronadas. Es una agonía nauseante y retorcida de alcohólico, de epiléptico o de leproso. ¡Poder trabajar y no querer trabajar! ¡Y preferir mendigar y descamisarse en medio de la vía

pública y a los ojos precisamente de la clase enemiga!

* * *

Cuando volvemos de Smolensky nos detenemos ante la iglesia del Salvador. Esta abierta de par en par. Al acercarnos oigo un canto coral religioso, que resuena en el interior de la iglesia. Le digo a Yeva:

—¿Cómo? ¿Un oficio religioso? ¿Las iglesias siguen entonces abiertas en Rusia?

—Sí. Nunca se han cerrado las iglesias en Rusia, aparte de los años tormentosos y anárquicos de las guerras civiles.

—¿Y las llamadas persecuciones religiosas?

—No hay en Rusia tales persecuciones. El Estado sólo ha declarado la separación de la Iglesia, la nacionalización de los bienes religiosos y la libertad de cultos, cosas las tres, como usted ve, que figuran dentro del programa mínimo del liberalismo burgués. Eso es todo lo que el Soviet ha hecho en materia religiosa en Rusia. Lo demás ha sido y es obra directa y libre del pueblo trabajador. Lo demás es el resultado de la campaña ateísta que lleva a cabo gran parte del proletariado ruso, de modo espontáneo e independiente del Soviet. Este tolera y respeta la práctica de todos los cultos y, entre las garantías que otorga a la vida religiosa en general, figura, desde luego, la que se refiere a las actividades ateístas. El ateo exige del Estado se respete su ateísmo con el mismo derecho con que el pope exige se respete su culto. La libertad de cultos acarrea a veces más conflictos que los que pudiera imaginarse, singularmente en sociedades revolucionarias como la Rusia de hoy. Las luchas religiosas no siempre han gravitado en torno a la voluntad política de un régimen. Muchas veces ellas se producen como manifestación de crisis profundas del sentimiento religioso de las masas. Esto último es lo que pasa hoy en Rusia. El Soviet, en este caso, no interviene en el conflicto sino para garantizar prácticamente la libertad de cada trabajador —deísta o ateo— y para sal-

vaguardar el orden social. Entremos —añade Yeva, franqueando la puerta de la iglesia.

Principiando por el atrio, hasta los recónditos altares y sacristías del templo, se advierten signos de abandono y más aún, trazas de haber sido la iglesia despojada de todos sus tesoros artísticos y litúrgicos. El aspecto material del templo es el de un lugar arrasado por un saqueo o por una mudanza no acabada. Ni tapices ni alfombras. Ni escaños ni reclinatorios. Ni colgaduras ni encajes en los altares. Ni cirios ni flores. Ni efigies ni cuadros. Las hornacinas aparecen vacías. Apenas unos cuantos iconos quedan en el ángulo derecho, a la entrada del templo. Todo ofrece un tinte gris o azul desteñido. Pesa en la plástica de los muros desiertos y de las talladuras de oro falso una desolación infinita.

Pero la escena que luego se desarrolla ante mis ojos es aún más impresionante. A unos cuantos pasos de la puerta de entrada hay un pequeño grupo de gente rodeando un altar improvisado, el único viviente del templo. El altar se reduce a una estrecha plataforma cubierta de un lienzo blanco. Sobre la plataforma hay un sillón vetusto en el que está sentado un pope, revestido de una burda casulla desgarrada. El pope sostiene en sus dos manos una esfera dorada, de la que emerge una cruz diminuta también dorada. Al pie de la plataforma se ve a otro pope, con una estola roja por toda vestidura ritual. Los dos popes y los pocos fieles que les rodean cantan a coro una música sagrada, dolorosa, casi gemebunda.

Los fieles eran en su totalidad viejos, hombres y mujeres. Y eran pobres, terriblemente pobres. Barbudos ellos y ellas muy encorvadas; sus vestimentas estaban rotas, sucias, polvorientas, como tras de una larga y azarosa caminata.

—¿De dónde vienen estos pobres? —le pregunto Yeva.

La komsomolka se ha quedado pensativa, oyendo el canto sagrado. Al fin me dice:

—No lo sé. Quizás son campesinos de los alre-

dedores de Moscú. Pero más bien me parecen mujiks salvajes, traídos por los popes para figurar como fieles en el oficio de hoy. Los popes se valen de todos los medios para sostener y fortalecer la vida de la Iglesia.

—¿Usted, Yeva, es atea?

—No. Soy indiferente en materia religiosa. Quizá me haga más tarde atea. Me interesa la propaganda ateísta, pero no me convencen todavía sus apóstoles.

—¿Y si el Soviet se lo obligase?

—Ya le he dicho que el Soviet no interviene en las luchas religiosas. El Soviet no obliga a nadie a ser ateo ni a ser religioso. La libertad de cultos es en Rusia una realidad palpable, como lo prueba este servicio religioso que estamos viendo.

De todas maneras, sean campesinos civilizados o mujiks salvajes estos fieles, lo que hay de cierto es que sus caras de hambrientos, su desnudez, sus miradas llenas de angustiosa incertidumbre, su canto, todo en ellos está hendido de tragedia. Sus voces y sus ojos expresan un terror misterioso, vago, aunque real y viviente. ¡De qué tendrán miedo ahora estos pobres seres, para agruparse y clamar con tanta ansiedad, en torno a los dos popes, en la iglesia del Salvador, de Moscú? Ellos mismos no lo saben. ¿Temen a Dios? ¿Temen al zar todopoderoso? ¿Temen a los bolcheviques? ¿A la hambruna? ¿A la guerra? ¿Temen a la luz inmarcesible de la revolución mundial? ¿De qué nuevos fantasmas espeluznantes les habrán llenado la cabeza los popes para catequizarlos? Es difícil saberlo. Toda la vida, todo el dolor y todos los dramas y conflictos de su ser profundo se agitan ahora en sus miradas y en sus voces. Y no hay cosa más insondable que el canto y la mirada de los hombres.

XIII

La madre - Matrimonio y unión libre.-

Los hijos - Fin de la familia burguesa.

Aborto legal - Divorcio - La familia

soviética - La familia socialista

En la Casa del Campesino, una de las compañeras del servicio, Ana Virof, tendrá unos treinta años. Es madre de tres criaturas y, además, ha trabajado hace poco en la maternidad de una fábrica de Moscú. Conoce, en consecuencia, a fondo cuanto se relaciona con la situación de la madre y de la esposa en Rusia. Sus informes, como vamos a ver, son preciosos a este respecto.

—¿Es usted casada —le pregunto.

—Sí.

—¿Qué diferencia existe entre una pareja casada y una pareja unida por el amor libre? ¿Qué ventajas tiene usted sobre las mujeres o madres no casadas?

—Ventajas, ninguna. La pareja casada y la unión libre están en el mismo pie de igualdad en Rusia. Ante la ley, ante el Estado, ante la sociedad, ambas uniones son completamente iguales. Económicamente, también. En fin, desde todo punto de vista.

—¿Y en cuanto a los hijos?

—También. Los hijos de matrimonio gozan de los mismos derechos y de la misma dignidad moral que los hijos de la unión libre. No los distingue ninguna diferencia, ni respecto de los padres, ni del Estado, ni de la sociedad.

—¿Entonces? ¿A qué el matrimonio? ¿Por qué no existe solamente la unión libre?

—Sólo hay una pequeña diferencia: para la investigación de la paternidad. Aunque actualmente la moralidad social, dentro del Soviet, ha llegado a un alto grado de pureza, quedan aún en Rusia muchas taras de la época zarista y de las guerras civiles. Las relaciones sexuales contienen, con cierta frecuencia, mixtificaciones derivadas de ligerezas típicas y representativas de la psicología burguesa. Es-

to acontece, señaladamente, en las poblaciones urbanas. En el campo, no. El campesino es fundamentalmente monógamo.

—¿Quiere usted decir que en la sociedad soviética la unión libre favorece la poligamia, el libertinaje sexual?

—Si. En cierta medida y momentáneamente. La poligamia es fenómeno genuino de toda sociedad estructurada en clases. “La poligamia —dice Engels— es un producto de la sociedad burguesa, y ella se realiza hoy en forma de prostitución”. A este propósito, el compañero Riazanov, director del Instituto Marx y Engels, ha escrito páginas convincentes. La familia soviética trata, por el contrario, de eliminar las postreras y recalitrantes formas poligámicas del amor prerrevolucionario, para basarse únicamente en una monogamia rigurosa y austera, al propio tiempo que espontánea y temperamental del hombre nuevo. Las leyes e instituciones del Soviet, a este respecto, son claras y categóricas. Marx ha dicho que no hay familia posible ni amor posible sino a base de la unión monogámica. Más todavía. El grado de pequeñez de un individuo— hombre o mujer— se mide por su mayor o menor inclinación poligámica. Un polígamo no puede ser nunca un gran hombre.

—Esto no es lo que se cree en el extranjero —le digo a Ana Virof—. Hasta los más iniciados en cuestiones sociológicas modernas suponen que comunismo ruso quiere decir destrucción de la familia, poligamia, libertinaje . . .

—¿Qué original! Estas suposiciones proceden, seguramente, de vulgares derivaciones del difunto sainsimonismo de los inconstantes. Usted no tiene sino que observar en torno suyo. Una austeridad ostensible domina en la vida diaria de hombres y mujeres. Estoy casi segura —porque yo he vivido en Alemania y en Francia— que en ningún país capitalista la familia y las relaciones sexuales son de mayor moralidad que en Rusia. No tiene usted más que ver las maneras, las costumbres, los gestos, las miradas y la vida entera de cuantos le rodean.

En efecto. En la medida en que un viajero puede sondear y estudiar este aspecto de la vida rusa de hoy, no es difícil cerciorarse de la profunda diferencia que hay en este punto entre la sociedad soviética y las sociedades burguesas. No se advierte en ningún momento en Rusia esa atmósfera de concupiscencia, de obsesión sexual y de vicio que flota como una onda de fuego sobre todo los sectores y todas las formas sociales del capitalismo. Dentro de la sociedad burguesa vigila constantemente, con una obstinación enfermiza y propia de sociedades decadentes, la pesadilla del deseo; disfrazado éste en galantería, en modos de vestir, en gustos artísticos o literarios, etc., o cínicamente franco y sin caretas. En el teatro, en la calle, en el baile, en el trabajo, en la iglesia, la pesadilla sexual brilla en ojos de hombres y mujeres, de jóvenes y viejos de ricos y pobres.

El cambio es brusco al llegar a Rusia. El aire se purifica. Un conjunto de factores de la nueva vida cotidiana limitan racionalmente la función social creadora del deseo. No es, como creen algunos, el clima geográfico lo que determina y caracteriza la vida sexual de un pueblo, sino el clima social. La prueba está en que, durante el zarismo, la corrupción era en las ciudades rusas tan grande como en las demás ciudades europeas. La Perspectiva Nevsky, de Petrogrado, escondía tantos "encantos" como Montmartre, Piccadilly o Friedrichstrasse. Vino la revolución y, no sin atravesar previamente por crisis agudas y graves en este terreno, una nueva moralidad social nació.

—La debacle social producida por las guerras de la reacción —me dice Ana Virof— se reflejó automáticamente en la familia y en las bases sexuales del amor. El Soviet, abrumado en esos años por esas guerras, no podía atajar debidamente tales estragos en la vida familiar y sexual. Y hasta hoy quedan, repito, rastros tenaces y clandestinos de esa crisis, los mismos que suelen evidenciarse a menudo en las uniones libres. El matrimonio permite, en este punto, evitar, por ejemplo, los problemas de investiga-

ción de la paternidad, emanados, como ya he dicho, de las tendencias poligámicas o de ligerezas temperamentales del burgués.

—¿Quiere usted decir que la prosmiscuidad existe aún en Rusia?

—Sí, aunque en muy reducida esfera. Mas frecuente es el caso del hombre que vive sucesivamente con varias mujeres, que el caso del que vive simultáneamente con dos mujeres.

—¿Por qué, entonces, no prohíbe o condena el Soviet la unión libre, estableciendo, como única base de la familia, el matrimonio?

—En principio, el matrimonio es antisocialista, antirrevolucionario. El matrimonio, como la poligamia— aunque esto parezca una contradicción—, es una forma genuina de la sociedad organizada en clases. El matrimonio es una de las instituciones más reaccionarias y más salvajes de la historia. El Soviet lo conserva solamente por el momento, con el fin de controlar en parte ciertas confusiones familiares, como aquella de la paternidad, contexturales a la moribunda psicología burguesa. Entretanto, la unión libre está haciendo ya camino hacia su consolidación definitiva y orgánica, como base única de la futura familia socialista. De este modo, mientras el matrimonio pierde día a día su prestancia en Rusia, la unión libre gana rápidamente terreno, sobre todo en las nuevas generaciones. El puente entre ambas instituciones lo constituye el divorcio, que descansa, entre nosotros, sobre principios y leyes enteramente nuevos en la historia.

—¿Usted ha sido divorciada alguna vez?

—Sí. Hace de ello dos años y medio. Precisamente por eso estoy enterada de estos menesteres. Dos son las principales diferencias entre el divorcio en las sociedades capitalistas y el divorcio en el Soviet. Fuera de Rusia, la demanda de divorcio da origen a un proceso judicial, en el que el marido y la mujer deben, al fin y al cabo y de grado o por fuerza, convenir en el pronunciamiento del divorcio. Este no es posible sin un debate judicial y sin la venia.

espontánea o forzada por la ley, de los cónyuges. En Rusia no es necesario ningún proceso ni ningún acuerdo paritario. Basta que solicite el divorcio uno de los cónyuges —¡uno solo de ellos!— para que sea decretado al instante. Cuando yo me divorcié, todo lo que hice para obtener la separación de mi marido se redujo a lo siguiente: me presenté sola ante una ventanilla del registro de estado civil, presenté mi cédula matrimonial y dije al funcionario que yo me quería divorciar. El funcionario me hizo firmar en el acto la declaración correspondiente en un libro y se me extendió una papeleta, en la que constaba mi divorcio. Agradecí y salí. Eso fue todo . . .

—¿Y su marido?

—Fue notificado del divorcio por un aviso escrito del registro.

—¿Y qué dijo?

—Nada. Dolerse sentimentalmente.

—¿Por qué se divorció usted?

—Toca usted justamente la segunda diferencia con el divorcio burgués. Advierto a usted que, al pedir el divorcio, ningún cónyuge está obligado a explicar la causa por la cual se divorcia. El solo hecho de solicitarlo basta para otorgarlo *ipso facto*. ¿Por qué no exige la ley soviética ninguna exposición de motivos para el divorcio? La ley reconoce así, tácitamente, que el fundamento central del matrimonio es y debe ser la libre voluntad de cada cónyuge, voluntad que encarna, dentro de la mecánica sentimental del matrimonio soviético, el amor de los casados. Consecuentemente, el marido o la mujer que solicita el divorcio está probando con su demanda que ya no quiere seguir unido a su cónyuge, es decir, que ya no le ama. Esto le basta al Estado, ya que éste no tiene ningún interés en defender y proteger un matrimonio cuyo fundamento esencial —el libre consentimiento de ambos cónyuges— se ha derrumbado. En los países capitalistas, ¿sucede lo propio? Lejos de eso. Allá figuran en el Código, como causas de divorcio, toda suerte de argumentos y pretextos: malos tratos, delitos, enfer-

medades, etc., pero no figura lo que, racionalmente, debería figurar en primer término: la libre voluntad del cónyuge, que a veces puede responder, dentro de la psicología matrimonial burguesa, al hecho de haber cesado el hombre o la mujer de amar a su compañero. Así se explica cómo la casi totalidad de los matrimonios burgueses continúan funcionando a la fuerza. Así se explica cómo la familia se convierte en un infierno, salpicado de tragedias, de vicios, de falsedades, de suicidios y todos los infortunios . . .

—En suma, ¿cuáles son las causas de divorcio en el Soviet?

—Todas están contenidas en una sola: la libre voluntad de los cónyuges o de uno solo de ellos. Esta es la segunda distinción entre el divorcio burgués y el soviético. Me parece que ella constituye un paso extraordinario y una liberación incalculable del matrimonio.

—¿Y usted? . . .

—Yo me divorcié precisamente porque ya no quería a mi marido. Simplemente por eso . . .

—Pero semejante divorcio ofrece, en mi opinión, graves peligros . . .

—El Soviet no lo ignora —me dice Ana Virof—. Al comienzo, los abusos fueron muchos. Poco a poco, y debido al control de la ley, al influjo del nuevo género de vida soviética y al control moral del partido comunista, los abusos son menos. El número de divorcios se reduce día a día. Una reciente estadística demuestra una disminución progresiva de año en año. Actualmente, según diagramas publicados hace poco por La Isveztia, hay más divorcios en Francia que en Rusia. Esto prueba, como usted ve, el creciente afianzamiento moral de la familia soviética. Esto prueba, asimismo, que las nuevas disciplinas sentimentales rusas van consolidándose a paso firme, y que ellas devienen más o más espontáneas o temperamentales.

—¿Y en cuanto al régimen familiar?

—Contrariamente a lo que se propala en el extranjero, la familia existe en Rusia. Usted debe haberlo ya comprobado.

—No muy bien, compañera. Esto de la familia dentro del Soviet, como muchos otros aspectos sociales rusos, se me presenta un tanto vago y confuso.

—Pues bien —afirma Ana Virof—. La familia del tipo burgués clásico domina en una mínima parte la población rusa. Este tipo de familia tiende a desaparecer, por ser contrario a la nueva estructura social. Junto a él está naciendo el tipo de la familia socialista, cuyas bases y primeros esbozos apenas se anuncian vagamente. La familia socialista es una institución que vendrá, pero que anda muy lejos aún del régimen ruso actual. Sus gérmenes —indecisos y fugitivos— que más se presienten que se ven, duermen o, más exactamente, están incubándose en la familia soviética, forma ésta intermediaria y de transición entre la vieja y derogada familia burguesa y la futura familia socialista. Este tipo de familia soviética se caracteriza por tres tendencias. La primera consiste en la disolución y debacle de los valores tradicionales de la familia burguesa. Esto quiere decir que en la familia soviética obran cada vez menos las normas de conducta del padre, de la madre y del hijo burgués. Las relaciones sentimentales y jurídicas de la familia capitalista se relajan y desaparecen rápidamente. Es la bancarrota y la muerte inminente del hogar antiguo. Signos de esta quiebra son la igualdad absoluta —en todos los terrenos— del marido y la mujer, el fin de la patria potestad y la intervención del Estado en los más íntimos y minuciosos repliegues de la vida familiar. Esta ha cesado de ser un pequeño Estado dentro del Estado, para convertirse en una célula abierta y entrañada, por todos sus respectos, al gran organismo colectivo. La familia ha sido vaciada. Sus entrañas se han volteado, asumiendo una nueva posición respecto del resto de la sociedad. Muchas de ellas han ardido, sin dejar ni cenizas, en el crisol de la revolución. Otras quedan aún. ¿Qué devendrán después?...

“La segunda característica de la familia soviética consiste en haber trasladado el eje de ésta de la casa a la fábrica. Las relaciones han saltado los mu-

ros, alcanzando a los individuos de toda una clase social: la proletaria. El hogar, en Rusia, ya no lo integran los padres y los hijos, sino todos los trabajadores. Es un solo hogar, formado de millones de padres y millones de hijos. Es el hogar de los hogares.. Su mecánica sentimental se ha multiplicado, liberado y amplificado. Pero la nueva familia rusa no solamente ha dilatado y purificado sus valores sentimentales. Ellas les ha dado a éstos una base nueva en la historia: el trabajo. ¡El amor inspirado y fundado en el trabajo! ¡El parentesco del trabajo! De aquí que la fábrica se ha convertido en la fuente matriz de todas las relaciones, sentimentales, intereses e ideas de cada individuo. De ella parte toda inspiración vital, toda fe y toda esperanza humana, y a ella convergen todos los esfuerzos, sentimientos y pasiones. En ella está el principio y el fin de la existencia. En ella está la vida. Hombres y mujeres no piensan sino en la fábrica. El resto de la existencia ha sido relegado a segundo plano. El instinto del trabajo ha dominado a los instintos de marido, de padre, de esposa y de hijo. Gladkov ha dicho: "La nostalgia de las máquinas es más fuerte que la noticia del amor". Sólo queda de la familia antigua el instinto de hermano, pero de hermanos en la producción. Es ésta la gran fraternidad del trabajo".

"La tercera característica de la familia soviética reside en los gérmenes socialistas que en ella se están incubando lenta y trabajosamente. ¿Cuáles son esos gérmenes? Es difícil precisarlo, pues ellos son aún tan difusos que no se está seguro de cómo serán sus formas posteriores y definitivas. Sin embargo, dos señales se pueden ya constatar al respecto: la desindividualización de los instintos y sentimientos de familia y la afirmación racional y progresiva de los mismos. El sentimiento paternal o filial es menos egoísta y exclusivo. Se ha socializado. Un padre es más padre de todos los hijos que del suyo propio únicamente. Un hijo es más hijo de todos los padres que del suyo propio únicamente. De otra parte, el sentimiento paternal y filial se han modifica-

do no sólo en extensión sino también en su esencia. El padre ha bajado al nivel del hijo, haciendo de él más un hermano que un hijo. Este, a su vez, ha subido al nivel del padre, haciendo de él más un hermano que un padre. El árbol genealógico ya no es una pirámide jerárquica. Es más bien un gran círculo absolutamente horizontal, integrado por todos los miembros de la sociedad. Tratándose del sentimiento conyugal, la abolición de la propiedad privada ha nivelado de golpe al marido y la mujer, liberándolos a uno de otro y convirtiendo el antiguo vínculo de posesión y consumo recíprocos, en libre y fraternal compañerismo. Por último dentro de la familia soviética, no sólo no se han destruido los instintos y sentimientos de familia, sino que están afirmándose y purificándose en lo que ellos tienen de fundamental y consustancial con la naturaleza humana. Este proceso de afirmación se lleva a cabo encauzando esos instintos por derroteros más racionales y colectivos que antes. No es que en Rusia el padre no ame a su hijo —como se supone tendenciosamente en el extranjero—, sino que sigue amándolo, pero con un amor más racional, más justo, más generoso, más libre, más humano y más universal. No es tampoco que la mujer ya no quiera a su marido. Este cariño existe. Sólo ha cambiado de forma, y más aún, de esencia. Los miembros de la familia se aman al aire libre, engranando sus sentimientos familiares de un modo nuevo —menos individual y más social— con el complejo colectivo en que viven y del cual dependen. Padres e hijos comprenden que ellos pertenecen más a la colectividad que a la familia. De ahí la conexión o puente entre este último signo socialista naciente y el paso de la familia soviética por el eje fraternal de la fábrica, fundiéndose con ésta, centro indiscutible del nuevo orden colectivo ruso.

Ana Virof conoce, según se ve, ampliamente cuanto se relaciona con la familia rusa. No es raro encontrar en Moscú obreros y obreras de abundante cultura sociológica, en razón de la gran propagan-

da y difusión que en este terreno realizan los centros académicos revolucionarios rusos. Estas últimas preguntas le hago a Ana Virof.

—Usted es madre y podría informarme algo sobre la maternidad en Rusia.

—Dos cosas hay, según creo, de absolutamente nuevo en este punto entre nosotros: el aborto y el régimen del embarazo normal. Hay dos clases de aborto en Rusia: el aborto clandestino y el aborto legal. El primero es el que practican las madres arbitrariamente, movidas por motivos e intereses caprichosos y egoístas, por evitarse dolores y cuidados, por no deformarse (!) el talle o por cualquier otra causa inconfesable y oculta. En este caso, el aborto es un crimen como en todos los demás países y la ley lo persigue y castiga severamente. El aborto legal es el que se hace por el ministerio de la ley y a causa de enfermedad orgánica y grave de uno de los padres o por accidente sobrevenido durante el embarazo a la madre. Este aborto lo ordena el médico y es obligatorio para los padres. De no llevarlo a cabo, la infracción acarrea delito y sanciones igualmente severas. Este aborto legal y obligatorio es totalmente nuevo en el mundo. Después de Rusia, es Alemania la que va a establecerlo.

—¿Y en lo que toca al régimen del embarazo normal?

—Quiero referirme con esto al control riguroso del Estado respecto de la madre. Durante las seis semanas de reposo que preceden al nacimiento y en las seis semanas que le siguen, la madre es vigilada minuciosa y diariamente por el Estado. Un personal especial visita sin aviso previo a la madre en su domicilio o la vigila afuera. El médico va a verla cuantas veces él lo cree necesario. Un régimen especial para cada caso es impuesto a cada madre, y el incumplimiento de este régimen es castigado por la ley. Además, como la madre recibe, durante esos dos lapsos, su salario completo, el Estado, la vigila a fin de que ese dinero sea invertido en el estricto cumplimiento del régimen impuesto, el cual

está destinado a proteger y estimular la salud y la vida de la madre y del niño . . .

—Pero un tal control supone un personal de Estado innumerable y gastos imposibles . . .

—En efecto. En este servicio hay un personal inmenso y los gastos del Estado son, asimismo, incalculables. Pero ni una ni otra cosa son imposibles. Desengáñese usted. La riqueza social es infinita, inagotable. De ella se puede sacar dinero para todo. Prueba de ello es que el Soviet sostiene y paga personales innumerables para los diferentes y múltiples servicios públicos. La diferencia es la siguiente: en los países capitalistas, toda la riqueza social va a manos de unos cuantos patronos, y el Estado es casi siempre un mendigo que no tiene con qué pagar ni siquiera a los maestros de escuela, mientras que en Rusia toda la riqueza social está en manos del Estado, el cual dispone así de ingentes recursos para servir a los intereses sagrados y vitales de la colectividad, como es el de la maternidad, por ejemplo. Así es como, mientras las madres y los niños proletarios están abandonados en los países burgueses a su propia suerte, en Rusia merecen, por el contrario, todos los cuidados y la protección del Estado. ¿Ha estado usted ya en las maternidades de las fábricas?

—Sí. Pero en este campo, como en otros muchos, el observador no puede enfocar sino un momento —el presente— de un fenómeno social. Ver una cosa no basta para abarcarla en toda su función social. Lo que a mí me interesa no es tanto una realidad, sino el proceso de esta realidad. Y el proceso no es accesible más que asistiendo al devenir de las cosas, a la vida de las cosas. El presente, desde este punto de vista, es una cosa muerta. Por eso los informes de usted —que vive y ha vivido lo que ahora me expone— vienen a completar mis datos y observaciones del momento en este punto. En efecto, no he visto nunca en Rusia espectáculos lastimosos de ma-

dres y criaturas viviendo una vida de abandono y atentatoria a la salud de las futuras generaciones. Estos espectáculos, tan frecuentes entre los obreros y campesinos de otros países, son aquí reemplazados por una infancia robusta, alegre y llena de salud espiritual. Esta es la impresión que se tiene en la calle, en las maternidades, en las escuelas, en los asilos y en los parques infantiles.

X I V

EL CINEMA. — RUSIA INAUGURA UNA NUEVA ERA EN LA PANTALLA

VLADIMIRO Malakovsky me ha llevado a la générale de *La línea general*, de Eisenstein (1). Después de una explicación contradictoria, es decir, debatida, de Sneiderov, operador de la película, la iniciación de ésta sobre la pantalla es recibida por el público —de críticos, artistas y escritores— con una interminable ovación. ¿Ovación clasista al carácter propagandista de la película? ¿Ovación admirativa a Eisenstein? En muy pequeña medida, ovación al gran artista, y casi por entero ovación a la propaganda (2). Es entendido que el plano dominante en Rusia lo constituye hoy el políticoeconómico revolucionario. No significa esto —como lo imaginan los celosos profesores y estetas burguesas— que el Soviet crea superiores la economía y la política e inferior el arte. La ordenación marxista de los fenómenos sociales en infraestructuras y superestructuras

(1) Tratándose del cinema, tomo, desde luego, como su más puro exponente la obra de Eisenstein. Esta basta para dar una idea fundamental de la pantalla rusa.

Sin embargo, existen junto a Eisenstein dos o tres corrientes más diversas de la suya y de mucha envergadura. Me refiero a la de Tziga Vertov, a la de Pudovkin, a la de Profazanov.

En cuanto al cinema hablado, no se le atribuye ningun-

ducen toman el 95 por 100. La lucha entre unos y otros es la lucha de clases en todas las zonas diarias de la convivencia: en el hogar, en la calle, en el templo, en el campo, en el taller, en el navío, en el cuartel, en la oficina, en el banco. Es la explotación del hombre por el hombre. Las formas más violentas de este drama social del trabajo son la hambruna de los trabajadores, el lujo de los parásitos, la protesta de las masas, la masacre de éstas por sus explotadores, la insurrección y la toma del poder por los productores y la reacción consiguiente de aquéllos.

En fin, la socialización integral y justa del trabajo —en la producción de la riqueza y en su distribución— constituye el segundo aspecto cinematográfico en Eisenstein. Esta es la edificación socialista por el proletariado, la colectivización infinita de la vida por los trabajadores. El socialismo. Aquí llega Eisenstein a la glorificación del trabajo, no ya del trabajo como mito asentado en el origen de la sociedad humana —punto de partida del desarrollo total del arte eisensteiniano—, sino como mito asentado en el futuro. Es ésta la fiesta de esperanza, de fe, de esfuerzo, de buena voluntad, de justicia práctica y de amor universal.

Como se ve, los dos momentos cinematográficos en Eisenstein no son más que formas y modos de determinarse dialécticamente del *leit-motiv* que es el trabajo, base de toda obra de arte, como lo es del aparato social de la historia. Este *leit-motiv* abraza y llena tácitamente —por omnipresencia— el desarrollo entero de la obra de Eisenstein.

¡Las imágenes del trabajo! El artista ha estado casi siempre certero en la selección, composición y *decoupage* de las imágenes. Aquí, más aún que en la contexturación del *leit-motiv*, la creación cinematográfica es más nueva e inédita en la historia de la pantalla. Por primera vez en el cinema se sorprende, se compone y se *decoupe* con un asombroso efecto cine-dialéctico —para emplear un epíteto del propio Eisenstein—, las fuerzas e instrumentos elementales de la producción económica, el aparato del Estado, los imponderables de la técnica industrial, las for-

mas de la riqueza social, los avatares de la materia primera, el materialismo dialéctico de la historia, el movimiento y el reposo de la vida. Hay en **El aco-razado Potemkin** y en **La línea general** prodigios en este punto. Por ejemplo: un friso de tractores, vistos desde un avión, enroscándose como una serpiente sobre el predio del **kolskos**; una sierra de carpintería cortando como un arco de violín un tronco de pino nórdico o pasando por la entraña de una viga con el vaivén isócrono de una lanzadera; la telaraña de acero en una sección de **kombinat**, en la que los grupos de obreros están situados y distribuidos como los ganglios de un gran simpático de pesadilla: un desfile de turbinas de ocho en fondo, enfocado de frente y con altura, en las gigantescas instalaciones eléctricas de Nieper; un juego de bielas simultáneas, tomado a quemarropa en la baja maquinaria de un navío; la mano que ordeña y la máquina de ordeñar, saliendo; ésta de aquélla con el salto marxista de la historia; el toro en celo, en el momento de arrancar como una flecha sobre la hembra distante, que le espera: un escuadrón apuntando sobre la masa; los billetes de banco cayendo sucesivamente de las manos de los pobres en la mesa del kulak; el proceso de transformación de la leche en queso, mantequilla y demás productos derivados; la marea de un trigal, levantada por la brisa (placa negativa), y dorada —todo el cromo del oro— por el sol y las nubes (placa positiva).

Las fuerzas humanas del trabajo hallan aquí expresiones e imágenes insólitas. Es ésta una ganga psicológica desconocida para el subjetivismo capitalista del cinema. Estamos aquí ante una psicología nueva. La psiquis que nos revela Eisenstein no es una psiquis individualista e introspectiva, sino socialista, cordial y objetiva. Ella está en función de los trances colectivos de la vida. Verbi gracia: la plástica de un grito de rebeldía en boca de un marino; la mueca de dolor de un obrero herido por la ametralladora del capitalismo; diez mil pares de manos militantes del proletariado aplaudiendo a un agitador; el hormigueo de la masa retrocediendo horrorizada

luz pública, al aire libre. Dependen de la gestión directa y efectiva de todos. Se han democratizado. Son los problemas de todos y que son resueltos por todos, puesto que sus soluciones y transformaciones redundan en daño o en provecho de todos. La gestión soviética de la cosa pública —por su ancha base electiva, su derecho de revocación y la unión en las manos de las masas de los poderes legislativo y ejecutivo— contiene la entraña democrática más directa y genuina que forma alguna de gobierno haya disfrutado y practicado en la historia. Apenas las repúblicas griegas se le asemejan, aunque tan sólo por respetos formales y externos, mas no por su contenido de masas, realmente democrático y creador. De aquí que la economía y la política tengan en Rusia una prestancia visible y fulminante ante el pueblo.

* * *

Como en **El acorazado Potemkin**, Eisenstein realiza en **La línea general** una revolución de los medios, de la técnica y de los fines del cinema. La que trae Eisenstein es una estética del trabajo (no una estética económica, que es una noción disparatada y absurda). El trabajo se erige así en sustancia primera, génesis y destino sentimental del arte. Los elementos temáticos, la escala de imágenes, el **decoupage**, la cesura de la composición, todo en la obra de Eisenstein parte de la emoción del trabajo y concurre a ella. Todo en aquélla gira en torno al novísimo mito de la producción: la masa, la clase social, la conciencia proletaria, la lucha de clases, la revolución, la injusticia, el hambre, la naturaleza con sus materias primas, la historia con su dialéctica materialista e implacable. ¿Qué vemos y sentimos en el fondo de estas formas del proceso social? El trabajo, el gran recreador del mundo, el esfuerzo de los esfuerzos, el acto de los actos. No es la masa lo más importante, sino el movimiento de la masa, el acto de la masa, como no es la materia la matriz de la vida, sino el movimiento de la materia (desde Heráclito a Marx). El Eisenstein, que va a llevar en estos días a la pantalla la teoría del materialismo histórico, se ha ceñido en **La línea general** y en **El aco-**

razado Potemkin al leit-motiv del trabajo, movilizan-
do, para realizarlo, el aparato social entero: el Esta-
do —reaccionario y revolucionario—, el ejército, el
clero, la burocracia, la marina, la burguesía, la no-
bleza, el proletariado, la fábrica, el agro, la ciudad,
el tractor, el aeroplano, la riqueza, la miseria. Por-
que estos diversos factores sociales no son más que
creación del trabajo. Sin él, la sociedad humana es
imposible. El trabajo es el padre de la vida, el cen-
tro del arte. Las demás formas de la actividad so-
cial no son más que expresiones específicas y diver-
sificadas del acto primero de la producción económi-
ca: el trabajo.

Este leit-motiv central lo trata Eisenstein en va-
rios tramos cinematógicos.

El primer tramo cinematográfico en Eisenstein es el
mecanismo social del trabajo, su modo de realización
humana: cómo se hace y cómo debería hacerse el tra-
bajo por los miembros de una colectividad. ¿El tra-
bajo es cosa de un solo hombre, o de muchos, o de
todos los hombres? Aspero y, a la vez, llano enun-
ciado éste que Eisenstein plantea y resuelve dia-
lécticamente en su cinema. El trabajo fue individual
en la era presocial de los hombres, pero él empezó
luego a ser social el día en que nació la colectivi-
dad humana. Es más: es el día en que por primera
vez se unieron dos hombres para trabajar, que nació
el primer germen de la sociedad. El trabajo es el pa-
dre de la sociedad humana. El trabajo es en el hom-
bre un fenómeno esencialmente colectivo, un acto de
multitud. Todos deben trabajar. Pero ¿cuáles son,
de hecho, las modalidades sociales de la actual pro-
ducción económica? Eisenstein llega entonces al dra-
ma social del trabajo, originado por la maldad de
unos cuantos hombres para quienes el esfuerzo de
la producción debe ser desplegado únicamente por
ciertas capas sociales, mientras que otras tienen una
especie de derecho a no hacer nada, y para quienes,
de otro lado, la riqueza creada por el trabajo debe
seguir en su distribución un método inverso al de
su producción: los que la producción toman apenas
un 5 por 100 de ella, mientras que los que no la pro-

—economía, política, derecho, moral, religión, filosofía, arte—, no supone ninguna jerarquía entre ellos. Cuando Marx afirma que la base de la sociedad humana es la economía, no pretende que ésta sea superior a la política, al derecho o al arte. Lo que hace únicamente es constatar un hecho, una realidad. Es como cuando se constata que a la base del cuerpo se hallan los pies; con esto no se pretende afirmar que los pies son superiores o inferiores a la cabeza, al tronco o a los brazos.

¿Es que no goza el plano económico-político en otros países de la misma prestancia social que en Rusia? Sí. La economía y la política, en todos los países, tienen prestancia idéntica que en Rusia y la han tenido en toda la historia. La diferencia consiste en que en Rusia las actividades económicas y políticas son dominio de todos y al servicio de todos, mientras que en los países capitalistas o feudales la economía y la política son manejadas y dirigidas por unos cuantos y al servicio de unos cuantos. Aquí es la masa la que produce la riqueza en que se apoyan

na importancia en Rusia. “La transformación del cinema —dice a este propósito Eisenstein— no vendrá del sonido. La transformación del cinema vendrá de la intelectualización cinematográfica del mundo”. De otro lado, el mismo Eisenstein ha expresado que la palabra sólo puede ser utilizada para reemplazar a la escritura actual en la pantalla y para resolver metronómicamente dificultades en el “decoupage”. Por último, política y tácticamente, el cinema hablado no hace sino crear dificultades idiomáticas para la difusión, propaganda y penetración socialista entre las diversas naciones de la Unión Soviética. El cinema hablado crea nuevas fronteras, separa a los pueblos. Es, desde este punto de vista, antisocialista, contrarrevolucionario.

(2) El arte realmente revolucionario persigue, ante todo, el objetivo de la propaganda —pensaba Erwin Piscator al fundar el Teatro del Proletariado de Berlín. Jorge Grosz decía asimismo hace poco: “El artista de nuestros días no puede escoger sino entre el arte de mera técnica y el arte de propaganda por la lucha de clases. Si no quiere ser un fracasado, habrá de optar por lo último”.

y se desenvuelven todos los fenómenos sociales, pero sólo unos pocos —los patronos o señores— se ocupan de orientar esos fenómenos en provecho y bienestar de esos pocos. Así, pues, aparentemente, para la mayoría y a los ojos de ésta, se diría que la economía y la política carecen de prestancia social, desde el momento en que ellas no dependen más que del brujuleo y maniobras de una pequeña capilla de *vedettes*. ¿Quién se ocupa en Francia de estudiar, encauzar y perfeccionar con su concurso individual los métodos de transporte? ¿Un transeúnte cualquiera, hombre o mujer? Evidentemente, no. Se ocupa de ello sólo el fabricante de motores, de ruedas o neumáticos, o el empresario de tranvías, o el fabricante de acero, o el concesionario de ferrocarriles. El simple transeúnte cree que eso no le concierne. (En efecto, no le concierne sino a la hora de pagar su billete de tren o el flete de sus bagajes, o a la hora de esperar inútilmente un tranvía problemático). ¿Y quién se ocupa en Inglaterra de mejorar y humanizar el régimen penal? ¿Un transeúnte cualquiera? No. Se ocupa de ello sólo el diputado, el ministro, el lord, el magistrado o el profesor de Cambridge o de Oxford. Esto no concierne al simple transeúnte sino a la hora de entrar en prisión por haber dicho más verdades al equívoco Príncipe de Gales, o por haber condenado públicamente la guerra de las patrias burguesas. Y por este camino, todos los transeúntes del mundo capitalista —que son masa— han llegado a la conclusión de que la economía y la política no pasan de ocupaciones de iniciados, remotas, borrosas, de las que la multitud puede prescindir, sin dificultad. En suma, los fenómenos políticos y económicos burgueses consienten y exigen la intervención popular sólo para hacerla sufrir sus consecuencias y para echar sobre los hombros de las masas el aparato de la producción, base de esos fenómenos, pero de ningún modo para encauzar y dirigir a éstos. Los profesores y estetas burgueses defienden, consciente o inconscientemente, esta misma realidad.

En Rusia, la política y la economía se hacen a la

anté los obuses de los patronos; la curva de un pecho revolucionario cobrando su mayor convexidad ante el pelotón que va a tirar sobre él; los hinchados y grasosos párpados del patrono que duerme a pierna suelta; una multitud en un mitin de protesta; una mosca negra y gorda pastando en el sudor de las adiposas mejillas de un nepman embrutecido e inmovilizado por una exuberante digestión; una procesión de iconos con decorado ad hoc; el gesto seco y óseo de un capitán de buque al dar la orden de fusilar a la hambrienta marinería; la risa luminosa y eufórica del mujik civilizado y liberado por los bolcheviques . . . (1).

Una breve distinción a hacer entre **El acorazado Potemkin** y **La línea general**: la primera película contiene el momento criticista del proceso de la producción; la segunda contiene, sobre todo, el momento constructivo de este proceso. La primera es más psicológica; la segunda es más sociológica. Aquélla es más dolorosa y episódica; ésta es más indolora y permanente. Aquélla expone los hechos de la historia como son; ésta los expone como deberían ser. Ambas, por eso, se completan en la explicación cinemática del proceso social, como anverso y reverso de una misma medalla.

—¡Qué lejos andamos aquí de Hollywood y to-

(1) Una característica, entre muchas otras revolucionarias de la técnica del cinema soviético, reside en el verismo heroico de los grandes momentos multitudinarios de las películas. El cineasta trabaja en este punto, no con actitudes y movimientos artificiales o voluntarios de actores, sino con actos y peripecias vitales de masas e individuos que no son actores, y que, al ser filmados, no hacían más que vivir la realidad auténtica y extracinemática de la vida cotidiana. De este modo, a los actores profesionales o "dilettantes" reemplazan personas y masas sin formación artística, y que ignoran que en ellas se está filmando el gran drama de sus vidas individuales y colectivas. El cinema tiende así a ser un simple instrumento de reportajes o cinema documentario. "El operador", de Vertof, es una de las más típicas películas de este género, y algunos momentos de "Tempestad en el Asia", de Pudovkin. Por lo demás, el propio Eisenstein dice: "El arte ha cesado de serlo y se encamina a la meta de devenir la vida misma".

do su *dressing room* de decadencia y pacotilla! (1).

X V

LAS GRANDES DIFICULTADES. — DE LA REVOLUCION POLITICA A LA REVOLUCION ECONOMICA. — LA VOZ DEL MUJIK

He asistido a una conferencia contradictoria —un debate— sobre capitalismo y socialismo, en el múltiple: (1) obreros de fábrica y de campo, campesinos pobres, *kulaks*, ingenieros, funcionarios, *nepmans*, soldados, artistas, miembros del partido comunista, obreros sin partido, mujeres, hombres de ciencia, industriales extranjeros: todos los matices de la sociedad soviética. El conferenciante es un delegado del partido comunista yanqui ante la *Komintern*. Una versión francesa del debate, obtenida a medida que ésta se desenvuelve; me permite sorprender los más auténticos y salientes trances de la discusión.

El conferenciante empieza afirmando la continuidad histórica del fenómeno económico a través de la revolución rusa. “La máquina —dice— tiene, evidentemente, sus saltos marxistas, es decir, sus revoluciones; pero éstas no se realizan forzosamente al mismo tiempo que las revoluciones políticas o saltos del aparato del Estado. A veces o casi siempre las revoluciones del fenómeno económico —máquina, técnica, etcétera— tienen lugar bajo un ritmo meramente evolutivo del fenómeno político de un

(1) Los materiales técnicos cinematográficos no son del todo soviéticos, ni mucho menos. El número de “studios” es igualmente reducido. Sólo el 60 por 100 de las películas se produce en talleres rusos, y menos aún con material ruso. Este material es, en su mayoría, alemán, y muy poco yanqui.

(1) Pareciera que aquí faltase un complemento circunstancial, alusivo al Museo Politécnico (que se menciona en las últimas líneas de este capítulo). Así aparece la frase en la edición madrileña, que hemos respetado por no existir ya los propios originales del autor. (Nota de la Editora EDICIONES PERU).

—Pues bien —dice el yanqui—. Seré más preciso y diré categóricamente que la revolución política no lleva siempre consigo la revolución económica automática. Suprimo así lo de o casi nunca y lo de simultánea . . .

—Cítanos, compañero —replica el profesor—, caso histórico en que la revolución política lleve consigo la revolución económica automática.

—La revolución francesa de 1789, que a los veinte días de la toma de la Bastilla suprimió, el 4 de agosto, los privilegios feudales.

—La revolución rusa de 1917 también, el mismo día de la toma del Palacio de Invierno, suprimió los latifundios, entregando toda la tierra a los que la trabajan . . .

—Sí, perfectamente. En uno y otro casos, ambas medidas fueron traumáticas, revolucionarias. Son, en efecto, revoluciones económicas. Pero la primera es una transformación completa. La abolición del régimen feudal consagraba de hecho y plenamente el advenimiento del orden burgués. En cambio, la repartición de las tierras entre los trabajadores rusos no era más que el comienzo y la tentativa de una nueva economía agraria. En 1789, la burguesía no hacía sino legitimar una situación de hecho, cual era su preponderancia económica ya instaurada en Fran-

A las dificultades antes dichas hay que añadir dos de primera importancia: el atraso de la técnica de producción rusa en 1913 y la desmesurada tarea de transformar las bases más hondas del mecanismo económico zarista en otras radicalmente distintas: las bases proletarias. “Cuanto más atrasado éste —decía Lenin— el país (Rusia) llamado por los zics-zacs de la historia a inaugurar la revolución social, más dificultades hay en pasar del antiguo régimen capitalista al socialismo”. Lenin alude a la última dificultad diciendo: “La organización del registro y del control de las más grandes empresas, la transformación de todo el mecanismo del Estado y de todo el mecanismo económico en una gran máquina, en un organismo que trabaje de tal suerte que cientos de miles de hombres laboren con arreglo a un plan, es la colosal misión organizadora que pesa en nuestros hombres”.

cia. En 1917, el Soviet daba apenas el primer paso práctico hacia el advenimiento del socialismo agrícola. La técnica capitalista, en 1789, era un fenómeno casi enteramente consumado en Francia. En 1917, la técnica socialista apenas se esbozaba únicamente en la industria pesada rusa. Prueba de ello es que solamente ahora, a partir de 1928, se ha empezado en Rusia a colectivizar el campo. El decreto del Soviet de 27 de octubre de 1917 instauraba un régimen rural —el parcelamiento— que ni siquiera llegó a estructurar, para reemplazarlo luego por otro, el actual, el colectivo. En consecuencia, la verdadera revolución agraria rusa no se efectuó en 1917 por resonancia automática de la revolución política, sino en 1929.

“Pero si mi ejemplo de la revolución francesa no es claro ni bastante, me referiré a nuestra época. El día en que el proletariado tome el poder en los Estados Unidos, la revolución económica seguirá automáticamente a la revolución política, por no decir simultáneamente. ¿Por qué? ¿Cómo? Porque ya de hecho, en la práctica, el orden económico proletario es el que domina en gran parte en ese país, no sólo en la industria pesada ni ligera, sino en la agricultura. No tiene la dictadura proletaria, apenas tome el poder, sino que consagrar por un decreto lo que ya es una situación de hecho en la economía yanque. El orden socialista está ahí maduro para el salto económico de la historia”.

“Y es que el caso de la burguesía de 1789 en Francia y el del proletariado de hoy en los Estados Unidos, demuestran que toda revolución —económica o política— exige una cierta madurez de los factores del proceso económico o político que le son favorables. ¿Estos factores estaban maduros, en 1917, en Rusia? Evidentemente, no. La técnica de producción estaba, en general, atrasada. Económicamente, Rusia era un país rezagado. Salvo en algunos aspectos de la industria pesada, como he dicho, donde la técnica estaba parcialmente socializada y donde el proletariado era numeroso y con cierta conciencia de clase, el resto de la actividad económica llevaba el

da de la transformación del aparato económico ruso, la transformación que se está efectuando a diversas distancias, según las ramas industriales, de la revolución política de 1917. Compañeros: la colectivización de la agricultura rusa, la implantación del nuevo calendario, la electrificación del país, la producción de maquinaria e instrumentos de trabajo y otras obras realmente revolucionarias de la economía rusa, no habrían podido llevarse a cabo nunca sin la destrucción del Estado zarista y su reemplazo por el Estado soviético. ¿Es esto cierto o no es cierto, compañeros?

La sala asiente casi unánimemente y el orador continúa:

—¿Qué deducciones pueden sacarse de estos hechos? Muchas y muy importantes. Primeramente, que durante varios años después de la toma del poder en 1917, la economía rusa, en su esencia, ha seguido un curso normal y sin mayores diferencias de lo que ella era la víspera de la caída del zar. Según he dicho al comienzo, la toma del poder por el Soviet no podía llevar consigo la transformación automática y simultánea de la economía. Pero es más todavía: digo mal al decir que la vida económica siguió su curso normal. Este fue normal en el sentido de que no se produjo en él ninguna revolución. Pero en lo demás no fue normal. Sufrió un retroceso, motivado por las guerras civiles y por la propia destrucción del Estado zarista. Así es como, al cesar esas guerras y al quedar definitivamente contexturado el aparato soviético de Estado, el fenómeno económico había sufrido un gran retraso. En vez de haber dado un salto hacia adelante, había dado un salto hacia atrás. ¿Esto era todo? No. Un segundo retraso sobrevinía luego a causa de las dificultades de adaptación de la nueva organización política a las viejas formas sociales del país. Este segundo retraso pudo subsanarse poco a poco con la Nep, que permitía un puente entre la revolución y el pasado.

“He aquí, compañeros, la primera razón por la cual el Soviet no ha avanzado más en su acción económica, revolucionaria y constructiva. En el extran-

jero se preguntan: “¿Cómo es posible que en Rusia la vida económica conserve todavía formas tan viejas y estancadas como las de cualquier país capitalista? ¿Cómo es posible que Rusia sufra aún de deficiencia de productos industriales? ¿Cómo es posible que haya aún en Rusia concesiones industriales extranjeras? ¿Qué ha hecho entonces la revolución? ¿Qué diferencia hay entonces entre Estado proletario y socialista y Estado capitalista?” . . .

“A estas preguntas hay que responder así: Primero. La revolución política, la transformación de un Estado no siempre lleva consigo la revolución económica automática. Segundo. Las guerras civiles de una revolución retrasan el proceso económico. Tercero. Las dificultades de adaptación de un nuevo Estado y las antiguas formas sociales, ejercen sobre la vida económica un segundo retraso. Total: el Soviet ha tropezado y aún tropieza con estos tres fenómenos inevitables y consustanciales de la revolución, para revolucionar precisamente y luego consolidar, en forma constructiva, los módulos económicos del país” (1).

Un profesor interroga:

—Noto, a través de toda la exposición del conferenciante, una fisura de grave trascendencia. El compañero no es preciso. Dice: “La revolución política no siempre o casi nunca lleva consigo la revolución económica automática simultánea”. Francamente, yo querría que el compañero sea más concreto o que nos explique esta frase, un poco ambigua e inconsistente.

(1) Hacia fines del “comunismo de guerra”, en 1921, la producción industrial apenas rendía el 20 por 100 de las cifras de 1913, y la producción agrícola, alrededor del 50 por 100. Sólo en 1927 la producción en general se restaura totalmente, llegando la industrial a 103.9 por 100 respecto de 1913, y la agrícola, a 106.5 por 100. A partir de 1927, la economía nacional soviética entra de lleno en un período de reconstrucción al infinito. La producción en rublos, en 1927, alcanza a 21.23 miles de millones de rublos; en 1931, llega a 31.25, por 20.04 en 1913.

país. El mecánico Fulton inventó la navegación a vapor en pleno remanso político de los Estados Unidos. Taylor introdujo su famoso sistema de trabajo, en horas tranquilas e imperturbables del Estado capitalista yanqui. Del mismo modo, la proclamación de la Comuna de París no vino acompañada de ninguna transformación radical ni violenta del proceso de la producción. Así también, la revolución bolchevique de 1917 no trastornó, no hizo saltar el ritmo económico ruso.

—¿Eso quiere decir— pregunta un comunista ruso— que la revolución rusa no ha sido sino una revolución política, pero no una revolución económica? La tesis del compañero que nos habla es peligrosa, pues se presta a muy contradictorias consecuencias. De esa tesis podrían servirse los profesores burgueses para sostener —como ya lo han sostenido los enemigos rusos y extranjeros del proletariado— que, en efecto, la revolución de 1917 no significa más que un simple cambio de gobernantes, y que ella ha dejado en el estado de antes la estructura económica de Rusia. Es decir, que aquí hay siempre pobres y ricos, explotados y explotadores, siervos y señores, patronos y obreros, y que al zar blanco Nicolás II ha sucedido el **zar rojo**, Stalin. Otto Bauer, el socialista alemán, es de los primeros en afirmar el carácter exclusivamente político de nuestra revolución y en negarle todo carácter económico. Así, pues, yo quiero que el compañero que nos habla explique bien su tesis, que la aclare, a fin de evitar confusiones y errores . . .

—No, compañero— dice el yanqui—. Lo que yo sostengo no se relaciona en nada con lo que dicen nuestros enemigos los capitalistas. Lo que yo afirmo es la **independencia de tiempos** con que se realizan las revoluciones política y económica. Yo anoto entre ellas una independencia únicamente de tiempos. Quiero decir con esto que la revolución económica no siempre —y más aún— que casi nunca se efectúa en el mismo momento que la revolución política, y viceversa. Creo que los ejemplos que he mencionado de Fulton, de Taylor, de la Comuna de

París y de la revolución rusa de 1917 son bastante aclaratorios. Pero con esto estoy lejos de negar la dependencia de causa a efecto que hay siempre entre los saltos político y económico. Una revolución económica trae siempre en sus entrañas los gérmenes de una revolución política y al revés. El primer buque a vapor construido por Fulton determinó en mucho, seguramente, a través de muchos años, el establecimiento de la forma republicana de gobierno en Alemania o la dictadura fascista en Italia, o la instauración monárquica en Egipto. Así también, la Comuna de París ha determinado en gran parte el movimiento del capitalismo organizado o superimperialista, o el fenómeno de la racionalización capitalista. La revolución política rusa nos aporta, asimismo, inmensas y maravillosas revoluciones económicas, las mismas que se han realizado después del salto del aparato de Estado; muchas sólo ahora empiezan a realizarse y otras ni siquiera han empezado.

“Estas dilucidaciones, compañeros, tienen gran importancia desde muchos puntos de vista, y particularmente para los ojos del extranjero, que sin ellas no se explica ni comprende nuestra revolución” . . .

Un ingeniero le interrumpe:

—De lo que acaba de manifestar el compañero conferenciante se deduce que, en principio y en la práctica, la vida económica se desarrolla y tiene sus revoluciones aun bajo los Estados conservadores. Es decir, que para revolucionar la estructura económica de un país no es siempre menester derribar el aparato de Estado vigente. De donde resulta que para llevar a cabo la transformación radical de la economía rusa no era forzoso derribar el zarismo y reemplazarlo por el Soviet . . .

El conferenciante responde:

—Tampoco son así las cosas, compañero. Vuelvo a decir que las revoluciones económicas engendran las revoluciones políticas, y a la inversa. Por consiguiente, la toma del poder por los bolcheviques y la transformación del aparato de Estado zarista en el Estado proletariado, contienen el punto de parti-

sello de un enorme atraso: técnica, maquinarias, obreros, métodos, etc. Este atraso ha sido otro de los obstáculos del Soviet para la edificación socialista de la economía, para el salto o revolución económica de Rusia" (1).

"Existe aún otro obstáculo: la ignorancia de las masas, particularmente campesinas" . . .

Un **nepman** se permite observar:

—Si la economía zarista estaba en 1917 tan rezagada, pienso que no era entonces el momento de hacer la revolución bolchevique. Había que haber esperado más bien que maduraran los factores favorables a la revolución económica de Rusia".

El yangui dice:

—Eso es lo que alegan los enemigos de la revolución, los evolucionistas fanáticos. Justamente, Lenin ha demostrado con la revolución rusa que la maduración de esos factores puede realizarse con mayor rapidez bajo el Estado revolucionario que bajo el Estado conservador (1). Lenin ha probado que el proceso de maduración de un fenómeno social puede ser acelerado, como puede ser acelerado el crecimiento de una planta. Un ejemplo: el fenómeno agrario. Comparemos. Tomemos la agricultura más avanzada en 1917: la alemana, y la más atrasada: la rusa. ¿Qué vemos en 1923? Que bajo el Estado revolucionario ruso se han preparado y están ya listos una serie de factores y condiciones económicas generales, necesarias y bastantes para socializar el campo, mientras que, bajo el Estado conservador alemán, esos factores y esas condiciones siguen preparándose paulatina y morosamente y se encuentran aún verdes para una socialización inmediata del campo alemán. Ciertamente, esta socialización anda muy lejos de las intenciones del Gobierno alemán. Pero así lo quisiese, ¿sería ella posible actualmente? Evidentemente, ella no sería posible. ¿Por qué? Porque el Estado no ha preparado, repito, las condiciones económicas generales de semejante salto o revolución agraria. En

(1) Alude a la primera de las dificultades contenidas en la cita anterior de Lenin.

cambio, el Soviet sí que ha estado maduro para iniciar en 1928 la colectización agrícola, y así lo ha hecho. Los signos y frutos de esta revolución rural ya los conoce y los ha palpado el mundo entero (2).

“Porque esta revolución, como todas las revoluciones, no depende de la voluntad exclusiva de los Gobiernos, sino principalmente de las condiciones sociales objetivas, favorables o contrarias a la revolución” . . .

Más adelante, el conferenciante dice:

—Si se tienen en cuenta, además, las dificultades derivadas de la intervención de los aliados en Rusia, del bloqueo económico en que ha vivido y vive todavía el Soviet por parte de las finanzas imperialistas, y derivadas, en fin, de las constantes reacciones del zarismo caído, se comprenderá sin trabajo el esfuerzo titánico e increíble que el Estado proletario ha tenido que desplegar para obtener los resultados y progresos prácticos que empiezan a asombrar al mundo entero. No sólo ha logrado el Soviet sostenerse en el Poder, sino que ha realizado adelantos revolucionarios y constructivos tan grandes en todos los terrenos, que le colocan de golpe a la cabeza de la civilización universal. Todo esto lo ignoran los pueblos extranjeros. ¿Por qué? Porque los patronos, los profesores, los periodistas y demás enemigos de clase del proletariado —interesados todos en enjuiciar y desprestigiar al obrerismo ruso— cuentan en el extranjero, sobre Rusia, las mentiras más ineptas

(1) “Si el socialismo exige —decía, por ejemplo, Lenin, particularizando la cuestión al tema cultural—; si el socialismo exige determinado nivel de cultura (aunque nadie puede decir cuál sea concretamente ese nivel), ¿por qué no podríamos comenzar por conquistar revolucionariamente las condiciones necesarias para ese nivel de cultura, a fin de ir luego, ya en posesión del Poder y del régimen soviético, hacia adelante y dejar atrás a los países capitalistas?”.

(2) Al iniciarse el año 1931, la agricultura nacional se encuentra colectivizada en un 42 por 100, o sean 20 millones de hectáreas. Para fines de año, la colectivización abarcará el 50 por 100.

cen. Por último, hay unos *que trabajan y no es para ellos lo que hacen con su trabajo*, mientras que hay otros que nunca trabajan y que, sin embargo toman todo lo que los otros producen con su trabajo . . .

El mujik parece como agobiado por las palabras del yanqui, y exclama:

—Basta, compañero, Basta.

Ciertamente, en el debate del Museo Politécnico ha brillado más de una verdad, tanto más persuasiva implacable cuanto más sencilla ha sido la forma en que ella ha sido dicha. No en vano estoy entre proletarios y campesinos.

X V I

LA EDUCACION. — LA ESCUELA UNICA. — UNIVERSIDAD SOVIETICA Y FACULTADES OBRERAS

¡El niño de octubre! Así, con una forma alusiva a la revolución bolchevique, se denomina en Rusia a la infancia venida después de 1917. El niño de octubre encarna el porvenir socialista, el mundo de la justicia definitiva. Encarna o, con más exactitud, deberá encarnar. El niño de octubre es, más que la esperanza y la fe en el porvenir socialista del mundo, el imperativo de realizar y consolidar este porvenir. Esto último explica el contenido de la educación soviética, cuyos dos polos cardinales están constituídos, de una parte, por la ética revolucionaria, y de otra, por la preparación práctica y científica para crear la nueva humanidad. El Soviet quiere hacer del niño un esforzado, un luchador, un héroe, y, al propio tiempo, un constructor, un técnico. El ideal pedagógico ruso contiene, por eso, muchos elementos tomados a los diversos sistemas educacionales capitalistas, antiguos y modernos. El Soviet ha tomado de éstos lo que le es necesario para elaborar el tipo de educación nueva y revolucionaria, cuya esencia y fisonomía humana no se parecen, por lo demás, en nada a ninguna de las pedagogías existentes. Porque

todas éstas —hasta las mejores— son incompletas y están viciadas, en sus íntimas raíces, por su carácter clasista. La pedagogía soviética es también clasista, pero clasista dialéctica. Ella defiende los intereses de la clase proletaria, pero tan sólo momentáneamente y como medio de facilitar la implantación del socialismo. Es clasista a medias o demasiado, pero en todo caso lo justo para llegar a no serlo. El fondo histórico de esta pedagogía —como el del derecho, de la economía, de la moral, del arte soviético— es real y violentamente socialista, a través de su contenido proletario. No hay que olvidar que, dialécticamente, se es más socialista cuanto más proletario se es. En el primer plano está el obrero, y en el fondo de la perspectiva el mundo socialista. En la educación capitalista, el primer plano está ocupado por el patrono, y la perspectiva, por el patrono agrandado hasta la cuarta dimensión.

En un plantel escolar primario de Moscú he visto realizarse, en vivo y en su iniciación infantil, el tipo de escuela única soviética, de esta escuela única que no solamente está a la base de la educación elemental, sino de todos los grados y ciclos de la enseñanza rusa. El plantel que he visitado es mixto —de niños y niñas—, de siete a diez y ocho años. Lo dirige una señora, de unos cuarenta y cinco años. Cuando llego a la escuela, salen de ella dos grupos de extrñajeros.

—¿Son turistas? —me permito preguntarle a la directora.

—No —me dice—. Son todos ellos profesores y pedagogos. Uno de los dos grupos es de alemanes. El otro, de norteamericanos. Han venido a Rusia a estudiar nuestros sistemas de educación.

El local está edificado especialmente para escuela. Varios pisos. Calefacción. Mucho aire. Asistencia médica y farmacéutica. El amueblamiento es mediocre. Las salas de clase pueden alojar hasta cincuenta alumnos. Los patios de recreo y de deporte, un poco estrechos, pero dotados de aparatos modernos para diversos juegos y, especialmente, para gimnasia y baseball. Hay externado, medio y cuarto internado.

Después el yanqui le pregunta:

—Antes, durante el zarismo, ¿gozabas tú de todos los placeres de que los demás gozaban?

—No. ¡Cómo iba yo a gozar! Los pobres no entrábamos a los salones de los ricos, ni a sus comedores. Sus fiestas y sus comidas no eran para nosotros. Ellos tenían sus placeres y los pobres no hacíamos más que servirles y sufrir.

—¿Y ahora?

—Ahora es otra cosa, compañero. Ya no hay salones, ni comidas, ni fiestas para ricos. Ahora todos disfrutamos de pocos placeres, muy pocos. Los verdaderos placeres se fueron con los ricos y los señores.

—Sí, es verdad que nuestros placeres de hoy son muy pocos. Pero ¿hay algunos placeres que gozan otros y que tú no gozas?

—No. Me parece que yo voy a donde van todos: al cinema, al teatro, al club obrero, al restaurante, al té, a la pastelería, a los estadios deportivos. No hay más sitios de placer a donde ir.

—Y dónde te sientas cuando vas a alguno de esos sitios?

—En diferentes sitios. A veces, en un rincón, como ahora. Otras veces, cerca de las luces. Otras veces. . . Una noche, para ver **Krasnamak** en la Opera, me sentaron en el palco del zar.

—¿Y antes?

—Antes no conocía lo que era teatro, ni restaurante, ni club obrero, ni nada. De eso tenía noticias por lo que me contaban los otros campesinos.

—¿En qué trabajabas antes, en la época de Nicolás?

—En cultivar trigo.

—¿Para quién era ese trigo?

—Para los Ratof.

—¿Y a ti no te daban algo de ese trigo?

—Nada. Sólo me daban de comer un poco de cebada.

—¿Y ahora? ¿En qué trabajas?

—Ahora también trabajo en el cultivo de trigo. Pero este trigo nos lo repartimos entre los que lo

cultivamos. Una buena parte es también para el Soviet.

—¿Cuántas horas al día trabajabas antes?

—Trabajaba siempre, sin descanso, día y noche y cada vez que me lo ordenaban.

—¿Y ahora?

—Ahora trabajo ocho horas al día. Yo querría trabajar más; pero los comisarios me lo impiden, porque dicen que no es bueno trabajar mucho.

—En suma, compañero, ¿tú te sientes hoy mejor y más contento que antes con el zar?

—Mil veces más, compañero. Eso no debes ni preguntármelo.

—Bueno. Pues esa es la diferencia que hay entre vivir en un país capitalista y vivir en el país del Soviet.

—¡Cómo! —exclama el campesino sorprendido—. ¿No hay otra diferencia?

—Hay otras diferencias, muchas otras. Pero todas están comprendidas en la que acabamos de hacer. Y todas esas diferencias son siempre en favor del Soviet y en favor de la vida que llevamos en Rusia.

—Pero a mí me dicen que en los otros países capitalistas extranjeros hay otras cosas que no había en Rusia durante el zar. Me dicen que en esos países la vida es mejor que en el Soviet.

—No —responde con energía el yanqui—. No es cierto. Yo he vivido en los Estados Unidos, en Alemania, en Francia. En todos esos países hay lo que había en Rusia antes de la revolución. Hay allí ricos y pobres, señores y siervos, patronos y obreros. Hay también personas de levita, con bastón, piedras preciosas y carruajes lujosos, y hay otras vestidas de andrajos. Hay unos que se agachan y tiemblan de miedo ante otros, que son los generales, popes, propietarios, altos empleados y muchas otras gentes de cuello duro. Hay también muchos goces y placeres para unos, y para los demás sólo miseria y dolor. En esos países hay grandes placeres, pero son únicamente para unos cuantos. Hay también allí unos que van a la Opera y otros que ni siquiera la cono-

y pueriles, aunque no menos malvadas y nocivas. Un político burgués conocido por sus hipócritas halagos al proletariado internacional —Albert Thomas, director de la Oficina Internacional del Trabajo en la Sociedad de las Naciones— ha dicho: “Hemos llegado a un momento en que los espíritus equilibrados ya no leen nada sobre cosas rusas, temerosos o casi seguros como están de ser siempre engañados”.

Un campesino de unos cincuenta años baja de un asiento situado en una de las galerías más altas de la sala y se aproxima paso a paso a la mesa donde está hablando el conferenciante. Todos se quedan en silencio y miran respetuosamente al viejo. ¿Qué va a hacer? Tiene sed. Toma la garrafa de agua que hay en la mesa presidencial, llena el vaso y bebe tranquilamente. Después, dirigiéndose a quemarropa, al conferenciante, le pregunta con una ingenuidad realmente rural:

—Dime, compañero, ¿que diferencia hay entre vivir en un país capitalista y vivir en el país del Soviet?

El conferenciante le responde:

—Hay una gran diferencia, compañero. Tú vives ahora en el Soviet y antes, hace quince años, viviste en la Rusia feudal y capitalista. Tú mismo puedes descubrir esa diferencia. Pero siéntate y hablemos.

El campesino vuelve a su asiento y el yanqui le dice:

—Antes, en la época del zar, ¿tú eras igual a los demás hombres?

—No —dice el mujik—. Habían los pobres y los ricos, los señores y los siervos, los patronos y los obreros.

—¿Y ahora?

—Ahora no. Ahora no hay ricos, ni señores, ni patronos. Todos somos trabajadores. Todos somos pobres . . .

—¿Pobres dices? ¿Crees que somos pobres?

El mujik vacila.

—Sí —dice—. Al menos, yo no veo por ninguna parte ricos. No veo ya ricos ni señores. Todos somos pobres, puesto que nadie lleva levita. ni cade-

na de oro, ni bastón, ni cuello duro, ni veo mujeres vestidas de seda, ni carrozas, ni salones elegantes. Todo el mundo se viste hoy de camisa de obrero, polainas, gorra y traje kaki. Yo llamo a eso ser todos pobres.

Es verdad, compañero. Todos nos vestimos así. Pero no creas que el que viste así es pobre. El que viste así no es pobre. Pobre es el que no tiene de qué vestirse. Pobres había antes con el zar. Esos sí que no tenían de qué vestirse. Tu debes acordarte.

—Sí. Así es. Tú tienes razón, compañero. Hoy no quedan en Rusia ni ricos ni pobres. Tomos somos . . .

El campesino no halla la palabra para designar el pie económico de los actuales habitantes de Rusia. El yanqui le ayuda diciendo:

—Todos no somos ni ricos ni pobres. Porque no llevamos levita, pero tampoco vamos con harapos. Vamos decentes y limpios. Tenemos lo justo para vivir. Somos un pueblo nuevo y nunca visto en la historia. Pero sigamos. Antes, cuando el zar, ¿tú agachabas la frente ante alguien?

—Desde luego. Ante el señor, dueño de la tierra en que yo vivía, que era el duque de Ratof, y que nadie sabe ahora qué ha sido de él. Y también sus administradores y sus altos empleados. Y luego, ante los coroneles y los guardias. Y también ante los zares y toda su familia. Y ante los otros señores y propietarios y ante todo hombre de bastón y cuello que encontrábamos en las calles. Y ante los popes . . .

—¿Y ahora?

—Ahora no. Ahora yo no bajo la frente sino ante los comisarios de la symtchka (explotación agraria en común).

—Muy bien, compañero. Pero tampoco debes inclinarte ante esos comisarios. Es un abuso de ellos el consentir que tú te inclines. ¿Te lo han exigido?

—No. Pero como son comisarios, me parece que hay que inclinarse. Porque tenemos que inclinarnos siempre ante alguien . . .

—No, compañero. Con el Soviet, nadie; ¿me oyes bien?, nadie está obligado a inclinarse ante nadie. No lo hagas más, compañero.

—¿Lleva usted muchos años como profesora? le pregunto a la directora.

—Más de veinte años.

—¿Cuál fue la actitud de los maestros ante la revolución?

—La mayoría éramos, mucho antes de la revolución, revolucionarios.

—Pedagógicamente, ¿qué distinción existe entre la Rusia zarista y la Rusia soviética?

—La pregunta es compleja. Sin embargo, trataré de simplificar la respuesta. La educación soviética ha establecido la escuela única en toda la escala de la enseñanza, desde la elemental hasta la universitaria. Ella es gratuita para los que ganan lo justo para vivir, y para los demás, los derechos que percibe son proporcionados a lo que gana cada uno.

—Permítame usted, ¿quiénes son los demás?

—Los ingenieros y los técnicos, por ejemplo. La revolución estableció la laicidad de la enseñanza. Suprimió los centros particulares de educación. Desterró el espíritu capitalista de la escuela, reemplazándolo por el proletario para todo el mundo. Es decir, el Soviet quiere hacer de cada niño un hombre de ideas, sentimientos e intereses proletarios. Luego buscamos hacer de él un temperamento pragmático, como dirían los yanquis, eliminando de él al antiguo hombre contemplativo. Pero esto de pragmático no es la palabra que expresa con justeza lo que quiero decir. Es más bien dialéctico materialista lo que quiero significar. Me explico. El niño deberá concebir y afrontar la vida humana como un encadenamiento de hechos cuyo móvil radica siempre en una necesidad biológica —algo así como el “instinto de conservación” de la psicología burguesa—, en un interés concreto y tangible del devenir vital. Debe comprender que todo cuanto no gira —no quiero decir converge— en torno al juego económico de la vida, no es más que negación de ésta y estagnación del movimiento universal. El horizonte espiritual del niño debe, por consiguiente, terminar donde las ideas, sentimientos e intereses humanos cesan de co-

municar, de modo afirmativo —por endósmosis o exósmosis— con el fenómeno de la producción económica. Excuso a usted añadir que en esta concepción de la vida van contenidas las disciplinas colectivistas contra las individualistas, las revolucionarias contra las conservadoras, las socialistas contra las clasistas.

—¿Esto quiere decir que la educación es exclusivamente técnica o politécnica?

—No. Eso sería coincidir o caer en el dominio pedagógico de los Estados Unidos, donde un practicismo estúpido y absorbente ha hecho de cada individuo un simple hacedor de dinero, con adornos o pecados filantrópicos. El Soviet quiere crear al hombre completo y sólo es completo aquél en quien las fuerzas y necesidades naturales de la vida humana se concentran y equilibran en una ecuación de justicia creadora. Sin duda, hay que trabajar y producir. Pero hay que trabajar y producir todos y para todos por igual. La revolución rusa no trata de hacer hombres filantrópicos. Quiere solamente hacer hombres justos. Esto quiere decir que, junto a la enseñanza politécnica, damos la educación jurídica, moral, filosófica y artística, disciplinas sin las cuales no hay hombre completo ni justo posible.

—¿Su local abastece para el actual alumnado?

—No, por desgracia. Rusia no dispone por ahora de locales suficientes para escuelas. El zarismo no hizo nada en este terreno, y es el Soviet quien ha empezado a hacerlo todo (1). Nuestro local, como usted ve, es estrecho para tanta criatura, a la que, sin embargo, hay que instruir y educar de todos modos. De aquí que gran número de escuelas se las arreglan como la mía: estableciendo dos turnos de alumnos al día. En la mañana, de nueve a una, damos en . . . (1)

(1) Cada año el Soviet invierte grandes sumas en la construcción de locales para escuelas. En 1930 se ha gastado 220 millones de rublos.

(1) En la primera y única edición anterior de esta obra.

vemos obligados a limitar el número de alumnos. Como las demandas son siempre crecidas, la selección, la hacemos en favor de los obreros propiamente dichos.

—¿Las condiciones y forma de admisión?

—Haber terminado sus estudios preparatorios y pasar por un examen previo.

—¿Y económicamente?

—Las Universidades están sostenidas en todas sus necesidades económicas por el Estado. Sin embargo, lo alumnos pagan ciertos derechos, cuyo monto varía en proporción a los recursos de cada cual.

—¿Quiere usted decir que el no tener dinero para pagar los derechos no cierra las puertas de la Universidad a nadie?

—Exactamente. El criterio de admisión no es el económico, sino el del origen proletario del estudiante, y, entre dos proletarios, el de mayor capacidad. El 60 por 100 de los alumnos reciben su instrucción universitaria gratuita. Un 30 por 100 la reciben pagada por bolsas universitarias, y el 10 por 100 conforme a sus alcances (1). Esta jerarquía de derechos impera en todos los grados de la educación soviética.

—¿Los estudiantes ejercen alguna intervención en la dirección de la Universidad?

—Desde luego. La ejercen por una delegación del Soviet de Estudiantes Universitarios, el cual está encargado de los intereses del alumnado en lo que toca a los rumbos intelectuales y administrativos de la Universidad. Los estudiantes, además, están organizados en Sindicatos, según las Facultades, para defender y propulsar el estatuto universitario dentro del Soviet.

—¿En que consisten las Facultades Obreras?

—Estas son academias o escuelas en que los

(1) Una institución muy importante a este respecto es la que consiste en el sostenimiento que procuran los Sindicatos industriales a parte del alumnado universitario. El estudiante se compromete a pasar, terminados sus estudios, a servir en el Sindicato que le sostuvo en la Universidad.

alumnos —obreros o campesinos de veinticinco a treinta años— realizan estudios preparatorios para ingresar en las Universidades. Las Facultades Obreras dan así la enseñanza que los trabajadores no pudieron recibir en su adolescencia, a causa de la revolución y de las guerras civiles, o porque no se las daba el Estado zarista. Estos trabajadores pasan a la Universidad sin examen de admisión (2).

—¿Cuál es el rol social de los profesionales egresados de la Universidad soviética?

—Las profesiones llamadas liberales en los países capitalistas han sido abolidas en Rusia. Todos los profesionales son aquí servidores del Estado, es decir, proletarios. El Soviet les paga un sueldo o salario, y tanto el médico como el abogado sirven gratuitamente al pueblo. Sin embargo, quedan aún abogados y médicos de la época zarista que se resisten a proletarizarse. Prefieren ejercer la profesión libremente, haciéndose pagar por los clientes. Esto ocurre sobre todo, en las regiones apartadas, a donde no han llegado aún los nuevos procedimientos soviéticos. A medida que estos últimos aumenten, los reaccionarios irán desapareciendo. Por lo demás, ellos mismos se están suicidando, ya que la gente prefiere, naturalmente, no pagar, y los nuevos profesionales son mejores que los viejos.

El secretario de la Universidad, que en un país burgués vestiría de correcto chaquet, lleva una blusa proletaria. Ninguna pedantería. Su llaneza y cordialidad identifican su aspecto con el de cualquier estudiante. Aquí la ciencia socializa e iguala a los hombres, mientras que en los otros países los diferencia y los separa.

Un recorrido por los claustros, salas de clase, laboratorios, museos y bibliotecas. Me llama la atención, entre todos, el Museo Darwiniano y el de Psicología Comparada entre el hombre y las especies

(2) En los últimos cinco años han pasado por las Facultades Obreras, a los centros de cultura superior, 33,600 obreros y campesinos. El Estado gasta en estas Facultades alrededor de 30 millones de rublos al año.

intelectuales del niño. Se atrofia así el espíritu infantil. De otro lado, es un método de aventura. La intuición no constituye por sí sola un método de conocimiento. Ella no es más que un elemento de éste.

—¿Cuántos alumnos tiene usted en total?

—Alrededor de mil doscientos (1).

Cuando me despido de la directora del plantel, oigo que en la planta baja, los niños empiezan a cantar en coro la Internacional. “¡Arriba los pobres del mundo!” . . .

El himno socialista en boca de los niños proletarios nos despierta una emoción desconocida y nos hace pensar forzosamente en la humanidad del porvenir.

Me traslado en seguida a la Universidad, es decir, a una de las dos Universidades de Moscú: la **Pinkevitch** y la **Vichinski** (1).

En la una existen las Facultades de Farmacia y Química, Medicina y Pedagogía. En la otra, las Facultades de Derecho, Matemáticas y Etnología. Cada una de las Universidades tiene un director y un local especial. Además de estos centros de cultura superior, hay en Moscú varias escuelas técnicas. Estas escuelas y las Facultades de Pedagogía y Química son las más concurridas por el alumnado, circunstancia que domina en la cultura universitaria soviética. En que denuncia el carácter politécnico o pragmático la primera de las Universidades indicadas hay actualmente unos seis mil alumnos, y en la segunda ocho mil. Los locales son los antiguos de las Uni-

(1) La población escolar elemental rusa ha sido en 1930 de 13'500,000 alumnos, o sea el 87 por 100 de los niños de edad escolar. El Plan Quinquenal prevé para fines de 1932 un alumnado de 15'000,000, es decir, la totalidad de niños de edad escolar. Esto costará un gasto de 3.000 millones de rublos.

(1) Al lado de estas Universidades, cuyo espíritu es específicamente soviético, existen muchas Universidades rigurosamente comunistas, tales como la Universidad Zinovief, de Leninrado; las Universidades Oriental y Sverdlof, de Moscú; la Universidad Artem, de Karkof, y otras.

versidades zaristas. En cuanto a los laboratorios, gabinetes y museos, el secretario de la Universidad me dice:

—La revolución los destruyó casi enteramente. El Soviet se ha provisto después de todos los que usted ve ahora.

—¿En qué porcentaje entran las mujeres como alumnas?

—La mitad del alumnado, más o menos, lo forman las mujeres.

—¿Qué clases sociales integran los claustros?

—Todos los estudiantes son proletarios. No hay otra clase social en las Universidades.

—¿Y los hijos de los **nepmans** y de los **kulaks**?

No vienen a nuestros claustros. Porque no querrían, naturalmente, proletarizarse. Sus padres los mandan a las Universidades extranjeras.

—¿Y los hijos de los técnicos e ingenieros?

—Si los técnicos son rusos, sus hijos hacen sus estudios aquí, junto con lo proletarios propiamente dichos. El 30 por 100 de los estudiantes son hijos de técnicos, ingenieros y funcionarios. El 70 por 100 son obreros y campesinos. Pero unos y otros tienen una misma mentalidad: la proletaria, la soviética.

—¿Qué tiempo duran los estudios en cada Facultad?

—Las de Farmacia y Química y la de Medicina, cinco años; la de Pedagogía, Matemáticas, Derecho y Etnología, cinco años.

—¿Cuál es el límite para el número de alumnos?

—Por ahora el Soviet necesita del mayor número de profesionales para abastecer a los múltiples servicios y necesidades industriales y de todo orden del inmenso país. Por desgracia, se tropieza con deficiencia de local, de laboratorios y de recursos económicos. Mientras estos obstáculos subsistan, nos

(1) A la caída del zar, el número de estudiantes universitarios era de 47,200, todos nobles y burgueses. Hoy hay 160,000, de los cuales 120,000 aproximadamente son hijos de obreros y campesinos.

años y por la tarde, de dos a siete, a doce grupos de niños de trece a diecisiete años.

—¿Las materias de enseñanza.

—Historia, Matemáticas, Contabilidad, Historia Natural, Ciencias Físicas y Químicas, ruso, alemán o inglés; diversos oficios y, en los cursos superiores, el esperanto.

—¿Cómo está reglamentada en las distintas regiones y repúblicas federadas la cuestión lingüística?

—Con el bilingüismo. Usted debe sin duda saber que el Soviet no sólo respeta el sentimiento nacional —no quiero decir patriótico— de cada república federada, sino que lo estimula y lo exalta. Por sobre estos nacionalismos está la nacionalidad federal, que los unifica en una sola comunidad cultural. Porque, en realidad, la idea de nación no es más que la idea de cultura. La comunidad nacional no es más que la comunidad de cultura.

—¿Y cómo entra el sentimiento nacional dentro de la concepción socialista del universo?

—En principio, el sentimiento nacional no se opone al socialismo. Este realizará una cultura universal, idéntica en todos los meridianos y paralelos del globo. Pero semejante cultura mundial o nacionalidad universal sólo será posible a base de una conciencia cósmica más unitaria y liberada de fronteras, conciencia cósmica que, a su vez supone, entre otros hechos, un contacto íntimo y multifacético de los pueblos y de sus intereses entre sí. Para llegar a este contacto es necesario un gran progreso de las comunicaciones de todo orden. El hombre llegará así a una especie de ubicuidad espacial. Vivirá simultáneamente en todas partes. Todos o casi todos los valores fundamentales del sentimiento nacional —medio telúrico, clima social, etc.— serán comunes a todos los habitantes del globo. A la larga, todos los

publicada en vida del autor, no aparece la línea de linotipo que, evidentemente, continuaba este período. Como no existen originales mecanografiados de **RUSIA EN 1931**, hemos preferido dejar las cosas como estaban, antes de añadir palabras de nuestra propia cosecha. (Nota de la Editora **EDICIONES PERU**).

nacionalismos verticales —patria, raza, cultura, etc.— se verán refundidos y consustanciados en una sola nacionalidad ecuménica. Hasta que este juego de comunicaciones rápidas o casi instantáneas no se produzca, y hasta que otros factores sociales no hayan madurado para la elaboración de esa futura conciencia mundial, no está en las manos de nadie ni de ninguna revolución destruir las actuales nacionalidades, que son los soportes históricos y entrañables de la vida colectiva. Atacarlas y minarlas equivaldría a precipitar en el caos y en el vacío a la humanidad, ya que aún no está creada la gran nacionalidad universal que ha de sustituirlas y que ha de salir de ellas. Así, por ejemplo, cuando el esperanto o cualquier otra lengua internacional se haya difundido, en hondura o extensión, por todas partes, entonces se empezará a pensar en ahogar los dialectos y lenguas nacionales. Pero éste será un proceso de sustitución de adentro para afuera, una real trayectoria de evolución y unificación orgánica de las lenguas, y no el resultado de una medida administrativa, violenta, artificial, de afuera para adentro.

Recorremos después de algunos salones de clase. En uno de éstos se da a la sazón una lección de historia. Es una profesora quien la dicta a los alumnos de ocho y diez años. El tema es el **Comité soviético del barrio**. En otra sala, un miembro de la juventud Comunista —de unos dieciséis años de edad— dicta una clase sobre el socialismo. En otra se están haciendo trabajos prácticos de Física. En otra se da una clase de alemán. Luego asistimos a una lección de literatura. Por último, ésta es una clase de trenzado de sillas de esterilla. En general, observo que cada profesor explica con cierta monotonía a sus alumnos. La lección es un monólogo. El método socrático no se usa. Le pregunto la causa a la directora.

—El método socrático —me dice— se basa en la intuición del niño. Es él quien descubre los hechos y las nociones de los hechos. Es, por esto, un método que exige una excesiva concentración de las energías

animales superiores. Balística experimental suficiente para que la teoría evolutiva del origen de las especies derrote a la cristiana y a la griega.

Al cruzar el patio principal, para abandonar la Universidad, aparecen a uno y otro lado los bustos en bronce de Marx y de Lenin. Son los dos grandes vigías del nuevo pensamiento humano.

F I N

RUSIA EN 1931. REFLEXIONES
AL PIE DEL KREMLIN, de César
Vallejo, se terminó de imprimir el
1º de Diciembre de 1962, en los ta-
lleres de la Editorial TRILCE S. A.

COPYRIGHT by Editora
TRILCE S. A.
Lima, 1962

Para todo lector, sea cual fuere su condición social, su edad o su nivel cultural y político, la reedición de las tres obras fundamentales de César Vallejo —“Los Heraldos Negros”, “Trilce” y “Reflexiones al Pie del Kremlin, o Rusia en 1931”—, que se hallaban completamente agotadas, brinda la oportunidad de adentrarse en el corazón de la poesía y las ideas del más grande poeta y escritor del Perú.

Con Garcilaso, César Vallejo es el único escritor peruano con valor universal. Y no por casualidad, ambos son mestizaje esenciales, pero con neto predominio indio. El mestizaje sanguíneo y cultural con lo español, que les da los medios lingüísticos para expresarse universalmente (el idioma castellano), no disminuye sino que acentúa y subraya el contenido —la raíz— indígena de su mensaje.

Tampoco es por azar que los dos son expatriados, que escriben sus mejores páginas lejos de la patria, pero imbuídos de ella. Vallejo como Garcilaso es un gran adolorido, un tremendo nostálgico de su Perú. Ninguno, finalmente retorna —¡ni sus cadáveres!—, pero si bien ellos no están en el Perú, físicamente, el Perú está en ellos y por ellos está en el mundo.

Por eso, la obra de César Vallejo es de indispensable conocimiento para cada peruano y sus libros deben ser la piedra angular de toda biblioteca familiar.

En “Los Heraldos Negros”, Vallejo es todavía sólo un joven poeta provinciano. Pero capaz de emocionarnos hasta lo más hondo del ser, con versos como estos;

**Y mi madre pasea allá en los huertos,
saboreando un sabor ya sin sabor.
Está ahora tan suave,
tan ala, tan salida, tan amor.**

No es esta la voz desgarrada y desgarradora de “Poemas Humanos”, pero ella nos anuncia con perfecta claridad a nuestro mayor poeta.

En “trilce” ya escuchamos al poeta del dolor, que irá acendrándose hasta expresar el de cada hombre y de todos los hombres. ¿Quién sino César Vallejo podría escribir:

**¡Cuándo vendrá
el domingo bocón y mudo del sepulcro;
cuándo vendrá a cargar este sábado
de harapos...?**

Pasando del verso a la prosa. “Rusia en 1931” es la mejor prueba en que no hay nada más verdaderamente duradero que una crónica sincera de un acontecimiento histórico. Tal como las crónicas de los conquistadores —testimonios asombrados y veraces de otra epopeya decisiva para la humanidad— esta crónica del viaje de Vallejo a la URSS, fuera de sincera y admirada, conserva hoy la frescura y el valor que tuvo hace treinta años.